

El Padrenuestro. Interpretación catequética antigua y moderna

ANTOLOGÍA EXEGÉTICA DEL PADRENUESTRO

Sabugal García, Santos

Ediciones Sígueme, S.A.
1ª ed., 6ª Impresión 1997

TABLA DE CONTENIDO

PADRENUESTRO	4
I. Dos hechos (o ejercicios) motivadores	4
II. El texto del padrenuestro y su contexto.....	6
III. El tejido del texto	7
IV. Mensaje global y catequesis del padrenuestro	8
V. El padrenuestro en las etapas de la catequesis.....	10
ANTOLOGÍA EXEGÉTICA DEL PADRENUESTRO	14
Padre nuestro que estás en los cielos	23
Santificado sea tu Nombre	41
Venga tu reinado	71
Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.....	118
El pan nuestro de cada día dánosle hoy.....	153

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores	195
Y haz que no sucumbamos a la tentación	233
Más líbranos del Maligno.....	267
Conclusión	288

PADRENUESTRO

NDC

SUMARIO: I. Dos hechos (o ejercicios) motivadores: 1. «Para que conozcas el fundamento de las enseñanzas que has recibido» (Le 1,4); 2. Nombre y apellidos del padrenuestro. II. El texto del padrenuestro y su contexto. III. El tejido del texto. IV. Mensaje global y catequesis del padrenuestro. V. El padrenuestro en las etapas de la catequesis: 1. Etapa de la familia: el padrenuestro vivido; 2. Etapa de la infancia y de la niñez: el padrenuestro aprendido; 3. Etapa de la juventud: el padrenuestro comprendido; 4. La catequesis de adultos: el padrenuestro encarnado.

El tratamiento de esta *catequesis del padrenuestro* se ha intentado elaborar no de forma expositiva, sino más bien de manera catequética. Así, el propio catequista en su ejercicio de asimilación de estas páginas reelaborará creativamente en cada lectura todas las temáticas implicadas en la expresión *catequesis del padrenuestro*. El último apartado no quiere ser final de esta catequesis, sino punto de partida de un nuevo itinerario catequético del padrenuestro, porque, como se indica en el *Directorio general para la catequesis*, «es pedagógicamente eficaz hacer referencia a la catequesis de adultos y, a su luz, orientar la catequesis de las otras etapas de la vida» (DGC 171).

I. Dos hechos (o ejercicios) motivadores

1. «PARA QUE CONOZCAS EL FUNDAMENTO DE LAS ENSEÑANZAS QUE HAS RECIBIDO» (Lc 1,4). En todas las épocas de la historia de la comunidad cristiana, y desde todas las ópticas y lenguas, puede hoy un catequista encontrar y saborear un comentario al padrenuestro. El espacio aquí dedicado no sería suficiente para citar tan solo las referencias bibliográficas de tales comentarios¹. Resulta gratificante descubrir que en todo tiempo y lugar, los seguidores de Jesús han expresado de formas y maneras tan variadas la experiencia de la fe, la certeza de saberse y de sentirse hijos del único Padre y hermanos de la misma familia. Esta confesión de fe, hecha tradición viva en los comentarios al padrenuestro, es testimonio existencial del teólogo y del catequista, del exegeta y del historiador, del pastor y del liturgista, del educador y del homileta, del místico y del misionero, del profeta y del filósofo, del católico y del protestante, del oriental y del occidental... ¿Cómo no ver, pues, en este hecho un signo de unidad que rompe toda frontera de lengua, ideología, sexo, religión, rito, cultura... y hace de los seguidores de Jesús una comunidad de hermanos?

Esta elemental constatación histórica y teológica nos indica que fueron (y siguen siendo) firmes aquellos cimientos sólidos de la fe cristiana que se iban colocando en las etapas de la catequesis bautismal, como nos lo recuerdan y actualizan estos textos del último y significativo documento eclesial sobre la catequesis: «El tiempo de *purificación e iluminación*, que proporciona una preparación más intensa a los sacramentos de la iniciación, y en el que tiene lugar la *entrega del Símbolo* y la *entrega de la oración del Señor*» (DGC 88). «La preparación inmediata al bautismo, por medio de una *catequesis doctrinal*, que explicaba el Símbolo y el padrenuestro, recién entregados, con sus

implicaciones morales» (DGC 89).

«La riqueza de la tradición patristica y la de los catecismos confluye en la catequesis actual de la Iglesia, enriqueciéndola tanto en su misma concepción como en sus contenidos. Recuerdan a la catequesis los siete elementos básicos que la configuran: las tres etapas de la narración de la historia de la salvación: el Antiguo Testamento, la vida de Jesucristo y la historia de la Iglesia; y los cuatro pilares de la exposición: el símbolo, los sacramentos, el decálogo y el padrenuestro. Con estas siete *piezas maestras*, base tanto del proceso de la catequesis de iniciación como del proceso permanente de maduración cristiana, pueden construirse edificios de diversa arquitectura o articulación, según los destinatarios o las diferentes situaciones culturales» (DGC 130; cf IC 40-43).

2. NOMBRE Y APELLIDOS DEL PADRE NUESTRO. Junto al primer ejercicio realizado con el objetivo de constatar la pluralidad de comentarios del padrenuestro, resultaría interesante acercarse a alguno de ellos e ir tomando nota de cómo se le denomina al padrenuestro, es decir, con qué *apellidos* se va precisando su nombre de *padrenuestro* y su identidad dentro de la fe cristiana. A modo de inicio de esta propuesta, ofrecemos algunas sugerencias. Nos acercamos al amplio comentario del último catecismo eclesial, y lo primero que encontramos, ya en el título, es esta identidad de *nombre y apellidos del padrenuestro: la oración del Señor*. Poco después, el siguiente texto nos lo aclara: «"La oración dominical es, en verdad, el resumen de todo el evangelio" (Tertuliano, *Or.* 1). "Cuando el Señor hubo legado esta fórmula de oración, añadió: 'Pedid y se os dará' (Lc 11,9). Por tanto, cada uno puede dirigir al cielo diversas oraciones según sus necesidades, pero comenzando siempre por la oración del Señor que sigue siendo la oración fundamental" (Tertuliano, *Or.* 10)» (CCE 2761).

Esta oración dominical, resumen de todo el evangelio, es la más perfecta de las oraciones, la oración del cristiano o «el compendio de toda nuestra oración», como bien expresaba santo Tomás (*Sum. Theol.* II-II 83, 14 ad 3); y confirma el último *Directorio*: «El padrenuestro, condensando la esencia del evangelio, sintetiza y jerarquiza las inmensas riquezas de oración contenidas en la Sagrada Escritura y en toda la vida de la Iglesia. Esta oración, propuesta a sus discípulos por el propio Jesús, trasluce la confianza filial y los deseos más profundos con que una persona puede dirigirse a Dios» (DGC 115).

Con apellidos semejantes califica la identidad del padrenuestro santa Teresa, que exhortaba a sus hermanas a rezar el padrenuestro como *guía segura* de oración vocal y contemplativa (*Camino de perfección*, 24). En este mismo sentido, y sirviéndose de una preciosa imagen evangélica y bautismal, se expresaba la Asamblea sinodal de Berna (Suiza) en 1532: «El padrenuestro es la verdadera oración cristiana, el odre o recipiente de agua para que extraigamos la gracia de su fuente, que es Jesucristo, y llene nuestro corazón» (BRSK 53). Y es conveniente recordar, por su profundo y significativo sentido ecuménico, que para Lutero el padrenuestro es fuente perenne de espiritualidad: «Pues yo, aún hoy en día, mamo del padrenuestro como un lactante, bebo y engullo como un viejo y no puedo saciarme»².

Una vez esbozado el ejercicio de búsqueda de los que hemos llamado *apellidos* del padrenuestro, dejamos que sea el lector y catequista quien lo prosiga en su tarea de permanente formación y enriquecimiento. Pero antes, y a modo de síntesis, podemos retener estas dos sugerencias de los estudiosos. La primera, de Ulrich Luz: «El uso constante del padrenuestro ha hecho que apenas exista un texto cristiano con tan amplia influencia en la espiritualidad, culto divino, instrucción y dogmática»³. La segunda, de

Santos

Sabugal: «El padrenuestro, incesantemente comentado y explicado a lo largo de su veintisecular historia, es la plegaria propia y exclusiva del cristiano, la oración paradigmática del cristianismo y del ecumenismo, la más bella y sublime oración de la Iglesia»⁴.

Por fin, antes de adentrarnos en la abundante riqueza del texto del padrenuestro, y siguiendo al dictado la pedagogía de los tradicionales catecismos, podemos decir del padrenuestro que es el modelo de oración, un compendio de dogmática, la síntesis de la catequesis, la oración personal y de la Iglesia y la teología del evangelio.

II. El texto del padrenuestro y su contexto

El texto del padrenuestro sólo aparece en dos libros del Nuevo Testamento: en los evangelios de Mateo y de Lucas. Según Lucas (Le 11,1-4), una vez que Jesús hubo acabado su oración, uno de los discípulos le pide que les enseñe a orar al igual que Juan enseñó a orar a los suyos. La respuesta de Jesús a la petición del discípulo es: «Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino. Danos cada día el pan que necesitamos; perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todo el que nos ofende; y no nos dejes caer en la tentación».

Según Mateo (Mt 5,1—7,29), es el propio Jesús quien proclama a los discípulos y a la muchedumbre reunida en el monte las novedosas bienaventuranzas. Dentro de este largo primer discurso, que parece dibujar un programa alternativo al decálogo del Sinaí, señala Jesús las tres nuevas prácticas religiosas frente a las tres viejas prácticas del actuar del creyente (limosna-oración-ayuno). Este, el padrenuestro, es el modo peculiar de orar que propone Jesús: «Cuando recéis, no seáis como los hipócritas (judaísmo)... No os convertáis en charlatanes como los paganos (gentilidad)... Vosotros orad así: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal [del Malo]". Porque si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas...» (Mt 6,5-15).

Probablemente a finales del siglo 1 d.C. el texto del padrenuestro circulaba también en algunas comunidades cristianas, según se recoge en el escrito de la *Didajé* (8, 2s.), también llamada *Doctrina de los doce apóstoles*, que es para muchos estudiosos como el primer catecismo posapostólico: «Padre nuestro, que estás en el cielo: santificado sea tu nombre, venga tu Reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo también sobre la tierra. El pan nuestro cotidiano dánosle hoy. Y perdónanos nuestra deuda, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y haz que no sucumbamos a la tentación, sino líbranos del mal. ¡Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos!». Esta última añadidura de la *Didajé*, utilizada siempre por los protestantes y adoptada como aclamación al final del embolismo en la liturgia de la misa católica, se ha incluido también recientemente en el padrenuestro «ecuménico».

Por fin, en la larga historia de la Iglesia de Jesús el texto del padrenuestro ha ido experimentando ligeros retoques. En nuestros días (27.11.1989), este texto en castellano,

adoptado por todas las Conferencias episcopales de los 22 países de lengua española
«para

la unificación de la liturgia» queda fijado así: «Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal».

III. El tejido del texto

La forma o composición literaria de todas estas diferentes versiones del padrenuestro posee elementos comunes (semejanzas) que conviene tener en cuenta para comprender en toda su extensión el contenido central y las peculiaridades (diferencias) del mensaje de esta oración.

La atenta lectura de estos textos pone en evidencia la presencia de *algunos elementos configuradores* del padrenuestro. Los dos elementos mayores serían: La *invocación* (Padre) y las *súplicas*. Y, estas súplicas son, a su vez, de dos tipos: las primeras, *de alabanza* (santificación del nombre, venida del Reino...) y las segundas, *de petición* (del pan, del perdón, de no caer en tentación...). Algunos exegetas prefieren no establecer diferencias entre las súplicas. Muchos otros investigadores sólo califican como peticiones todo lo que sigue a la invocación. Y todos señalan las dos partes o grupos en que se organizan dichas súplicas o peticiones: las formuladas en singular y las expresadas en plural.

Las diferencias en las diversas versiones del texto del padrenuestro están presentes, a modo de precisiones o de ampliaciones, en los tres elementos configuradores antes indicados. La invocación (Padre) se completa en cada versión del padrenuestro con precisiones típicas («nuestro», «que estás en el cielo», «que estás en los cielos»). Las súplicas de alabanza se precisan («a nosotros») o se amplían («hágase tu voluntad...»). También las súplicas de petición se precisan («el pan-nuestro pan», «pecados-deudas-ofensas») o se amplían («líbranos del mal [del Malo]», «pues si perdonáis sus culpas a los demás...», «porque tuyo es el poder...»).

La constatación de estas semejanzas y diferencias, puesta de relieve por los estudios exegeticos, ilumina el objetivo a tener en cuenta por la catequética y señala la acción y las tareas del catequista, para que el padrenuestro llegue a ser no sólo un texto que se memoriza y repite rutinariamente, sino la auténtica expresión de la experiencia cristiana, que es la relación con el Padre (filiación) y con los hermanos (fraternidad).

Las semejanzas apuntan hacia el objetivo de toda *catequesis del padrenuestro*, que no sería otro que conocer en toda su dimensión la identidad del Dios cristiano, que es *un Padre entrañable a quien todos podemos acercarnos con la plena confianza de los hijos queridos*. Esto es, en síntesis, lo que se desea confesar cada vez que las personas o las comunidades proclaman, como creyentes y seguidoras de Jesús, en la oración, en la eucaristía y en toda acción litúrgica y a una sola voz, el padrenuestro. Un primer paso para acceder a esta comprensión significativa del padrenuestro será *saber* (memorizar) el padrenuestro para llegar progresivamente a *saberlo saborear* y hacerlo experiencia existencial.

Las diferencias textuales del padrenuestro detectadas, desde los orígenes, en la historia de la transmisión del texto, orientan las tareas de toda acción catequística empeñada en acompañar el proceso de fe del catequizando. Estas diferencias están presentes en lo que se destaca como añadidos textuales. Aquí no entramos en el estudio exegético de tales variantes textuales, que ya está realizado, y cuyos resultados pueden consultarse en las referencias bibliográficas. Prestamos atención a estas diferencias y a las conclusiones de los exegetas desde la óptica de la catequesis, con el fin de iluminar la tarea de todo catequista.

Si el padrenuestro es la oración del Señor, la única entregada y enseñada por Jesús a sus discípulos, la plegaria que los distingue de otros grupos o personas creyentes, ¿cómo explicarse los diferentes textos de la misma? ¿Acaso el mismo Jesús les enseñó dos veces el padrenuestro? ¿Por qué entonces la tradición paulina y las comunidades eclesiales a quienes se dirigen los evangelios de Marcos y de Juan no transmitieron ni conservaron ni entregaron el texto de la oración del Señor? ¿Tal vez el propio Jesús, en vez de fijar un texto oracional, comunicó, enseñó y compartió con los suyos un modo, un estilo, un talante, una experiencia nueva de oración, es decir, de relación filial con el Padre maternal? Y, en este sentido, la comunicación de una experiencia que abarca en su totalidad a la persona

¿resulta posible encerrarla en unas expresiones que sean válidas para siempre y en todo tiempo y lugar?

De nuevo se sugiere otro ejercicio de pedagogía catequística, que aporta no pocas luces para quienes se adentren en la respuesta a estas preguntas. Martín Irure, en el prólogo de una de sus más valiosas y hermosas aportaciones a la pastoral y a la catequesis, afirma que

«el padrenuestro no es una fórmula de oración para decirla indefinidamente, sino que es un modelo, un camino de oración, en el que Jesús nos compromete»⁵. El ejercicio consiste en acercarse a las 173 expresiones del padrenuestro que él ha recogido en su publicación. En cada una de estas expresiones puede rastrearse un proceso existencial de crecimiento en la fe de aquel o aquellos que se atrevieron a expresarla en frágiles y precisas palabras. Cada uno de estos 173 padrenuestritos, con sus luces y sombras, expresa la experiencia global de relación con Dios y con los hermanos de personas concretas en tiempos y espacios determinados. La experiencia globalizante y totalizadora es única y su expresión, múltiple.

Por tanto, *la catequesis del padrenuestro* introduce al catequizando en la única y apasionante experiencia de encontrarse con el Dios Padre como hijo suyo y como hermano de Jesús y de todos los humanos.

IV. Mensaje global y catequesis del padrenuestro

Probablemente, tomado en su conjunto, el texto del padrenuestro sorprende por su sencillez, equilibrio y perfección, más en la versión de Mateo que en la de Lucas. Resulta fácil de aprenderlo y comprenderlo. Y si se hace el esfuerzo mental de colocarse en el contexto histórico de los tiempos de Jesús y de la primera comunidad cristiana, aún resaltará más la sencillez, perfección y facilidad comprensiva del padrenuestro. Aquellos eran tiempos muy propicios para la transmisión oral y la comunicación del boca a boca. La estructura interna del padrenuestro: la innovación, las dos o tres peticiones en singular y las tres o cuatro

peticiones en plural facilitan la rápida apropiación nemotécnica del texto. Además de esta estructura general, el vocabulario es típicamente judío. Estructura y vocabulario del

padrenuestro están emparentados con las oraciones judías más sagradas y populares como la *Semá* (=escucha), los *Semone Esre* (=dieciocho bendiciones) o también llamada *Amida* (=estar de pie) y, sobre todo, el *Qaddis* (=santo), oración que siempre se rezaba (y se reza aún) al terminar la lectura de la *Torá* (=Ley) en la liturgia del templo y en el ritual sinagoga.

Los temas del mensaje del padrenuestro son los temas centrales de la predicación de Jesús, que los evangelios nos presentan. Podría decirse con razón que los contenidos de la fe anunciada por Jesús se hacen expresión celebrativa en la oración del Señor. El padrenuestro es la oración que expresa en su más radiante sencillez la universalidad de la paternidad divina, el reino de Dios y su justicia, la realización de la voluntad de Dios, la gratuidad de su pan de vida y salvación, el amor fraternal que se actualiza en el perdón de las ofensas y la confianza esperanzada en el Dios que nos sostiene y cuida. Así, pues, el contenido de la oración del padrenuestro (*lex orandi*) no es más que el mensaje de la fe (*lex credendi*). Y el creyente que ora con la plegaria del Señor sabe y siente que toda su vida personal y comunitaria quedan gozosamente revestidas de la identidad y existencia cristiana (*lex vivendi*).

Curiosamente, estas tres orientaciones íntimamente relacionadas —fe, oración, vida— han sido las guías maestras de la interpretación exegética global del padrenuestro. Estas comprensiones globales del padrenuestro se han llamado dogmática, ética o espiritual y escatológica. Posiblemente, toda interpretación o comprensión del padrenuestro tiene en cuenta estas tres orientaciones, pero se suele acentuar y subrayar más una de ellas, según las épocas de la historia, porque se tiende a poner de relieve alguno de los elementos textuales del padrenuestro. El mismo Tertuliano destaca los rasgos dogmáticos y éticos del padrenuestro. Gregorio de Nisa representa a los mejores defensores de la interpretación ética. La interpretación escatológica se ha impuesto en la mayoría de los comentaristas del siglo XX. A la luz de estas tres guías de interpretación, lógicamente, van apareciendo múltiples formas mixtas de comprensión del padrenuestro. Consecuentemente, la catequesis del padrenuestro ha quedado, en cada tiempo de la historia, fecundada, en sus objetivos y métodos, por estas orientaciones interpretativas de la exégesis.

En este sentido, la tarea de la catequesis ha estado marcada por la entrega y la comunicación del padrenuestro para descubrir en él el corazón del mensaje evangélico (interpretación dogmática); o para hacer del padrenuestro la oración de la comunidad que nos reúne como hijos del mismo Padre y hermanos de todos los vivientes (interpretación ético-espiritual); o para expresar la osadía de adelantar y actualizar en el aquí y ahora el Reino y la voluntad de Dios, que quiere que todos sus hijos se salven y alcancen el conocimiento pleno de la salvación (interpretación escatológica).

Por fin, esta visión global del mensaje del padrenuestro articula y organiza los diversos temas del contenido y, en nuestro caso, de la catequesis del padrenuestro. El tema inicial lo sugiere el propio texto en la invocación «Padre»: fuente, río y mar de toda vida, plegaria y esperanza cristianas. Esta paternidad entrañable de Dios se hace, como señalan muchos comentarios, eje vertebrador de los demás temas, que vienen señalados por las sucesivas siete peticiones, según la versión eclesial del texto, inspirada en la tradición del evangelio de Mateo: santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad, danos el pan cada día, perdona nuestras ofensas, no dejes que caigamos en tentación, líbranos del mal.

V. El padrenuestro en las etapas de la catequesis

1. ETAPA DE LA FAMILIA: EL PADRE NUESTRO VIVIDO. El estudio, exégesis y teología del padrenuestro, como en síntesis se acaba de realizar, siempre pondrá en primer plano dos de las realidades constitutivas e integradoras de toda persona: la filiación y la fraternidad. Ambas realidades existenciales, antes de ser comprendidas en todas sus dimensiones objetivas, son realidades vividas y experimentadas subjetivamente en el ámbito familiar. Por eso, en este hogar familiar echa sus raíces más profundas la experiencia-expresión cristianas del padrenuestro. También el padrenuestro, antes de aprenderse de memoria o formularse como expresión de la fe de los seguidores de Jesús, es sentido y vivido en el amor y ternura de unos padres, en el espacio humanizado de una casa y en el calor de hogar que es la mesa familiar. Todo el complejo entramado de relaciones interpersonales que se van tejiendo en la familia vienen a ser la primera, y tal vez la más estructurante, catequesis del padrenuestro. Los primeros catequistas explícitos, pues, son los propios padres y, a su modo, lo son también los hermanos. Así lo viene a recordar una vez más en la historia de la catequesis el *Directorio general para la catequesis*: «El testimonio de vida cristiana, ofrecido por los padres en el seno de la familia, llega a los niños envuelto en el cariño y el respeto materno y paterno. Los hijos perciben y viven gozosamente la cercanía de Dios y de Jesús que los padres manifiestan, hasta tal punto que esta primera experiencia cristiana deja frecuentemente en ellos una huella decisiva que dura toda la vida. Este despertar religioso infantil en el ambiente familiar tiene, por ello, un carácter insustituible» (DGC 226).

2. ETAPA DE LA INFANCIA Y DE LA NIÑEZ: EL PADRENUESTRO APRENDIDO. A lo largo de esta etapa, el campo de experiencias de relación interpersonal se amplía desde el ámbito de la familia hasta el espacio escolar, parroquial... y, por tanto, social. En estos años, la educación de la fe se enriquece con la tarea de la enseñanza religiosa escolar y con la catequesis explícita dentro de una comunidad eclesial. La catequesis del padrenuestro irá asumiendo progresivamente, en sus objetivos y métodos, aquellos aspectos que ayudan al niño a percibir críticamente y dar sentido a la propia experiencia de saberse hijo y hermano.

Los educadores de la fe, padres-maestros-catequistas, pondrán ya en manos de los niños tanto la palabra de Dios como la observación de la realidad personal y de su entorno. En el ejercicio continuado de este diálogo irá creciendo la capacidad de interiorización en el niño, por un lado; y, por otro, se irán edificando las múltiples posibilidades de expresión y comunicación de su vida y de su fe. Por ello, la catequesis del padrenuestro en esta etapa, además de procurar la memorización del texto eclesial del padrenuestro, favorecerá las primeras lecturas del padrenuestro en los textos bíblicos de Mateo y Lucas. Estas lecturas concretas y puntuales, junto a otras de la misma Biblia y junto a otras tareas educativas y catequísticas, irán despertando y creando el rico mundo de imágenes, gestos, acciones, personas, experiencias, relaciones..., vividas en la familia, en la escuela, en la sociedad y evocadas en los demás relatos de la Escritura. La tarea de los educadores de la fe es, más que cualquier otra, suscitar y despertar. Probablemente, aquello que el adulto considera como anecdótico, periférico o de normal ropaje lingüístico, sea para el niño el modo natural de acercamiento y comprensión de la realidad que se observa, de la Palabra que se acoge, del padrenuestro que se lee o memoriza y de las múltiples formulaciones incompletas y limitadas con las que expresa lo que siente y comprende.

En el tramo final de esta etapa de infancia y ceñidos a la catequesis del padrenuestro, el niño tendrá que ser capaz de observar, por ejemplo, las diferencias y semejanzas en las formulaciones del padrenuestro (eclesial, Mateo y Lucas). De esta observación irán naciendo, en el niño, preguntas y respuestas a las que todo catequista prestará atención, no tanto para responder de forma automática, sino más bien para situar en todo momento al niño en su propio proceso de iniciación cristiana y acompañarlo como hermano mayor.

Formulado en términos generales, lo que acabamos de decir sobre la catequesis de infancia, es expresado por el *Directorio* de esta manera: «El proceso catequético en el tiempo de la infancia será eminentemente educativo, atento a desarrollar las capacidades y aptitudes humanas, base antropológica de la vida de fe, como el sentido de la confianza, de la gratuidad, del don de sí, de la invocación, de la gozosa participación... La educación a la oración y la iniciación a la Sagrada Escritura son aspectos centrales de la formación cristiana de los pequeños» (DGC 178).

3. ETAPA DE LA JUVENTUD: EL PADRENUESTRO COMPRENDIDO. El *Directorio*, que nos viene sirviendo de guía en todo este apartado, indica respecto a la catequesis de esta etapa que «en general se ha de proponer a los jóvenes una catequesis con itinerarios nuevos, abiertos a la sensibilidad y a los problemas de esta edad, que son de orden teológico, ético, histórico, social... En particular, deben ocupar un puesto adecuado la educación para la verdad y la libertad según el evangelio, la formación de la conciencia, la educación para el amor, el planteamiento vocacional, el compromiso cristiano en la sociedad y la responsabilidad misionera en el mundo» (DGC 185).

La catequesis del padrenuestro, dentro de la larga etapa de la catequesis de jóvenes, deberá continuamente retomar el propio texto del padrenuestro y las puntuales preguntas, muy posiblemente preguntas de sentido, que en cada diálogo se susciten. Las respuestas a estos interrogantes por el sentido del mensaje (del Reino, de la voluntad de Dios, del pan compartido, del perdón de las ofensas...) del padrenuestro, irán profundizando y completando la iniciación a la fe, realizada en la etapa de infancia, hasta culminar en la comprensión del padrenuestro. En este conocimiento del mensaje, que se hace experiencia de acogida compartida, el Dios de Jesús, entrañablemente misericordioso, y la persona del joven se encuentran allí donde florece la confianza, resplandece la verdad, se vive la libertad, se comparte la misma mesa de la historia, se tiende la mano al perdón... y nos reconocemos como hermanos.

De manera natural, estas humanizadoras experiencias existenciales en la historia de los jóvenes iluminan todos los aspectos del contenido cristiano del padrenuestro, suscitan creativas expresiones celebrativas y alumbran nuevas opciones de compromiso por sembrar el reino de Dios en la historia al estilo de Jesús. Tal vez, llegados a este punto de iluminación del contenido, celebración de la fe en el Dios maternal que los llama y opción por la fraternidad como signo vivo de la voluntad de Dios, puede decirse que la catequesis del padrenuestro ha alcanzado su objetivo.

En resumen, el padrenuestro vivido en la familia, aprendido en la infancia y comprendido en todas sus dimensiones en la juventud, termina por ser encarnado en el cristiano adulto, hermano en la comunidad y padre-madre (catequista, educador de la fe...), que sigue engendrando en la fe a los más pequeños, y, sobre todo, a los marginados y abandonados

por no haber tenido posibilidad de interiorizar estas experiencias desde su llegada a nuestra familia humana del mundo.

4. LA CATEQUESIS DE ADULTOS: EL PADRENUESTRO ENCARNADO. El final del apartado anterior ya adelanta, como en síntesis, lo peculiar de la catequesis de adultos en relación con la catequesis del padrenuestro. De nuevo recordamos la orientación del *Directorio* respecto a esta etapa catequética: «Para que la catequesis de adultos pueda responder a las necesidades más profundas de nuestro tiempo, debe proponer la fe cristiana en su integridad, autenticidad y sistematicidad, de acuerdo con la comprensión que de ella tiene la Iglesia, proponiendo en un primer plano el anuncio de la salvación; iluminando con su luz las dificultades, oscuridades, falsas interpretaciones, prejuicios y objeciones hoy presentes; mostrando las implicaciones y exigencias morales y espirituales del mensaje; introduciendo a la lectura creyente de la Sagrada Escritura y a la práctica de la oración...» (DGC 175).

Sin lugar a dudas, consideramos adultos en la fe a todas aquellas personas a quienes hacíamos referencia en los comienzos de este artículo. Personas creyentes que se atrevieron a *poner por escrito*, en su comentario publicado, la comprensión encamada del padrenuestro. Ciertamente, en el horizonte de su propuesta escrita está la pretensión de integridad, autenticidad y sistematicidad del mensaje del padrenuestro. Por ello, la confesión de fe de estos hermanos adultos ilumina los contenidos y métodos de la catequesis del padrenuestro en esta etapa de la adultez. Teniendo muy presentes sus aportaciones, y a modo de esbozo curricular, puede ofrecerse un itinerario de contenidos (conceptos, procedimientos y actitudes) del padrenuestro para la catequesis de adultos.

Este itinerario catequético, que nos permite el acceso a la totalidad del mensaje evangélico del padrenuestro, podría constar, al menos, de estas diez panorámicas temáticas: 1) *Oración y vida de Jesús*: «Pasó (Jesús) la noche orando a Dios. Cuando llegó el día llamó a sus discípulos...» (Lc 6,12-13). 2) *Nuestro Padre maternal*: «Dios es amor» (Un 4,8). 3) *Santificado tu nombre...*: «Te he glorificado en la tierra llevando a término la obra que me encomendaste» (Jn 17,4). 4) *...En la presencia del Reino...*: «La ley y los profetas llegan hasta Juan; desde entonces se anuncia el reino de Dios...» (Le 16,16). 5) *...Porque en ella se realiza tu voluntad*: «Pues yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y esta es la voluntad del que me ha enviado, que yo no pierda a ninguno de los que él me ha dado, sino que los resucite en el último día» (Jn 6,38-

39). 6) *Danos el pan de cada día*: «Ellos contaron lo del camino y cómo lo reconocieron al partir el pan» (Le 24,35). 7) *Perdónanos nuestras ofensas*: «Tened sal en vosotros y vivid en paz los unos con los otros» (Mc 9,50). 8) *No nos dejes caer en la tentación*: «Pedro contestó:

Tú eres el mecías. Y Jesús les ordenó que no se lo dijeran a nadie» (Mc 8,29-39).

9) *Líbranos del mal*: «No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal» (Jn

17,15). 10) *Oración y existencia cristianas*: «María..., sentada a los pies del Señor,

escuchaba sus palabras» (Lc 10,39).

Las diez panorámicas temáticas del padrenuestro, como fácilmente se comprende, están constituidas por la invocación y las siete peticiones que articulan la expresión eclesial del padrenuestro. Se añade una primera temática que sitúa al padrenuestro en el contexto de la

vida y de la oración de Jesús, como nos lo indican las tradiciones evangélicas de Mateo y de

Lucas. La última de las sugerencias temáticas plantea las significativas interrelaciones de la existencia humana y la oración cristiana en la vida de todo creyente.

Cada vez que, como adultos, una comunidad cristiana o un seguidor de Jesús se acercan al padrenuestro, o lo proclaman conscientemente, o lo estudian sistemáticamente según las panorámicas temáticas sugeridas, en sus corazones contemplativos se dibujará alguno de estos interrogantes: ¿qué leemos?, ¿qué queremos decir?, ¿cómo lo interpretamos?, ¿qué nos dice a nosotros en este contexto de la historia?, ¿cómo nos atrevemos a expresarlo con la vida?, ¿qué se desea cambiar?, ¿esperamos que el deseo se torne realidad para todos?... El catequista, animador y hermano de los adultos, encontrará entre estas preguntas el hilo invisible de la pedagogía religiosa y las dinámicas de procedimiento que en cada catequesis llenen de sentido la vida, la fe y la esperanza del creyente. Quizá estos tres interrogantes, y por este orden, sirvan como pasos metodológicos para cada panorámica temática: 1) ¿Qué leemos en la Palabra, en la tradición... y cómo lo interpretamos?; 2) ¿Qué nos dice a nosotros en nuestro contexto existencial o cómo se actualiza esta palabra hoy?; 3) ¿Por qué nos atrevemos a expresarlo o compartirlo o celebrarlo o vivirlo?

Este itinerario catequético que se acaba de esbozar en las líneas precedentes, puede enriquecerse y, sobre todo, completarse, desarrollarse e, incluso, aplicarse siguiendo las acertadísimas propuestas del trabajo realizado durante dos años en la Escola de teologia de Tàrraga bajo la animación de Ferrán Manresa⁶.

Para este itinerario catequético, estructurado en las diez panorámicas temáticas, conviene estar equipado en todo momento de la cercanía de la Sagrada Escritura, los documentos del Vaticano II, el CCE (2759-2865) y algunos comentarios bíblico-teológicos del padrenuestro por los que se tenga especial estima.

NOTAS: 1. Invito al lector, como primer ejercicio de motivación, a acercarse y hojear, al menos una vez, S. SABUGAL, *El padrenuestro: catequesis antigua y moderna*, Sígueme, Salamanca 1994³, 13-46. — 2. *Weimar Ausgabe (WA), Martin Luthers Werke, Kritische Ausgabe*, vol. 38, 364. — 3. U. Luz, *El evangelio según san Mateo 1*, Sígueme, Salamanca 1993, 472. — 4. S. SABUGAL, o.c., 18. — 5. IRURE M., *Padrenuestros*, CCS, Madrid 1996, 3. — 6. Estas propuestas han sido publicadas en la colección *Praxis de Cuadernos Institut de Teologia Fonamental* de St. Cugat del Vallés (Barcelona), con el título *Padre Nuestro*.

BIBL.: AA.VV., *El Padrenuestro*, Biblia y Fe 25 (enero-abril 1983); ALEIXANDRE D., *Orar con el padrenuestro*, Proyecto Catequista 6-21 (octubre 1985-mayo 1987); ALONSO DÍAZ J., *Teología del Padre nuestro*, Casa de la Biblia, Madrid 1967; BONNARD P., *Evangelio según san Mateo*, Cristiandad, Madrid 1983, 129-139; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, Edice, Madrid 1999; ESPINEL J. L., *El Padre nuestro*, Ciencia Tomista 403 (1997) 205-220; HARING B., *El padrenuestro. Alianza, plegaria, programa de vida*, PPC, Madrid 1996; IRURE M., *Padrenuestros*, CCS, Madrid 1996; Luz U., *El evangelio según san Mateo 1*, Sígueme, Salamanca 1993, 465-494; MANRESA F., *Padre nuestro*, Cristianisme i Justicia, Barcelona 1989;

MARTÍN NIETO E., *El Padre nuestro. La oración de la utopía*, San Pablo, Madrid 1995; PoUILLY J., *Dios, nuestro Padre. La revelación de Dios Padre y el padrenuestro*, Verbo Divino, Estella 1990; SALAS A., *El padrenuestro*, Biblia y Fe, Madrid 1994; SCHWEIZER E., *El sermón de la montaña*, Sígueme, Salamanca 1990, 81-98; TARÉ H. J. DE, *El Padrenuestro... Un itinerario bíblico*, Narcea, Madrid 1994.

Carmelo Bueno Heras

ANTOLOGÍA EXEGÉTICA DEL PADRENUESTRO

Ofrecemos a continuación una selección antológica del Padrenuestro. En ella hemos incluido autores antiguos y modernos. La encabezan diez autores de la antigüedad patristica: había que comenzar escuchando algunos calificados representantes de la tradición cristiana, mediante la cual la iglesia no sólo «comprende cada vez mejor los libros sagrados» sino también «los mantiene siempre activos», siendo «el estudio de los Padres de la iglesia» valioso auxiliar en su «comprensión cada vez más profunda de la Sagrada Escritura»¹¹⁹. Dos comentarios representativos de la exégesis mística y catequética del siglo XVI—santa Teresa + Catecismo romano—enlazan aquellos antiguos comentarios con los cuatro—católicos + protestantes—representantes de la exégesis y teología hodiernas, a los que se suma nuestro comentario bíblico y catequístico. Esa antología incluye, pues, representantes principalmente de la exposición catequética (Tertuliano, Cirilo, Ambrosio, Teodoro Mopsuestia, Agustín, Catecismo romano) y homilética (Gregorio Niseno, Juan Crisóstomo, Agustín, R. Guardini), pero a la vez y también de la exégesis bíblica (Orígenes, Juan Crisóstomo, Agustín, H. van den Bussche, J. Jeremías), de la reflexión teológica (Cipriano, Orígenes, Agustín, Catecismo romano, D. Bonhoeffer, R. Guardini) y mística (Orígenes, San Gregorio Niseno, San Agustín, Santa Teresa). Los dos autores protestantes—D. Bonhoeffer y J. Jeremías—representan en nuestra antología el comentario de la «oración del Señor» por la teología (D. Bonhoeffer) y exégesis bíblica (J. Jeremías) de «los hermanos separados» de occidente, en cuya tradición teológica y litúrgica el padrenuestro ocupa un puesto de singular relieve¹²⁰, y cuyo «constante y solícito estudio de la Biblia» fue reconocido y encomiado recientemente por el más alto magisterio de la iglesia¹²¹.

1) **Tertuliano**, el gran apologista nordafricano (155-220), fue el primer comentarista del «padrenuestro». Lo hace en el contexto de su obra *Sobre la oración*¹²², el primer catecismo teológico y disciplinar sobre la misma de la edad patristica, escrito para los catecúmenos de su iglesia, siendo aún católico (198-200), con el fin de iniciarles en la práctica de la oración cristiana. Más que un tratado teológico es, pues, esa obra una catequesis catecumenal. Tras la breve introducción¹²³, en la que resalta la importancia de esa «nueva forma de oración»

(=el padrenuestro), que condensa «todo el evangelio», sigue el comentario catequético a la oración del Señor según el texto mateano¹²⁴, para exponer luego una enseñanza práctica sobre la plegaria cristiana¹²⁵. El comentario ocupa, pues, la parte central de esa obra catequética tertuliana.

2) Más amplia y también teológicamente más profunda es la explicación de san **Cipriano** en su obra *Sobre la oración del Señor*¹²⁶, escrita, como explicación homilética para los neófitos (252), bajo el evidente influjo de su maestro Tertuliano. Una introducción general sobre la oración¹²⁷ precede al homilético comentario del «padrenuestro» a raíz del texto mateano¹²⁸, concluido por una enseñanza práctica, que completa la temática general sobre la plegaria de la introducción¹²⁹.

3) A **Orígenes** se debe el primer comentario científico, exegético y teológico, del «padrenuestro». Lo aborda en su magnífico tratado *Sobre la oración cristiana*¹³⁰, compuesto (233) a ruegos de dos cristianos amigos suyos y en respuesta a dificultades sobre la esencia y necesidad de la plegaria, por aquellos planteadas¹³¹. A la introducción general¹³² del tratado siguen las tres partes centrales del mismo¹³³, en las que el ilustre catequista y teólogo alejandrino, tras abordar la temática sobre la oración en general—vocabulario bíblico, necesidad, clases, etc. - ¹³⁴, emprende el comentario al «padrenuestro»¹³⁵. En este amplio contexto, el Alejandrino aborda—¡por vez primera él! - , ante todo, el análisis del problema sobre las diferencias entre las formas textuales de Mt y Lc¹³⁶, optando por la solución más fácil, generalizada luego en el medievo y compartida por escasos exegetas modernos: se trata—concluye—de «dos oraciones distintas, aunque con ciertas partes comunes»¹³⁷. Seguidamente analiza el contexto inmediato anterior al texto de Mt¹³⁸, por él adoptado¹³⁹, para abordar luego su amplio y teológicamente rico comentario¹⁴⁰. Finalmente, complementa, en un tercer momento, la primera parte¹⁴¹, cerrando con una conclusión final su obra¹⁴². El comentario a la oración del Señor ocupa, pues, un puesto de honor en este tratado, que constituye, sin duda, una de las más preciadas joyas del rico y multiforme cofre origeniano.

4) **CIRILO DE JERUSALEN**: Durante la cuaresma del año 350 predicó el insigne obispo jerosolimitano san Cirilo, en la iglesia del Santo Sepulcro, sus famosas veinticuatro catequesis¹⁴³, otro inestimable tesoro de la antigua literatura cristiana, dirigidas a «los iluminados» o catecúmenos¹⁴⁴ y a «los neófitos»¹⁴⁵ de su iglesia. Estas cinco últimas «catequesis mistagógicas» tratan sobre el bautismo¹⁴⁶, la confirmación¹⁴⁷, la eucaristía¹⁴⁸ y, como «corona del edificio espiritual» de los recién bautizados», la santa misa¹⁴⁹. En el contexto de esta última¹⁵⁰, con la brevedad y claridad del experto catequista, explica san Cirilo «la oración que el Señor transmitió a sus discípulos»¹⁵¹.

5) En incierta fecha, pero posterior a la del catequista jerosolimitano, dedicó el teólogo y místico San **Gregorio Niseno** a la explicación del «padrenuestro» cinco homilías¹⁵², en las que, tras una introducción general sobre la oración¹⁵³, se detiene en el comentario místico y moral de «la oración del Señor»¹⁵⁴.

6) Hacia el año 390 dirigió el obispo milanés san **Ambrosio** a los neófitos de su iglesia una serie de catequesis mistagógicas Sobre los sacramentos¹⁵⁵ del bautismo¹⁵⁶, confirmación¹⁵⁷ y eucaristía¹⁵⁸. En el contexto de estas últimas ofrece dos comentarios a esa «oración (=el padrenuestro) corta pero llena de todas las cualidades»¹⁵⁹: muy breve el

segundo¹⁶⁰, más amplio e interesante el primero¹⁶¹, en el que la exégesis teológica y moral del «padrenuestro» se conjugan y armonizan.

7) Siendo aún probablemente presbítero, el futuro obispo y eminente exegeta antioqueno **Teodoro de Mopsuestia** dirigió (388-392) a los catecúmenos y neófitos de su iglesia dieciséis Homilias catequéticas¹⁶², de las cuales las diez primeras exponen para los catecúmenos el «Símbolo de la fe» según el «Credo niceno», mientras que las seis últimas ofrecen a los neófitos la explicación del «padrenuestro»¹⁶³, así como de la liturgia bautismal¹⁶⁴ y eucarística¹⁶⁵. El comentario a «la oración transmitida por nuestro Señor»¹⁶⁶, introducido por consideraciones generales sobre la plegaria¹⁶⁷, aborda la explicación teológica y moralizante¹⁶⁸ del padrenuestro, propia del catequista convencido de que en la «Oración dominical» se encuentra «toda la perfección moral»¹⁶⁹, no consistiendo, por lo demás, «la oración en palabras sino en costumbres, amor y aplicación al bien»¹⁷⁰; una convicción, que la exhortación final¹⁷¹ sintetiza.

8) En la línea de Teodoro se sitúa su amigo y elocuente orador san **Juan Crisóstomo**, quien explicó «el padrenuestro» en su Comentario al evangelio de Mateo¹⁷², compuesto a raíz de varias homilias pronunciadas (390) en Antioquía y dirigidas a los fieles de esa comunidad eclesiástica, en las que la elocuencia del predicador se armoniza con la instrucción del pastor.

9) Al obispo hiponense san **Agustín** corresponde el honor de ser el máximo comentarista del

«padrenuestro» en la edad patristica. Siete veces emprendió esa tarea. Lo hizo por vez primera en su *Comentario al sermón de la montaña*¹⁷³, escrito (393-394) siendo aún presbítero de Hipona. Su explicación, que refleja ya la profundidad del exegeta-teólogo y la intuición del místico, tiene el mérito de recoger la principal y multiforme tradición patristica-nordafricana, alejandrina, antioquena y «romana»- precedente. Cuatro veces más comentó el ya obispo hiponense (410-412) la «Oración dominical» en otras tantas catequesis ad competentes¹⁷⁴, los cuales, tras la devolución del Credo (=«redditio Symboli»), recibían la Oración del Señor (=«traditio Orationis dominicae»), para aprenderla de memoria y poder recitarla durante la celebración eucarística de la gran vigilia pascual, en la que por vez primera participaban después de haber recibido el bautismo. La reflexión teológica así como la instrucción moral práctica encuentran, en esos comentarios catequísticos al

«padrenuestro» realizados por el gran maestro de catequistas (=¡*De catechizandis rudibus!*), lograda síntesis. Finalmente Agustín lo comentó en su Ep. a Proba (411-412) y (428-429) su obra *Sobre el don de la perseverancia*¹⁷⁵. En todos esos comentarios como, en general, en

toda la obra literaria agustiniana, caminan de la mano como inseparables hermanas la reflexión del teólogo y pastor con la piedad del místico, prueba evidente de que Agustín — sus soliloquios y confesiones lo atestiguan— oraba cuando hacia teología, porque hacia teología cuando oraba.

10) A ruegos de las carmelitas de San José (Avila) y por orden del teólogo dominico Domingo Báñez, escribió santa **Teresa de Jesús** (1564-1567), la primera mujer recientemente declarada por el magisterio supremo (Pablo VI) «doctora de la iglesia» (1970), su obra *Camino de perfección*¹⁷⁶, que, en opinión de un especialista, constituye el «más ascético, práctico y asequible» de sus tratados espirituales. La explicación del «padrenuestro» ocupa la mitad¹⁷⁷ de ese clásico tratado sobre la oración, por ella

galantemente designado «el librito» y, también, «el Paternoster». Esta designación autógrafa

refleja ya la importancia asignada por la ilustre mística española al comentario sobre la Oración dominical, introducido por una exhortación a rezarla bien, como «guía segura» de oración vocal y contemplativa¹⁷⁸, y concluido por una consideración sobre la excelencia — previamente delineada¹⁷⁹—de la misma¹⁸⁰.

11) El año 1566 promulgaba el papa san Pío V el **Catecismo romano**¹⁸¹, elaborado por mandato de los padres conciliares de Trento como «formulario seguro, método fácil y presentación eficaz de las doctrinas fundamentales del cristianismo», en el cual encontrarán

«normas seguras... para la formación cristiana de las almas» cuantos «en la iglesia tienen una misión docente»¹⁸². Esa función desempeñó ese catecismo efectivamente en los siglos siguientes. Y puede seguir desempeñándola hoy, si se tiene en cuenta que, aunque «la época tridentina de la iglesia ha pasado definitivamente, la fe tridentina permanece fe de la iglesia»¹⁸³. Queda, pues, justificada su selección en nuestra antología. Corroborada también por el amplio espacio dedicado en ese documento—cristalización y epítome catequético de la teología tridentina— a la explicación del «padrenuestro»: de las cuatro partes que lo integran, las tres primeras exponen la enseñanza cristiana sobre el credo (primera parte), los sacramentos (segunda parte) y los mandamientos (tercera parte), dedicando toda la cuarta parte a la explicación catequético-teológica de esa «fórmula divina», que condensa en «preciosa síntesis qué y cómo debemos orar»¹⁸⁴. Esa explicación se abre con una introducción sobre «los principios generales de la teología católica sobre la oración»¹⁸⁵, seguida por el comentario exegético y patrístico, teológico y catequístico a cada una de las partes del «padrenuestro»¹⁸⁶.

12) El pastor y teólogo protestante **Dietrich Bonhoeffer** (1906-1945) encabeza, por orden cronológico, la selección antológica de autores modernos. Una selección justificada, si se tiene en cuenta el denso y actual pensamiento teológico de quien, durante su estancia en Roma, «este trozo de tierra que tanto quiero», asistía a los oficios litúrgicos de semana santa en las basílicas de San Juan de Letrán y de San Pedro, leyendo luego en la cárcel de Berlín- Tegel (1943) «con gran interés a Tertuliano, Cipriano y otros padres de la iglesia», por él considerados «en parte más actuales que los reformadores», y, a la vez, sólida «base para el diálogo entre protestantes y católicos»¹⁸⁷. En el contexto de la explicación teológica al

«sermón de la montaña» se inserta su comentario al «padrenuestro»¹⁸⁸, esa «oración por excelencia», mediante la cual Jesús nos «conduce hacia la claridad perfecta de la oración»¹⁸⁹. Un comentario breve, sencillo y, a la vez, profundo, testimonio de una vida iluminada con la luz del evangelio y premiada por el Señor con el martirio, ejecutado por las balas nazis (9 de abril 1945) en Flossenbürg.

13) En los años que siguieron a la segunda guerra mundial, el insigne humanista, filósofo y teólogo católico **Romano Guardini** (1885-1968) pronunció en la iglesia de San Luis (Munich), para estudiantes universitarios, una serie de homilias dominicales sobre diversos textos bíblicos. Varias de ellas se centraron sobre el comentario al «padrenuestro»¹⁹⁰, cuyas diversas partes explica con la profundidad y claridad características del autor, a quien el texto bíblico brinda frecuentemente la ocasión para el profundo análisis y exposición brillante de otros temas afines y esenciales, siempre nuevos, en un esfuerzo por iluminar, con la luz de la revelación cristiana, costados sombríos de la existencia humana.

14) La exégesis católica moderna está representada en nuestra antología por el biblista belga H. van der Bussche (1920-1965),

cuyas publicaciones exegéticas vétero y

neotestamentarias, especialmente su comentario al cuarto evangelio, le han merecidamente asignado un puesto de honor. No cede en mérito su explicación al «padrenuestro»¹⁹¹: introducida por un estudio preliminar sobre su importancia, doble tradición literaria (Mt + Lc) y circunstancia de su enseñanza¹⁹², el comentario a cada una de sus partes integrantes constituye el grueso de esos densos análisis, dominados por el esfuerzo de facilitar la comprensión de los principales vocablos, a la luz de su trasfondo bíblico, vétero y neotestamentario.

15) Cierra nuestra selección antológica el exegeta protestante **Joachim Jeremías** (1900-1979), mundialmente conocido por sus publicaciones sobre el antiguo y—principalmente—nuevo testamento, cuyos estudios sobre el mensaje prístino de Jesús así como su análisis de teología bíblica neotestamentaria, todos ellos penetrados de profunda piedad cristiana, constituyen una difícilmente superable cima en la actual exégesis bíblica. No cede en profundidad y altura su estudio sobre el significado original del «padrenuestro»¹⁹³, claro y substancial «compendio de la predicación de Jesús»¹⁹⁴, cuyos extractos antológicos el lector puede leer y meditar—creemos—con provecho.

16) El comentario que, tras esa antigua y moderna antología, ofrecemos personalmente a la Oración dominical, intenta situarse—de forma más modesta—en la misma línea de nuestros ilustres predecesores. Aun presuponiendo el rápido estudio histórico-tradicional del padrenuestro, previamente delineado (cf. supra), prescindimos intencionadamente del minucioso análisis filológico y literario, propio de una exégesis para especialistas y eruditos. Hemos ofrecido en nuestra reciente monografía ese detenido estudio histórico-tradicional¹⁹⁵, tras haber expuesto la historia de su interpretación antigua y moderna¹⁹⁶. El que ahora ofrecemos, sin embargo, no pretende ser eso. Como en el prólogo anunciábamos, nuestra exposición exegética quiere ser principalmente teológica y, desde luego, catequética: accesible a la fácil comprensión del lector no especializado, del simple fiel. Evitaremos, por lo demás, repetir los análisis de quienes nos precedieron. ¡Hay que dar un paso más! Eso pretende nuestro estudio. Para ello, nos situaremos solamente al nivel de las redacciones literarias de los evangelistas Mateo¹⁹⁷ y Lucas¹⁹⁸. Y, a la luz del inmediato o remoto contexto evangélico, nos esforzaremos por desvelar su respectiva concepción teológica, poco o superficialmente delineada por los comentaristas del padrenuestro, intentando actualizarla con la ayuda de los principales documentos ofrecidos por el magisterio. Con ello, pero siempre «muy atentos a no hacer pasar» por cierto lo que sólo es opinable o discutible «entre expertos» pretendemos contribuir a la formación de «cristianos firmes en lo esencial y humildemente felices en su fe»¹⁹⁹, ayudándoles a la comprensión y vivencia de la literariamente más bella y teológicamente más rica plegaria de todos los tiempos, la cual, enseñada por Cristo, fue, es y será la oración por excelencia del cristiano.

119. Cf. Concilio Vaticano II, Constit. DV II, 8; III, 23.

120. Cf. E. von Goltz, o. c., 71-125; O. Dibelius, o. c., 73-125; K. Aher, Das Vaterunser in der Geschichte der evangelischen Frömmigkeit, Halle 1924; W. Jannasch, Vaterunser, en RGG 3VI, 1237 s; J. D. Bendit, Le Notre Pere dans le culte et la priere des églises protestantes: MaiDieu 85 (1966) 101-116; S. Sabugal, Abba..., 61-70 (bibliogr.). Una tradición, que se remonta a la primera explicación (1519) del «padrenuestro» ofrecida por M. Lutero, Auslegung deutsch des Vaterunser für die einfältigen Laien, en Luthers Werke II, Weimar

1884, 74-130.

Sobre la exégesis del padrenuestro por Lutero así como por los otros reformadores y primeros teólogos protestantes, cf. S. Sabugal, o. c., 53-54-70 (fuentes bibliogr.).

121. Conc. Vat. II, Decr. De oecumenismo, III, 21.

122. Tertuliano, De oratione, CC 1, 255- 274.

123. De orat., I, 1-6.

124. De orat., II, I-IX, 3. Sobre este comentario tertuliano, cf.; E. von Goltz o. c., 279- 282; G. Loeschke, o. c., passim; J. Moffat, art. cit., 24-41; R. H. Hoyle art. cit., 217-219; O. Schaffer, Das Vater unser, das Gebet des Christen. Eine ascetische Studie nach Tertullians «De oratione»: ThG1 35 (1943) 1-6; A. Hamman, o. c. 709-13 V. Grossi, o. c., 36-57; J. Quasten, Patrología 1, Madrid 21-968, 594-96 (bibliogr.); S. Sabugal, Abbá..., 83 s (bibliogr.+síntesis).

125. De orat., X-XXVIII.

126. San Cipriano, De dominica oratione, CSEL III. I, 265-294; traducción española: J. Campos, Obras de san Cipriano, Madrid 1964, 199-229 (hemos usado esta traducción). Sobre el comentario de san Cipriano, cf. E. von Goltz, o. c., 283-287; G. Loeschke, o. c. (passim); J. Moffat, an. cit., 176-189; A. Hamman, o. c., 714-718; V. Grossi, o. c., 82-85. 95-115; J. Quasten, o. c., 1, 648-650 (bibliogr.); S. Sabugal, Abbá..., 84 s (bibliogr + síntesis).

127. De dom. orat., 1-7.

128. De dom. orat., 8-27.

129. De dom. orat. 28-36.

130. Origenes, Peri euchês, en Origenes Werke II1 (CGS), Leipzig 1899, 297-403); traducción española: F. Mendoza Ruiz, Origenes. Tratado sobre la oración, Madrid 1966, 134-136 (hemos usado esta traducción).

131. Cf. o. c., II, 1; V, 1.6; XXXIV.

132. Cf. o. c., I-II.

133. Cf. o. c., III-XXXIII.

134. Cf. o. c., III-XVII.

135. Cf. o. c., XVIII-XXX. Sobre el comentario del Alejandrino, cf. F. H. Chase, o. c. (pássim); E. von Goltz, o. c., 266-278; O. Dibelius, o. c., 33-45; G. Walter, o. c., 4-

22, H. Pope, Origen 's treatise on the proyer: AER 60 (1919) 533-549; A. Hamman, o. c., 741-748; J. Quasten, o. c. 1, 379-82 (bibliogr.); S. Sabugal, Abbá..., 85-88 (bibliogr.+exposición sintética).

136. Cf. o. c., XVIII, 2-3.

137. Cf. o. c., XVIII, 3.

138. Cf. o. c., XIX, I-XXI, 2.

139. Cf. o. c., XVIII, 2.

140. Cf. o. c., XXII, I-XXX, 3.

141. Cf. o. c., XXXI-XXXIII.

142. Cf. o. c., XXXIV.

143. San Cirilo Jeros., Catecheses, PG 33, 331-1128: 1117-1123. Traducción española: A. Ubierna, San Cirilo de Jerusalén. Las Catequesis, Madrid 1946; J. Solano, Textos eucarísticos primitivos I, Madrid, 1952, 322-337 (hemos usado esta traducción).

144. Proto-catequesis+Cat. 1-18.

145. Cat. 19-23.

146. Cat. 19-20.

147. Cat. 21.
148. Cat. 22.
149. Cat. 23.
150. Cat 23, 11-18. Cf. G. Walter, o. c., 22-31; R. B. Hoyle, art. cit., 223-224; S. Sabugal, Abbá..., 89-90 (bibliogr. +síntesis). Abundante bibliografía sobre las catequesis del obispo jerosolimatano: J. Quasten, o. c. II, Madrid, 1962, 383 s.
151. Cat. 23, 11.
152. San Gregorio Nis., De oratione dominica I-V (PG 44, 1120-1193); cf. a este respecto: O. Dibelius, o. c., 45-50; G. Walter, o. c., 31-49; R. B. Hoyle, art. cit., 224; S. Sabugal, Abbá..., 89-90 (bibliogr. +síntesis). Sobre esa obra del Niseno, cf. J. Quasten, o. c. 11, 280-282 (bibliogr.).
153. Cf. o. c., Hom. I.
154. Cf. o. c., Hom, 2-5.
155. San Ambrosio, De sacramentis, V 4, 18- 30: CSEL 73, 65-72. Traducción española: Cl. Basevi, San Ambrosio. La iniciación cristiana, Madrid 1977, 41-117 (hemos tenido en cuenta esta traducción).
156. Cf. o. c., Libr. 1-2.
157. Cf. o. c., Libr. 3.
158. Cf. o. c., Libr. 4-6.
159. Libr. 5, 18.
160. Libr. 6, 24.
161. Libr. 5, 18-29. Sobre el comentario ambrosiano, cf. A. Paredi, La liturgia di Sant'Ambrogio, en Varios, Sant'Ambrogio, Milano 1940, 69-157; B. Arezzo, La catechesi di Sant'Ambrogio, Genova 1957, 59-71; S. Sabugal, Abbá..., 90-91 (bibliogr.+exposición sintética).
162. Descubiertas (1932) y publicadas (texto siríaco+traducción inglesa) por vez primera por A. Mingana, Commentary of Theodore of Mopsuestia on the Nicene creed, Cambridge 1932; Id., Commentary of Theodore of Mopsuestia on the Lord's prayer and on the sacramento of baptism and the eucharisty, Cambridge 1933. Todas las homilias han sido publicadas (texto siríaco+traducción francesa) más recientemente por R. Tonneau-R. Devresse, Les homélies catéchétiques de Theodore de Mopsueste, Ciudad del Vaticano 1949, 281-321 (=coment. al padrenuestro). Sobre las catequesis teodosianas, cf. J. Quasten, o. c. 11, 427-429 (bibliogr.).
163. Hom. 11.
164. Hom. 12-14.
165. Hom. 15-16.
166. Hom. 11, 1.
167. Hom, 11, 1-5.
168. Hom. 11, 7-18: cf. S. Sabugal, Abbá , 94-96 (bibliogr. +exposición sintética).
169. Hom. 11, 19.
170. Hom. 11, 3.
171. Hom. 11, 19.
172. San Juan Cris., In Mathenium Hom. XIX 4-6 (PG 57, 277-82); traducción española: D. Ruiz Bueno, Obras de san Juan Crisóstomo. Homilias sobre el evangelio según san Mateo, Madrid 1955, 398-407 (hemos usado esta traducción). El insigne predicador comentó una vez más el padrenuestro: Oratio Dominica eiusque explicatio (PG 51, 44-48). Sobre el comentario de Crisóstomo,

- cf. G. Walter, o.c., 49-72; R. B. Hoyle, art. cit., 224 s; S. Sabugal, Abbá..., 93-94 (bilingüe.+exposición sintética).
173. San Agustín, De sermone Domini in monte, 114, 15-9, 35: PL 35, 1275-85=CC 35, 104-126. Traducción española: F. García, Sermón de la montaña, en Obras de san Agustín XII, Madrid 1954, 776-995 (hemos usado esta traducción).
174. San Agustín, De oratione dominica ad competentes, Serm. 56, 57, 58, 59: PL 38, 377-402; traducción española: L. Alvarez, Los sermones de san Agustín II, Madrid 1926, 68-102 (hemos usado esta traducción para los Serm. 57 y 58); A. del Fueyo, Homilías, en Obras de san Agustín X, Madrid 1952, 79-115 (=Serm. 57, 58, 59); Id., Sermones, en Obras de san Agustín VII, Madrid, 1950, 585-607 (=Serm. 56: hemos usado esta traducción).
175. San Agustín, Carta 130: A Proba, X1 21, en Obras de san Agustín XI, Madrid 1953, 73-75; De dono perseverantiae II 4-V 9. Sobre el rico y múltiple comentario agustiniano al padrenuestro, cf. J. Moffat, art. cit., 259-272; R. B. Hoyle, art. cit., 221 s; G. Pia Coasolo, Le preghiera del Signore in S. Agostino, Fossano 1962; Th. Hand, St. Augustin on prayer, Dublín 1963, 95-117; S. Poque, Agustín d'Hippone. Sermons sur la Pique (SChr, 116), Paris 1966, 65-69; V. Capánaga, Agustín de Hipona, Madrid 1974, 367 s; V. Grossi, o. c., 125-179; S. Sabugal, Abbá..., 96-104 (bibliogr.+amplia exposición sintética).
176. Santa Teresa de Jesús, Camino de perfección (editado por vez primera en Evora [1583], fue reeditado luego [1588] en Salamanca por el insigne bibliista y literato agustino fray Luis de León), en Obras completas, Madrid 1974, 291-382 (hemos usado esta edición).
177. Cf. o. c., cap. 27-42.
178. Cf. o. c., cap. 24-26.
179. Cf. o. c., cap. 37.
180. Cf. o. c., cap. 42.
181. Cf. texto latino, versión española, introducciones y notas por P. Martín Hernández, Catecismo romano, Madrid 1956, 867-1019 (hemos usado, frecuentemente revisada, esta traducción).
182. O. c., Pról. 8.
183. H. Jedin, Geschichte des Konzils von Trient IV.2, Freiburg i. Br. 1975, 258. ése lapidario aserto del recientemente fallecido (1979) ilustre historiador católico de la iglesia, renombrado especialista precisamente en el periodo tridentino (además de la voluminosa obra citada, cf. Id., Origen y penetración de la reforma católica hasta 1563, en Manual de historia de la iglesia V, Barcelona 1972, 594-679), está corroborado por el Conc. Vat. II, el cual «confirma los decretos» del concilio de Trento sobre «la revelación divina y su transmisión» (Const. DV, 1), «mantiene firme» sus «principios dogmáticos» obre la comunión eucarística (Const. SC, 11 55) y «continúa la obra iniciada» por aquél sobre la formación sacerdotal (Decr. OT, 22), citando reiteradamente asimismo los documentos del mencionado Concilio en sus «Constituciones» (cf. Const. LG, I 8; III 15.21.28; VII 50.51; VIII 22; Const. DV, II, 9; III 11; Const. SC, I 6.7.33; III 77) y «decretos»: cf. Decr. ChD, II 1; PO I 2; II 4. El concilio de Trento está, pues, bien representado en el conc. Vat. II.
184. Cat. Rom., IV, intr. 1.
185. Cat. Rom., IV, intr. 1-9.
186. Cat. Rom., IV, 1, I-IX, 6.

187. D. Bonhoeffer, *Resistencia y sumisión*, Salamanca 1983, 103.
188. D. Bonhoeffer, *El precio de la gracia*, Salamanca 1968, 175-179.
189. *Ibid.*, 176.
190. R. Guardini, *Oración y verdad. Meditaciones sobre el padrenuestro*, en *Meditaciones teológicas*, Madrid 1965, 271-482.
191. H. van den Bussche, *El «padrenuestro»*, Bilbao 1963.
192. *Cf. o. c.*, 7-33.
193. J. Jeremías, *Das Vater-unser im Lichte der neueren Forschung*, Stuttgart 3, 1965, estudio recogido y ampliado en *Id., Abba. Studien zur neatestamentlichen Theologie und Zeitgeschichte*, Gottingen 1966, 152-171 (hemos traducido según esta última edición); *cf. también Id., Teología del nuevo testamento I*, Salamanca 5, 1985, 227-238.
194. J. Jeremías. *Abba*, 171.
195. S. Sabugal, *Abbá... La oración del Señor*, Madrid 1985, 133 ss.
196. S. Sabugal. *o. c.*, 17-131.
197. Una exposición más amplia ofrecemos en: *art. cit. (supra, n. 87)*, 315-29; *o. c.*, 152-95: 172 ss.
198. Para una exposición más amplia, *cf. art. cit. (supra, n. 69)*, 257-73, *o. c.*, 195-239: 215 ss.
199. Juan Pablo II, *Exh. apost. Catechesi tradendae VIII 61*.

Padre nuestro que estás en los cielos

I. TERTULIANO

(De orat. II, 1-7)

Con esta invocación oramos a Dios y proclamamos nuestra fe. Está escrito: «A quienes en él creyeron, les dio potestad de ser llamados hijos de Dios»¹. Muy frecuentemente el Señor llamó a Dios nuestro Padre. Más aún, ordenó que no llamemos padre en la tierra, sino al que tenemos en el cielo². Orando así, obedecemos, pues, a su precepto. ¡Dichosos los que conocen al Padre! Esto es lo que reprocha a Israel, cuando el Espíritu invoca el testimonio del cielo y de la tierra diciendo: «Engendré hijos, pero ellos no le conocieron»³. Por otra parte, llamándole Padre titulamos a Dios. Este, en efecto, es al mismo tiempo un título de piedad y de poder. Asimismo, en el Padre es invocado el Hijo. Pues El dijo: «Yo y el Padre somos una sola cosa»⁴. Ni siquiera es silenciada la madre iglesia, dado que en el Hijo y en el Padre se reconoce a la Madre, de la que recibe consistencia el nombre tanto del Padre como del Hijo. Con un título o vocablo, por tanto, honramos a Dios con los suyos, recordamos su precepto y reprochamos a quienes se olvidan del Padre.

II. SAN CIPRIANO

(Sobre la oración dominical, 8-11)

Ante todo no quiso el Doctor de la paz y Maestro de la unidad, que orara cada uno por sí y privadamente, de modo que cada uno, cuando ora, ruegue sólo por sí. No decimos «Padre mío, que estás en los cielos», ni «el pan mio dame hoy», ni pide cada uno que se le perdone a él solo su deuda o que no sea dejado en la tentación y librado de mal. Es pública y común nuestra oración; y cuando oramos, no oramos por uno solo sino por todo el pueblo, porque todo el pueblo forma una sola cosa. El Dios de la paz, que nos enseña la concordia y la unidad, quiso que uno solo orase por todos, como él llevó a todos en sí solo. Esta ley de la oración observaron los tres jóvenes encerrados en el horno, puesto que oraron a una y unánimes y concordés en el espíritu. Nos lo atestigua la palabra de la Sagrada Escritura; y cuando refiere cómo oraron éstos, nos propone un ejemplo a la vez para imitarlo en nuestras oraciones, de modo que seamos semejantes a ellos: «Entonces, dice, los tres como con una sola boca cantaban un himno y bendecían al Señor»⁵. Hablaban como por una sola boca; y eso que todavía no había enseñado Cristo a orar. Por eso fue su oración tan poderosa y eficaz, pues no podía menos de merecer del Señor aquella súplica tan unida y espiritual. Así también vemos que oraron los apóstoles junto con los discípulos a raíz de la ascensión del Señor: «Perseveraban todos unánimes en la oración junto con las mujeres y con María, que era la madre de Jesús, y sus hermanos»⁶. Esta perseverancia en unanimidad de oración daba a entender el fervor, a la vez que la concordia de su oración; porque Dios, que hace que «habiten unidos en la casa», no admite en su morada eterna del cielo más que a los que se unen en la oración.

Pero ¡qué misterios, hermanos amadísimos, se encierran en la oración del padrenuestro!

¡Cuántos y cuán grandes, recogidos en resumen y especialmente fecundos por su eficacia, de tal manera que no ha dejado nada que no esté comprendido en esta breve fórmula llena

de doctrina celestial! «Así, dice, debéis orar: Padre nuestro, que estás en los cielos».

«Padre», dice en primer lugar el hombre nuevo, regenerado y restituido a su Dios por la gracia, porque ya ha empezado a ser hijo. «Vino a los suyos, dice, y los suyos no lo recibieron; a cuantos lo recibieron, les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre»⁷. El que, por tanto, ha creído en su nombre y se ha hecho hijo de Dios, debe empezar por eso a dar gracias y hacer profesión de hijo de Dios, puesto que llama Padre a Dios, que «está en los cielos»; debe testificar también que desde sus primeras palabras en su nacimiento espiritual ha renunciado al padre terreno y carnal, y que no reconoce ni tiene otro padre que el del cielo, como está escrito: «Los que dicen al padre y a la madre: no te conozco, y no reconocieron a sus hijos, éstos observaron tus preceptos y guardaron tu alianza»⁸. Lo mismo mandó el Señor en su evangelio, que no llamemos a nadie padre nuestro en la tierra, porque, realmente, no tenemos más que un solo Padre en el cielo⁹. Y al discípulo, que le había hecho presente la muerte de su padre, le respondió: «Deja que los muertos entierren a los muertos»¹⁰, pues había dicho que su padre había muerto, siendo así que el Padre de los creyentes está siempre vivo.

Y no sólo, hermanos amadísimos, debemos comprender por qué llamamos «Padre que estás en los cielos», sino que añadimos «Padre nuestro», es decir, de aquellos que creen, de aquellos que, santificados por él y regenerados por el nuevo nacimiento de la gracia espiritual, han comenzado a ser hijos de Dios. Esta palabra, por otra parte, roza y da un golpe a los judíos, porque no sólo repudiaron deslealmente a Cristo, que les había sido anunciado por los profetas y enviado antes que a nadie a ellos, sino hasta lo mataron cruelmente; éstos no pueden ya llamar Padre al Señor, puesto que el mismo Señor los confunde y rebate con las siguientes palabras: «Vosotros habéis nacido del padre diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. El fue homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él»¹¹. Y Dios clama con indignación por el profeta Isaías: «Engendré hijos y los ensalcé, pero ellos me despreciaron; el buey conoció a su dueño, y el asno, el pesebre de su amo; Israel, en cambio, no me ha conocido y el pueblo no me comprendió; ¡ay de esta nación pecadora, pueblo cargado de pecados, raza malvada, hijos de perdición! habéis abandonado al Señor y habéis llevado a la cólera al Santo de Israel»¹². Como reproche para ellos, los cristianos cuando oramos decimos «Padre nuestro», porque ya empezó a ser nuestro y dejó de serlo de los judíos, que lo abandonaron. Y un pueblo pecador no puede ser hijo, pues se atribuye el nombre de hijos a quienes se concede la remisión de los pecados y se promete la eternidad, ya que dice el mismo Señor:

«Todo el que comete el pecado es esclavo; y el esclavo no queda en la casa para siempre, pero el hijo queda para siempre»¹³.

¡Cuán grande es la clemencia del Señor, cuán grande la difusión de su gracia y bondad, pues quiso que orásemos frecuentemente en presencia de Dios, le llamemos Padre y, así como Cristo es Hijo de Dios, así nos llamemos nosotros hijos de Dios! Ninguno de nosotros osaría pronunciar tal nombre en la oración, si no nos lo hubiera permitido él mismo. Hemos de acordarnos, por tanto, hermanos amadísimos, y saber que, cuando llamamos Padre a Dios, es consecuencia que obremos como hijos de Dios, con el fin de que, así como nosotros nos honramos con tenerle por Padre, él pueda honrarse de nosotros. Hemos de portarnos como templos de Dios, para que sea una prueba de que habita en nosotros el Señor y no desdigan nuestros actos del Espíritu recibido, de modo que los que hemos empezado a ser celestiales y espirituales no pensemos y obremos más que cosas

espirituales y celestiales, porque el mismo Señor y Dios ha dicho: «Glorificaré a los que me glorifican y será despreciado el que me desprecia»¹⁴.

También el santo apóstol afirmó: «No sois dueños de vosotros, pues habéis sido comprados a gran precio: "¡glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo!"»¹⁵.

III. ORÍGENES

(Sobre la oración, XXII, 1-XXIII, 5)

Sería digno de observar, si en el antiguo testamento se encuentra una oración en la que alguien invoca a Dios como Padre; porque nosotros hasta el presente no la hemos encontrado, a pesar de haberla buscado con todo interés. Y no decimos que Dios no haya sido llamado con el título de Padre, o que los que han creído en él no hayan sido llamados hijos de Dios; sino que por ninguna parte hemos encontrado en una plegaria esa confianza proclamada por el Salvador de invocar a Dios como Padre. Por lo demás, que Dios es llamado Padre e hijos los que se atuvieron a la palabra divina, se puede constatar en muchos pasajes veterotestamentarios. Así: «Dejaste a Dios que te engendró, y diste al olvido a Dios que te alimentó»¹⁶; y poco antes: «¿No es él el padre que te crió, el que por sí mismo te hizo y te formó?»¹⁷, y todavía en el mismo pasaje: «Son hijos sin fidelidad alguna»¹⁸. Y en Isaías: «Yo he criado hijos y los he enaltecido, pero ellos me han despreciado»¹⁹. Y en Malaquías: «El hijo honrará a su padre y el siervo a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra?»²⁰.

Aunque en todos estos textos Dios sea llamado Padre, e hijos aquellos que fueron engendrados por la palabra de la fe en él, no se encuentra, sin embargo, en la antigüedad una afirmación clara e indefectible de esta filiación. Y así los mismos lugares aducidos muestran que eran realmente súbditos los que se llamaban hijos. Ya que, según el apóstol,

«mientras el heredero es menor, siendo el dueño de todo, no difiere del siervo; sino que está bajo tutores y encargados hasta la fecha señalada por el padre»²¹. Mas la plenitud de los tiempos llegó con la venida de nuestro señor Jesucristo, cuando puede recibirse libremente la adopción, como enseña san Pablo cuando afirma que «¡habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: Abbá, Padre!»²². Y en el evangelio de san Juan leemos:

«Mas a cuantos lo recibieron les dio poder para llegar a ser hijos de Dios; a los que creen en su nombre»²³. Y por este espíritu de adopción de hijos sabemos [...], que «todo el que ha nacido de Dios no peca, porque la simiente de Dios está en él; y no puede pecar, porque ha nacido de Dios»²⁴.

Por todo esto, si entendiéramos lo que escribe san Lucas al decir: «Cuando oréis, decid: Padre»²⁵, nos avergonzaríamos de invocarlo bajo ese título, si no somos hijos legítimos. Porque sería triste que, junto a los demás pecados nuestros, añadiéramos el crimen de la impiedad. E intentaré explicarme. San Pablo afirma [...], que «nadie puede decir: <Jesús es el Señor>, sino en el Espíritu santo; y nadie hablando en el Espíritu de Dios puede decir:

<anatema Jesús>»²⁶. A uno mismo llama Espíritu santo y Espíritu de Dios. Mas no está claro lo que significa decir «Jesús es el Señor» en el Espíritu santo, ya que esta expresión la dicen muchísimos hipócritas y muchísimos heterodoxos; y a veces también los demonios, vencidos por la eficacia de este mismo nombre. Y nadie osará afirmar que alguno de éstos pronuncie el nombre del «Señor Jesús en el Espíritu santo». Porque ni siquiera querrían

decir: Señor Jesús; ya que sólo lo dicen de corazón los que sirven al Verbo de Dios, y

únicamente a él lo invocan como Señor, al hacer cualquier obra. Y si éstos son los que dicen: «Señor Jesús», entonces todo el que peca, anatematizando con su prevaricación al Verbo divino, con las obras mismas exclama: «anatema a Jesús». Pues de la manera que el que sirve al Verbo de Dios dice: «Señor Jesús», y el que se comporta de modo contrario dice: «anatema Jesús», así todo el que ha nacido de Dios y no hace pecado, por participar de la semilla divina que aparta de todo pecador²⁷, con sus obras está diciendo: «Padre nuestro que estás en los cielos», dando «el Espíritu mismo testimonio a su espíritu de que son hijos de Dios»²⁸ y sus herederos y coherederos con Cristo, ya que al participar en los trabajos y dolores esperan lógicamente participar en la gloria²⁹.

Y para que no digan a medias el «Padre nuestro», al testimonio de sus obras se acompaña también el de su corazón—fuente y principio de toda obra buena—, y el de su boca, que confiesa para la salud³⁰.

Y de esta manera todas sus obras, palabras y pensamientos, configurados por el mismo Verbo unigénito, reproducen la imagen de Dios invisible y se hacen a imagen del Creador que hace salir el sol sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos³¹, para que esté en ellos la imagen del Celestial³², quien, a su vez, es imagen de Dios. Pues siendo los santos una imagen de la Imagen (que es el Hijo), expresan la filiación al haber sido hechos conforme no sólo al cuerpo glorioso de Cristo, sino a la persona que está en ese cuerpo. Son, pues, configurados con aquél, que está en el cuerpo glorioso, al haber sido transformados por la renovación del espíritu. Si, pues, los que son del todo así, dicen: «Padre nuestro que estás en los cielos», es evidente que quien comete pecado [...] es del diablo, porque «el diablo desde el principio peca»³³. Y así como la semilla de Dios, al permanecer en quien ha nacido de Dios, es la causa de que no pueda pecar por estar configurado al Verbo unigénito, así en todo el que comete pecado se encuentra la semilla del diablo, que mientras está en el alma no le deja posibilidad de realizar el bien. Pero como «el Hijo de Dios ha aparecido» para esto, «para destruir las obras del diablo»³⁴, puede ocurrir que, viniendo a nuestra alma el Verbo de Dios, destruyendo la obra del diablo, haga desaparecer la mala semilla arrojada en nosotros, viniendo a ser hechos de Dios.

No pensemos que hemos aprendido solamente a recitar unas palabras en determinados momentos destinados a la oración, sino que, entendiendo lo que arriba dijimos con respecto al «orad sin cesar»³⁵, comprenderemos que toda nuestra vida, en incesante oración, debería decir: «Padre nuestro que estás en los cielos»; y no debería estar nuestra conversación en modo alguno sobre la tierra, sino completamente en el cielo³⁶, que es el trono de Dios, ya que ha sido establecido el reino de Dios en todos los portadores de la imagen del Celestial³⁷ y, por esto, han venido a ser celestiales.

Cuando se dice que el Padre de los santos «está en los cielos», no se ha de pensar que está limitado por una figura corpórea y que habita en los cielos como en un lugar. Pues, si estuviera comprendido por los cielos, vendría a ser menor que los cielos, que lo abarcan. Por el contrario, se ha de creer que es él el que, con su inefable y divina virtud, lo abarca y lo contiene todo. En general, las palabras que, tomadas a la letra, pueden parecer a la gente sencilla que indican estar en un lugar, hay que entenderlas en un sentido elevado y espiritual, acomodado a la noción de Dios.

Consideremos estas palabras [...]: «Antes de la fiesta de la pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin»³⁸. Y poco más adelante: «Sabido que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas, y que había salido de Dios y a él se volvía»³⁹. Y en el capítulo siguiente: «Habéis oído lo que os dije: me voy, pero vuelvo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre»⁴⁰. y nuevamente más adelante: «Mas ahora voy al que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿adónde vas?»⁴¹. Si estas frases se han de tomar en relación a un lugar, del mismo modo también la siguiente: «Respondió Jesús y les dijo: si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y en él haremos morada»⁴².

Mas esta expresión no implica que haya de entenderse como un tránsito de un lugar a otro la venida del Padre y del Hijo a aquél que ama la palabra de Jesús. Luego ni aquellas primeras se han de tomar localmente, sino que el Verbo de Dios, que se acomodó a nosotros y se humilló en su dignidad mientras estuvo entre los hombres, dice que pasa de este mundo al Padre, para que nosotros allí lo contemplemos a él en su perfección—vuelto desde la vacuidad con que se despojó (cuando estuvo con nosotros) a su propia plenitud—, donde también nosotros, sirviéndonos de él como de jefe, seremos llevados a la plenitud y librados de toda vacuidad. ¡Marche, pues, después de abandonar el mundo, el Verbo de Dios a aquél que lo envió! ¡Vaya al Padre! Tratemos de entender en sentido más místico aquellas palabras [...]: «Deja ya de tocarme, porque aún no he subido al Padre»⁴³, y concibamos con santa claridad la ascensión del Hijo hasta el Padre de una cierta manera más divina, de suerte que con esta subida más bien suba la mente que el cuerpo[...].

IV. SAN CIRILO DE JERUSALÉN

(Cateq. XXIII, 11)

¡Oh grandísimo amor de Dios para con el hombre! A los que le abandonaron y cayeron en las peores maldades ha dado tal perdón de sus males y tal participación de su gracia, que quiere ser llamado incluso Padre. «Padre nuestro, que estás en los cielos». Cielos son también, sin duda, aquellos hombres que llevan la imagen celestial, en los que está Dios habitando y paseándose⁴⁴.

V. SAN GREGORIO NISENO

(De orat. domin., II (PG 44, 1135D- 1148C))

[...] Es evidente que un hombre sensato no se permitiría usar el vocablo Padre, si no se asemejase a él. Quien por su naturaleza es bueno, no puede engendrar el mal [...]. Quien es todo perfección, no puede ser el Padre de quienes están sometidos al pecado. Si quien aspira a la perfección entra en sí, descubre la propia conciencia manchada de vicios y, aun reconociéndose pecador, se considera familiarizado con Dios, llamándole Padre sin haberse previamente purificado de sus faltas, ese tal sería presuntuoso y blasfemo, pues llamaría a Dios padre de su pecado [...]. Es, pues, peligroso recitar esta oración y llamar a Dios Padre, antes de haber purificado la propia vida [...]. Pero me parece que estas palabras envuelven un significado más profundo, pues evocan la patria, de la que hemos caído, así como el noble origen, que hemos perdido. Así, en la parábola del joven que dejó su casa paterna y se fue a vivir a modo de cerdo, el Verbo nos revela parabólicamente la miseria del hombre, su alejamiento y libertinaje, no recuperando su felicidad prístina, hasta que, tras haber

tomado conciencia de su presente apuro y haber entrado en sí mismo, rumió palabras de arrepentimiento. Palabras que concuerdan con las de nuestra oración: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti»⁴⁵. No se habría acusado de haber pecado contra el cielo, si no estuviese convencido de que el cielo era precisamente la patria, por él abandonada cuando pecó. Esta confesión le facilitó el acceso al padre, quien, corriendo a su encuentro, le abrazó y le besó [...]. Y así como el retorno del joven a la casa paterna le brindó la ocasión para experimentar la benevolencia del padre [...], así el Señor, enseñándonos a invocar al «Padre que está en los cielos», quiere recordarte tu bella patria, para suscitar en ti un vivo deseo del bien y reconducirte a tu país de origen.

Ahora bien, el camino que conduce al cielo no es otro que la fuga de los males del mundo, con el fin de consumir la asemejanza con Dios. Una asemejanza, que significa devenir justos, santos, buenos, etc. Quien, en cuanto le es posible, refleja las características de estas virtudes, pasa automáticamente y sin esfuerzo alguno de esta vida terrena a la vida del cielo [...]. Como no hay esfuerzo en elegir el bien—dado que la elección te da ya la posesión de las cosas elegidas—, así tú, uniéndote a Dios, puedes habitar desde ahora en el cielo: si

«Dios está en el cielo»⁴⁶, si «tú estás unido a Dios»⁴⁷, necesariamente te encontrarás donde Dios está, puesto que estás unidos a Dios. Por eso, cuando él preceptuó en la oración llamar Padre a Dios, no te ordena otra cosa que asemejarte al Padre celeste, mediante una vida digna de Dios, como explícitamente lo hizo al decir: «Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celeste»⁴⁸.

Si, pues, hemos comprendido el significado de esta oración, es hora de preparar nuestro espíritu, para, con audaz confianza, poder pronunciar las palabras: «Padre nuestro, que estás en los cielos». Porque, como existen características obvias de semejanza con Dios, mediante la cual uno ha devenido hijo de Dios,—pues él dice: «A cuantos le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios»⁴⁹, y quien recibe a Dios recibe su perfección—, existen asimismo signos característicos de pertenecer a una naturaleza mala [...]: la envidia, el odio, la calumnia, el orgullo, la avaricia [...]. Si, pues, alguien lleva todas estas impurezas e invoca al Padre, ¿qué padre le escuchará? Evidentemente aquél, a quien se asemeja quien le invoca [...]. Pues mientras el impío persista en su impiedad, su oración es una invocación al diablo. Y sólo tras haber abandonado aquélla, para vivir una vida buena, pueden sus palabras invocar al Padre, que es bueno. Por eso, antes de acercarnos a Dios debemos examinarnos si tenemos algo digno de la filiación divina en nosotros, para osar pronunciar esas palabras. Pues quien nos enseñó a decir «Padre», no nos permitió mentir. Y sólo el que ha vivido conforme a su noble origen divino, teniendo la mirada fija en la ciudad celeste, llama al rey del cielo su Padre, y a la felicidad celeste su patria [...].

VI. SAN AMBROSIO

(Los sacramentos V 4, 19-20)

¡Oh hombre! Tú no te atrevías a dirigir la mirada al cielo, teniendo tus ojos fijos en la tierra. Y, sin embargo, en un momento has recibido la gracia de Cristo, te fueron perdonados todos tus pecados. De «siervo malo»⁵⁰ que eras, has devenido un hijo bueno. ¡No tengas, pues, confianza en tus obras, sino en la gracia de Cristo! Está escrito «Por gracia habéis sido salvados»⁵¹. Aquí no hay arrogancia, sino sólo fe. Gloriate de lo que has recibido no es, pues, signo de soberbia, sino de amor filial. Eleva, por tanto, tus ojos al Padre, que te engendró por medio del bautismo⁵², al Padre, que te redimió por medio de su Hijo y di:

¡«Padre nuestro»! Santa presunción, que, sin embargo, debe tener sus obligados límites. Tú lo llamas ciertamente Padre, como lo hace un hijo, sin que por eso te atribuyas algún privilegio exclusivo. Sólo de Cristo es él Padre exclusivo, siendo para todos nosotros padre en común. Pues sólo a él lo engendró, mientras que a nosotros nos creó. Por consiguiente, di también tú, por don gratuito, «Padre nuestro», para que merezcas ser su hijo; preséntate a ti mismo, en virtud y en consideración de los méritos de la iglesia [...]. ¿Qué quiere decir: «en los cielos»? Escucha la Escritura: «El Señor es grande sobre todo los cielos»⁵³. Y por doquier está escrito que el Señor está sobre los cielos de los cielos⁵⁴.

¡Como si no estuviesen en los cielos también los ángeles y las dominaciones! Están ciertamente en aquellos cielos, de los que se dijo: «Los cielos celebran la gloria de Dios»⁵⁵. El cielo está allá, donde ha cesado el pecado, donde está ausente la infamia, donde ya no hay plaga mortal alguna.

VII. TEODORO DE MOPSUESTIA

(Hom XI, 7-9)

Ante todo —dice— os es necesario saber lo que erais y lo que habéis llegado a ser, así como cuál y qué grande es el don que habéis recibido de Dios. Pues muy grandes cosas se realizaron en vosotros, más grandes de lo que se había hecho a los hombres antes de vosotros. «Lo que, efectivamente, hago yo a quienes creen en mí y eligieron devenir mis discípulos, es elevarles por encima de quienes viven según la ley de Moisés. Pues es cierto, que «esta primera alianza, dada desde el monte Sinaí, engendró para la esclavitud, siendo esclava ella y sus hijos»⁵⁶; porque eran esclavos quienes estaban sometidos a la «ley de los mandamientos»⁵⁷, dado que habían recibido la norma de conducta y, por otra parte, sentencias capitales—a las que nadie escapaba— habían sido formuladas contra la transgresión del precepto. Pero vosotros habéis recibido por medio de mí la gracia del Espíritu santo, que os regaló la filiación adoptiva, teniendo por ello la confianza filial de llamar a Dios Padre: «Pues vosotros no habéis recibido el Espíritu para estar de nuevo en la esclavitud y en el temor; sino que habéis recibido el Espíritu de adopción filial, mediante el cual llamáis a Dios Padre»⁵⁸. En adelante tenéis un servicio en la Jerusalén de arriba y recibís esta condición libre, propia de quienes la resurrección ha vuelto inmortales e inmutables, viviendo ya desde ahora en el cielo».

Por tanto, puesto que hay esta diferencia entre vosotros y quienes están sometidos a la ley —si es cierto que «la letra», que es la ley, «mata» e inflige a sus transgresores una ineluctable sentencia capital, mientras que «vivifica el espíritu»⁵⁹, que en la gracia nos hace por la resurrección inmortales e inmutables—, está bien que sepáis ante todo esto: tener costumbres dignas de esta nobleza, pues «aquellos a quienes dirige el Espíritu de Dios, son hijos de Dios»⁶⁰. Quienes están sometidos a la ley no han recibido más que el simple nombre de hijos, como asegura la Escritura: «Yo he dicho: vosotros sois dioses e hijos del Altísimo, pero como hombres moriréis»⁶¹. Mas, a quienes han recibido el Espíritu y deben en lo sucesivo tender a la inmortalidad, les conviene vivir por medio del Espíritu, acomodarse al Espíritu y tener una conciencia del todo apropiada al noble rango de quienes son gobernados por el Espíritu, abstenerse de todo acto de pecado y tener costumbres dignas de una vida celeste.

No estaría de acuerdo con vosotros el invocar: «Señor nuestro y Dios nuestro». Pues aunque debéis saber que Dios es el Señor, que todo y a vosotros mismos ha creado [...], os prescribe sin embargo llamarle «Padre», a fin de que, habiendo comprendido vuestra nobleza, la dignidad en la que participáis así como la grandeza que os confirió el ser llamados hijos del Señor universal y también vuestro, obréis como tales hasta el fin. Tampoco quiere que digáis: «Padre mío», sino: «Padre nuestro». Porque el Padre es común a todos, dado que común es la gracia de la adopción filial, que habéis recibido; de modo que no sólo presentéis al Padre lo que conviene, sino que tengáis también unos para con otros la concordia propia de quienes sois hermanos bajo la mano de un mismo Padre. He añadido también: «Que estás en el cielo», para que vuestra mirada contemple aquí abajo la vida de allí arriba, a donde os ha sido dado deber ser transferidos. Pues, habiendo recibido la filiación adoptiva, devenís ciudadanos del cielo: tal es, en efecto, la morada que conviene a los hijos de Dios.

VIII. SAN JUAN CRISÓSTOMO

(Homilías sobre San Mateo XIX 4)

Mirad cómo de pronto levanta el Señor a sus oyentes y, desde el prelude mismo de la oración, nos trae a la memoria toda suerte de beneficios divinos. Porque quien da a Dios el nombre de Padre, por ese solo nombre confiesa ya que se le perdonan los pecados, que se le remite el castigo, que se le justifica, que se le santifica, que se le redime, que se le adopta por hijo, que se le hace heredero, que se admite a la hermandad con el Hijo unigénito, que se le da el Espíritu santo. No es, en efecto, posible darle a Dios el nombre de Padre y no alcanzar todos esos bienes. De noble manera, pues, levanta el Señor los pensamientos de sus oyentes: por la dignidad del que es invocado, y por la grandeza de los beneficios, que de él habían recibido.

Mas al decir: «En los cielos», no pretende, como quien dice, encerrar a Dios en el cielo, sino arrancar de la tierra al que ora, y fijarle en aquellos elevados parajes, y hacerle a aquellos tratos de allá arriba. Enséñanos, además, a hacer común nuestra oración por nuestros hermanos. Porque no dice: «Padre mío, que estás en los cielos» sino: «Padre nuestro»; con lo que extiende las súplicas a todo el cuerpo de la iglesia y nos manda no poner la mira en nuestro propio interés, sino en el de nuestro prójimo. Y con este solo golpe, mata el Señor el odio, reprime la soberbia, destierra la envidia, trae la caridad, madre de todos los bienes; elimina la desigualdad de las cosas humanas, y nos muestra que el mismo honor merece el emperador que el mendigo, como quiera que, en las cosas más grandes y necesarias, todos somos iguales. ¿Qué daño puede venirnos del parentesco terreno, cuando todos estamos unidos en el del cielo y nadie lleva ventaja en nada, ni el rico al pobre, ni el señor al esclavo, ni el que manda al que obedece, ni el emperador al soldado, ni el filósofo al bárbaro, ni el sabio al ignorante? A todos, en efecto, nos concedió Dios graciosamente la misma nobleza, al dignarse ser igualmente llamado Padre de todos.

IX. SAN AGUSTÍN

(1. Serm. Mont. II IV 15-V 18; 2. Serm. 57, 2)

1) Lo primero que ha de procurarse en toda súplica es conciliar la benevolencia de aquél a quien se pide, la cual suele ganarse con algún elogio suyo, y se coloca esta alabanza al principio de la súplica; para este objeto, ninguna otra cosa nos mandó nuestro Señor decir

sino estas palabras: «Padre nuestro, que estás en los cielos». Muchas cosas se han dicho en alabanza de Dios, las cuales, cualquiera que lea las Sagradas Escrituras, podrá encontrar varia y cumplidamente difundidas por todos sus libros.

Sin embargo, en ninguna parte se encuentra precepto alguno ordenando al pueblo de Israel que dijera: «Padre nuestro», o que orase a Dios Padre; sino que Dios se dio a conocer como Señor mandando a sus esclavos, es decir, a los hombres, que aún vivían según la carne. Pero digo esto con relación al tiempo, en que los judíos percibieron los preceptos de la ley que se les mandó guardar; pues los profetas demuestran muchas veces que el mismo Señor nuestro podría también ser Padre de ellos, si no se apartasen de sus mandamientos. Así, dice Isaías: «He criado hijos, dijo el Señor, y los he engrandecido, y ellos me han despreciado»⁶². Y el salmo: «Yo dije: vosotros sois dioses e hijos todos del Altísimo»⁶³; y el profeta Malaquías: «Si yo soy vuestro padre, ¿dónde está la honra, que me corresponde?; y, si soy vuestro Señor, ¿dónde está la reverencia, que me es debida?»⁶⁴. y así otros muchos lugares, donde se inculpa a los judíos porque, pecando, no quisieron ser hijos de Dios. No hacemos mención de aquellos textos, que se dijeron proféticamente del pueblo cristiano, el cual habría de tener a Dios por Padre, en conformidad con aquel dicho del evangelio:

«Dioles poder de llegar a ser hijos de Dios»⁶⁵; y también con aquel otro del apóstol san Pablo: «Mientras el heredero es niño, en nada se diferencia de un siervo»⁶⁶, haciendo luego mención de nosotros al decir que hemos «recibido el espíritu de adopción, el cual nos hace clamar ¡Abbá!», esto es, «¡Padre!»⁶⁷.

Además, por cuanto la razón de nuestra vocación a la herencia eterna, para ser coherederos de Jesucristo y de recibir la adopción de hijos, no se funda en nuestros méritos, sino que es efecto de la gracia de Dios, la misma gracia mencionamos al principio de la oración, cuando decimos: «Padre nuestro». Con este nombre se inflama el amor; pues ¿qué cosa puede ser más amada de los hijos que su Padre? Y al llamar los hombres a Dios «Padre nuestro», se aviva el afecto suplicante y cierta presunción de obtener lo que pedimos, puesto que antes de pedir cosa alguna hemos recibido un don tan grande, cual lo es el que se nos permita llamar a Dios «Padre nuestro». En efecto, ¿qué cosa no concederá ya Dios a los hijos que suplican, habiéndoles antes otorgado el ser sus hijos? Finalmente, ¿con cuánto cuidado previene el Señor que aquél que dice «Padre nuestro» no sea hijo indigno de tan gran Padre? Porque, si un plebeyo de edad madura fuera autorizado por un senador para llamarle padre, sin duda alguna temblaría y no se atrevería fácilmente a hacerlo, teniendo en cuenta la inferioridad de su estirpe, la indigencia de riquezas y la vileza de una persona plebeya. Pero, ¿cuánto más habrá de temblar uno de llamar Padre a Dios, si la fealdad de su alma y la maldad de sus costumbres son tan grandes, que provocan a Dios para que las aleje de su unión mucho más justamente que aquel senador alejara la pobreza de cualquier mendigo? Después de todo, el senador despreciaría en el mendigo aquello a que también él puede llegar por la mutabilidad de las cosas humanas, pero Dios nunca puede caer en costumbres viciosas. Además, agradezcamos a su misericordia, que para ser «Padre nuestro» sólo nos exige aquello que a ningún precio, sino con buena voluntad, puede adquirirse. Amonéstase aquí también a los hombres ricos o de noble estirpe según el mundo, que cuando se hicieren cristianos no se ensorbebezcan contra los pobres y plebeyos, porque justamente con ellos dicen a Dios «Padre nuestro», lo cual no pueden decir verdadera y piadosamente, si no se conocen como hermanos.

Use, pues, de la palabra del nuevo testamento el pueblo nuevo, que ha sido llamado a la herencia eterna, y diga: «Padre nuestro, que estás en los cielos», es decir, en los santos y en los justos. En verdad, Dios no se encierra en lugar alguno. Los cielos son ciertamente los cuerpos más excelentes del mundo, pero, no obstante, son cuerpos, y no pueden ellos existir sino en algún espacio; mas, si uno se imagina que el lugar de Dios está en los cielos, como en regiones superiores del mundo, podrá decirse que las aves son de mejor condición que nosotros, porque viven más próximas a Dios. Por otra parte, no está escrito que Dios está cerca de los hombres elevados, es decir, de aquellos que habitan en los montes; sino que fue escrito en el salmo: «El Señor está cerca de los que tienen el corazón atribulado⁶⁸; y la tribulación propiamente pertenece a la humildad. Mas así como el pecador fue llamado

«tierra» cuando se le dijo: «tierra eres y a la tierra irás»⁶⁹, así, por el contrario, el justo puede llamarse «cielo»; en efecto, de los justos se dice: «Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo»⁷⁰. Por consiguiente, si Dios habita en su templo y los santos son su templo, con razón las palabras «que estás en los cielos» se interpretan: «que estás en los santos». Y este símil es muy acomodado, para hacer ver que espiritualmente hay tanta distancia entre justos y pecadores, como corporalmente hay entre cielos y tierra.

Para significar este pensamiento cuando oramos, nos volvemos hacia oriente, donde el cielo principia. No como si habitase allí Dios y como si hubiese dejado abandonadas las otras porciones del mundo aquél, que en todas partes está presente [...], sino con el fin de que sea advertido el espíritu, para que se vuelva hacia la naturaleza más excelente, esto es, hacia Dios, puesto que su mismo cuerpo, que es terreno, se vuelve también hacia otro cuerpo más excelente, esto es, hacia el cielo. Conviene también al adelantamiento religioso y aprovecha muchísimo que todos los sentidos, pequeños y grandes, sientan bien de Dios. Y por eso aquellos, que aún están cautivos de las bellezas terrenas y nada incorpóreo pueden figurarse, es necesario que estimen más el cielo que la tierra; más tolerable es la opinión de aquellos, que se forman aún una idea corpórea de Dios, si creen que más bien está en el cielo que en la tierra; porque, cuando algún día lleguen a conocer que la dignidad del alma excede al cuerpo celeste, buscarán a Dios en el alma más bien que en cuerpo alguno, aunque sea celeste; y cuando ellos conozcan la distancia que hay de las almas de los justos a las de los pecadores, así como cuando aún eran carnales sus ideas no se atreverían a colocarle en la tierra, sino en el cielo, así después, más esclarecidos en la fe e inteligencia, le buscarán con preferencia en las almas de los justos, antes que en las de los pecadores. Razonablemente, en consecuencia, se entiende que las palabras «Padre nuestro, que estás en los cielos» significan que está en los corazones de los justos, donde Dios habita como en su santo templo. Y esto a fin de que aquél que ora, quiera que resida en sí mismo aquél, a quien invoca, siendo con esta noble emulación fiel a la justicia, que es el mejor presente para invitar a Dios a establecer su morada en el alma.

2) El Hijo de Dios, nuestro señor Jesucristo, nos ha enseñado el modo de orar. Y siendo Hijo único de Dios, como sabéis por el Símbolo, no quiso ser sólo en la filiación. Es único, pero no queriendo ser solo, se ha dignado tener hermanos. ¿A quiénes manda decir «Padre nuestro, que estás en los cielos»? ¿A quién quiso que llamáramos Padre, sino a su mismo Padre? ¿Por ventura tuvo celos de nosotros? Cuando los padres han engendrado un hijo, o dos o tres, cobran miedo de engendrar más, por si acaso tienen que dedicarlos a mendigar. Pero como es tan grande la herencia que nos promete, que pueden entrar muchos en posesión de ella sin que padezca disminución, llamó a todos los pueblos a la fraternidad, dándose el caso admirable de que casi no tengan número los hombres, que digan con el

Unigénito de Dios: «Padre nuestro, que estás en los cielos». Esto dijeron los que han venido antes que nosotros; esto mismo dirán los que vengan después. ¡Ved cuántos hermanos tiene en su gracia el Hijo único, que reparte con ellos la herencia, por la cual se ha dignado sufrir la muerte! Teníamos un padre y una madre, que nos dieron la vida para el trabajo y para la muerte. Pero ahora hemos encontrado otros: hemos encontrado a Dios Padre y una madre, que es la iglesia, para que nazcamos de ellos a la vida eterna. Meditemos, amadísimos míos, de quién hemos empezado a ser hijos, y vivamos como corresponde a los que tienen semejante Padre. Ved que es nuestro mismo Creador el que se ha dignado ser Padre nuestro.

X. SANTA TERESA DE JESUS

(Camino de perfección. cap. 27-28)

«Padre nuestro, que estás en los cielos». ¡Oh Señor mío, cómo parecéis Padre de tal Hijo, y cómo parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! ¡Bendito seáis por siempre jamás! No fuera al fin de la oración esta merced, Señor, tan grande. En comenzando, nos henchís las manos y hacéis tan gran merced, que sería harto bien henchirse el entendimiento para ocupar de manera la voluntad que no pudiese hablar palabra. ¡Oh, qué bien venía aquí, hijas, contemplación perfecta... [y]... con cuánta razón se entraría el alma en sí, para poder mejor subir sobre sí misma a que le diese este santo Hijo a entender qué cosa es el lugar adonde dice que está su Padre, que es en los cielos! ¡Salgamos de la tierra, hijas mías, que tal merced como ésta no es razón se tenga en tan poco que después que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra!

¡Oh Hijo de Dios y Señor mío! ¿Cómo dais tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja y miserable ¿cómo no dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar pues queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar? Obligáisle a que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a él, como el hijo pródigo, hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de estar mejor que todos los padres del mundo; porque en él no puede haber sino todo bien cumplido, y después de todo esto hacernos participantes y herederos con Vos [.]

¡Oh Buen Jesús!, ¡qué claro habéis mostrado ser una cosa con el y que vuestra voluntad es la suya y la suya vuestra! ¡Qué confesión tan clara, Señor mío! ¡Qué cosa es el amor que nos tenéis! ¡Habéis andado rodeando, encubriendo al demonio que sois Hijo de Dios, y con el gran deseo que tenéis de nuestro bien, no se os pone cosa delante por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién la podía hacer sino Vos, Señor? Yo no sé cómo en esta palabra no entendió el demonio quién erais, sin quedarle duda. Al menos bien veo, mi Jesús, que habéis hablado como hijo regalado por Vos y por nosotros, que sois poderoso para que se haga en el cielo lo que Vos decís en la tierra. Bendito seáis por siempre, Señor mío, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante.

Pues ¿paréceos, hijas, que es buen Maestro éste, pues para aficionarnos a que aprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced? Pues ¿paréceos ahora que será razón que, aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entender con el

entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazón con ver tal amor? Pues ¿qué hijo hay en el mundo que no procure saber quién es su padre, cuando le tiene bueno y de tanta majestad y señorío? Aun si no lo fuera, no me espantara no nos quisiéramos conocer por sus hijos, porque anda el mundo tal que, si el padre es más bajo del estado en que está el hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre.

Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca plegue a Dios haya acuerdo de cosa de éstas, ¡sería infierno!; sino que la que fuere más tome menos a su padre en la boca: todas han de ser iguales [...]. Buen Padre os tenéis, que os da el buen Jesús; no se conozca aquí otro padre para tratar de él; y procurad, hijas mías, ser tales que merezcáis regalaros con él, y echaros en sus brazos. Ya sabéis que no os echará de sí, si sois buenas hijas; pues ¿quién no procurará no perder tal Padre? [...].

Entre tal Hijo y tal Padre, forzado ha de estar el Espíritu santo, que enamore vuestra voluntad y os la ate tan grandísimo amor, ya que no baste para esto gran interés. Ahora mirad qué dice vuestro Maestro: «Que estás en los cielos». ¿Pensáis que importa poco saber qué cosa es cielo y adónde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo que, para entendimientos derramados, que importa mucho, no sólo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia; porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento y hace recoger el alma.

Ya sabéis que Dios está en todas partes. Pues claro está, que adonde está el rey, allí, dicen, está la corte; en fin, que adonde está Dios, es el cielo. Sin duda lo podéis creer, que adonde está su majestad, está toda la gloria. Pues mirad qué dice san Agustín, que le buscaba en muchas partes y que le vino a hallar dentro de sí mismo⁷¹. ¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo, ni para regalarse con él, ni ha menester hablar a voces? [...]. Ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen huésped; sino con gran humildad, hablarle como a Padre, pedirle como a Padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija

Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha más brevedad se recoge el entendimiento, y es oración que trae consigo muchos bienes. Llámase recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con más brevedad a enseñarla su divino Maestro, y a darla oración de quietud, que de ninguna otra manera. Porque allí metida consigo misma, puede pensar en la pasión, y representar allí al Hijo y ofrecerle al Padre, y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario, y al Huerto y a la Columna.

Las que de esta manera se pudieron encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que le hizo y la tierra, y acostumar a no mirar ni estar adonde se distraigan estos sentidos exteriores, crea que lleva excelente camino, y que no dejará de llegar a beber el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nave, que con un poco de buen viento, se pone en el fin de la jornada en pocos días, y los que van por tierra, tárdense más [...]

Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor, y que sois vos parte para que este edificio sea tal (como, a la verdad, es así, que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, más resplandecen las piedras), y que en este palacio está este gran rey, que ha tenido por bien ser vuestro Padre, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón [...].

XI. CATECISMO ROMANO

(IV, I 1-20)

Antes de formular cada una de las peticiones concretas, de que consta la oración del padrenuestro, quiso Jesucristo, su divino autor, precederla de una fórmula introductiva, que ayudase al alma a entrar devotamente en la presencia de Dios Padre, con plena confianza de ser escuchada por él. Son pocas palabras, pero llenas de significado y de misterio:

«Padre nuestro, que estás en los cielos».

1. Padre

Esta es la palabra con que, por expreso mandato divino, hemos de comenzar nuestra oración. Hubiera podido elegir Jesús una palabra más solemne, más majestuosa: creador, señor... Pero quiso eliminar todo cuanto pudiera infundirnos temor, y eligió el término que más amor y confianza pudiera inspirarnos en el momento de nuestro encuentro con Dios; la palabra más grata y suave a nuestros oídos; el sinónimo de amor y ternura: ¡Padre! Por lo demás, Dios es efectivamente nuestro Padre. Y lo es, entre todos muchos, por este triple título:

1) Por creación: Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; cosa que no hizo con las demás criaturas. Y en este privilegio singular radica precisamente la paternidad divina respecto de todos los hombres, creyentes y paganos⁷².

2) Por providencia: Dios se manifiesta Padre, en segundo lugar, por su singular providencia en favor de todos los hombres⁷³. ANGELES-CUSTODIOS: Un aspecto concreto y bien significativo de esta divina providencia se revela en los ángeles, bajo cuya tutela estamos todos los hombres. La amorosa bondad de Dios, nuestro Padre, ha confiado a estos espíritus puros la misión de custodiar y defender al género humano y la de vigilar al lado de cada hombre para su protección y defensa. Así como los padres de la tierra eligen guías y tutores para los hijos que han de realizar un largo viaje por regiones difíciles y peligrosas, del mismo modo nuestro Padre celestial, en este camino que nos ha de llevar hasta la patria del cielo, se cuidó de asignar a cada uno de sus hijos un ángel, que esté a su lado en los peligros, que le sostenga en las dificultades, que le libre de las asechanzas de los enemigos y le proteja contra los asaltos del mal; un ángel que le mantenga firme en el camino recto y le impida extraviarse por sendas equivocadas, víctima de las dificultades y de las emboscadas del enemigo⁷⁴. La Sagrada Escritura nos ofrece preciosos documentos sobre la importancia y eficacia de este ministerio de los ángeles, criaturas intermedias entre Dios y los hombres. En ella aparecen frecuentemente estos espíritus angélicos, enviados por Dios para realizar visiblemente gestas admirables en defensa y protección de los hombres [...], a quienes guían y protegen desde la cuna a la tumba en su caminar hacia la salvación eterna [...]. Y no es sólo esto. Las manifestaciones de la providencia divina hacia el hombre

constituyen una gama de riquezas casi infinita. No habiendo cesado nosotros de ofenderle desde el principio del mundo hasta hoy con innumerables maldades, él no sólo no se cansa de amarnos, mas ni siquiera de excogitar constantes y paternales cuidados en nuestro favor [...]. No. Dios no puede olvidarse del hombre [...]. Cuando nos creemos más perdidos y nos sentimos más privados del socorro divino es cuando Dios tiene más compasión de nosotros y más se nos acerca y asiste su infinita bondad. Precisamente en sus iras suspende la espada de la justicia y no cesa de derramar los inagotables tesoros de su misericordia.

3) Por redención: Es éste un tercer hecho, en el que, más aún que en la misma creación y providencia, resalta la voluntad decidida que Dios tiene de proteger y salvar al hombre. Porque esta fue la máxima prueba de amor que pudo darnos: redimarnos del pecado, haciéndonos hijos suyos⁷⁶. Por esto precisamente llamamos al bautismo —primera prenda y señal de la redención— «el sacramento de la regeneración»: porque en él renacemos como hijos de Dios⁷⁷. En virtud de la redención recibimos el Espfritu santo y fuimos hechos dignos de la gracia de Dios y, mediante ella, de la divina filiación adoptiva⁷⁸. Es lógico que al amor del Padre—creador, conservador y redentor—corresponda el cristiano con todo su amor. Amor que necesariamente debe importar obediencia, veneración y confianza ilimitadas.

Y ante todo salgamos al paso de una posible objeción, fruto de ignorancia y no pocas veces de perversidad. Es fácil creer en el amor de Dios—oímos decir a veces—cuando en la vida nos asiste la fortuna y todo nos sonrío; mas, ¿cómo será posible sostener que Dios nos quiere bien y piensa y se preocupa de nosotros con amor de Padre, cuando todo nos sale al revés y no cesan de oprimirnos obstinadamente una tras otra las peores calamidades? ¿No será más lógico pensar en estos casos que Dios se ha alejado de nosotros, y aun que se nos ha vuelto hostil?

La falsedad de estas palabras es evidente. El amor de Dios, nuestro Padre, no desaparece ni disminuye jamás. Y aun cuando encarnizadamente se acumulen sobre nosotros las pruebas, aun cuando parezca «que nos hiere la mano de Dios»⁷⁹, no lo hace el Señor porque nos odie, sino porque nos ama. Su mano es siempre de amigo y de Padre: «Parece que hiere y, sin embargo, sana»⁸⁰; y lo que parece una herida, se convierte en medicina. Así castiga Dios a los pecadores, para que comprendan el mal en que han incurrido y se conviertan, salvándoles de este modo del peligro de eterna condenación. «Si castiga con la vara nuestras rebeliones y con azotes nuestros pecados, su mano es movida siempre por la misericordia»⁸¹.

Aprendamos, pues, a descubrir en semejantes castigos el amor paternal del Señor, y a repetir con el santo Job: «El es el que hace la herida, él quien la venda: él quien hiere y quien cura con su mano»⁸². Y con Jeremías: «Tú me has castigado, y yo recibí el castigo; yo era como toro indómito; ¡conviérteme y yo me convertiré!, pues tú eres Yahvé, mi Dios»⁸³. También Tobías supo descubrir en su ceguera la mano de Dios que le hería:

«Bendito tú, oh Dios, y bendito sea tu nombre... porque después de azotarme, has tenido misericordia de mí»⁸⁴,

Ni pensemos jamás en medio de la tribulación que Dios se despreocupa de nosotros, y mucho menos que desconoce nuestros males, cuando él mismo nos ha dicho: «No se perderá ni un solo cabello de vuestra cabeza»⁸⁵. Consolémonos, en cambio, con

aquellas

palabras de san Juan: «Yo reprendo y corrijo a cuantos amo»⁸⁶; y con aquella exhortación de san Pablo: «Hijo mio, no menosprecies la corrección del Señor y no desmayes reprendido por él; porque el Señor a quien ama le reprende, y azota a todo el que recibe por hijo. Soportad la corrección. Como con hijos se porta Dios con vosotros. Pues ¿qué hijo hay a quien su padre no corrija? Pero, si no os alcanzase la corrección de la cual todos han participado, argumento sería de que erais bastardos y no legítimos. Por otra parte, hemos tenido a nuestros padres carnales, que nos corregían, y nosotros los respetábamos: ¿No hemos de someternos mucho más al Padre de los espíritus, para alcanzar la vida?»⁸⁷.

2. Nuestro

Aun cuando recemos privadamente la oración dominical, decimos siempre los cristianos:

«Padre nuestro», y no: «Padre mio», porque el don de la divina adopción nos constituye miembros de una comunidad cristiana, en la que todos somos hermanos⁸⁸ y hemos de amarnos con amor fraterno. De ahí el nombre de «hermanos», tan común en la literatura apostólica, con que se designaban los primeros cristianos. De aquí también la realidad sublime—consecuencia obligada de la divina adopción—de nuestra fraternidad con Cristo, Hijo unigénito del Padre⁸⁹ [...].

El mismo hecho de que Jesucristo use esta expresión después de resucitado⁹⁰, demuestra claramente que nuestra fraternidad con él no estuvo limitada al tiempo de su vida mortal en la tierra, sino que sigue subsistiendo en la inmortalidad de la gloria después de su resurrección y ascensión, y seguirá subsistiendo por toda la eternidad. El evangelio nos dice que en el supremo día, cuando venga a juzgar a todos los hombres [...], Jesús llamará hermanos a todos los fieles, por pobres y humildes que hayan sido en la tierras⁹¹. Una doctrina ampliamente desarrollada por san Pablo⁹² [...].

Hemos de pronunciar, pues, con profundo y sobrenatural sentimiento filial las palabras

«Padre nuestro», sabiendo que «Dios escucha con agrado la plegaria que hacemos por los hermanos. Porque pedir cada uno para sí mismo es natural; pero pedir también por los demás es fruto de la gracia. A lo primero nos impulsa la necesidad; lo segundo brota de la caridad. Y más agrada a Dios esta oración que la plegaria que brota a impulso de la sola necesidad personal»⁹³ [...]. Por lo demás, cada vez que un cristiano recite esta plegaria, acuérdesse que llega a la presencia de Dios como un hijo a la de su padre. Y al repetir: «Padre nuestro», piense que la divina bondad le ha levantado a un honor infinito: no quiere Dios que oremos como siervos temerosos y atemorizados, sino como hijos que se abandonan con confianza y amor en el corazón de su Padre.

De esta consideración brotará espontáneo el sentimiento que debe animar constantemente nuestra piedad: el deseo de ser y mostrarnos cada vez más dignos de nuestra cualidad de

«hijos de Dios», y el esforzarnos para que nuestra oración no desdiga de aquella estirpe divina, a la que por infinita bondad pertenecemos⁹⁴. San Pablo nos dice: «Sed, en fin, imitadores de Dios como hijos amados»⁹⁵. Que pueda, de verdad, decirse de todo cristiano, que reza el padrenuestro, lo que el apóstol decía de los fieles de Tesalónica: «Todos sois hijos de la luz e hijos del día, no lo sois de la noche ni de las tinieblas»⁹⁶.

3. Que estés en los cielos

Dios está en todo el mundo: en todas sus partes y en todas sus criaturas. Mas no se interprete esto como una distribución y presencia local (como si fuera un compuesto de muchas partes, distribuidas cada una de ellas en distintos lugares), sino como una infinita, universal e íntima presencia espiritual [...] en todos los seres y en todas las cosas⁹⁷, creándolas y conservándolas en su ser creado [...].

La Escritura, sin embargo, afirma frecuentemente que su morada es el cielo⁹⁸. Con semejante expresión quiso el Señor acomodarse a nuestro lenguaje de hombres, para quienes el cielo es la más bella y noble de todas las cosas creadas. El esplendor y pureza luminosa que irradia, la grandeza y belleza sublime de que está revestido, las mismas leyes inmutables que lo regulan, hacen que el cielo se nos presente como la sede menos indigna de Dios, cuyo divino poder y majestad cantan constantemente. Por esto afirma la Escritura que en él tiene Dios su morada, sin que por ello dejen de notar los mismos Libros Sagrados, con insistente constancia, la omnipresencia divina, afirmando expresamente que Dios se encuentra en todas partes por esencia, presencia y potencia. Y así, cuando repetimos el padrenuestro, contemplamos a nuestro Dios no sólo como el Padre común, sino también como el rey de cielos y tierra. Este pensamiento levantará hasta él nuestro espíritu, despegándole de las cosas de aquí abajo. Y a la esperanza y confianza filial—que su nombre de «Padre» nos inspira—, uniremos la humildad y adoración, con que debe acercarse la criatura a la majestad divina del Padre, «que está en los cielos».

Una nueva lección de estas palabras será la naturaleza de las cosas, que hemos de pedir. Un hijo puede pedir a su padre todo cuanto necesita; pero el cristiano debe saber que todas las cosas de la tierra deben pedirse con relación al cielo, para el cual fuimos creados y al cual nos dirigimos, como a último fin. San Pablo nos amonesta: «Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, ¡buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios!; ¡pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra!»⁹⁹.

XII. D. BONHOEFFER

(O.c., 176) Los discípulos invocan juntos al Padre celestial, que sabe ya todo lo que necesitan sus amados hijos. La llamada de Jesús, que les une, los ha convertido en hermanos. En Jesús han reconocido la amabilidad del Padre. En nombre del Hijo de Dios les está permitido llamar a Dios Padre. Ellos están en la tierra y su Padre está en los cielos. El inclina su mirada hacia ellos, ellos elevan sus ojos hacia él.

1. Jn 1, 12.
2. Cf. Mt 23, 9
3. Is 1 2.
4. Jn 10 30.
5. Dan 3, 51.
6. Hech 1, 14.
7. In 1, 12.
8. DI 33, 9.
9. Cf. Mt 23, 9.
10. Mt 8, 22.
11. Jn 8, 44.
12. Is 1, 24.
13. Jn 8, 34-35.

14. ISam 2, 30.
15. ICor 6, 19.
16. Dt 32, 18.
17. Dt 32, 6.
18. Dt 32, 20.
19. Is 1,2.
20. Mal 1, 6.
21. Gál 4, 1.
22. Rom 8, 15.
23. Jn 1, 12.
24. I Jn 3, 9.
25. Lc 1 1, 2.
26. 1 Cor 12, 3.
27. Cf. 1 Jn 3, 9.
28. Rom 8, 16.
29. Cf. Rom 8, 17.
30. Cf. Rom 10. 10.
31. Mt. 5, 45.
32. Cf. 1 Cor 15, 49.
33. 1 Jn 3, 8a.
34. 1 Jn 3, 8b.
35. Cf. XII, 1-2.
36. Cf. Flp 3, 20.
37. Cf. 1 Cor 15. 49.
38. Jn 13, 1.
39. Jn 13, 3.
40. Jn 14, 28.
41. Jn 16, 5.
42. Jn 14, 23.
43. Jn 20, 17.
44. 2 Co 6 16.
45. Lc 15 18.
46. Ecl 5, 1.
47. Sal 72, 28.
48. Mt 5, 48.
49. Jn 1. 12.
50. Cf. Mt 25, 26.
51. Gál 2, 5.
52. Cf. Tit 3, 5.
53. Sal 113, 4.
54. Cf. Sal 8, 2.
55. Sal 19, 2.
56. Cf. Gál 4, 24-25.
57. Cf. Ef 2, 15.
58. Rom 8, 15.
59. Cf. Jn 6, 63.
60. Rom 8, 14.
61. Sal 81, 6-7.

62. Is 1, 2.
63. Sal 81, 6.
64. Mal 1, 6.
65. Jn 1, 12.
66. Gál 4, 1.
67. Rom 8, 15.
68. Sal 33. 19.
69. Gén 3, 19.
70. 1Cor 3, 17.
71. Conf. X 27, 38.
72. Cf Dt 32, 6; Is 63, 16; Mt 10, 20; Lc 6, 36.
73. Cf. Mt 6, 25.
74. Cf. Gén 48, 16; Tob 5. 21; Sal 90. 11; Mt 18, 10; Hech 12, 15; Heb 1. 14.
75. Cf. Gén, cap. 6.7.8.12.28, etc. Tob 5. 5; 6. 2- 3.8.16 s; 11, 7-8; 15; Hech 12, 7s.
76. Cf. Jn 1, 12-13.
77. Cf. Jn 3, 6-7; IPe 1, 23.
78. Cf. Rom 8. 15; I Jn 3, 1.
79. Job 19, 21.
80. Dt 32, 39.
81. Sal 88, 33.
82. Job 5, 18.
83. Jer 31, 18.
84. Tob 11, 14.
85. Lc 21, 18.
86. Ap 3, 19.
87. Heb 12, 5-9.
88. Cf. Mt 23, 8-9.
89. Cf. Heb 2, 11-12.
90. Cf. Mt 28, 10.
91. Cf. Mt 25, 40.
92. Cf. Rom 8, 16-17; Col 1, 18; Heb 1, 2.
93. San Juan Cris., Hom. 19 in Mt: PG 57, 278-280.
94. Cf. Hech 17, 29.
95. Ef 5, 1.
96. ITes 5, 5.
97. Cf. Jer 23, 24; Sal 138, 8.
98. Cf. Sal 2.10.113, etc.
99. Col 3, 1-2.

Santificado sea tu Nombre

I. TERTULIANO

(De orat., III, 1-4)

·TERTULIANO/PATER PATER/TERTULIANO

El nombre de «Dios Padre» no había sido revelado a nadie. Incluso quien (Moisés) preguntó cuál era, escuchó otro nombre¹. A nosotros nos fue revelado en el Hijo. Pues antes del Hijo no existe el nombre del Padre: «Yo he venido, dijo, en nombre de mi Padre»². Y de nuevo: «¡Padre, glorifica tu nombre!»³. Más claramente: «He manifestado tu nombre a los hombres»⁴. Pedimos, pues, que sea santificado (su nombre), no en el sentido de que convenga a los hombres desear bien a Dios, como si él fuese otro hombre a quien podemos desearle algo, que le faltaría, si no se lo deseamos. Es ciertamente justo que Dios sea bendecido en todo lugar y tiempo, a causa del reconocimiento de sus beneficios, que siempre le debe todo hombre. Y este papel desempeña la bendición. Por lo demás, ¿cómo no será por sí mismo santo y santificado el nombre de Dios, siendo él quien santifica a los demás? A él grita incesantemente el circunstante coro de los ángeles: «santo, santo, santo»⁵. De ahí que también nosotros, futuros (si lo merecemos) compañeros de los ángeles, aprendamos ya aquí aquella celeste alabanza a Dios así como el deber de la gloria futura. Esto, por cuanto se refiere a la alabanza tributada a Dios. Relacionado con nuestra petición, cuando decimos: «santificado sea tu nombre» pedimos que sea santificado en nosotros, que estamos en él, así como en todos los demás hombres, a quienes espera aún la gracia de Dios. Y esto, a fin de que mediante este precepto aprendamos a orar por todos, incluso por nuestros enemigos. De ahí que al decir: «sea santificado tu nombre», sin añadir «en nosotros», decimos «en todos».

II. SAN CIPRIANO

(Sobre la oración dominical, 12)

·CIPRIANO/PATER PATER/CIPRIANO

A continuación rezamos: «sea santificado tu nombre». No quiere decir que deseemos para Dios que sea santificado su nombre por nuestras oraciones, sino que pedimos al Señor que su nombre sea santificado en nosotros. Por lo demás, ¿por quién va a ser santificado Dios, que es el que santifica? Mas como él mismo dijo: «Sed santos, puesto que yo también lo soy»⁶, pedimos y rogamos que los que hemos sido justificados en el bautismo perseveremos

en la justificación que comenzamos. Y esto es lo que pedimos todos los días, pues nos es necesaria una justificación cotidiana para que, los que cada día pecamos, nos purifiquemos de nuestros pecados con cotidiana justificación. Y el apóstol nos pregona en qué consiste esta justificación con las siguientes palabras: «Ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los entregados a la molice, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los defraudadores, ni los embriagos, ni los detractores, ni los raptos, ni los alcanzarán el reino de Dios. Esto fuisteis efectivamente, pero ya habéis sido purificados y justificados, y consagrados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios»⁷.

Dice que estamos consagrados en nombre de nuestro señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios. Esta consagración es la que pedimos que persevere en nosotros. Y porque el Señor y Juez nuestro conmina, al que había curado y dado la vida, a que no peque en adelante para que no le suceda algo peor, por eso le rogamos con continuas oraciones, Esto pedimos día y noche: conservar la santificación y vida que nos viene de su gracia y protección.

III. ORIGENES

(Sobre la oración, XXIV, 1-5)

·ORIGENES/PATER PATER/ORIGENES

Estas palabras pueden dar a entender o que todavía no se ha obtenido para sí aquello por lo que se ora, o que se debe pedir la conservación de algo que no es permanente. Es claro, en todo caso, que según Mateo y Lucas somos invitados a decir «santificado sea tu nombre» como si realmente todavía no hubiera sido santificado el nombre de Dios, como si no lo estuviera ya. Y preguntará alguien: ¿cómo es esto posible? Consideremos detenidamente qué se entiende por nombre de Dios y veamos cómo se ha de santificar ese nombre.

El nombre es una denominación compendiosa, que manifiesta una cualidad propia de la cosa designada. Por ejemplo, hay unas ciertas cualidades específicas del apóstol Pablo: unas afectan a su alma, otras a su mente —capacitándola para contemplar determinadas realidades—, otras, en fin, afectan propiamente a su cuerpo. Lo que es propio de estas cualidades y no puede convenir a ninguna otra persona—porque no hay ningún otro hombre que no difiera algo de Pablo—esto se expresa con el nombre de Pablo. Y cuando aquellas cualidades propias, como si se mudaran en los hombres, se cambian lógicamente, según vemos en la Escritura, también los nombres. Y así, cambiada la cualidad de Abram, fue llamado Abrahán; y, cambiada la cualidad de Simón se llamó Pedro; e igualmente, cambiada la cualidad de Saulo, perseguidor de Cristo, fue llamado Pablo.

Mas en Dios, que es invariable e inmutable, siempre es uno e idéntico su nombre: «el que es». Este es el nombre con que se le designa en el Exodo⁸, si es que se puede hablar aquí de nombre en el sentido estricto. Cuando pensamos algo sobre Dios, todos nos formamos una cierta idea de él, pero no todos sabemos lo que es en realidad—porque son pocos (y si vale la expresión, menos que pocos) los que pueden comprender plenamente sus propiedades—. Por eso se nos enseña, con razón, que tratemos de obtener una idea acertada de Dios a través de sus propiedades de creador, de providente, de juez, considerando cuándo elige y cuándo abandona, cuándo acepta y cuándo rechaza, cuándo otorga premio y cuándo castigo, según los merecimientos.

En ésta y semejantes facetas se manifiestan, por así decirlo, las cualidades divinas que, a mi entender, se expresan en la Sagrada Escritura bajo el nombre de Dios. Así en el Exodo se dice: «No tomarás el nombre de Dios en vano»⁹; y en el Deuteronomio: «Caiga a gotas como la lluvia mi doctrina, como el rocío mi discurso; como la llovizna sobre la hierba y como las gotas de la lluvia sobre el césped: porque invoqué el nombre del Señor»¹⁰; y en los salmos: «Recordarán tu nombre por generaciones y generaciones»¹¹. Porque también el que aplica el nombre de Dios a cosas que no conviene, toma el nombre del Señor Dios en vano.

Mas si alguien puede expresar ideas, que a modo de lluvia produzcan fertilidad en las almas de los que escuchan, y siembran palabras de consuelo semejantes al rocío, y derrama sobre los oyentes una llovizna útil y eficaz de palabras para su sólida edificación, esto lo puede en el nombre de Dios, cuya ayuda invoca por saber que necesariamente ha de ser él quien lleve a término todos estos buenos efectos. Y todo el que penetra las realidades divinas más bien está recordando que aprendiendo, aunque al parecer sea instruido por alguien en los misterios de la religión o piense que él mismo los esté investigando.

Lo que hasta aquí se ha dicho conviene que lo considere el que ora, mas también urge que pida sea santificado el nombre de Dios.

Efectivamente, dice el salmista: «Ensalcemos a una su nombre»¹². Con esto nos ordena el Padre, que con suma concordia, con un mismo ánimo, con un mismo parecer lleguemos a obtener una idea verdadera y sublime de las propiedades divinas.

Se ensalza

efectivamente a una el nombre de Dios cuando aquél, que ha participado de la emanación de la divinidad por haber sido acogido por Dios y haber superado de tal forma a los enemigos que no les haya sido posible alegrarse de su daño, alaba la misma virtud divina de la que ha sido hecho partícipe; como el salmo declara con estas palabras: «Te enalteceré, Señor, porque me has acogido, y no has alegrado a los enemigos por mi daño»¹³.

Exalta también a Dios quien le dedica una morada en sí mismo; pues el título del mismo salmo reza así: «Canto para la dedicación de la casa de David».

IV. SAN CIRILO DE JERUSALÉN

(Cateq. XXIII, 12)

·CIRILO-DE-J/PATER PATER/CIRILO-DE-J

Lo digamos o no lo digamos, santo es por naturaleza el nombre de Dios. Pero ya que en los que pecan es profanado, según aquello: «Por vosotros es blasfemado mi nombre todo el día entre las gentes»¹⁴, suplicamos que en nosotros sea santificado el nombre de Dios. No porque comience a ser santo lo que antes no lo era, porque en nosotros, santificados y haciendo obras dignas de la santidad, se hace santo.

V. SAN GREGORIO NISENO

De orat. dom., III (PG 44, 1151B-1156B)

·GREGORIO-NISA/PATER PATER/GREGORIO-NISA

¿Qué relación tiene esta petición con mis necesidades?, podría preguntar alguien, que hace penitencia de sus pecados o invoca el auxilio de Dios para escapar de ellos, teniendo siempre ante la vista al tentador [...]. Y quien, mediante el auxilio divino, desee huir y evitar estas tentaciones, ¿qué palabras usaría con más propiedad sino las de David: «Líbrame del odio de mis perseguidores»¹⁵, «retírense mis enemigos»¹⁶, «préstanos socorro en la aflicción»¹⁷, y semejantes peticiones, mediante las cuales se impetra la ayuda de Dios contra los adversarios? Pero, ¿qué dice el modelo de oración? «Santificado sea tu nombre». No porque yo no diga esto deja de ser santo el nombre de Dios [...], pues es siempre santo [...] y tiene todo lo que se necesita para la santificación [...]. Quizá con esta súplica el Verbo intenta decir que, siendo la naturaleza humana débil para la adquisición de algún bien, nada podemos obtener de lo que ardientemente deseamos, sin que el bien sea realizado en nosotros por el auxilio divino; y el primero de todos los bienes es que el nombre de Dios sea glorificado a través de mi vida. La Escritura condena a aquellos por quienes es blasfemado el nombre de Dios: «¡Ay de aquellos, a causa de los cuales mi nombre es blasfemado entre los gentiles!»¹⁸. Es decir, quienes aún no creyeron la palabra de la verdad observan la vida de los que han recibido el misterio de la fe. Cuando, pues, se es creyente de nombre, contradiciendo a éste con la vida [...], los paganos atribuyen esto no a la voluntad de quienes se portan mal, sino al misterio, que se supone enseña estas cosas, pues—piensan—quien fue iniciado en los misterios divinos no deberla estar sometido a [...] tales vicios, si no les fuere lícito pecar [...]. Opino, por tanto, que se debe pedir y suplicar, ante todo, que el nombre de Dios no sea injuriado a causa de mi

vida, sino que sea glorificado y santificado. «Sea santificado—dice—en mí el nombre de tu señorío», invocado por mí, «a fin que los hombres vean las obras buenas y glorifiquen al Padre celeste»¹⁹. ¿Quién sería tan estúpido que, viendo la vida pura [...] de los creyentes en Dios, no glorifique el nombre invocado por tal vida? Quien ora: «santificado sea tu nombre», no pide otra cosa que ser irrepreensible, justo, piadoso [...]. Pues no de otro modo puede Dios ser glorificado por el hombre, sino testificando su virtud que la potencia divina es la causa de sus bienes.

VI. SAN AMBROSIO

(Los sacramentos, V 4, 21)

·AMBROSIO/PATER PATER/AMBROSIO

¿Qué quiere decir «santificado»? ¿Acaso desear que sea santificado aquél que dijo: «Sed santos, como yo soy santo»?

20

¡Cómo si nuestra petición pudiera añadir algo a su santidad! Nada de eso. Más bien (pedimos) que sea santificado en nosotros, para que también a nosotros llegue su santidad.

VII. TEODORO DE MOPSUESTIA

(Hom XI, 10)

·TEODORO-MOP/PATER PATER/TEODORO-MOP

[...] Ante todo haced lo que procurará alabanza a Dios, vuestro Padre. Pues lo que Jesús dice en otra parte—«brille de tal forma vuestra luz ante los hombres que, viendo vuestras obras buenas, glorifiquen a vuestro Padre celeste»²¹—es lo que dice en el «santificado sea tu nombre». Lo que significa: es preciso que hagáis tales obras, que el nombre de Dios sea alabado por todos, mientras que vosotros admiráis su misericordia y gracia abundantemente derramada sobre vosotros, y que no fue vano haber hecho de vosotros hijos suyos, dándoos misericordiosamente el Espíritu a fin que crezcáis y progreséis, corrigiéndoos y transformándoos en quienes recibieron el don de llamar Padre a Dios. Pues del mismo modo que, si hacemos lo contrario, seremos causa de blasfemia contra Dios—es decir, que los extraños (a nuestra fe), viéndonos ocupados en obras malas dirán que somos indignos de ser hijos de Dios—, si nos comportamos bien corroboraremos que somos hijos de Dios y dignos de la nobleza de nuestro Padre, porque estamos bien educados y llevando una vida digna de él. Para evitar que se diga aquello y a fin que brote de labios de todos la alabanza al Dios, que os ha elevado a tal grandeza, esforzaos por realizar actos que produzcan tal resultado.

VIII. SAN JUAN CRISÓSTOMO

(Homilías sobre san Mateo, XIX, 4)

·JUAN-CRISO/PATER PATER/JUAN-CRISO

Una vez, pues, que nos ha recordado el Señor esta nobleza, y el don que del cielo se nos ha hecho, y la igualdad con nuestros hermanos, y la caridad, y nos ha arrancado de la tierra, y nos ha elevado, como quien dice, a los cielos, veamos qué es lo que seguidamente nos manda pedir en nuestra oración. A la verdad, esta sola palabra, «Padre», debiera bastar para enseñarnos toda virtud. Porque quien ha dado a Dios este nombre de Padre y le ha llamado Padre común de todos, justo fuera que se mostrara tal en su manera de vida, que no desdijera de tan alta nobleza y que su fervor corriera parejo con la grandeza del don recibido. Mas no se contentó el Señor con eso, sino que añade otra petición, diciendo: «santificado sea tu nombre». Petición digna de quien ha llamado a Dios Padre: no pedir nada antes que la gloria de Dios, tenerlo todo por secundario en parangón con su alabanza. Porque «santificado sea» vale tanto como «glorificado sea». Cierto que Dios tiene su propia gloria cumplida y que, además, permanece para siempre.

Sin embargo, Cristo nos manda pedir en la oración que sea también glorificado por nuestra vida. Que es lo mismo que antes había dicho: «Brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos»²². Y lo mismo los serafines, que le glorificaban, decían así: «santo, santo, santo...»²³. Es decir, que «santificado» vale por «glorificado». Concédenos—viene a decir el Señor—que vivamos con tal pureza, que todos te glorifiquen por nosotros. Obra de consumada filosofía: ¡que nuestra vida sea tan intachable en todo, que cuantos la miren refieran la gloria de ello al Señor!

IX. SAN AGUSTIN

(1. Serm. Mont., II V 19; 2. Serm. 56 5; 3. Serm. 57, 4)

·AGUSTIN/PATER PATER/AGUSTIN

1) Veamos ya qué cosas han de pedirse; puesto que se ha dicho quién es aquél a quien se pide y dónde mora, lo primero de todo lo que se pide es lo siguiente: «santificado sea tu nombre». Lo cual no se pide así como si no fuera santo su nombre, sino para que sea venerado como santo por todos los hombres; es decir, que sea Dios conocido por todos ellos de tal manera que no tengan cosa alguna por más santa y a que teman más ofender. Ni tampoco por haberse dicho: «Dios es conocido en Judea, en Israel es grande su nombre»²⁴, se ha de entender así como si Dios fuera menor en un lugar y mayor en otro; sino que allí es grande

su nombre, donde se pronuncia con el respeto debido a la grandeza de su majestad. Así, pues, se dice que es santo su nombre, allí donde con veneración y temor de ofenderle se le nombra. Y esto es lo que ahora se practica, mientras que el evangelio, dándole a conocer en diversas naciones, hace respetar el nombre de Dios único por la predicación de su Hijo.

2) ¿Por qué pedir la santificación del nombre de Dios? ¿No es santo ya? Y si lo es, ¿a qué pedirlo? ¿No parece, además, que, pidiendo la santificación del nombre divino, ruegas a Dios por Dios y no por ti? Pero, si bien lo entiendes, verás cómo también ruegas por ti. ¿Qué pides, en efecto? Que lo santo en si sea santificado

en ti. ¿Qué significa «santificado sea»? Sea tenido por santo, no en poco aprecio. Luego ya ves que, al desearlo, deseas un bien

que te afecta: menospreciar el nombre de Dios sería malo para ti, y en modo alguno para Dios.

3) Pedimos que sea santificado en nosotros el nombre de Dios, pues no siempre lo es: ¿cuándo se santifica el nombre de Dios en nosotros, sino cuando nos hace santos? No hemos sido santos, y por este santo nombre nos santificamos, por este santo nombre, que es siempre santo, como es santo el que lo lleva. No rogamos por Dios al pedir esto, sino que rogamos por nosotros. Ningún bien pedimos para Dios, a quien ningún mal puede amenazar, sino que deseamos el bien para nosotros, para que en nosotros sea santificado su santo nombre.

X. SANTA TERESA DE JESUS

(Camino de perfección, cap. 30)

·TEREJ/PATER PATER/TEREJ

[...] Como vio su majestad que no podíamos santificar ni alabar, ni engrandecer, ni glorificar este nombre santo del Padre eterno conforme a lo poquito que podemos nosotros, de manera que se hiciese como es razón, si no nos proveía su majestad con darnos acá su reino, y así lo puso el buen Jesús lo uno cabe lo otro²⁵
[...].

XI. CATECISMO ROMANO

(IV, II 1-9) PATER/CATECISMO-
ROMANO

Cristo, nuestro señor y maestro, nos dejó señalado en el padrenuestro el orden riguroso con que debemos presentar nuestras peticiones ante Dios. Siendo la oración mensajera e

intérprete de nuestros sentimientos de hijos hacia el Padre, el

orden de nuestras peticiones será razonable en la medida en que éstas se conformen con el orden de las cosas que deben desearse y amarse. Y, ante todo, el amor del cristiano debe centrarse con toda la fuerza del corazón en Dios, único y supremo bien por sí mismo. El debe ser amado primero con un amor singular, superior

a todo otro posible amor; debe ser amado con un amor único.

Todas las cosas de la tierra y todas las criaturas que puedan merecernos el nombre de «buenas» deben estar subordinadas a este supremo bien, de quien proceden todos los demás bienes.

Justamente, pues, puso el Señor a la cabeza de las peticiones del padrenuestro la búsqueda de este supremo bien. Antes que las mismas cosas necesarias para nosotros o para nuestros prójimos, hemos de buscar y pedir la gloria y el honor de Dios. Este orden debe constituir nuestro supremo anhelo de criaturas y de hijos, porque en esto está el único y verdadero orden de nuestro amor: amar a Dios antes que a nosotros mismos, y buscar sus cosas antes que las nuestras. Y puesto que sólo puede desearse y, por consiguiente, pedirse aquello de que se carece, ¿qué cosas podrá desear el hombre y pedir para Dios? Dios tiene la plenitud del ser; y en modo alguno puede ser aumentada o perfeccionada su naturaleza divina, que posee de manera inefable todas las perfecciones. Es evidente, pues, que sólo podemos desear y pedir para Dios cosas que estén fuera de su esencia: su glorificación externa. Deseamos y pedimos que su nombre sea más conocido y se difunda entre las gentes; que se extienda su reino y que las almas y los pueblos se sometan cada día más a su divina voluntad. Tres cosas—nombre, reino y obediencia—totalmente extrínsecas a la íntima esencia de Dios; de manera que a cada una de estas tres peticiones pueden aplicarse y unirse perfectamente las palabras añadidas en el padrenuestro únicamente a la última «así en la tierra como en el cielo».

Cuando pedimos que «sea santificado su nombre» deseamos que crezca la santidad y gloria del nombre de Dios. Esto no significa que el nombre divino pueda ser santificado en la tierra del mismo modo que en el cielo, ya que la glorificación terrena en modo alguno puede llegar a igualar la glorificación que Dios recibe en los cielos. Cristo pretendió significar con estas palabras únicamente que debe ser igual el espíritu e impulso de esta doble glorificación: el amor.

Es cierto que el nombre de Dios no necesita por sí ser santificado siendo ya por esencia «santo y terrible»²⁶, como es santo el mismo Dios por esencia. Por consiguiente, ni a Dios ni a su santo nombre puede añadirse santidad alguna, que no posea ya desde toda la eternidad. Pedimos, sin embargo, que «sea santificado el nombre de Dios», para significar que deben los hombres honrarlo y exaltarlo con alabanzas y plegarias, a imitación de la gloria que recibe de los santos en el cielo; que deben cesar de ofenderle con ultrajes y blasfemias; que el honor y culto de Dios

deben estar constantemente en los labios, en la mente y en el corazón de todos los hombres, traducándose en respetuosa veneración y en expresiones de alabanza al Dios sublime santo y glorioso. Pedimos que se actúe también en la tierra aquel magnífico y armónico concierto de alabanzas, con que el cielo exalta a Dios en su gloria²⁷, de forma que todos los hombres—comulgando en idéntico cántico de fe y caridad cristianas—conozcan a Dios, le adoren y le sirvan, reconociendo en el nombre del «Padre, que está en los cielos», la fuente de toda santidad, de toda grandeza, de toda fuerza posible en la vida de aquí abajo.

San Pablo afirma que «la iglesia fue purificada, mediante el lavado del agua, con la palabra»²⁸; esto es, «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu santo»²⁹, en el cual fuimos bautizados y santificados. No hay, pues, redención ni salvación posible para aquél sobre el cual no haya sido invocado el nombre de Dios. Esto pedimos también cuando rezamos «santificado sea tu nombre»: que la humanidad entera, arrancada de las tinieblas del paganismo, sea iluminada con el esplendor de la verdad divina y reconozca el poder del nombre del verdadero Dios, alcanzando en él su santidad; y que en el nombre de la trinidad santísima—mediante la recepción del bautismo—obtenga la redención y la salvación.

Y hemos de pensar también, al repetir estas palabras, en aquélla que, por el desorden del pecado, perdieron la santidad e inocencia bautismal, recayendo bajo el yugo del espíritu del mal³⁰.

Deseamos y pedimos que en ellos se restablezca la alabanza del nombre de Dios, de manera que, mediante una sincera conversión y confesión de sus culpas, restauren en sus almas el primitivo y espléndido templo de inocencia y santidad.

Pedimos, además, a Dios que infunda su luz en todas las mentes; para que los hombres tengan conciencia de que «todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, desciende del Padre de las luces»³¹. Todo don [. . .] desciende de Dios; todo, por consiguiente, debe referirse a él y servirle [...].

Notemos, por último, que estas palabras: «santificado sea tu nombre», incluyen un reconocimiento de la función y misión sobrenatural de la iglesia, la esposa de Cristo. Porque sólo en ella ha establecido Dios los medios de expiación y purificación de los pecados y la fuente inagotable de la gracia: los sacramentos saludables y santificadores, por los que, como por divinos acueductos, derrama Dios sobre nosotros la mística fecundidad de la inocencia. Sólo a la iglesia y a cuantos abraza en su seno y regazo pertenece la invocación de aquel nombre divino «el único one nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos»³²,

Es obligación del cristiano, hijo de Dios, alabar el santísimo nombre de su Padre, no sólo con ruido de palabras, sino también,

y sobre todo, con el esplendor de una auténtica vida y conducta cristiana. Es tristísimo e inexplicable que clamemos con los labios: «santificado sea tu nombre», cuando no tenemos inconveniente en mancharlo y afearlo en la realidad práctica de nuestros hechos.

Y no pocas veces semejantes divorcios de palabra y vida son causa de maldiciones y blasfemias en quienes nos contemplan. Ya en su tiempo el apóstol Pablo tuvo que protestar enérgicamente: «Por causa vuestra es blasfemado entre los gentiles el nombre de Dios»³³ [...].

Son muchos los que juzgan de la verdad de la religión y de su autor por la vida de los cristianos. Según esto, quienes de verdad profesan la fe y saben conformar sus vidas con ella, ejercen el mejor de los apostolados, excitando en los demás el deseo afectivo de glorificar el nombre del Padre celestial. El mismo Cristo nos mandó explícitamente provocar, con la bondad y el esplendor de nuestras vidas, las alabanzas y bendiciones de Dios: «Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos»³⁴. Y san Pedro escribe: «Observar entre los gentiles una conducta ejemplar, a fin de que, en lo mismo por lo que os afrentan como malhechores, considerando vuestras buenas obras, glorifiquen a Dios en el día de la visitación»³⁵.

XII. D. BONHOEFFER

(O. c., 177)

·BONHOEFFER/PATER PATER/BONHOEFFER

El nombre paternal de Dios, tal como es revelado en Jesucristo a los que le siguen, debe ser tenido por santo entre los discípulos; porque en este nombre se contiene todo el evangelio. ¡No permita Dios que su santo evangelio sea oscurecido y alterado por una falsa doctrina o una vida impura! Que se digne manifestar continuamente su santo nombre a los discípulos, en Jesucristo. Que conduzca a todos los predicadores a la predicación pura del evangelio, que nos hace felices. Que se oponga a los seductores y convierta a los enemigos de su nombre.

XIII. R. GUARDINI

(O. c., 311-328)

·GUARDINI/PATER PATER/GUARDINI

1. El nombre de Dios

Con esto entramos en pleno misterio de la revelación; pues ¿tiene Dios un nombre [...], que no le haya dado el hombre, sino con el cual él se llame a sí mismo? En el segundo relato de la creación se cuenta cómo Dios creó al hombre y, al sentir éste la

soledad, el Señor le presentó los animales, para que se hiciera evidente si el hombre podía tener alguna comunidad con ellos³⁶.

Entonces se dice: «El hombre dio nombres a todos los cuadrúpedos, a todos los pájaros del aire y a todos los animales del campo; pero para Adán no se encontró ayuda de su especie»³⁷. El hombre acepta y reconoce la índole peculiar de los seres vivos, y la expresa en el nombre. Al comprender lo que es el animal, comprende lo que es él mismo; y que es diferente de todo animal. Entonces Dios, con la sustancia vital del hombre, crea a la mujer, de la misma naturaleza que él, y así se desarrolla entre ellos la comunidad del ser humano en igual rango. Es decir, al nombrar tiene lugar una visión y una comprensión, pero también una distinción [...].

Cuando Dios creó al hombre, «le creó a su imagen y semejanza»³⁸. Con eso se designa el nombre esencial del hombre: es aquél que es imagen y semejanza de Dios. Y a su vez también se indica el nombre de Dios: él es modelo, prototipo. Lo que puede y debe ser el hombre, le está dado; su medida está por encima de él. Lo que es Dios, lo es por sí mismo: es señor de su naturaleza.

Así queda establecida la distinción en que se sitúa la base de la verdad de la existencia. Todo cuanto se pueda decir sobre el hombre por la experiencia de la vida, por la filosofía y la sabiduría, es sólo verdadero si entra en esta frase: Dios es prototipo, Señor por su ser, por ser señor del ser; el hombre es imagen, recibe su esencia y, por tanto, es señor sólo por gracia.

Si esa verdad básica queda perdida al margen de lo que se afirme sobre el hombre y sobre Dios, entonces, por más ciencia y sabiduría que todo esto contenga, resbala a lo innominado y se extienden la confusión y la deformación.

Y así vemos también cómo precisamente en este punto se apoya la tentación. Dios ha elevado ante el hombre un signo de su altura: el árbol, de cuyo fruto no debe comer³⁹. Este árbol expresa que Dios tiene derecho a dar órdenes y el hombre, por su parte, tiene

la obligación de observarlas. Con eso se decidirá si está o no en su nombre, en su verdad, esto es, en su igualdad de semejanza a Dios. Pero el tentador dice: «¿semejanza? ¡Oh, no! Dios sabe exactamente que sois lo mismo que él; también vosotros sois prototipos; sólo que no debéis saberlo para que le sigáis sometidos; ¡rebelaos contra Dios!; entonces os daréis cuenta de que sois iguales a él... »⁴⁰. ¿Reconocemos el acento de estas palabras y esa voluntad tan temiblemente conocida, que hoy se abre paso en la filosofía y en la literatura, en la prensa y en política?... Pero los hombres hacen lo que les persuade a hacer «el embustero original»⁴¹; y el fruto es la «muerte»⁴², con todo el espanto de su significación.

Entonces empieza la amarga historia del hombre, que ya no sabe de su nombre, porque ha traicionado a ese Nombre en que

está cimentado el suyo. Y entonces da vueltas preguntando: ¿quién soy yo?, y no recibe respuesta. Pues, ¡hay que ver qué es todo lo que se le responde! ¡Qué tonterías, qué contradicciones, qué arrogancia!

YO-SOY/YAHVE: Sin embargo, Dios no deja caer al hombre. Ya el hecho de que en ese primer terrible tropiezo no quedara aniquilado fue gracia y comienzo de la redención. Y luego, tras interminable aguardar en lejanía y tiniebla, llega el tiempo señalado y Dios llama al hombre. Es el acontecimiento con que empieza la historia externa de la redención: la vocación de Moisés⁴³. Este apacentaba sus rebaños en la soledad desértica del Horeb. En ese silencio [...] tiene Moisés una visión: ve arder una zarza sin que se queme, y entre las llamas le habla esa misteriosa figura, que mencionan sólo los primeros libros de la Escritura: el «ángel del Señor», enviado de Dios, y a la vez—no se sabe cómo—él mismo. Este le ordena sacar de Egipto al esclavizado Israel. Moisés se asusta de la tarea, pero acepta la orden; y para poder presentarse al pueblo, pregunta cómo se llama el que le habla [...]. Dios dijo entonces a Moisés: «Yo soy el que soy». Y añadió: «Hablarás así a los hijos de Israel: <yo soy> me ha enviado a vosotros»⁴⁴.

Así es, nombrado expresamente por él, el nombre de Dios: «el yo-soy». Nombre misterioso, intranquilizador; pero que si lo observamos con exactitud, hace patente lo que acabamos de considerar.

Ante todo, constituye un rechazo de todo nombre, que pudiera ser tomado por parte de la tierra. Y también, además convierte en nombre el modo de ser de Dios: el hecho de que está en su esencia y su poder por su propio derecho. Esta elevación y poder no tienen lugar [...] en el ámbito de las ideas, sino [...] con referencia a Moisés y a la historia sagrada, que empieza entonces. Dios, pues, se llama «Yahvé»: «el que está aquí y puede». La Biblia griega traduce ese nombre por Kyrios; la latina por Dominus; nosotros decimos «el Señor». El nombre de Dios expresa su esencia: él es el que es en absoluto, pero como tal está aquí y llama. Precisamente por eso también el hombre es llamado de modo nuevo. No es un ente natural, sino que está en la historia

desde su comienzo, pues ya ha sido creado en la llamada. Así Dios es para todo hombre: «el que está aquí»; y le indica su lugar, esto es, «ante Dios». En ese lugar debe ponerse el hombre, siempre como de modo nuevo, en constante obediencia del ser creado, y

de ese modo se realiza. Dios es Señor por una plenitud de poderío, que no requiere ninguna legitimación..Por su lado, el hombre sólo es legítimo por parte de Dios, en ser como en derecho. Ese es su nombre, y cae en la confusión cuando lo abandona. Entonces surge la salvaje criatura, que exige autonomía y [...] trata de obtenerla a la fuerza, mediante la mentira violencia, tanto si es el individuo como si es el Estado

quien lo

hace. ¿Y no parece algunas veces la historia como la cadena de fatalidades por donde lleva al hombre su voluntad de ser señor por sí mismo, mientras que sólo lo es por concesión, porque Dios le ha puesto el mundo en la mano, debiendo dar cuenta de todo lo que haga con él?

Moisés es una de las mayores figuras de la historia; sólo la aversión a la revelación ha hecho que no llegue a serlo así en la conciencia común. Saca de Egipto al pueblo de Israel. En el Sinaí le da la ley y constitución que recibe de Dios. Por la familiaridad que se le concede, ruega después que Dios le manifieste quién es, para quedar edificado en lo más íntimo. Así se dice: «Entonces bajó el Señor en la nube. Moisés se puso ante él y gritó el nombre del Señor. El Señor pasó ante él y gritó: <¡El Señor es Dios de misericordia y bondad, magnánimo, rico en paciencia y fidelidad! Conserva la paciencia hasta la milésima generación; perdona culpa, impiedad y pecado; pero nunca deja nada sin castigar, pues hasta la tercera y cuarta generación castiga la culpa de los padres en los hijos y los nietos>»⁴⁵ [...]. Dios castiga el mal hasta la tercera y cuarta generación, pero corresponde a la fidelidad con paciencia hasta la milésima generación. Una vez más se manifiesta la soberanía de Dios; pero ahora como soberanía de la gracia [...].

Que Dios sea realmente el Señor de la gracia, a pesar de la opacidad y crueldad de la existencia, nos lo dice él mismo. En esa palabra podemos hacer pie y recordarle: ¡Señor, tú has dicho que es así: muestra tu gracia en nosotros! Y en ese nombre de Dios —«Señor de la gracia»— se hace aún más evidente el nombre del hombre: es aquél que vive por la gracia de Dios.

El Génesis empieza con las palabras: «En el principio Dios creó el cielo y la tierra»⁴⁶. Otro libro de la Escritura empieza con las palabras [...]: «En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y la Palabra era Dios»⁴⁷. Esta frase habla del misterio de la interioridad de Dios, y dice que ahí hay vida de suprema riqueza, conocimiento, amor y fecundidad [...]. De ese misterio llega hasta nosotros uno. Se hace hombre, y se manifiesta como el Hijo de Dios. Así, Dios se manifiesta como «el Padre»; tal como entonces Jesús habla casi siempre del Padre, «Padre suyo y nuestro»: Padre de una nueva vida, que él nos da, si entramos en comunidad de fe con Jesús [...].

Así, por tanto, es el nombre de Dios: el que existe en prototipo; el Señor de sí mismo y del mundo; el Señor de la gracia y Padre de la nueva vida. Y, por nuestra parte, los hombres tenemos nuestro nombre en el de Dios: somos los que existen como imagen de Dios, los que están en su llamada, los que viven de su gracia, los que son sus hijos e hijas. Esa es nuestra verdad. Expresa que nuestro nombre está unido al nombre de Dios. Sólo estamos seguros de nuestra esencia cuando sabemos de él.

Pero miremos a la historia y veamos cómo el hombre contesta a la pregunta sobre sí mismo en cuanto aparta la vista de Dios. Uno

dice: el hombre es materia diferenciada; el otro: es señor autónomo de su existencia; otro: es idéntico con lo absoluto; otro: el hombre es de tal manera, que en cada momento determina su ser con perfecta libertad; otro: no es sino una función de la sociedad, un instrumento del Estado... ¿No les da horror de ese caos? Pero un caos que no resulta análogo a esa confusión fecunda que reina al principio de toda cuestión nueva, para luego aclararse paulatinamente por el pensamiento; sino un caos malo,

destructor, que vuelve a establecerse una y otra vez. Quizá incluso se debe decir que crece constantemente. En todo caso, es mayor en la edad moderna, con todo el progreso de la ciencia exacta, que en la edad media, pues ésta no había pensado tan mortíferas contradicciones sobre el hombre.

Pero ¿por qué hoy el hombre es tan desconocido para sí mismo, a pesar de todo el progreso? ¡Porque ha perdido en gran medida la clave de la esencia del hombre! La ley de nuestra verdad dice que el hombre sólo se conoce desde encima de él, desde Dios, porque sólo existe por Dios. Tras de toda afirmación falsa sobre el hombre hay una afirmación falsa sobre Dios. Pero la idea torcida del hombre ha producido siempre también una relación torcida de la vida. Ha llevado a que el hombre divinizará o degradará al hombre, que le mimará o le maltratará [...]. Porque ha perdido el punto de apoyo, del que pende su esencia: el nombre del Dios vivo, porque de este modo ha caído en una falta de verdad y de razón, de la que no le saca ninguna filosofía ni ninguna política. Así comprendemos que la primera petición del «padrenuestro» clame a Dios para que su nombre permanezca santificado y a salvo entre nosotros.

2. La santificación del nombre de Dios

[...] Todavía merece consideración especial el hecho de que, entre las siete peticiones que abarcan nuestra existencia temporal y eterna, se ponga en el comienzo la petición de que sea santificado el nombre de Dios. Esto nos recuerda que nuestra vida está condicionada hasta lo más profundo por nuestra relación con Dios.

En el mismo sermón de la montaña, donde está también «el padrenuestro», habla Jesús de la providencia, y dice: «Buscad antes que nada el reino (de Dios) y su justicia, y todo se os dará por añadidura»⁴⁸. De qué es ese «reino», ya nos ocuparemos con detalle; aquí es importante esa ordenación de que se habla, y que ha de dar medida y relación a toda búsqueda y afán: ¡antes que nada el reino de Dios, luego todo lo demás! Y precisamente porque se busca primero su reino, queda garantizado lo demás.

Esa ordenación aparece también en la estructura del «padrenuestro». Por eso todos tenemos ocasión de examinarnos ahí, a ver si la suerte que experimente el nombre sagrado es para nosotros realmente objeto de la primera y más despierta preocupación. . . ¿Y nos atrevemos entonces a plantear en serio

esta pregunta? ¿No tenemos que limitarla inmediatamente, de modo vergonzoso, a ver si aquí experimentamos en absoluto alguna preocupación auténtica?

Así, pues, el nombre de Dios nos está revelado, y lo podemos nombrar. Nos indica la situación de nuestra experiencia, pues por él nos penetramos de nuestra propia esencia. Si nombramos a Dios como es debido, nos nombramos a nosotros mismos. Por eso hemos de saber y reconocer una y otra vez, como verdad básica de toda existencia, que él es prototipo y creador, y nosotros, en cambio, seres creados; él es el Señor por esencia; nosotros, en cambio, seres a quienes se llama y que obedecen; él es el Señor de la bondad; nosotros, en cambio, vivimos por su gracia; él es el Padre, y nosotros somos, en cambio, en la comunidad de Cristo hijos e hijas suyos y, por tanto, hermanos entre nosotros. Situarse con corazón puro en esta ordenación es lo que llama la Escritura el «temor de Dios», diciendo que es «el hombre entero»⁴⁹. En cuanto la realizamos, llegamos a ser realmente nosotros mismos; en cuanto nos desviamos de ella, corrompemos nuestra esencia y perdemos nuestro sentido.

Cuando queremos hablar a Dios sabemos, pues, cómo hemos de nombrarle... Pero [...] ¿cómo me atrevo a dirigir la palabra a Dios, a llamarle «tú»? ¿No es irreverencia? Más aún, ¿tiene algún sentido en absoluto semejante modo de hablar? ¿hay alguien que escuche? Y si hay alguien ahí, ¿es realmente él? Toda invocación es una llamada y toda llamada entabla relaciones, ¿con quién entablo relaciones en esa íntima apertura indefensa, que se llama «rezar»? Pensemos en el intranquilizador pasaje de las Confesiones de san Agustín, cuando ruega a Dios que se le manifieste para saber a quién llama, pues «podría ser que uno llamara a otro del que cree, cuando llama en la ignorancia»⁵⁰. Y, verdaderamente, aquí ya habría ocasión para temer y observar, pues ¡a cuántas cosas han llamado los hombres, afirmando que llamaban a Dios! Pero por habernos dados Jesús la oración, y no sólo diciendo: «así podéis rezar», sino «así habéis de rezarla, ya ha respondido a esta pregunta, que puede ser una pregunta del afán de veracidad, pero también una pregunta de la debilidad o de la pereza o de la huida. Con eso ha dicho: «Cuando pronuncias estas palabras estás en la verdad; cuando llamas a este nombre, llamas al Dios vivo tu Padre; y lo que entonces te atiende es su amor».

Por tanto, la primera petición dice que Dios conceda que su nombre sea santificado. Pero ¿qué significa esto? Si preguntamos a la Escritura en qué consiste la propiedad, que determina todo lo que pertenece a Dios, lo más intransigentemente suyo, y el aroma de su proximidad, entonces responde: la santidad.

[...] La santidad de Dios significa, ante todo, que no se puede unir con él nada que sea común, bajo, vulgar. Más aún, significa que Dios no es «mundano», sino diverso de todo lo que se llama

mundo, misteriosamente elevado o inabordable. Ningún concepto le expresa. Ningún poder puede poner la mano sobre él. En cuanto toca a su criatura, la bruma. La santidad de Dios significa, además, que en él no hay nada mal, ninguna mentira, ninguna injusticia, ninguna violencia, ninguna impureza, sino que Dios es bueno. Pero el bien no es una ley, que esté por encima de él y a la cual él le dé satisfacción del modo más pleno, sino que es él mismo. Quien habla del bien habla de él. Por eso el Señor replicó al muchacho que le quería honrar: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios»⁵². Esa bondad no es en él solamente intención, sino realidad; no sólo pretender y esforzarse, sino ver. Bondad y realidad son en él una sola cosa, y de esa unidad surge un fulgor: es la santidad.

Recordemos las palabras en el sanctus de la misa: «santo, santo santo, Señor Dios de los ejércitos». Proceden de la visión, por la cual fue llamado el profeta Isaías: allí aparece «el Señor, sentado en un alto y sublime trono, y las orlas (de su manto) llenan el templo»; le rodean serafines, seres poderosos; cada cual, misteriosamente, con seis alas; estremecidos con el escalofrío de su altura, ocultan su rostro y proclaman la santidad de Dios: «la tierra entera está llena de su gloria»; el estremecimiento alcanza a la piedra y al edificio, y «tiemblan los cimientos del umbral del templo»; sobre el profeta cae el espanto del hombre culpable ante la presencia del Dios santo: «Entonces dije: ¡ay de mi, estoy perdido!, pues soy un hombre con labios impuros y vivo entre un pueblo de labios impuros; porque mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos»⁵³. ¡Qué imagen! Resplandece la santidad en que se identifican bondad y realidad, intención y poder. Ese resplandor es la gloria de Dios, terrible para el ser que se sabe culpable.

La primera petición ruega a Dios que su santidad sea conservada con honor. Pero hemos de ser exactos, pues dice aún más: que el nombre de Dios, esto es, él mismo, sea «santificado». Para entenderlo, debemos partir de lo que forma en general el cimiento de nuestra fe.

¿Cuál había de ser la consecuencia propia de la santidad de Dios, que es soberanía? Pues que permaneciera en esa «luz inaccesible», a la cual, como dice san Pablo, «nadie tiene acceso»⁵⁴. Y, sin embargo, la realidad es que Dios ha venido a nosotros, en virtud de una decisión, que escapa a nuestro juicio [...]. No sólo Dios está «en todas partes» y, por tanto, también entre nosotros; no sólo existe «siempre» y, por tanto, también en nuestro tiempo. Eso sólo no sería aquello por lo que da gracias nuestra fe con tal asombro y, a la vez, con tan hondo acuerdo.

Pues si decimos sólo: «Dios está aquí», entonces su sobreespacialidad trasciende inmediatamente sobre ese «aquí» y se escapa a lo desconocido. Y, asimismo, cuando decimos: «está ahora entre nosotros», ese «ahora» se deshace ante su majestad,

y en su eternidad se nos escapa a nosotros, seres sujetos al tiempo. Pero Dios hace algo más que eso, algo misteriosamente diferente: atraviesa, si así puede decirse, la frontera que nos separa de él y está aquí «entre nosotros». Comunica su existencia y «habita entre nosotros». La entera historia del pueblo elegido gira en torno de ese hecho inaudito: que Dios está en su centro y habita en medio de él, y le guía, y lucha en sus batallas. Esto se expresa en el sagrado tabernáculo y luego en el templo, pues eran morada de Dios en un sentido expreso.

Si esto se toma en serio, en seguida surge la pregunta: ¿cómo puede soportar un pueblo la conciencia de que el Dios vivo habite en medio de él, casi diríamos «corporalmente»? ¿No acechan ahí dos grandes peligros: uno, que no aguante más esa terrible presencia y se vaya a la irresponsabilidad del paganismo; otro, que intente poner mano en ese misterio y abusar de él en forma de magia? En ambos sentidos se deshonraría a Dios; y la Escritura dice que, en efecto, ha ocurrido así. Por eso tal presencia se

rodea de una protección, que es la ley. Los libros Exodo, Números, Levítico y Deuteronomio muestran cómo al principio la manifestación, que Dios hace de su propia voluntad, proclama el núcleo de la ley; luego los jefes y jueces del pueblo siguen desarrollándola y ordenan prescripción tras prescripción. Se ha tratado de explicar esa ley desde los puntos de vista más diversos: político, sociológico, higiénico. Seguramente mucho de esto responde a la realidad, pero su base auténtica no está ahí, sino que todas las prohibiciones y mandatos habían de recordar a los creyentes, una y otra vez, que Dios habitaba entre ellos. A cada paso habían de encontrarse una prescripción, que les sacara con sobresalto del olvido y de la obiedad, haciéndoles pensar en aquello tan inaudito, que les estaba no sólo concedido, sino impuesto. La ley había de ser una muralla sagrada en torno de Dios, que le protegiera a él y a los hombres alrededor de él; cada una de sus prescripciones, a su vez, había de ser como una puerta que llevara hacia él.

Así Dios era santificado por la ley. La palabra «santificado» o «sagrado», en el lenguaje del antiguo testamento, significa que lo profano se mantenía lejos de él y de lo suyo; que estaba rodeado de temor y respeto, pero también que, con eso mismo, quedaba protegido el hombre del fulgor de lo santo, que le destruiría si se acercaba demasiado. Pensemos en aquel hecho, que [...] nos hace sentirnos tan extraños: cuando sacaban el arca de la alianza de la tierra de los filisteos, al amenazar caerse del carro, uno que no tenía autoridad para tocarla, quiso sujetarla, y «la ira del Señor se inflamó» y «le golpeó»⁵⁵. Así decía la ley al creyente, una y otra vez: «¡Guardaos, en medio de vosotros vive Dios!». Y no sólo de ese modo, por decirlo así, repartido e igualado, que es la omnipresencia, sino en ese sentido especial, de ejercicio de poder, que empezó en el Sinaí: «¡Practicad el respeto santificador!...».

Pero cuando luego el creyente se echaba atrás con temor ante el Dios inabordable, entonces percibía su gracia. En la medida en que realizaba esa distinción se daba cuenta de esa proximidad, que otorgaba vida. Siempre que se guardaba de usar lo santo, lo santo le bendecía. Y como el mismo Dios es su nombre, también era santificado el nombre del Horeb, «Yahvé», que significa «el que es». Su denominación quedó rodeada de límites cada más estrechos, hasta que no se pronunció ya en absoluto, apareciendo perífrasis en su lugar.

En el nuevo testamento desaparece la ley. El nombre de Dios se profundiza en el del Padre. Pero en la oración, que ha de ser para los suyos la forma de trato con Dios, Jesús asume esa exigencia básica de la antigua piedad. Por eso la primera petición exhorta al cristiano a tener en su corazón la preocupación por el santo nombre: a que, por su fe y su amor y toda su disposición interior, santifique el nombre del Padre en él mismo y en su ambiente.

Más aún, la petición dice que el tener tal actitud interior no significa ninguna obviedad religiosa, que surja de la disposición del hombre de buen natural; sino que es gracia. Es la gracia de la piedad, en absoluto; pues el Señor nos enseña a rezar por ella. Y no habríamos de ver en la santificación de Dios solamente una obligación que se nos impone, sino algo muy grande que se nos confía. Pero aquél que nos lo confía nos da comprensión y fuerza de ánimo, para satisfacer a su confianza.

Y aquí hemos de penetrar de nuevo más hondamente en las palabras del Señor, para alcanzar su pleno sentido. Pues no se dice: «concédenos que seamos capaces de santificar tu nombre»; sino: «que sea santificado, que se cumpla el misterio de la santificación». Es decir, en el fondo, el santificar no es un acto del hombre, sino de Dios mismo. El es el que se santifica en el hombre. Se manifiesta al hombre como el santo por esencia, y hace que éste se incline «en el estremecimiento de la adoración». Ahí se le hace visible: «sólo Dios es Dios, yo he sido creado; sólo él es santo, yo soy pecador». Esa evidencia sitúa al hombre en la verdad de su existencia. Es el fundamento de la existencia redimida. Y el Señor nos enseña a rezar por ello, antes que por todo lo demás.

Pero ¡qué cotidianamente necesaria es también la ayuda de Dios, para que su nombre permanezca santificado! Tengamos presente cómo se habla de él; cómo hablan los filósofos [...], los poetas y políticos, escritores y palabreros de toda especie. ¿Qué sentiríamos, si se hablara de una persona a quien amáramos, como se habla de Dios? Y aun prescindiendo de negaciones y blasfemias, que se hacen cada vez más desvergonzadas, el nombre de Dios se ha convertido en una mera sílaba de acentuación. Si alguien dice algo a otro, éste puede dar por respuesta: «¡Dios mio!» o «¡por Dios!». ¿No es eso una constante deshonra?

Dios ha situado todas las cosas en su esencia y en su realidad: las cosas y las personas. Todo existe solamente porque él lo mantiene. Si preguntáramos: ¿qué existe?, la primera respuesta diría: Dios. El existe en absoluto y por sí; todo lo que se llama mundo, sólo por él y ante él. Por eso propiamente él debería resplandecer a través de todo. Las cosas deberían florecer de él. En vez de eso, todo está sordo y mudo. ¿Cómo puede ser? ¿No nos ha invadido alguna vez el asombro de que Dios exista y se pueda vivir como si no existiera? ¡Qué dura muralla debe ser el hombre, en toda su mezquindad, que impide a Dios que surja resplandeciendo!

INCREENCIA/LIBERTAD LBT/INCREDULIDAD: Pero en su magnanimidad, él ha querido que el hombre sea libre, realmente libre, es decir, pudiendo hacer lo que quiere, aun contra la sana voluntad. Dios se ha reservado en sí mismo, por decirlo así; ha dado lugar al hombre, para que pueda decir «sí» o «no», con la confianza del Señor verdaderamente grande, en que el ser puesto en libertad honrará por su parte al Dios que lo honra de modo tan alto. Pero el hombre dijo «no»; entonces cayó sobre el mundo tal oscuridad y penetró en él tal confusión, que el hombre puede vivir, como si Dios no existiera; y puede inventar filosofías, que ponen esa negación como base de su sistema; y puede emprender políticas, que extinguen la fe como condición previa para todo poder y bienestar... ¡Verdaderamente, es el misterio del mal! Roguemos a Dios, con gran seriedad, que santifique su nombre

en nosotros y por nosotros, a fin de que ahí surja luz para la fría mentira, que reina por todas partes. No olvidemos jamás que el hombre sólo permanece santo y a salvo en la santificación del nombre de Dios. Siempre que, en el transcurso de la historia, el nombre de Dios es mal usado u olvidado, se usa mal o se olvida el nombre del hombre. Una ciencia, salida de sus límites, ve en el hombre una especie animal más desarrollada; una ciega filosofía cultural le toma por un ser económico o sociológico; finalmente, ha venido el totalitarismo y le ha convertido en material, para sus objetivos de poder. ¡Es muy necesario que pronuncemos esta petición del «padrenuestro»! [...].

XIV. H. VAN DEN BUSSCHE

(O. c., 67-79)

·BUSSCHE-VAN/PATER PATER/BUSSCHE-VAN

1. El nombre

Para el israelita el nombre designa siempre una función, un destino; el nombre de un ser no es nunca el resumen de una definición filosófica, la traducción de una esencia. El oriental, hombre práctico, no tiene nada de filósofo, y se interesa muy poco por las esencias de las cosas; por otra parte, pone con frecuencia

en el nombre mucho más de lo que el occidental podría imaginar. Entre nosotros, por ejemplo, se da tal nombre a un niño por motivos sentimentales (el abuelo se llamaba así) o simplemente porque ese nombre suena bien. En el oriente, en cambio, el nombre tiene un sentido, el valor de bendición para el niño o de maldición para su enemigo. El nombre le augura un destino determinado y el oriental cree en la eficacia de este augurio o de esta maldición. En cierto modo el nombre es decisivo para el porvenir del individuo. Desde que el hombre puso un nombre a los animales en el paraíso⁵⁶, cada uno de ellos—piensa el israelita—tiene en el mundo creado un papel que cumplir, que responde a su nombre. Así, por ejemplo, el hombre llamó al caballo «caballo», no porque era un caballo, sino para que desempeñara en el mundo el papel de caballo. Esto vale también para los cambios de nombre de las personas. Esto vale también para los cambios de Mattanías por el de Sedecias (= Sedeq-Yah: Yahvé es justo), cuando le instala como rey de Jerusalén por consiguiente, ¡atención!⁵⁷. La imposición de un nombre se parece mucho a un «nombramiento». Cuando Simón es llamado Kefa (piedra), significa que es constituido Kefa⁵⁸. El nombre no es, por consiguiente, un sobrenombre sin valor o un mote; determina el papel de un hombre en la sociedad.

El nombre de Dios es aquél por el que se revela. Este nombre expresa lo que es Dios para los que le conocen, para aquellos «sobre los que su nombre es invocado», es decir, para aquellos que llevan su nombre. Conocer el nombre de Yahvé es saber lo que se debe a Yahvé y, por consiguiente, en el fondo es conocerle como el que da vida a Israel con su presencia protectora. Zacarías dice que, al fin de los tiempos, «Yahvé será el rey de todo el universo; en aquel día Yahvé será único, y su nombre único»⁵⁹; es decir, que nadie pensará invocar a otra divinidad. El nombre expresa, según esto, la significación de Yahvé para los que invocan su nombre. Además, el nombre propio de Dios expresa su personalidad íntima, profunda, incognoscible para el hombre [...]: es inefable. Es trabajo perdido tratar de conocerle, como era una temeridad por parte de Moisés el pedir a Yahvé que le hiciera ver su gloria: no puede ver cara a cara la gloria de Yahvé sin morir⁶⁰, porque es por la cara por donde se conoce a uno y Dios no revela nunca el misterio de su personalidad profunda. A la pregunta indiscreta de Moisés, Yahvé responde: «Yo soy el que soy»⁶¹. De esta manera sustrae en cierto modo el misterio de su ser íntimo a la curiosidad del hombre, revelándole a la vez lo que es y será para él. Moisés e Israel deberán contentarse con esta respuesta: para ellos Yahvé será: «Yo soy». Al darse este nombre, da la seguridad de que estará con Israel y en su favor. Inmediatamente después el nombre de Yahvé es para Israel la garantía de su liberación de Egipto; y para el futuro, la prenda de la protección permanente de Yahvé [...].

El nombre de Yahvé es, por tanto, el resumen de su acción salvífica en la historia de Israel. Si el nombre de Yahvé es bueno⁶² o grande⁶³ o santo⁶⁴, es porque Yahvé, en su actuación, se ha mostrado bueno, grande o santo en relación con el pueblo o los individuos⁶⁵ [...]. Anunciar el nombre de Yahvé no es sino hacer conocer su acción salvadora en la historia [...]. Invocar el nombre de Yahvé es apelar a su voluntad salvadora. Su nombre es como el resumen de todo lo que su personalidad obra hacia afuera. Por esta razón su «nombre grande» se cita juntamente con su «mano fuerte» y (su) «brazo extendido»⁶⁷.

2. La santificación de su nombre

SANTIDAD/QUE-ES: El nombre de Yahvé es santo. En su santidad reside precisamente su más íntima naturaleza. La Biblia pone en esto la característica de la esencia divina. Sólo Dios es santo⁶⁸. Yahvé es el totalmente-distinto, absolutamente superior a todo lo demás, inaccesible al mundo creado. Su santidad es su misma divinidad. Cuando jura por su santidad⁶⁹, jura por sí mismo (¿por quién sino por sí mismo podría jurar Yahvé?) y, más exactamente, por su omnipotencia inimaginable. Afirmar que la santidad de Yahvé es su característica esencial, no es meterse en problemas metafísicos. El israelita tiene muy buen sentido común, para saber que su inteligencia es incapaz de encerrar a Dios en sus conceptos, de expresarle en una definición; se contenta con hacer suponer lo que es, subrayando el dinamismo ilimitado de su personalidad: ¿quién podría estar en presencia de Yahvé, el Dios santo?⁷⁰. La santidad de Yahvé no es más que su omnipotencia infinita manifestándose al exterior en la gloria, y por eso la gloria es la manifestación al exterior en la gloria, y por eso la gloria es la manifestación propia de la divinidad. Nombre y gloria van juntos: «Glorifica tu nombre» es una expresión que aparece constantemente⁷¹ y que significa: muéstrate lo que eres, es decir, santo o divino.

La criatura es santa en la medida en que se sustraiga al mundo profano y no pertenezca más que a Dios. Los ángeles son los «santos» de la corte real de Dios, consagrados a su servicio. Israel debe ser «santo»⁷², porque Yahvé se lo ha reservado para sí. Por eso debe observar una serie de prescripciones particulares, por las que afirma su separación de los pueblos paganos y se santifica, se reserva para Yahvé. Israel debe considerar al sacerdote «como santo, porque ofrece el alimento de tu Dios. Será para ti un ser santo, porque yo soy santo, que os santifico a vosotros»⁷³. El mobiliario del templo es santo, porque sólo puede servir para el culto y está sustraído a los usos profanos. En sí considerado, el concepto de santidad aplicado a una criatura no implica ningún carácter moral. La santidad es, ante todo, una noción cultural, litúrgica; significa que una persona o un objeto, por

un conjunto de ritos, es sustraído al uso profano y reservado exclusivamente al servicio de la divinidad, principalmente en el culto.

Originariamente la santidad de Yahvé no era más que su omnipotencia. El Dios de Abrahán (= El-Shaddai) era para el patriarca el más poderoso de todos los dioses y aún no el Dios único. Tenía el brazo más fuerte. Incluso en el periodo épico del Exodo, cuando el monoteísmo aunque todavía no explícito, tomaba ya un relieve más señalado, Yahvé aún manifestaba su divinidad principalmente por medio de «su mano fuerte y su brazo extendido». Sólo posteriormente, cuando el profetismo purificará y profundizará la idea de Dios, recibirá la omnipotencia de Yahvé un carácter ético; y es entonces cuando la exigencia de santidad tomará también para el israelita un aspecto más moral⁷⁴.

El nombre de Yahvé es santo, porque expresa su santidad o su divinidad. Su nombre, como su gloria⁷⁵, es en cierto modo el aspecto exterior de su santidad; revela al mundo su divinidad. Por esta razón se citan a veces paralelamente el nombre y la gloria⁷⁶ [...].

Si el nombre de Dios es santo por definición, ¿cómo puede ser santificado aún? Santificar es un concepto israelita, capaz de recibir aplicaciones muy distintas. Santificar significa muchas veces sustraer una cosa al uso profano, ponerla aparte para el servicio exclusivo de Dios, por consiguiente, consagrar y también ofrecer.

Por eso cuando Yahvé santifica a Israel, quiere decir que se lo reserva como su propiedad exclusiva⁷⁷. Dios puede también ser santificado, ya sea que él se santifique a sí mismo, ya sea que el hombre le santifique. Se santifica a sí mismo cuando afirma su santidad con las distintas manifestaciones de su omnipotencia, como en la creación o en la conservación del mundo, pero sobre todo en el establecimiento, protección y «cambio de suerte» de su pueblo Israel. Yahvé es llamado «el santo de Israel»⁷⁸, porque, aunque santo y, por consiguiente, libre frente a todas las cosas, compromete, sin embargo, su divinidad en la protección de Israel [...]. Dios santifica su nombre liberando a Israel del destierro⁷⁹ [...].

Santificar a Dios es alabarle⁸⁰, es decir, reconocer y celebrar sus hazañas. Santificar a Dios es también glorificarle, es decir, reconocer que Yahvé manifestó su gloria en la creación y en la historia de la salvación. Santificar a Dios es, sobre todo, confiar exclusivamente en su omnipotencia protectora⁸¹, y serle fiel observando sus mandamientos, las cláusulas de la alianza⁸²; en una palabra: es «ser totalmente de Yahvé»⁸³ o «ser santo» (esto es, enteramente a su servicio), «porque Yahvé es santo»⁸⁴ y ha santificado a Israel para sí [...].

/Mt/05/48 MORAL-CRA/DERECHO: Las prescripciones rituales y morales del antiguo testamento se refieren siempre a Yahvé y exigen que el hombre sea «perfectamente de Yahvé». La moral de

Israel es teocéntrica, y no está basada en la perfección personal. Esta perspectiva teocéntrica se halla en el nuevo testamento [...]: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»⁸⁵. Esto evidentemente no significa que el hombre deba imitar la perfección esencial de Dios, pues es imposible: el hombre nunca podrá alcanzar la perfección de Dios. Más bien quiere resumir la superioridad de la justicia cristiana en relación a la justicia judía. La justicia cristiana la perfecciona y la supera⁸⁶, porque, como resultado de las antítesis⁸⁷, es una moral de la intención y, sobre todo, no se limita a no hacer mal a los demás. Dios es perfecto, porque hace más (es más misericordioso)⁸⁸ de lo que exige la estricta justicia⁸⁹. La ética de Dios es la de un don sin límites, de suerte que la moral cristiana comienza donde se para la estricta justicia. La moral cristiana no puede reducirse al respeto del derecho, aunque este derecho haya sido temperado. La moral del derecho es siempre una moral del mínimo una delimitación de la frontera inferior del comportamiento humano una determinación de lo prohibido. La moral cristiana, por el contrario es una moral del máximo, un ideal mejor a realizar sin descanso porque es una imitación de la misericordia infinita de Dios. Cuanto Dios más se santifica, cuanto más manifiesta su divinidad en su bondad (que realiza, por ejemplo, en la historia de la salvación neotestamentaria), tanto más el hombre debe santificar a Dios con una moral elevada.

Dios se ha santificado o ha santificado su nombre en el momento de la venida y, sobre todo, al fin de la vida de su Hijo⁹⁰, quien se ha santificado a sí mismo, es decir, se ha entregado por los hombres⁹¹. A la luz de esta acción santificante de Dios, el discípulo le pide que acabe su obra y que él «pueda ver la gloria»⁹² del Padre en el retorno del Hijo. En esta petición se expresa todo el deseo de la cristiandad primitiva de ver el triunfo del Señor de gloria. No pide, en primer término, para gozar ella misma de la manifestación de la gloria, sino para que Dios sea Dios y reconocido como tal por cada uno de los individuos. «Gloria a Dios en lo más alto de los cielos», a Dios que muestra su santidad en la gloria. Y la gloria de Dios incluye la felicidad de los hombres, objeto de su predilección⁹³, porque Dios manifiesta justamente su omnipotencia en su excesiva benevolencia hacia los hombres. La omnipotencia de Dios es omnipotencia de bondad y de amor hacia los hombres⁹⁴. «Padre, muestra plenamente el carácter divino de tu benevolencia, terminando lo que has comenzado por la revelación de la gloria de tu Hijo». Es evidente, que en esta petición el discípulo incluye también el deseo de que el mayor número posible de hombres pueda experimentar y reconocer, con gratitud, este acto de la salvación divina; y se obliga a santificar al Padre con palabras y acciones, entregándose plenamente a él.

XV. S. SABUGAL

(Cf. Abbá..., 180-81-218-20)

·SABUGAL/PATER PATER/SABUGAL

Tras la invocación inicial, la primera petición—en la redacción mateana y lucana— suplica al Padre por la santificación de su nombre⁹⁵. Ese puesto primordial, con respecto a las demás súplicas, refleja ya su importancia: ¡Nada debe preocupar tanto a los hijos de Dios, ninguna cosa debe tomar en su vida tan en serio, como la santificación del Nombre del Padre! Por lo demás, esa súplica es, a primera vista, del todo extraña: ¿no es, en sí, santo el nombre de Dios? Lo es, en efecto. Es santo el Dios⁹⁶, cuyo nombre es Santo⁹⁷, tres veces santo⁹⁸, es decir, santísimo: «el santo»⁹⁹. ¿Qué significado envuelve entonces aquella petición?

a) El evangelista Mateo emplea sólo otras dos veces el verbo «santificar»¹⁰⁰, para designar la sacralización del oro por el templos¹⁰¹ y de la ofrenda por el altar¹⁰². No ayuda, pues, este significado a la comprensión de aquella súplica. Por lo demás, el empleo de ese verbo por el evangelista Lucas se limita al texto de esa petición. El contexto lucano del Magnificat¹⁰³, sin embargo, puede arrojar alguna luz: María glorifica al Señor... «porque ha hecho en mí maravillas, santo es su nombre»¹⁰⁴. La santidad del nombre de Dios, en este contexto, está estrechamente relacionada con «las maravillas», realizadas por él en su «humilde sierva». En otra palabras: el nombre de Dios se reveló santo, eligiendo a María para ser madre del Mesías, cumpliendo así definitivamente con Israel la promesa salvífica hecha a «los padres»¹⁰⁵.

Que esta interpretación es objetiva, lo muestra la implícita cita salmista (= Sal 111, 9) del texto lucano: «... santo es su nombre»¹⁰⁶. En este contexto veterotestamentario, en efecto, el salmista afirma que la santidad del nombre de Dios¹⁰⁷ se manifiesta en «la redención de su pueblo»¹⁰⁸ así como en la «perpetua consolidación de su alianza»¹⁰⁹. Se trata, evidentemente, de la alianza sinaítica, mediante la cual decidió Yahvé ser el único Dios¹¹⁰ del pueblo, liberado de la opresión egipcia y elegido como su «propiedad personal entre todos los pueblos»¹¹¹. Dios revela, pues, la santidad de su nombre, salvando a su pueblo y exigiendo la fidelidad al pacto de ser su único Dios.

b) Una concepción, por lo demás, común a varios autores del antiguo testamento. Ya el redactor del Levítico precisa que la observancia de los preceptos de la alianza es imperativo necesario, para que «sea santificado en medio de los hijos de Israel» Yahvé, quien «los santifica, sacándolos de la tierra de Egipto, para ser su Dios»¹¹². Liberando a su pueblo, reveló, pues,

Dios su santidad; y ésta es reconocida, a su vez, por el pueblo liberado, mediante aquel reconocimiento de su señorío exclusivo, que se refleja en la práctica de sus preceptos¹¹³. Una concepción afín traduce Isaías II: evocando los prodigios de la liberación de Babilonia o «nuevo éxodo»¹¹⁴, el profeta afirma que, viendo esas

«obras de Dios», el pueblo liberado «santificará su nombre... temerá al Dios de Israel»¹¹⁵; de la redención realizada por «el santo de Israel»¹¹⁶ surge, pues, la santificación o glorificación de su nombre por el pueblo redimido, santificación manifestada en aquel temor del Señor, que implica la observancia de sus preceptos como prueba de la fidelidad a la alianza o fe en el único Dios salvador¹¹⁷. En esta misma línea de pensamiento se sitúa el profeta Ezequiel: Yahvé santifica su nombre, profanado por la idolatría de Israel, liberando a éste de la cautividad babilónica y re-conduciéndole a «la tierra», para que reconozcan que él es su único Dios salvador¹¹⁸. Así lo entendió también la teología y piedad judaica: Dios «santifico su gran nombre en el mundo», liberando a Israel de la Esclavitud de Egipto y, tras conducirlo victoriosamente, introduciéndole en la tierra prometida¹¹⁹; es, pues, normal que la oración judaica bendiga la santidad de Dios y de su nombre tras mencionar sus prodigios salvíficos¹²⁰, equiparando la santificación del nombre de Dios con la glorificación del mismo y relacionando estrechamente asimismo esa santificación con la venida de su reino: «Glorificado y santificado sea su gran nombre en el mundo, creado por él según su voluntad; haga él dominar su reinado...»¹²¹. ¡En la realización del reinado de Dios es precisamente, santificado (= glorificado) su Nombre! !

Resumiendo la concepción teológica veterotestamentaria y judaica sobre la santificación del nombre de Dios, podemos decir: liberando a Israel de la opresión egipcia, primero, y de la esclavitud babilónica, después, Dios se reveló a Israel más potente que los dioses de sus opresores; segregó su nombre de entre todos ellos realizando obras salvíficas que, ante Israel y ante los pueblos, le revelaron un Dios inigualable entre todos los dioses, el único Dios salvador; como tal es reconocido y santificado por el pueblo, mediante la observancia de sus preceptos; y su nombre será nuevamente santificado con la venida de su reinado.

c) A la luz de este trasfondo veterotestamentario y judaico podemos acercarnos a la comprensión del significado de la primera petición: «santificado sea tu nombre». La forma verbal «santificado sea» es, sin duda, un sustituto semítico del nombre de Dios, un

«pasivo teológico». La súplica pide, pues, al Padre que santifique su nombre en quien(es) le ruega(n). Y ¿quién sino él puede hacerlo? Esa santificación, en efecto, tiene lugar, ante todo, liberando al «nuevo Israel» de los discípulos de Jesús,

para

re-establecer en ellos su reinado. Una gesta salvífica que, superando la capacidad del hombre, está reservada exclusivamente al poder de Dios. Pues se trata de la liberación escatológica, prefigurada por la realizada a raíz del éxodo de Egipto y del «nuevo éxodo» de Babilonia: la liberación, mediante el Espíritu de Dios, de la esclavitud del «enemigo» del reino¹²², es decir, del diablo¹²³, quien sigue sembrando en el campo del mundo la cizaña de «los hijos del maligno»¹²⁴, tiene aún poder en «este mundo»¹²⁵ y atenaza a los hombres¹²⁶ bajo la esclavitud del pecado¹²⁷. Los discípulos de Jesús, adoctrinados por el Maestro, saben bien todo esto. Por eso inician su oración al Padre suplicándole: «¡Santifica tu nombre, librándonos de la opresión del verdadero faraón, de la esclavitud del verdadero tirano, para que reconozcamos en ti al único Dios, que libera y salva!». En esa liberación divina, que condiciona la venida del reinado de Dios, es, pues, santificado (= glorificado) el nombre del Padre, en los hijos que le invocan¹²⁸.

No es ése, sin embargo, el único ni el principal significado de la primera súplica del Padrenuestro. En las dos redacciones evangélicas, ésta sigue inmediatamente a la invocación inicial: «Padre» (Lc), «Padre nuestro que estás en los cielos» (Mt). Aquélla está, pues, íntimamente relacionada con ésta. Lo que significa: el Nombre, por cuya santificación suplican los hijos invocantes, no es el de Dios en general sino, más bien, un Nombre muy concreto, el por ellos invocado: «¡Padre!». El primordial ruego al Padre, para que él santifique su Nombre paterno, significa entonces, con toda probabilidad, esto: que él devenga más intensamente Padre de sus hijos, acrecentando en ellos el ya otorgado don de su filiación divina; o también: que quienes le suplican devengan más intensamente hijos suyos o participen con siempre mayor medida de su naturaleza divina, amando más perfectamente a sus enemigos como el Padre ama a los suyos, para poder invocarle con siempre mayor propiedad: «¡Padre nuestro!». Así es santificado el Nombre del Padre invocado en los hijos que le invocan.

No sólo en ellos. Al nivel de la redacción mateana, la comparación: «como en el cielo, también sobre la tierra» se refiere probablemente a las tres primeras súplicas¹²⁹. En la primera de ellas suplican los hijos, por tanto, la glorificación del nombre del Padre «sobre la tierra», como lo hacen los ángeles y los santos

«en el cielo»¹³⁰. Ahora bien, éstos le glorifican, pregonando la santidad suprema de Dios¹³¹, manifestada en su fidelidad¹³² o amor. Un amor, precisa Jesús, no sólo para con los «buenos»

y

«justos» sino también para con los «malos» e «injustos»¹³³. Con las «buenas obras» de ese amor, precisamente, deben los hijos de Dios iluminar al mundo, para que, viéndolas, «los hombres (¡todos los hombres!) glorifiquen a su Padre celeste»¹³⁴, reconociendo en él al Padre «bueno con los ingratos y perversos»¹³⁵, al Padre que

ama a los pecadores y se alegra entrañablemente por su conversión¹³⁶. ¡Nada glorifica tanto al Nombre del Padre como las obras de sus hijos, que manifiestan al mundo entenebrecido por el pecado la luz de su misericordioso amor paterno! Pues es éste el único amor, que hace «retornar» al «hijo pródigo» a la «casa» paterna: ¡El único amor que convierte al pecador y lo conduce o devuelve a la Iglesia!

-
1. Cf. EX 3, 1314.
 2. Jn 5, 43.
 3. Jn 12, 28.
 4. Jn 17, 6.
 5. Is 6, 3; Ap 4, 8.
 6. Lv 19, 2.
 7. 1 Co 6, 9-11.
 8. Ex 3, 14.
 9. Ex 20 7.
 10. Dt 32, 2.
 11. Sal 44, 18.
 12. Sal 33.4.
 13. Sal 29, 3.
 14. Rom 2, 24; cf. 1s 52, 5.
 15. Sal 34, 16.
 16. Sal 55, 10.
 17. Sal 59, 13.
 18. Is 52, 5 = Rom 2, 24.
 19. Mt 5, 16.
 20. Lv 19, 2.
 21. Mt 5, 16.
 22. Mt 5, 16.
 23. Is 6, 3.
 24. Sal 75, 2.
 25. La santa explica, pues, esta petición junto con la siguiente.
 26. Sal 110, 9.
 27. Sal 83. 5; cf. Ap 4, 8.
 28. Ef 5, 26.
 29. Mt 28, 19.
 30. Cf. Mt 12, 43-45 = Lc 11, 24-26.
 31. Sant 1, 17.
 32. Hech 4, 12.
 33. Rom 2, 24.
 34. Mt 5, 16.
 35. 1 Pe 2, 12.
 36. Cf. Gén 2. 7.18-19.
 37. Gén 2, 20.
 38. Gn 1, 26.
 39. Gn 2, 16-17.

40. Cf. Gn 3, 1-5.
41. Jn 8, 44.
42. Rom 6, 23a; cf. Gn 2, 17.
43. Cf. Ex 3, 1-4, 17.
44. /Ex/03/13-14.
45. Ex 34, 5-7.
46. Gn 1, 1.
47. Jn 1, 1-2.
48. Mt 6, 33.
49. Ecl 12, 13.
50. San Agustín, Conf. 17, 1.
51. Mt 6, 9a = Lc 11, 2a.
52. Mc 10, 18.
53. Is 6. 1-5.
54. 1 Tm 6, 16.
55. 1 Cro 11, 10.
56. Gn 2, 19-20.
57. 2 Re 24, 17.
58. Jn 1, 47.
59. Zac 14, 9.
60. Ex 33, 18-23.
61. Ex 3, 14.
62. Sal 52, 11; 54, 8.
63. 2 Cro 6, 32.
64. Sal 103, 1-2.
65. Cf. Sal 111, 9; Lc 1, 49.
66. Cf. Is 12,4.
67. 2 Cro 6, 32.
68. Cf. Ap 15, 4.
69. Am 4, 2.
70. 1 Sam 6, 20; cf. Sal 99, 3.5.9; 11, 9.
71. Cf. por ejemplo Dan 3, 43; Jn 12, 28.
72. Lev 19.
73. Lev 21, 8.74. Cf. Is 5, 16.
75. Is 6,3.
- 76 Cf. Is 59, 19; 30, 2.
- 77 Santificar = consagrar; Ex 31, 13; Lev 20, 8, etc.
78. Is 10, 17; Jer 15, 5, etc.
79. Ex 20, 41; 36, 23-24; Is 12, 6.
80. Lc 1, 46.
81. Cf. Núm 20, 12; Dt 32, 52; Is 29, 33.
82. Lev 22, 31-32.
- 83, Dt 18, 13.
84. Lev 19, 2.
84. Lev 19, 2.
85. Mt 5, 48.
86. Mt 5, 17.20.
87. Mt 5, 21-42.

88. Lc 6, 36.
89. Mt 5, 45-47.
90. Jn 12, 28; 13, 31; 17, 1.4.6.
91. Jn 17, 19.
92. Jn 17, 29.
93. Lc 2, 14.
94. Tit 3, 4.
95. Mt 6, 2c = Lc 11, 2b.
96. Lev 22, 32; Am 4, 2; Is 5, 16; Ez 39, 25; Sal 111, 9.
97. Lev 11, 44; 19, 2; Am 2, 7; ICrón 16, 10.35; Sal 33, 21; 103, 1.
98. Is 5, 16.
99. Os 11, 9; Hab 3, 3; cf. Is 1, 4; 5, 24; 17, 7; 41, 14; Sal 71, 22.
100. Mt 23, 17-19.
101. Mt 23, 17.
102. Mt 23, 19.
103. Lc 1, 46-55.
104. Lc 1, 49.
105. Lc 1, 26-38.43.54-55.
106. Lc 1, 49b = Sal 111, 9.
107. Sal 111, 9c.
108. Sal 111, 9a.
109. Sal 111, 9b.
110. Cf. Ex 20, 2-3 = Dt 5, 6-7.
111. Ex 19, 5; cf. Dt 10, 15.
112. Lev 22, 31-33.
113. Cf. Lev 11, 45.
114. Cf. Is 29, 18-21 = 35, 5-6.
115. Is 29, 23; cf. también ICrón 16, 35; Sal 33, 20- 22.
116. Is 41 14; cf. Jer 51, 5; Sal 71, 22 s, etc.
117. Cf. Dt 6, 2.4.12-13; Is 17, 7-8.
118. Ez 36, 22-23; 38, 16.23; 39, 25-28; 20, 41; 28, 25.
119. Sifré Dt, 30b.
120. Oración. Shemoné Esré, 2-3.
121. Oración. Qaddish.
122. Cf. Mt 12, 28 = Lc 11, 20.
123. Cf. Mt 13, 25.39.
124. Mt 13, 25. 38b-39a.
125. Cf. Lc 4, 6 = Mt 4. 8b-9a.
126. Cf. Lc 13, 16.
127. Cf. Jn 8, 31-36.
128. «En nosotros», precisan los comentarios de Tertuliano, san Cipriano, san Cirilo Jer., san Ambrosio y San Agustín. La variante lucana ef'hemas (=D): «Sobre (=en) nosotros» (cf. C. H. Chase, o. c., 35) no refleja necesariamente la adaptación del padrenuestro al rito bautismal, en ocasión del cual era invocado sobre los catecúmenos «el hermoso nombre» (Sant 2, 7; Hermas, Vis. VIII 1.6; IX 14), pues no se trata del nombre de Dios sino del «Señor Jesús»: cf. Hech 2, 38; 10, 48; 22, 16. Así contra: F. H. Chase, o. c., 35 s; A. R. Leaney, The Gospel according

to St. Luke, London 2, 1966, 64. Los mencionados comentarios patristicos silencien cualquiera interpretación bautismal, mostrando más bien que aquella variante se debe a una nota marginal (introducida luego en el texto), con la que el escriba interpretó el significado de la petición: «la santificación del nombre de Dios» no en él (¡pues es santísimo!) sino en nosotros.

129. Cf. supra, 31s. Así también Orígenes (cf. infra) y el Catecismo romano: cf. supra.

130. Es también la interpretación de Tertuliano y del Catecismo romano: cf. supra.

131. Cf. Is 6, 2-3 (=Ap 4, 8).

132. Cf. Is 5, 16.

133. Cf. Mt 5, 45.

134. Mt 5, 14.16 (cf. supra). En esta línea se sitúa la interpretación de Teodoro M., san Juan Crisóstomo y el Catecismo romano: cf. supra.

135. Lc 6, 35b.

136. Cf. Lc 15, 11-32.

Venga tu reinado

I. TERTULIANO

(De orat., V. 1-4)

·TERTULIANO/PATER PATER/TERTULIANO

«Venga tu reinado» se relaciona con «hágase tu voluntad», es decir, en nosotros. Pues ¿cuándo no reina Dios, «en cuya mano está el corazón de todos los reyes»?¹ Pero cualquiera cosa que nos deseamos lo referimos a él, y le atribuimos lo que de él esperamos. Así, pues, si la realización del reino del Señor se relaciona con la voluntad de Dios y a nuestro final, ¿cómo es que algunos piden un reino prolongado en este mundo, siendo así que el reino de Dios—cuya venida suplicamos—tiende a la consumación del mundo? Pedimos reinar cuanto antes y no servir más tiempo. Y, aunque no se nos ordenase pedir la venida del reino, lo habríamos hecho apremiados por realizar nuestra esperanza. Las almas de los mártires claman al Señor bajo el altar:

«¿Hasta cuándo, Señor, no vengarás nuestra sangre contra los habitantes de la tierra?»² Pues sólo al final de los tiempos tendrá lugar su venganza. «¡Qué venga cuanto antes tu reino, Señor!», es objeto del deseo de los cristianos, de la confusión de las naciones (paganas), del gozo de los ángeles, aquello por lo que sufrimos y, sobre todo, por lo que oramos.

II. SAN CIPRIANO

(Sobre la oración dominical, 13)

·CIPRIANO/PATER PATER/CIPRIANO

Pedimos en esta súplica que se nos haga presente el reino de Dios, como pedimos que su nombre sea santificado en nosotros. Pues ¿cuándo deja de reinar Dios o cuándo empieza en él lo que siempre fue y no deja de ser? Pedimos que venga nuestro reino, que Dios nos ha prometido, logrado a fuerza de la sangre de la pasión de Cristo, de modo que los que primero hemos servido en el mundo, reinemos después bajo el trono de Cristo, como él promete cuando dice: «Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está aparejado desde el origen del mundo»³.

Es cierto, hermanos amadisimos, que puede entenderse por el reino de Dios el mismo Cristo, el reino que todos los días pedimos venga y que deseamos llegue cuanto antes a nosotros. En efecto, siendo él la resurrección, porque en él resucitamos, por eso podemos entender que él es el reino de Dios, porque en él hemos de reinar. Con razón pedimos el reino de Dios, es decir, el reino del

cielo, porque hay también un reino terrenal. Mas el que ha renunciado al mundo es superior a los honores y al reino del mundo. Y por eso el que hace entrega de sí a Dios y a Cristo, desea el reino del cielo, no el de la tierra.

Pero es necesario orar y suplicar sin intermisión, para no quedar excluidos del reino del cielo, como fueron excluidos los judíos, a quienes se les había prometido, según lo manifiesta y declara el Señor: «Muchos vendrán de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; en cambio, los naturales del reino serán expulsados a las tinieblas de fuera; allí habrá llanto y rechinamiento de dientes»⁴. Nos declara que los judíos eran primero los hijos del reino, mientras perseveraban siendo hijos de Dios. Mas luego que dejaron de tenerle por Padre, cesaron también en el reino. Y por eso los cristianos, que en la oración llamamos a Dios Padre, rogamos también que nos llegue el reino de Dios.

III. ORÍGENES

(Sobre la oración, XXV 1-3)

·ORIGENES/PATER PATER/ORIGENES

«Si el reino de Dios—según las palabras del Señor y Salvador nuestro—no viene ostensiblemente; y si no podrá decirse: helo aquí o allí, sino que el reino de Dios está dentro de nosotros»⁵, «porque lo tenemos enteramente cerca de nosotros, en nuestra boca, en nuestro corazón»⁶, sin duda el que suplica que venga el reino de Dios lógicamente está orando por el reino divino, que tiene dentro de sí, para que surja y dé fruto y se perfeccione.

Porque en cada uno de los santos reina Dios, y cada santo obedece las leyes espirituales de Dios, que habita en él como en una ciudad bien gobernada. Presente está en él el Padre, y reina juntamente el Ungido (Cristo) del Padre en aquella alma perfecta, según lo que se ha mencionado poco ha: «Vendremos a él y en él

haremos morada»⁷. Y pienso que se llama reino de Dios al estado feliz de la parte superior del alma y a los ordenados y sabios pensamientos; y reino de Cristo, bien a las palabras que se pronuncian para la salud de los oyentes, bien a las obras de justicia y de las demás virtudes. Porque el Hijo de Dios es el Logos y la Justicia. Por el contrario, «el príncipe de este siglo» ejerce tiranía sobre todos los pecadores; pues todo pecador en el presente siglo es esclavizado fieramente, al no entregarse voluntariamente a «quien se entregó por nuestros pecados, para librarnos de este siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre»⁸ [...]. Quien soporta la tiranía del «príncipe de este siglo», por la libre aceptación del pecado, está bajo el reino del pecado. Por lo cual san Pablo nos llama la atención, para que no nos sometamos ya más al pecado, que pretende señorearse sobre

nosotros, y nos amonesta con estas palabras: «¿Que no reine, pues, el pecado en nuestro cuerpo mortal, obedeciendo a sus concupiscencias!»⁹.

Pero alguien puede proponer la siguiente dificultad a las dos peticiones «santificado sea tu nombre» y «venga tu reino»: si el que ora lo hace precisamente para ser escuchado, y alguna vez realmente lo consigue, es evidente que entonces el nombre de Dios se habrá santificado por lo que a él respecta, y que el reino de Dios le habrá llegado; una vez conseguido esto ¿cómo va a ser razonable que continúe pidiendo por lo que tiene, como si no lo tuviera, repitiendo «santificado sea tu nombre» y «venga tu reino»? Si esto es así, será conveniente omitir en este caso ambas peticiones.

A esto hay que responder, que lo mismo que quien pide en la oración un «conocimiento adecuado de la ciencia y de la sabiduría», será siempre razonable que lo pida, pues aunque su oído capte continuamente muchas nociones de sabiduría y de ciencia, su inteligencia, conoce, no obstante, de un modo limitado lo que al presente pudiera captar [...]; del mismo modo el reino de Dios no puede [...] estar presente en uno de manera perfecta, hasta que venga lo que es perfecto¹⁰ en la ciencia y en la sabiduría, y así en las demás virtudes. Y recorreremos el camino de la perfección, si «dando al olvido lo que ya queda atrás, nos lanzamos en persecución de lo que tenemos delante»¹¹; y el reino de Dios, que está en nosotros, avanzando nosotros continuamente, llegará al sumo cuando se cumpla lo que dice el apóstol: «Que Cristo, una vez sometidos a sí todos sus enemigos, entregue a Dios Padre el reino, para que sea Dios todo en todas las cosas»¹² Por tanto, orando sin cesar con una disposición de ánimo divinizada por el Logos, debemos decir a nuestro Padre que está en los cielos: «santificado sea tu nombre, venga tu reino». Aún tenemos que hacer una aclaración sobre el reino de Dios: así como no hay «consorcio entre la justicia y la iniquidad, ni comunidad entre la luz y las tinieblas, ni concordia entre Cristo y Belial»¹³, así tampoco puede coexistir el reino de Dios con el reino del pecado. Luego, si queremos que Dios reine en nosotros, «de ningún modo debe reinar el pecado en nuestro cuerpo mortal»¹⁴, ni debemos prestar oídos a los preceptos de quien incita a nuestra alma a las obras de la carne y a cosas contrarias a Dios; antes debemos mortificar nuestros «miembros terrenos»¹⁵, para que demos frutos en el Espíritu; para que en nosotros, como en un paraíso espiritual, se pasee Dios, y sea él solo el que reine en nosotros con su Cristo sentado en nosotros a la diestra de la virtud espiritual, que deseamos recibir; y permanezca sentado hasta que todos sus enemigos, que están en nosotros, se conviertan en «escabel de sus pies»¹⁶ y se desvanezcan en nosotros todo su principado, su potestad y su virtud. Porque estas cosas pueden ocurrir en cada uno de nosotros, «llegando a destruir el último

enemigo que es la muerte»¹⁷, al punto de que diga Cristo en nosotros: «¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu victoria?»¹⁸. Y se revista ya así nuestro cuerpo «corruptible» de aquella santidad e «incorruptibilidad», que hay en la castidad y en toda pureza, y nuestro cuerpo «mortal», liberado de la muerte, se revista de la «inmortalidad»¹⁹ paterna, para que, reinando Dios en nosotros, nos encontremos ya entre los bienes de regeneración y resurrección.

IV. SAN CIRILO DE JERUSALÉN

(Cateq. XXIII, 13)

·CIRILO-DE-J/PATER PATER/CIRILO-DE-J

Es propio de un alma pura decir confiadamente: «venga tu reino». Porque el que ha oído a Pablo, que dice: «No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal»²⁰, sino que se ha purificado a sí mismo, de obra, de pensamiento y de palabra, éste dirá a Dios: «Venga tu reino».

V. SAN GREGORIO NISENO

(De orat. domin., III (PG 44, 1 ISSB- 1162A))

·GREGORIO-NISA/PATER PATER/GREGORIO-NISA

Sigue la petición, que suplica por la venida del reino de Dios. ¿Acaso puede devenir ahora rey del universo aquél que siempre es rey, que es siempre él mismo e incapaz de cambio, que en nada mejor puede transmutarse? ¿Qué desea, pues, esa petición? Su respuesta la conocen sólo quienes, por revelación del Espíritu de verdad, conocen los misterios ocultos.

He aquí nuestra interpretación: existe una verdadera y perfecta potestad, que preside y gobierna todo, gobernando no violenta y dictatorialmente a sus súbditos; pues propio de la virtud es ser libre de todo temor y dominio, para elegir voluntariamente el bien [...]. Pero, puesto que la naturaleza humana inducida por engaño, fue imposibilitada para discernir el bien e, inclinando nuestro libre albedrío a lo opuesto, el mal invadió la vida del hombre y la sometió al dominio mortal de vicios o pasiones [...], por eso precisamente pedimos que «venga el reino de Dios» a nosotros. No podríamos escapar a la perversa potestad de la corrupción, en efecto, si no ocupase su puesto en nosotros el imperio de aquella fuerza vivificante. Esto significa, pues, la súplica por la venida del reino de Dios a nosotros: que sea exento de la corrupción, libre de la muerte, desligado de los lazos del pecado; que la muerte no reine ya sobre mí, ni la tiranía de la malicia y del vicio me domine, ni prevalezca sobre mí el enemigo, ni me subyugue mediante el pecado; sino que «venga tu reino» sobre mí, para que de mí se

alejen y, más aún, sean aniquilados los vicios y afectos, que hasta el presente me dominan [...]. Si, pues, viniese a nosotros el reino de Dios, serían ciertamente destruidos cuantos nos subyugan y tiranizan. Pues «las tinieblas» no soportan la presencia de «la luz» [...] y «la muerte» se desvirtúa, cuando reina «la vida» [...].

«Venga tu reino». Dulce petición, por la que suplicamos a Dios que se aniquile el frente enemigo, triunfe la carne sobre el espíritu, no sea ya el cuerpo prisión y fortaleza enemiga del alma [...], desaparezca el dolor, la tristeza, el llanto, suplantados por la vida, la paz y la alegría.

Quizá (el evangelista) Lucas nos explica mejor el sentido de esa petición, insinuando que, quien pide «venga su reino», implora el auxilio del Espíritu santo. Pues en lugar de: «venga tu reino», dice en su evangelio: «venga sobre nosotros su santo Espíritu y nos purifique»²¹. ¿Qué pueden decir a estas palabras sobre el Espíritu santo hombres insolentes [...], rebajando al puesto de criatura súbdita el Espíritu²², de quien es el reino y, por tanto, no súbdito ni criatura? [...]. Propio del Espíritu santo, como atestigua la locución evangélica, es purificar y perdonar los pecados [...] a aquellos en quienes estuviere [...]. ¡Venga, pues, sobre nosotros el Espíritu santo, para que nos purifique y nos haga capaces de entender los tan sublimes como divinos misterios, que nos han sido revelados por la oración del Salvador! [...]

VI. SAN AMBROSIO

(Los sacramentos, V 4, 22)

·AMBROSIO/PATER PATER/AMBROSIO

«Venga tu reino». ¡Cómo si el reino de Dios no fuera eterno! El mismo Jesús dice: «Yo he venido para esto»²³; y tú dices al Padre: «venga tu reino», como si no hubiese venido todavía. Mas el reino de Dios vino cuando conseguisteis su gracia. Pues él mismo dice: «El reino de Dios está entre vosotros».²⁴

VII. TEODORO DE MOPSUESTIA

(Hom. XI, 11)

·TEODORO-MOP/PATER PATER/TEODORO-MOP

«Venga tu reino». Es excelente que (el Señor) haya añadido esta petición. Quienes, por adopción filial, han sido llamados al reino del cielo y esperan estar en el cielo con Cristo -puesto que «seremos arrebatados sobre las nubes en el aire al encuentro de nuestro Señor y estaremos así siempre con él»²⁵- , éstos deben tener pensamientos dignos de este reino y realizar acciones correspondientes a la vida del cielo, menospreciar las cosas de la tierra y estimarlas en tan poca cosa, que uno se avergüence

entretenerse y ocuparse de ellas. Pues quien ha sido instalado en la corte regia, pudiendo en cualquier instante ver y conversar con el rey, no le conviene circular por los mercados, mesones y semejantes lugares, sino tratar con quienes habitualmente viven en la corte. Tampoco, pues, a nosotros, llamados al reino de los cielos, nos es permitido abandonar las costumbres de «arriba» y lo que conviene a tal vida, para entregarnos al trajín de este mundo [...]. ¡No se compaginaría esto, en efecto, con una conducta digna de la nobleza de nuestro Padre!

VIII. SAN JUAN CRISÓSTOMO

(Homilías sobre san Mateo, XIX, 5)

·JUAN-CRISO/PATER PATER/JUAN-CRISO

También ésta es palabra de hijo bien nacido, que no se apega a lo visible ni tiene por cosa grande nada de lo presente, sino que se apresura por llegar a su Padre y anhela los bienes venideros. Todo lo cual sólo puede venir de una buena conciencia y de un alma desprendida de las cosas de la tierra. Esto, por lo menos, es lo que día a día anhelaba Pablo, y por ello decía «Y nosotros mismos, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos, esperando la adopción de los hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo»²⁶. El que tiene, en efecto, este amor, ni se deja hinchar por los bienes de esta vida, ni abatir por los males, sino que, como si viviera ya en los cielos, está igualmente libre de uno y otro extremo.

IX. SAN AGUSTIN

1) Serm. Mont., II, IV 20; 2) Serm. 56, 6; 3) Serm. 57, 5; 4) Serm. 58, 3.

·AGUSTIN/PATER PATER/AGUSTIN

1) El día de juicio, según enseña el mismo Señor en el evangelio, habrá de ser después que el evangelio hubiere sido predicado a todas las gentes, el cual suceso pertenece a la santificación del nombre de Dios. Pues el decir aquí también de igual manera «venga tu reino» no significa que Dios no esté reinando. Mas acaso defienda alguno que se dijo venga a la tierra, como si Dios en verdad no reinase ahora también en la tierra y no hubiera reinado siempre en ella desde la creación del mundo. En consecuencia, «venga» significa que se manifieste a los hombres. Porque al modo que la luz, aunque presente, está ausente para los ciegos y para aquellos que cierran los ojos, así el reino de Dios, aunque es permanente en la tierra, sin embargo está ausente para los que no le conocen. Pero a nadie será permitido ignorar el reino de Dios, cuando su Hijo unigénito venga del cielo, no sólo de una

manera espiritual, sino también visible [...], a juzgar a los vivos y a los muertos²⁷. Después de cuyo juicio, esto es, después que se haya hecho la separación entre los justos y los pecadores, de tal forma habitará Dios en los justos, que no será necesario que sean enseñados por algún hombre, sino que, como está escrito, «serán todos enseñados por Dios»²⁸; después se completará por todos los lados la vida bienaventurada eternamente en los santos, y como ahora los ángeles celestiales, muy santos y muy bienaventurados, son sabios y felices iluminándolos Dios sólo; porque esto mismo prometió también Dios a los suyos diciendo: «Porque después de la resurrección serán como ángeles de Dios en el cielo»²⁹.

2) «Venga tu reino». ¿A quién se lo decimos? Y si no hacemos esta petición, ¿dejará por eso de venir el reino divino? Mas el reino, de que se habla en este lugar, es el reino que ha de seguir tras el fin de los siglos. Porque Dios reinará siempre y, obedecido por todas las criaturas, jamás está sin imperio. El reino, por ende, que tú desees, es aquél del que está escrito en el evangelio: «Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino que os está aparejado desde el principio del mundo»³⁰. He ahí el reino al que nos referimos al decir: «venga a nosotros tu reino». Pedimos, a la vez, se establezca dicho reino entre nosotros, y nosotros tengamos un puesto en él. Porque vendrá sin falta, mas, ¿seríate de provecho alguno, si hubieras de hallarte a la izquierda?³¹ Luego también ahora desees un bien para ti y eres tú a favor de quien ruegas. Eso que desees, eso que solicitas en la oración, no es sino vivir de forma que pertenezcas al número de los santos, a quienes se ha de dar el reino de Dios. Luego es la gracia de vivir bien, lo que pides al decir: «venga a nosotros tu reino», es decir: que nosotros formemos parte de tu reino, que venga también para nosotros, lo que ha de venir para los santos y justos.

3) Pidamos o no pidamos esto, el reino vendrá, porque es sempiterno. ¿Cuándo no ha reinado Dios? ¿Cuándo empezó a reinar? Un reinado que no ha tenido principio, tampoco tendrá fin. Para que sepáis que al pedir esto no rogamos por Dios, sino por nosotros (pues no decimos «venga tu reino» en el sentido de que empiece Dios a reinar), os dirá que seremos nosotros su reino, si, creyendo en él, aprovechamos en él. Todos los fieles, redimidos con la sangre del Unigénito, serán el reino de Dios. Vendrá ese reino cuando llegue la hora de la resurrección de los muertos, porque entonces vendrá él a separar los buenos de los malos, según tiene prometido. A los que ponga a la derecha les dirá: «Venid, benditos de mi Padre, y tomad posesión del reino»³². Esto es lo que deseamos y pedimos al decir «venga tu reino». Si fuéramos reprobados, el reino vendrá también, mas no para nosotros; pero si tenemos entonces la suerte de pertenecer a los

miembros del Hijo unigénito, vendrá para nosotros el reino, sin que se haga esperar mucho. ¿Por ventura faltan por pasar tantos siglos como han pasado ya? El apóstol san Juan dice: «Hijitos, ¡ya estamos en la hora novísima!»³³. Sin embargo, la hora última parece que se alarga por el gran anhelo de que llegue día tan grande; es una hora de muchos años. Sea, sin embargo, para vosotros como si vigilarais en el sueño, para que os levantéis y reinéis³⁴. Vigilemos ahora y esperemos el sueño de la muerte, para resucitar después y empezar a reinar por los siglos de los siglos.

4) Deseamos también que venga su reino. Y su reino ha de venir, aunque nosotros no queramos. Pero desear y orar para que venga su reino, no es otra cosa que desear ser dignos de él, no para nosotros. Es indudable que no vendrá para muchos lo que necesariamente ha de venir. Vendrá para aquellos a quienes se diga: «Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo»³⁵. No vendrá para aquellos otros, a quienes se ha de decir: «Apartaos de mí malditos y marchad al fuego eterno»³⁶. Luego, cuando decimos «venga tu reino», pedimos que venga para nosotros. Y ¿qué quiere decir esto? Que nos encuentre buenos. Esto es lo que pedimos: ¡que nos haga buenos! ¡Entonces será cuando venga el reino para nosotros!

X. SANTA TERESA DE JESÚS

(Camino de perfección, cap. 30-31)

·TEREJ/PATER PATER/TEREJ

«Santificado sea tu nombre, venga en nosotros tu reino». [...] Como vio su majestad que no podíamos santificar ni alabar, ni engrandecer, ni glorificar este nombre santo del Padre eterno, conforme a lo poquito que podemos nosotros, de manera que se hiciese como es razón, si no nos proveía su majestad con darnos acá su reino, y así lo puso el buen Jesús lo uno cabe lo otro.

Porque entendamos, hijas, esto que pedimos, y lo que nos importa (ORA/PERSE/TEREJ) importunar por ello, y hacer cuanto pudiéramos para contentar a quien nos lo ha de dar, os quiero decir aquí lo que yo entiendo [...].

Ahora, pues, el gran bien que me parece a mí hay en el reino del cielo, con otros muchos, es ya no tener cuenta con cosa de la tierra sino un sosiego y gloria en sí mismos, un alegrarse que se alegren todos: una paz perpetua, una satisfacción grande en sí mismos, que les viene de ver que todos santifican y alaban al Señor, y bendicen su nombre y no ofende nadie.

Todos le aman, y la misma alma no entiende en otra cosa sino en amarle, ni puede dejarle de amar, porque le conoce. Y así le

amaríamos acá, aunque no en esta perfección, ni en un ser; mas muy de otra manera le amaríamos de lo que le amamos, si le conociésemos.

Parece que voy a decir que hemos de ser ángeles para pedir esta petición y rezar bien vocalmente. Bien lo quisiera nuestro divino Maestro, pues tan alta petición nos manda pedir; y a buen seguro, que no nos dice pidamos cosas imposibles; que posible sería, con el favor de Dios, venir un alma puesta en este destierro, aunque no en la perfección que están salidas de esta cárcel, porque andamos en mar y vamos este camino; mas hay ratos que, de cansados de andar, los pone el Señor en un sosiego de las potencias y quietud del alma, que, como por señas, les da claro a entender a qué sabe lo que se da a los que el Señor lleva a su reino; y a los que se les da acá como le pedimos, les da prendas para que por ellas tengan gran esperanza de ir a gozar perpetuamente lo que acá les da a sorbos.

Si no dijereis que trato de contemplación, venía aquí bien en esta petición hablar un poco de principio de pura contemplación, que los que la tienen la llaman oración de quietud; mas, como digo, trato de oración vocal, parece no viene lo uno con lo otro a quien no lo supiere y yo sé que viene [...], porque sé que muchas personas, rezando vocalmente, como ya queda dicho, las levanta Dios, sin entender ellas cómo, a subida contemplación [...].

Pues todavía quiero, hijas, declarar, como lo he oído platicar, o el Señor ha querido dármele a entender, por ventura para que os lo diga, esta oración de quietud, adonde a mi me parece comienza el Señor, como he dicho, a dar a entender que oye nuestra petición, y comienza ya a darnos su reino aquí, para que de veras le alabemos y santifiquemos su nombre, y procuremos lo hagan todos.

Es ya cosa sobrenatural y que no la podemos procurar nosotros por diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz, o ponerla el Señor con su presencia, por mejor decir, como hizo el justo Simeón, porque todas las potencias se sosiegan. Entiende el alma, por una manera muy fuera de entender con los sentidos exteriores, que está ya junto cabe su Dios, que, con poquito más, llegara a estar hecha de una misma cosa con él por unión. Esto no es porque lo ve con los ojos del cuerpo ni del alma. Tampoco no veía el justo Simeón más del glorioso niño pobrecito; que en lo que llevaba envuelto y la poca gente con él, que iban en la procesión, más pudiera juzgarle por hijo de gente pobre, que por hijo del Padre celestial; mas dióselo el mismo Niño a entender. Y así lo entiende acá el alma, aunque no con esa claridad, porque aun ella no entiende cómo lo entiende, más de que se ve en el reino (al menos cabe el Rey que se le ha de dar), y parece que la misma alma está con acatamiento, aun para no osar pedir. Es como un amortecimiento interior y exteriormente, que no quema el hombre exterior (digo el cuerpo, porque mejor me entendáis), que

no se querría bullir, sino como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa para poder mejor tornar a caminar, que allí se le doblan las fuerzas para ello.

Siéntese grandísimo deleite en el cuerpo, y grande satisfacción en el alma. Está tan contenta de solo verse cabe la fuente, que aun sin beber está ya harta; no le parece hay más que desear; las potencias sosegadas, que no querrían bullirse; todo parece le estorba a amar, aunque no tan perdidas, porque pueden pensar en cabe quién están, que las dos están libres. La voluntad es aquí la cautiva, y si alguna pena puede tener estando así, es de ver que ha de tornar a tener libertad. El entendimiento no querría entender más de una cosa, ni la memoria ocuparse en más; aquí ven que ésta sola es necesaria, y todas las demás la turban. El cuerpo no querrían se menease, porque les parece han de perder aquella

paz, y así, no se osan bullir, dales pena el hablar; en decir «Padre nuestro» una vez, se les pasará una hora. Están tan cerca, que ven que se entienden por señas. Están en el palacio cabe su Rey, y ven que las comienza a dar aquí su reino; no parece están en el mundo, ni le querrían ver ni oír, sino a su Dios; no les da pena nada, ni parece se la ha de dar. En fin, lo que dura con la satisfacción y deleite que en sí tienen, están tan embebidas y absortas, que no se acuerdan que hay más que desear, sino que de buena gana dirían con san Pedro: «Señor, ¡hagamos aquí tres moradas!».

Algunas veces, en esta oración de quietud hace Dios otra merced bien dificultosa de entender, si no hay gran experiencia; mas si hay alguna, luego lo entenderéis la que lo tuviere, y daros ha mucha consolación saber que es, y creo muchas veces hace Dios esta merced junto con estotra. Cuando es grande y por mucho tiempo esta quietud, paréceme a mí que si la voluntad no estuviese asida a algo, que no podría durar tanto en aquella paz; porque acaece andar un día o dos que nos vemos con esta satisfacción y no nos entendemos, digo los que la tienen, y verdaderamente ven que no están enterados en lo que hacen, sino que les falta lo mejor, que es la voluntad, que, a mi parecer, está unida con Dios, y deja las otras potencias libres para que entiendan en cosas de su servicio. Y para esto tienen entonces mucha más habilidad; mas para tratar cosas del mundo están torpes y como embobadas a veces.

Es gran merced esta a quien el Señor la hace, porque vida activa y contemplativa es junta. De todo sirven entonces al Señor juntamente, porque la voluntad está en su obra sin saber cómo obra, y en su contemplación; las otras dos potencias sirven en lo que Marta; así que ella y María andan juntas. Yo sé de una persona que la ponía el Señor aquí muchas veces, y no se sabía entender, y preguntólo a un gran contemplativo y dijo que era muy posible, que a él le acaecía. Así que pienso que, pues el alma está tan satisfecha en esta oración de quietud, que lo más continuo

debe estar unida la potencia de la voluntad con el que solo puede satisfacerla.

Paréceme será bien dar aquí algunos avisos para las que de vosotras, hermanas, el Señor ha llegado aquí, por sola su bondad, que sé que son algunas. El primero es que como se ven en aquel contento y no saben cómo les vino, al menos ven que no le pueden ellas por sí alcanzar, dales esta tentación, que les parece podrán detenerle, y aun resolver no querrían. Y es bobería, que así como no podemos hacer que amanezca, tampoco podemos que deje de anochecer; no es ya obra nuestra, que es sobrenatural y cosa muy sin poderla nosotros adquirir. Con lo que más detendremos esta merced es con entender claro que no podemos quitar ni poner en ella, sino recibirla, como indignísimos de merecerla, con hacinamiento de gracias; y éstas no con muchas palabras, sino con un alzar los ojos con el publicano.

Bien es procurar más soledad para dar lugar al Señor y dejar a su majestad que obre como es cosa suya; y cuanto más, una palabra de rato en rato suave, como quien da un soplo en la vela, cuando viere que se ha muerto, para tornarla a encender; mas si está ardiendo, no sirve de más de matarla, a mi parecer. Digo que sea suave el soplo, porque por concertar muchas palabras con el entendimiento no ocupe la voluntad.

Y notad mucho, amigas, este aviso que ahora quiero decir, porque os veréis muchas veces que no os podáis valer con esotras dos potencias. Que acaece estar el alma con grandísima quietud, y andar el entendimiento tan remontado, que no parece es en su casa aquello que pasa; y así lo parece entonces, que no está sino como en casa ajena por huésped, y, buscando otras posadas a donde estar, que aquélla no le contenta, porque sabe poco estar en su ser. Por ventura es solo el mío, y no deben ser así otros. Conmigo hablo, que algunas veces me deseo morir, de que no puedo remediar esta variedad del entendimiento. Otras parece hace asiento en su casa, y acompaña a la voluntad, que cuando todas tres potencias se conciertan, es una gloria; como dos casados, que si se aman, que el uno quiere lo que el otro: mas si uno es mal casado, ya se ve el desasosiego que da a su mujer. Así que la voluntad, cuando se ve en esta quietud, no haga caso del entendimiento más que de un loco; porque si le quiere traer consigo, forzado se ha de ocupar e inquietar algo. Y en este punto de oración todo será trabajar y no ganar más, sino perder lo que le da el Señor sin ningún trabajo suyo.

Y advertid mucho a esta comparación, que me parece cuadra mucho. Está el alma como un niño que aún mama, cuando está a los pechos de su madre, y ella, sin que él paladee, échale la leche en la boca para regalarle. Así es acá, que sin trabajo del entendimiento está amando la voluntad, y quiere el Señor que, sin pensarlo, entienda que está con él, y que sólo trague la leche que su majestad le pone en la boca y goce de aquella suavidad, que

conozca le está el Señor haciendo aquella merced, y se goce de gozarla; mas no que quiera entender cómo la goza, y qué es lo que goza, sino descuidase entonces de sí, que quien está cabe ella, no se descuidará de ver lo que le conviene. Porque si va a pelear con el entendimiento para darle parte, trayéndole consigo, no puede a todo; forzado dejará caer la leche en la boca, y pierde aquel mantenimiento divino.

En esto diferencia esta oración, de cuando está toda el alma unida con Dios, porque entonces aún sólo este tragar el mantenimiento no hace; dentro de sí, sin entender cómo, le pone el Señor. Aquí parece que quiere trabaje un poquito, aunque es con tanto descanso, que casi no se siente. Quien la atormenta es el entendimiento, lo que no hace cuando es unión de todas tres potencias, porque las suspende el que las crió, porque como con el gozo que da, todas las ocupa sin saber ellas cómo, ni poderlo entender. Así que, como digo, en sintiendo en sí esta oración (que es un contento quieto y grande de la voluntad, sin saberse determinar de qué es señaladamente, aunque bien se determina que es diferentísimo de los contenidos de acá, y que no bastada señorear el mundo con todos los contenidos de él para sentir en sí el alma aquella satisfacción, que es en lo interior de la voluntad; que otros contenidos de la vida pareceme a mí que los goza lo exterior de la voluntad, como la corteza de ella, digamos); pues cuando se viere en este tan subido grado de oración (que es, como he dicho ya, muy conocidamente sobrenatural), si el entendimiento (o pensamiento, por más declararme), a los mayores desatinos del mundo se fuere, riase de él y déjele para necio, y estése en su quietud, que él irá y vendrá; que aquí es señora y poderosa la voluntad; ella se le traerá sin que os ocupéis. Y si quiere a fuerza de brazos traerle, pierde la fortaleza que tiene para contra él, que viene de comer y admitir aquel divino sustentamiento, y ni el uno ni el otro ganarán nada, sino perderán entrambos. Dicen que «quien mucho quiere apretar junto, lo pierde todo», así me parece será aquí. La experiencia dará esto a entender, que quien no la tuviere, no me espanto le parezca muy oscuro esto, y cosa no necesaria. Mas ya he dicho que con poca que haya, lo entenderá y se podrá aprovechar de ello, y alabará al Señor, porque fue servido se acertase a decir aquí.

Ahora, pues, concluyamos con que puesta el alma en esta oración, ya parece le ha concedido el Padre eterno su petición de darle acá su reino. ¡Oh dichosa demanda, que tanto bien en ella pedimos sin entenderlo! ¡Dichosa manera de pedir! Por eso quiero yo, hermanas, que miremos cómo rezamos esta oración del Paternoster y todas las demás vocales; porque hecha por Dios esta merced, descuidarnos hemos de las cosas del mundo, porque llegando el Señor de él, todo lo echa fuera. No digo que todos los que la tuvieran, por fuerza están desasidos del todo del mundo; al menos querría que entiendan lo que les falta, y se humillen y

procuren irse desasiendo del todo, porque si no, quedarse ha aquí. Y alma a quien Dios le da tales prendas, es señal que la quiere para muchos; si no es por su culpa, irá muy adelante. Mas si ve que poniéndola el reino del cielo en su casa no torna a la tierra, no sólo no la mostrará los secretos que hay en su reino, mas serán pocas veces las que le haga este favor y breve espacio [...].

XI. CATECISMO ROMANO (IV, III 1-18) PATER/CATECISMO- ROMANO

El reino de Dios, que pedimos en esta segunda petición, aparece en el evangelio como el objeto al que tiende todo el anuncio de la buena nueva.

J/RD: El Bautista empezó predicando: «¡Arrepentios, porque el reino de los cielos está cerca!»³⁷. Jesucristo inicia su predicación apostólica afirmando la misma exigencia: «¡Arrepentíos porque se acerca el reino de Dios!»³⁸. En el «sermón del monte» cuando nos habla de los caminos de la bienaventuranza, su argumento fundamental será también el reino de los cielos: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos»³⁹. Y cuando las turbas quieren detenerle, da de nuevo como razón de su partida el anuncio del reino: «Es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades, porque para esto he sido enviado»⁴⁰. Más tarde dará como misión a los apóstoles la predicación de este reino⁴¹; y a aquél que quería detenerse para sepultar a su padre muerto, le dirá: «¡Deja a los muertos sepultar a sus muertos!, ¡tú vete y anuncia el reino de Dios!»⁴². Después de la resurrección, en los cuarenta días que permaneció aún en la tierra, no habló con los doce más que del reino de Dios.⁴³ Todo esto nos dará idea del cuidadoso interés con que debe explicarse el valor y necesidad de esta petición. Tanto, que Jesucristo quiso, no sólo que la repitiéramos con las demás peticiones reunidas del padrenuestro, sino sola y por separado: «Buscad, pues, primero el reino y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura».⁴⁴

Con su reino pedimos a Dios, en último análisis, todas las cosas necesarias para la vida material y espiritual. No merecería nombre de rey, quien no se preocupase de las cosas necesarias para el bien de su pueblo. Y, si los monarcas terrenos, celosos de la prosperidad de sus reinos, se preocupan atentamente del bien de sus Estados, ¿cuánto más no se cuidará Dios, rey de reyes, con infinita providencia, de la vida y salud de los cristianos? Deseando, pues, y pidiendo «el reino de Dios», pedimos todos los bienes necesarios para nuestra existencia de peregrinos en el destierro; bienes que Dios ha prometido darnos con aquellas palabras llenas

de bondad: «Todo lo demás se os dará por añadidura». Y, en realidad, Dios es rey que provee con infinita generosidad al bien del género humano. «Es Yahvé mi pastor; nada me falta».45 Pero no basta pedir con ardor el reino de Dios. Es preciso añadir a nuestra plegaria el uso de todos los medios, que han de ayudarnos a encontrar y poseer este reino. Las cinco vírgenes fatuas del evangelio supieron pedir con ahinco: «¡Señor, Señor, ábrenos!»46; y, sin embargo, fueron justamente excluidas del banquete, por no haber hecho lo que debían. Es palabra de Cristo:

«No todo el que dice: ¡Señor Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre».47

Premisa necesaria de esta petición es el deseo y búsqueda del reino de los cielos [...], que brota espontáneamente de la consideración de nuestro estado de pecadores. Si miramos, en efecto, nuestra mísera condición y levantamos los ojos a la felicidad y bienes inefables de que rebosa la casa de Dios, nuestro Padre, el corazón se encenderá en ardoroso deseo de ser admitido en ella.

Somos desterrados y moradores de una tierra48 infectada de demonios que nos asedian terrible e implacablemente49.

Añádanse a esto las trágicas luchas entre [...] la carne y el espíritu50, que maquinan nuestra caída en cada momento, y la consiguen, apenas dejamos de apoyarnos en Dios [...].

Semejante condición de miseria y de pecado [...] sólo podía curarse con la invocación y actuación del reino de Dios en nuestros corazones. En su sentido más obvio y común, el «el reino de Dios» significa

el poder que tiene el Señor sobre todo el género humano y sobre toda la creación, así como la admirable providencia, con que rige y gobierna a todas las criaturas51 [...]. Se usa también, y de modo especial, «el reino de Dios», para significar el gobierno y providencia con que Dios rige y se cuida del hombre en la tierra, particularmente de los justos y santos52. Y aunque ya en la vida terrena los justos viven sometidos a la ley de Dios, no obstante, según explícita afirmación de Cristo, «su reino no es de este mundo»53. Es un reino, que no tuvo su principio en el mundo ni acabará con él [...]. Cristo fue constituido rey y señor por Dios54; y su reino es el reino de [...] «justicia y paz y gozo en el Espíritu santo».55

Reina en nosotros Cristo por las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad, por medio de ellas participamos de su reino, nos hacemos de modo singular súbditos de Dios y nos consagramos a su culto y veneración. Como san Pablo pudo escribir: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»56, también nosotros podemos afirmar: «Reino yo, mas no soy yo el que reino; reina en mí Cristo». Llámase «justicia» a este reino, el reino de la gracia, porque es fruto de la justicia de Cristo nuestro Señor. El mismo dice: «El reino de Dios está dentro de vosotros»57. Porque aunque Jesucristo reina por la fe en todos los que pertenecen a la

iglesia, su reino se actúa de manera especial en quienes, animados por la fe, esperanza y caridad, son sus miembros puros, santos y vivos, en los que se puede decir que reina la gracia de Dios.

Hay aún otro reino: el de la gloria de Dios. A él se refería Cristo en el evangelio: «¡Venid, benditos de mi Padre!, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del

mundo»⁵⁸. Este es el reino que pedía sobre la cruz el buen ladrón. «Jesús, acuérdate de mi cuando llegues a tu reino»⁵⁹. A este reino aludía también san Juan en el evangelio: «Quien no naciera del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos»⁶⁰. Y san Pablo: «Ningún fornicario, o impuro, o avaro (que es como adorador de ídolos) tendrá parte en la heredad del reino de Cristo y de Dios»⁶¹. Es el reino, anunciado por el Maestro en varias de sus parábolas⁶².

«El reino de la gracia» precede necesariamente al «reino de la gloria», porque es imposible que reine en «el de la gloria» quien no hubiera reinado antes en «el de la gracia» de Dios. Cristo nos dijo que la gracia es «fuente de agua, que salta hasta la vida eterna»⁶³. La gloria, por lo demás, no es más que la gracia perfecta y absoluta. Mientras el hombre —durante la vida terrena— camina en el cuerpo débil y mortal lejos de la patria, tropieza y cae, si rechaza el apoyo de la gracia, pero cuando, iluminado por el esplendor de la gloria, entre en la bienaventuranza del reino eterno y en la perfección del cielo, desaparecerá todo pecado y debilidad, sustituido por la plenitud perfecta de la vida⁶⁴, y después de nuestra final resurrección reinará Dios en el alma y en el cuerpo.

La petición «venga a nos el tu reino» tiene una amplitud de intención universal.

Pedimos en ella que el reino de Cristo—la iglesia—se dilate por todas partes; que los infieles y judíos se conviertan a la fe de Jesucristo y reciban en sus corazones la revelación del Dios vivo y verdadero; que los herejes y cismáticos retornen a la verdadera fe y vuelvan a entrar en la comunión de la iglesia, de la que viven separados.

— Pedimos el cumplimiento de las palabras de Isaías [...] «Las gentes andarán en tu luz, y los reyes, a la claridad de tu aurora

[...]; todos se reúnen y vienen a ti...»⁶⁵. Y puesto que hay muchos aún en la misma iglesia que confiesan a Dios con las palabras y le niegan con las obras [...], pedimos también al Padre que venga para ellos su reino, para que, ahuyentadas las tinieblas del mal, sean iluminados por los rayos de la luz divina y restituidos a su antigua dignidad de hijos de Dios [...].

— Pedimos, por último, que sólo viva y reine en nosotros Dios; que no vuelva a repetirse en nuestras almas la muerte espiritual, de que tantas veces fuimos víctimas; que sea absorbida ésta por la victoria de Cristo nuestro Señor, victorioso de todos los enemigos y

soberano dominador de todas las cosas⁶⁷.

Y para mejor penetrar el espíritu de esta petición y merecer ser escuchados por el cielo [...], es necesario, ante todo, que penetremos el espíritu y sentido de aquella comparación del Maestro: «El reino de Dios es semejante a un tesoro escondido en un campo, que quien lo encuentra lo oculta y, lleno de alegría, va, vende cuanto tiene y compra aquel campo»⁶⁸. Quien consiga formarse una idea adecuada de los tesoros de Cristo y de su reino, despreciará por ellos todas las demás cosas: bienes de fortuna, poder, honores y placeres. Todo lo tendrá por estiércol y por nada, comparado con aquel sumo y único bien. Los bienaventurados que logren conocer y estimar así las cosas no podrán menos de exclamar con san Pablo: «Todo lo tengo por daño, a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por estiércol, con tal de gozar a Cristo»⁶⁹. Esta es la preciosa margarita de que nos habla el evangelio: quien logre obtenerla, aunque sea a precio de todos sus bienes terrenos, gozará de la eterna bienaventuranzas [...].

Una segunda disposición consistirá en saber estimarnos a nosotros mismos en lo que realmente somos: hijos de Adán, arrojados del paraíso y desterrados, dignos únicamente —por nuestros pecados— del odio de Dios y de la condenación eterna. Esta sola consideración bastará para hacernos comprender con cuánta humildad y compunción hemos de formular a Dios nuestra plegaria. Totalmente desconfiados de nosotros mismos y profundamente confundidos, como el publicano del evangelio⁷¹, nos acogeremos a la bondad y misericordia de Dios, y lo atribuiremos todo a su benignidad, agradeciéndole profundamente el habernos dado su Espíritu divino, con el cual podemos

invocarle:

«¡Padre!»⁷².

Debe ir acompañada nuestra petición, al mismo tiempo, de una profunda conciencia de lo que hemos de hacer y de lo que hemos de evitar, para poder alcanzar el reino que imploramos. Porque el Señor nos llamó no para estar ociosos e inertes⁷³, sino para la lucha y la conquista: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora sufre violencia el reino de los cielos y los violentos lo arrebatan»⁷⁴; y también: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos»⁷⁵. No basta, pues, pedir el reino de Dios; es preciso unir a la plegaria nuestros anhelos y nuestras obras. Porque hemos de ser coadjutores y ministros de la gracia de Dios, en el camino por donde se llega al cielo [...].

XII. D. BONHOEFFER

(O.c., 177)

·BONHOEFFER/PATER PATER/BONHOEFFER

«Venga tu reino». Los discípulos han experimentado en

Jesucristo la irrupción del reino de Dios sobre la tierra. Satán es vencido aquí, el poder del mundo, del pecado y de la muerte es destrozado. El reino de Dios se encuentra aún en medio del sufrimiento y del combate. La pequeña comunidad de los que han sido llamados toma parte en ellos. Bajo la soberanía de Dios, se hallan en una justicia nueva, pero con persecuciones. ¡Quiera Dios que el reino de Jesucristo sobre la tierra crezca en su iglesia, que se digne poner un rápido fin a los reinos de este mundo, e instaurar su reino en el poder y la gloria!

XIII. R. GUARDINI

(O. c., 329-360)

·GUARDINI/PATER PATER/GUARDINI

La segunda petición del padrenuestro dice: «venga a nosotros tu reino». Esta palabra, el reino de Dios [...], se encuentra presidiendo los primeros años de la infancia del Señor [...]. Los magos de oriente preguntaron: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella levantarse y venimos a adorarle»⁷⁶. Sugieren esa palabra, el reino, al hablar de su soberano [...]. Luego, Jesús anuncia su mensaje, por primera vez con estas palabras: «Se ha cumplido el tiempo y se acerca el reino de Dios: ¡convertíos y creed en la buena noticia!»⁷⁷. En el tiempo sucesivo predica reiteradamente sobre el reino de Dios con símbolos conmovedores (cf. infra). Pero, finalmente, se concentra el odio de sus diversos enemigos, y es el reino de Dios la causa por la que le acusan [...]. Pilato, el gobernador romano, pregunta en el juicio: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Jesús se cerciora de lo que quiere decir el procónsul, para luego confesar su realeza ante la nueva y más apremiante pregunta de éste, pero añadiendo: «Mi reino no es de este mundo»... Luego Pilato dice: «entonces, ¿eres rey?». Y Jesús contesta: «tú lo dices, soy rey. Yo nací y vine al mundo para esto, para atestiguar sobre la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». Pilato le dijo: «¿Qué es verdad?»⁷⁸. Pilato, hombre experto, ve que este reino y esta realeza son de otra índole que lo que entendían los nacionalistas de la época; a pesar de eso, cede a la presión y condena a muerte a Jesús, como agitador contra el soberano político⁷⁹. Pero en la cruz—testimonio impotente de su inocencia—hace poner el rótulo: «Jesús de Nazaret, rey de los judíos»⁸⁰. ¿Qué es ese reino, por el que Jesús fue a la muerte?

1. El reino de Dios en el antiguo testamento

RD/AT /Gn/01/27-28: La primera noticia del reino está en el relato sobre el origen de todas las cosas [...]. Allí se dice: «Y Dios creó al hombre como su imagen. A imagen suya le creó. Le hizo hombre y mujer; y... les dijo: creced y multiplicaos, y llenad la tierra.

Dominadlos y reinad sobre los peces del mar, sobre los pájaros del cielo y sobre todos los seres vivos que se arrastran por la tierra»81.

RD/COMPROMISO CSO/RD: Dios es el primero y eterno, la síntesis de todo ser y sentido. El hace al hombre su imagen y semejanza, y esa igualdad de semejanza la establece el texto sagrado como semejanza de soberanía: Dios es soberano por esencia, el hombre ha de serlo por gracia. Dios entrega a su criatura lo que sólo le pertenece a él: el mundo. Ha de ser reino del hombre, y la forma de ese reino es el paraíso. Aquí no se trata de leyendas, ni de un país infantil del más primitivo desarrollo histórico [...], sino de algo serio y real. Es el mundo, entregado a la responsabilidad del hombre. Así, haciéndolo reino del hombre, al vivir en pura obediencia respecto a Dios, el hombre había de convertirlo en reino de Dios [...].

En esa sagrada posibilidad se mete «el sublevados desde el origen», y logra arrastrar al hombre en su propia rebelión. Le persuade de lo que será desde entonces el mensaje de la incredulidad a través de los tiempos: «el hombre sólo puede hacerse realmente señor del mundo y de sí mismo si rehúsa la obediencia a Dios». Entonces el mundo se hará reino del hombre, no reino de Dios. Por una insensatez, que no comprendemos cómo pudo llegar a ser posible, el hombre le hace caso y se rebela contra Dios. En la terrible venganza de la desnudez, que se ha hecho culpable, el hombre reconoce que le han engañado.

¡Pero el reino ya está destruido!

Sigue ese largo y sombrío tiempo, del que sabemos tan poco. Pero [...] Dios abre un nuevo comienzo. Su decisión elige a [...] Moisés, se le revela como señor de todo poder y le envía a sacar de Egipto («la casa de servidumbre») al pueblo de Israel, pues de nuevo ha de llegar a haber reino sagrado. Eso ocurre así [...]: «Cuando Israel salió de Egipto [...], Judá se hizo su santuario e Israel su reino»82. En el Sinaí establece con él la misteriosa alianza: ha de ser «su pueblo, y él ha de ser su Dios»83. Un pacto como hasta entonces no se había realizado, y que desde entonces no se ha vuelto a realizar más. Por Moisés da Dios a su pueblo constitución y orden de vida; pero ahí no se habla de ningún jefe supremo. Nadie está en ese puesto donde, en la vida de los demás pueblos de la antigüedad, estaba el rey. Pues Dios quiere ser él mismo el rey de este pueblo. El mismo quiere guiarlo. Las gestas de este pueblo han de ser «gestas de Dios» [...]. Lo que aparece en otros lugares por instinto propio y osadía, por atrevimiento político y decisión bélica, aquí ha de brotar de la inmediata indicación de Dios. De ahí debía surgir precisamente el reinado del Señor en el mundo. Una vez y otra habían de venir de él hombres, caudillos, profetas, legisladores, jueces y sabios diciendo: «¡Así habla el Señor!». [...] El pueblo había de creerles, había de confiar en ellos y obedecerles. Y la realización de esto tan inaudito

maduraria en una grandeza santa [...]: el reino de Dios como forma de historia.

/1S/08/01-14 [...] El antiguo testamento nos muestra cómo Dios se esfuerza [...] por elevar su reino; «se esfuerza», digo, pues no llega a cumplimiento. [...] Samuel—el último de la serie de los jueces y el primero de la de los grande profetas—había envejecido; y [...] se acercaron a él los ancianos diciendo: «Pon un rey sobre nosotros, para que nos rija, como es uso en todos los pueblos»⁸⁴. La significación de la propuesta [...] es que ya no quieren, bajo la dirección inmediata de Dios, seguir en el misterio del servicio directo a su reino. Este modo de pertenecer a Dios se les hace pesado; ¡quieren vivir «como todos los pueblos»! Samuel queda espantado y se queja ante Dios; entonces responde el Señor [...]: «¡Haz su voluntad en todo lo que te pidan; pues no es a ti a quien han rechazado, sino a mí, para que no sea ya rey sobre ellos!»⁸⁵. Esta es la primera conmoción, diríamos radical, que experimenta el reino de Dios en la historia del antiguo testamento. Pero Dios acepta la decisión de los hombres y guarda fidelidad a los infieles. Así, en lo sucesivo, el rey será su representante.

Dios elige para esto a Saúl. Es un hombre heroico, de naturaleza grandiosa, pero insumiso y violento. Y falta en la primera prueba. En efecto, el pueblo está en lucha con su enemigo tradicional, los filisteos, y se presenta una batalla decisiva⁸⁶. Samuel está ausente y ha mandado decir a Saúl que no debe empezar el ataque hasta que él vuelva trayendo la víctima para el sacrificio —una de las situaciones en que la orientación divina parece ponerse en contradicción con la razón inmediata y el hombre ha de decidirse!—; así, pues, Saúl sigue su juicio militar y ofrece el sacrificio él mismo, para poder ordenar el ataque⁸⁷. Entonces aparece el profeta y habla así al rey: «Has obrado como un insensato. Si hubieras seguido el mandato que te había mandado el Señor, tu Dios, el Señor habría confirmado para siempre tu soberanía sobre Israel. Pero así tu soberanía no durará; el Señor ya ha elegido un hombre conforme a su corazón, y le pondrá como príncipe sobre su pueblo; porque tú no has seguido lo que te ha mandado el Señor»⁸⁸.

Ese hombre se llama David. El tiempo de su mando estuvo lleno de guerra y violencia; sin embargo, él guardó fidelidad a Dios. Su hijo—¡hijo de la culpa de David contra el matrimonio del general Urías!—es Salomón. Dios le concedió su benevolencia, le cubrió con todos los dones de la prosperidad y le concedió edificar el templo. Pero en su vejez Salomón fue desviado a la idolatría por sus mujeres. Y Dios le dijo: «Porque te has portado así y no has observado mi alianza y mis leyes, que te había dado, te voy a quitar el reino»⁸⁹.

El reino se divide en dos partes: reino del norte y reino del sur. Y empieza la terrible historia de las dos dinastías de Israel y Judá. Ocurre una caída tras otra. Se levanta la figura de un fiel; pero

pronto le sigue otra vez un rebelde, y lo aniquila todo. Hasta que, por fin, los babilonios conquistan las dos capitales— Samaria y Jerusalén—, arrasan el país y llevan al pueblo al cautiverio. Apareciendo en esta situación cada vez más ensombrecida, en que ya no se puede reconocer el reino de Dios, los profetas anuncian una figura misteriosa: un soberano, que estará entregado a Dios en pura obediencia y que, con ella, guiará al pueblo: el Mesías. «Aquí está mi siervo, que yo sostengo; mi elegido, el que prefiere mi alma. En él pongo mi espíritu; a los pueblos paganos les manifestaré la verdad. No grita ni eleva su

voz; no se hace oír por las calles. No rompe la caña resquebrajada ni apaga la mecha humeante. Fielmente lleva la verdad. No se cansará ni se fatigará hasta que se establezca la verdad por la tierra, pues las islas esperan su mandato»⁹⁰. [...] Estas palabras —y otras muchas— dan noticia del eterno soberano, que un día establecerá el reino de la verdad y la justicia, y por el cual será rey el mismo Dios. De él llegará a todo el mundo su santo influjo [...].

Más aún, las mismas cosas han de ser arrebatadas y transformadas. En visión misteriosa se manifiesta al profeta una situación de nueva existencia, en que Dios lo penetra todo con su poder: «Pues voy a crear cielos nuevos y una nueva tierra, en que nadie se acordará del pasado, que no volverá a subir al corazón.

¡No! ¡Júbilo y regocijo eternamente por lo que crearé! Pues transformaré a Jerusalén en júbilo y a su pueblo en gozo»⁹¹.

Claro está, el establecimiento de ese reino tampoco será cosa de magia. Eso se muestra en el peculiar carácter doble del Mesías. Pues de él dice el mismo profeta: «¿Quién creyó nuestro mensaje? ¿A quién se le desveló el brazo del Señor? El [= el Mesías] crece por sí mismo como un brote, como una raíz en tierra árida, sin belleza ni esplendor. No atrae nuestras miradas; sin atractivo, despojado de todo encanto. Despreciado y abandonado por el mundo, varón de dolores, conocido por la enfermedad, despreciado como quien se tiene que velar la cara ante nosotros; no contamos ya con él. Y, sin embargo, él toma de nosotros los dolores, lleva nuestros sufrimientos y parece, como herido por Dios, merecer sólo golpes y tormentos. Así está atravesado por nuestra culpa, despedazado por nuestro pecado.

El castigo, que

nos da la paz, está sobre él; y gracias a sus llagas somos curados.

Como ovejas estábamos errantes, y cada cual seguía su propio camino. Y el Señor ha hecho caer sobre él toda nuestra culpa»⁹².

En el anuncio del Mesías aparecen dos figuras: el Señor de la gloria y de la abundancia de gracia, y también el Siervo de Dios herido. [...] Según como el pueblo se sitúe ante el Mesías, así podrá obrar ése [...]. Pues aunque la realización del reino de Dios es gracia, sin embargo, toda gracia pasa por el corazón del hombre.

2. El reino de Dios en el nuevo testamento

RD/NT: [...] Esta es la situación en que aparece Jesús. Reclama para sí la profecía de Isaías y se declara el esperado. Eso lo hace por primera vez en la sinagoga de su ciudad natal, Nazaret: se levanta a hablar, y el ayudante le ofrece el libro enrollado, que contiene los escritos de los profetas; lo abre y sus ojos caen sobre el pasaje: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para dar la buena noticia a los pobres; me envió a anunciar a los prisioneros la liberación, y a los ciegos que vieran otra vez; a llevar la libertad a los oprimidos, a anunciar el año de gracia del Señor»⁹³; lee en voz alta el pasaje, se sienta y habla: «Hoy se ha cumplido esta escritura, que habéis oído»⁹⁴.

Otro testimonio sobre sí mismo: el Bautista está en la cárcel y envía a él discípulos a que le pregunten: «¿Eres tú el que tiene que venir, o esperamos a otro?»; Jesús responde: «Id a anunciar a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los inválidos andan, los leprosos se limpian y los sordos oyen, y los muertos resucitan y a los pobres se les da la buena noticia; ¡y dichoso el que no me toma como ocasión de escándalo!»⁹⁵. Esto es: «los signos, que Isaías indica para el Mesías⁹⁶, han ocurrido: ¡soy yo!» [...].

/Mc/01/15: Una y otra vez Jesús habla del reino de Dios, sobre todo en sus parábolas. [...] Ya la primera manifestación, al principio de su actuación pública, habla de él con una imagen semejante:

«Se ha cumplido el tiempo y se acerca el reino de Dios: ¡convertíos y creed en la buena noticia!»⁹⁷. El reino de Dios aparece ahí como algo que ha venido desde lejos, desde Dios, y ahora está a las puertas del mundo y quiere entrar. Pero hay que darle entrada: los que están en el mundo, los hombres, son los que deben hacerlo, pues en sus corazones está la puerta del mundo. ¿Y cómo? Cambiando el sentido de su vida, que mantiene alejado a Dios—la mentira, el orgullo, la codicia, el afán de placer, la mentalidad terrena—, volviéndose a Dios y abriéndole el corazón. Entonces podrá entrar.

De ese reino habla Jesús. Así dice a sus discípulos: «No temáis, mi pequeño rebaño; porque mi Padre se ha complacido en daros el reino»⁹⁸. Y otra vez a los fariseos: «Se os retirará de vosotros el reino de los cielos y se entregará a un pueblo que dé sus frutos»⁹⁹. Es un don; pero el don ha de ser recibido y realizado desde dentro.

Siempre que Jesús habla sobre el reino de Dios se hace evidente que exige una decisión. El oyente debe elegir entre él y el mundo; más exactamente, entre el reino de Dios y el reino de su enemigo. Esta elección tiene diversas formas, cada cual según la índole y la situación del individuo, cada cual según la vocación especial que Dios le pone delante. Puede significar elección entre el reino y los obstáculos terrenales: ventajas, bienes, relaciones humanas, posibilidades de poder y de placer. Puede plantearse entre el reino y lo que es más querido al hombre: familia,

propiedad, disposición sobre su propia libertad. Pero en todo caso y siempre es alternativa entre la voluntad de Dios y lo que le contradice, el mal. Esa decisión debe mantenerse a través de toda la vida, cumpliéndola constantemente como por primera vez. Por eso dice el Señor: «Ninguno que echa mano al arado y mira atrás es bueno para el reino de Dios»¹⁰⁰.

En otras imágenes aparece el reino de Dios como un ámbito espiritual, en que se entra y se vive. Así dice Jesús: «Si no... os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos»¹⁰¹. Es lugar de la vida y patria del corazón. Por eso expresa la perdición que es estar expulsado de él: «allí es llanto y el rechinar de los dientes, cuando veáis a Abrahán y a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, pero que a vosotros os echan fuera»¹⁰². «Estar fuera» es condenación; un concepto que se une con el de «tinieblas exteriores» a donde son arrojados el criado inútil y el invitado de la boda, que no llevaba el traje nupcial¹⁰³;

«dentro», por el contrario, en el reino, es la proximidad de Dios, su luz y su calor, condensado en la imagen del banquete de fiesta de sus hijos en torno a la santa mesa: «Se parece el reino de los cielos a un rey, que hizo las bodas de su hijo»¹⁰⁴.

El reino de Dios es también ordenación diversa de la terrenal. Por eso Jesús, a la pregunta de quién es mayor en el reino de los cielos, contesta a sus discípulos que, para poder entrar en él, hace falta volver la espalda al deseo terrenal de valer, [...] hacerse como un niño y tener una confianza en Dios, que parece insensata ante

la prudencia terrenal¹⁰⁵ [...].

/Mt/13/31-32 par. Dos hermosos símbolos hablan de cómo avanza, si así se puede decir, el reino de Dios. Uno es el del grano de mostaza. El reino es como ese grano: diminuto, pero lleno de fuerza vital, el grano se siembra y crece, haciéndose una planta, tan grande, que los pájaros pueden posarse en ella¹⁰⁶. Así surge el reino de Dios en la tierra de la vida humana. Al principio es pequeño; en toda una ciudad quizá sólo uno o dos pertenecen a él. Pero es vida, y todo lo vivo empieza como germen, luego crece y se hace grande. Si esos pocos primeros crecen y lo toman en serio, se despliega la fuerza del germen. Se añaden otros, y surge una comunidad: una familia, un grupo, un país creyente. Son ámbitos de vida, en que los pájaros del cielo—símbolo antiguo de las almas—pueden vivir y habitar. El reino crece cada vez más, hasta que penetra con su poder el mundo entero. Pensemos en las grandes ideas de las Cartas a los efesios y a los colosenses, en que se habla de cómo es asumida la creación¹⁰⁷. Es decir, un símbolo en el cual el devenir del reino de Dios se pone en contraposición a toda acción externa y actividad y organización: en silencio, según una ley viva propia, va creciendo, poderoso y constante; y si los llamados permanecen en fidelidad a él, ningún poder terrenal puede contenerlo.

/Mt/13/33: El otro símbolo dice algo semejante, pero saca su

imagen de la vida doméstica: una mujer quiere hacer pan, toma la cantidad necesaria de harina y la amasa; luego busca la levadura necesaria, la pone en la masa y la trabaja, hasta que todo puede fermentar por igual¹⁰⁸. De nuevo, una imagen de la actuación desde dentro, que avanza en silencio y despacio, pero inconteniblemente, invadiéndolo todo. Podemos decir: el reino de Dios es disposición interior, es intención. Alguien ha oído en alguna ocasión una idea del evangelio: penetra en su corazón y su espíritu, y atraviesa sus propios sentimientos, influyendo en ellos, en sus costumbres, en su actividad diaria. Esto continúa hasta que, por fin, se ha convertido en otro hombre [...].

En este aspecto, es importante lo que Jesús contesta a los fariseos que le preguntan cómo vendrá el reino de Dios: «El reino de Dios no viene de modo que se vea, ni se puede decir: vedlo aquí o allí; porque el reino de Dios está dentro de vosotros»¹⁰⁹.

La palabra griega entós puede traducirse por «dentro de»: entonces significa actitud del corazón y gracia viva; pero también puede traducirse «entre», «en medio de»; y entonces habla de un poder, que está preparado por parte de Dios y sólo aguarda la voluntad del hombre para hacerse efectivo. En ambos modos de expresión, diría el Señor, las cosas del reino de Dios no son de tal modo que puedan ser determinadas y controladas exteriormente, sino que son intención interior y fuerza vital, que operan por la verdad.

Otros dos símbolos dicen que el reino de Dios es algo precioso: ante todo, el del tesoro en el campo: un hombre lleva el arado por el campo; de repente, tropieza con algo duro; escarba, encuentra un tesoro que se escondió allí—quizá en tiempo de guerra—, y se dice: ¡esto tengo que tenerlo yo!; pero él es sólo arrendatario o jornalero: el campo no es suyo; entonces vende todo su haber y sus bienes, compra el campo y el tesoro¹¹⁰. ¡Ahora es rico!... El otro símbolo cuenta de un comerciante en joyas, que busca piezas buenas: se ha enterado de que alguien tiene una perla extraordinariamente perfecta; pero es muy cara; el precio supera su dinero disponible; sin embargo, él presiente una gran ganancia: ¡vende todo lo que tiene, compra la joya y con eso gana, pues vale más de todo lo que ha dado!¹¹¹.

Así, dice el Señor, es el reino de Dios: más precioso que todo lo que te pueda parecer valioso; ¡considéralo y da el precio! En qué consiste ese precio, lo vas viendo en cada ocasión: en una ganancia que hubiera sido injusta; en una posición que sólo pudiera alcanzarse renegando la fe; en una pasión que amenaza destruir una familia... Entonces debes preguntarte: ¿el reino de Dios es tan valioso para mí como para que yo esté dispuesto a dar ese precio? Quizá ocurre, incluso, que se exige «todo»: salud, propiedad, vida; en esta época de violencia puede ocurrir en seguida. Entonces se ve si la perla y el tesoro lo valen «todo» para ti.

En el comienzo del sermón de la montaña, en las bienaventuranzas, se nos hace evidente qué grande es la riqueza de valor del reino de Dios.

La primera se lo promete a los «pobres en espíritu»; esto es, a aquellos que soportan con confianza en Dios la necesidad y la privación: para ellos el reino se hará riqueza sobre todas las riquezas. De modo análogo, por las otras promesas hemos de entender el reino como satisfacción divina de la necesidad terrenal: a «los que lloran», como consuelo infinito; a los «bondadosos», que no ejercen poder, como la tierra de bendición del Mesías; a «los que tienen hambre y sed de justicia», como la razón que les dará el eterno Juez; a los «compasivos», como amor desbordado de Dios; a los «limpios de corazón», como revelación de su abundancia de verdad y gloria; a los «perseguidos por causa de la justicia», como reino del amparo dichoso; y a todos los que son insultados por el nombre de Cristo, como gozo sin medida. El reino de Dios es síntesis de todos estos sentidos.

Pero [...] el reino de Dios también tiene un enemigo: nos lo dice la comparación de la cizaña. Un hombre ha sembrado bien su campo, pero en medio de las mieses sale la mala hierba; entonces le preguntan los campesinos: «Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo?; pues, ¿cómo tiene cizaña?»¹¹². El reino de Dios es buen cultivo en pensamientos y obras; pero en medio de él crecen los malos pensamientos, las palabras de odio, la acción destructora¹¹³.

El creyente se asombra de que esto sea posible. Pero hay uno que odia al reino; aquél que ya lo destruyó en el paraíso y luego, una vez y otra, a través de la historia del pueblo elegido. Intentó llevar a la caída a Jesús mismo; logró que entre los doce apóstoles uno se hiciera traidor, que Pedro renegara de su Maestro, que todos huyeran y Jesús tuviera que padecer su terrible muerte en la cruz. Y sigue trabajando siempre, y siembra su oscura semilla entre las buenas mieses.

Miren ustedes la vida alrededor. ¿Es tal como debería ser, si sólo actuaran en ellas fuerzas buenas? ¿Podría reinar tan terrible confusión y haber tanta codicia, tanta mentira, tanto odio, tan frío asesinato, si no estuviera actuando un poder que viene de otra parte, y que quiere erigir un reino contra Dios? Pues Jesús también habla abiertamente del «príncipe de este mundo». Este conoce al hombre tan desde el fondo como sólo puede conocer el odio. No necesita hacer ningún milagro; sólo necesita aprovechar lo que «hay en el hombre», y orientarlo contra el reino de Dios.

El reino de Dios es un gran misterio único; y en él hay muchos misterios. Jesús ha dicho expresamente: «A vosotros se os ha dado el secreto del reino de Dios, pero para los de fuera todo se les presenta en comparaciones»¹¹⁴. Es difícil comprender por qué en él las cosas van como van; por qué quedan desaprovechadas buenas posibilidades, y se corrompe lo bueno, y lo bueno y lo malo

están enredados en una misma cosa. Por eso es tan difícil distinguir y ordenar, y el conjunto no se puede poner en claro. Pero en la comparación se dice también: los labradores «dijeron: ¿quieres que vayamos a arrancarla? [la cizaña]. Pero él dijo: no, no sea que al arrancarla arranquéis también el trigo. Dejad que crezcan las dos cosas juntas hasta la cosecha, y en el momento de la cosecha diré a los segadores: recoged primero la cizaña y ponedla en gavillas para quemar, y el trigo metedlo en mi granero¹¹⁵. Lo que es el reino de Dios trasciende más allá de la historia, hacia algo último, que ha de venir un día: el juicio. Separará lo que es bueno y lo que es malo. En los grandes sermones sobre el juicio habla Jesús volviendo otra vez a nombrar el reino: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos sus ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria. Se reunirán delante de él todos los pueblos y separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los machos cabríos. Y pondrá las ovejas a su derecha y los machos cabríos a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: ¡venid los benditos de mi Padre, tomad en herencia el reino, que os está preparado desde la fundación del mundo!»¹¹⁶. Entonces el reino será vida eterna, compañía divina, que dará cumplimiento a todo.

3. La realización del reino de Dios

[...] Con ese reino ha ocurrido algo difícil de expresar. Cuando el pueblo elegido rechazó al Mesías, el reino de Dios no pudo establecerse como hubiera sido posible. Pero [...] no se echó atrás por completo sino que quedó aguardando, en una constante posibilidad de su establecimiento, continuamente golpeando a la puerta del mundo. Sólo así comprendemos el sentido que tiene ahora esta petición. Cuando el Señor se la dio a los suyos, la posibilidad de un establecimiento patente estaba todavía ahí, pues no se había resuelto aún la decisión. Entonces tal petición clamaba por ese gran cumplimiento. Ahora ha pasado esa hora.

Se ha formado una situación, en que sólo es posible su establecimiento en cada ocasión: en esa persona o aquélla; aquí, en este lugar o allí; ahora o en otro momento. Pero el ruego clama a Dios para que esa venida pueda tener lugar. Y sigue clamando siempre; pues esa venida nunca es de tal modo que abarque el conjunto de la humanidad, todo el tiempo terrenal y el conjunto de ámbito de la tierra, sino siempre incluyendo individuos; y en cada hombre y en cada hora de su vida, con cada época de la historia y con cada situación de ésta, la alternativa vuelve a plantearse como por primera vez.

[...] El reino de Dios significa que él rija al hombre. ¿Cómo ocurriría esto?

a) El habría de regir nuestro pensamiento. Tal sería el caso si el pensamiento volviera a él continuamente: si se hiciera centro de la

corriente del movimiento interior; si ésta partiera de él y volviera a él; si la imagen de Dios se hiciera en el pensamiento cada vez más rica y más honda, y si el sentimiento de su cercanía se hiciera cada vez más fuerte y entrañable.

¿Es ése el caso? Honradamente debemos estar contra nosotros.

¿No es verdad que pasan días enteros, muchos días, sin que pensemos en él en absoluto? Y si lo hacemos, ¿no ocurre porque nos hace acordarnos de él una conversación, o una lectura o alguna costumbre establecida, por ejemplo, la oración de la mañana o de la noche? Si realmente Dios rigiera nuestro pensamiento, se elevaría a él por sí mismo, con tímida originalidad.

Entraría en nuestras consideraciones, determinaría nuestra opinión sobre personas y cosas, sería la respuesta a muchas cuestiones. Nuestro pensamiento estaría a disposición de él, de tal modo que él podría hacer presente su verdad constantemente...

¡Pero no es así!; sino que, en realidad, lo que se levanta por sí mismo, lo que se presenta constantemente de nuevo, lo que tiene el predominio son las cuestiones de nuestro trabajo, las relaciones humanas, los planes, preocupaciones, esperanzas...

b) El reino de Dios significaría que Dios rigiera nuestra voluntad. Entonces, en el transcurso del día, constantemente volveríamos a sentirnos amonestados: él quiere esto, eso no lo quiere él. No como por un policía invisible que, desde fuera, hiciese entrar su palabra en nuestro quehacer, sino al modo de un acuerdo interior.

Viviríamos de él, con él, desde él y para él. Nuestra acción partiría—si el misterio de la gracia puede ser resumido en una frase tan osada— de una identificación de nuestra voluntad con la suya. Pero una vez más: ¡no es así!; sino que hacemos lo que queremos nosotros mismos, lo que quiere nuestra profesión, lo que quieren la ventaja y la pasión [...].

c) El reino de Dios significaría que Dios rigiera nuestro corazón: que él fuera nuestro amor. [...] Pues ¿qué significaría realmente amar a Dios? Quizá sería útil preguntar antes si eso es posible en absoluto. Amar a una persona, cierto; amar una patria, una idea, seguramente; pero ¿a Dios, al invisible e interminable y eterno? Evidentemente es posible, pues nos lo dicen personas a las que hemos de creer. Dicen que se le puede amar mejor y más que a toda criatura. Más aún, lo exige: «con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma y con toda nuestra inteligencia»¹¹⁷.

¿Cómo vamos a ser capaces? Para eso deberíamos haberle conocido. Deberíamos haber visto cómo es. Su proximidad debería habernos tocado de tal modo que saltara la chispa. Debería vivir en nosotros, tal como vive en nosotros la imagen de una persona querida, a la que se vuelve constantemente el corazón. Y cuando todo ello palidiera, como de hecho toda experiencia tiene épocas en que palidece, entonces debería haber en nosotros un vacío,

que nos doliera como la nostalgia de aquella persona en el caso de que estuviera lejos... ¿Ocurre así en nosotros con Dios? ¿Siquiera ocurre de algún modo y, al menos, en medida modesta? [...] ¿Cómo puede ocurrir entonces que vivamos sin notar que Dios existe, y que existe, no en algún lugar, en lo ideal o metafísico, sino aquí, ahora, en cada ocasión donde esté aquél de quien se trata, esto es, yo? [...].

En vez de eso, ¿a qué aludimos, cuando hablamos de realidad? Aludimos a las cosas, las personas, el dinero, el trabajo, la política, la ciencia: todo eso es «real» para nosotros. Por el contrario, Dios es para nosotros algo invisible, lejano. Quizá una leve voz, un fulgor hacia el cual buscamos el camino—¡con cuánto trabajo!—cuando rezamos. Pero el reino de Dios significaría que fuera lo auténtico en nuestro interior: ¡y entonces sería también amor!

d) Y, en fin, dicho de modo completamente realista: el reino de Dios significaría que le perteneciéramos, que fuéramos en cuerpo y alma propiedad suya. No desde fuera, como el esclavo es propiedad de su señor [...], sino tal como el que ama de veras es propiedad de la persona amada, por la libertad del corazón [...]. Así perteneceríamos a Dios, y ahí sería nuestro. Eso sería «reino», el suyo, y por eso precisamente, el nuestro. Y de lo que entonces tendría lugar en nosotros, nos dan una idea los escritos de aquellos que lo han experimentado. ¡De qué modo completamente más diverso ocurre la realidad! Pertenecemos a hombres, y a menudo de muy mala manera. Pertenecemos al trabajo, a la ocupación, al dinero, a la política. ¿Qué se ha de decir ahí?

No podemos hacer otra cosa sino elevar una vez y otra el ruego de que venga el reino de Dios. Que venga a nosotros, para que se haga vivo en nosotros; que nuestra voluntad esté ligada a él; que esté en nuestra vida como aquél que realmente existe; que percibamos su indecible excelencia. El símbolo de la perla dice que el hombre da por ella todo lo que tiene. [...] Roguemos, pues, que también nosotros percibamos su belleza, para que el reino de Dios se nos haga evidente y nosotros nos hagamos capaces de dar por él lo que se pide. Una vez y otra debemos rogar: «¡Señor, haz que en mí llegue a haber verdad; y verdad es que tú seas realmente existente, y no todo lo demás que es posible; tú, el preciso, y ninguna otra cosa sino tú; que tu voluntad sea lo apremiante de la existencia, y no el beneficio y el respeto humano y el placer! ¡Entonces todo se haría diferente! No en el sentido de que se nos acercaran otras personas, o que en otras cosas llegaran a nuestra posesión, o que nos acontecieran otros destinos. El material de la existencia sería el mismo que antes, pero su sentido se transformaría. Una pérdida sería una pérdida, y una enfermedad dolería; y, sin embargo, todo sería diferente, pues tanto la pérdida como la enfermedad quedarían asumidas en un nuevo conjunto de

sentido. El trabajo que tuviéramos que hacer seguiría siendo tan laborioso como ahora. Incluso se haría más difícil, pues lo tomaríamos más en serio. Pero tendríamos la conciencia de que se desarrollaba ante Dios, y hacia Dios, y con eso adquiriría un nuevo valor.

/Mt/06/23. Más aún, quizá incluso se cambiaría de algún modo el transcurso de la vida misma. Pues ¿qué significa «providencia»? [...] Jesús ha dicho: «Buscad antes que nada el reino y su justicia, y todo se os dará por añadidura»¹¹⁸. Su doctrina de la providencia está unida al mensaje del reino; y es importante entender en qué sentido es éste el caso [...]. Busca, ante todo, el reino de Dios y su justicia, y las cosas en torno a ti irán a parar a tu salvación. Tu manera de ver, así como la conducta que de ella resulte, ejercerán influjo en el acontecer, y se harán instrumento del divino gobierno. De ahí la impresión que producen los acontecimientos de la vida de los santos, y que luego la leyenda gusta de expresar con el concepto de milagro, aun cuando en cada caso aislado no haya tal cosa. Pero alude a algo que es cierto: que en la vida del hombre que se entrega entero a Dios, las cosas van de modo diverso que en aquél que vive su propia voluntad. Esto ocurriría también con nosotros. Nada milagroso en el sentido usual, nada sorprendente; y, sin embargo, todo sería diverso. [...] Hemos de pedir día tras día, año tras año, mientras Dios dé aliento: ¡reino de Dios, ven! ¡ven a mí, a los míos, y a todos nosotros los hombres!

XIV. H. VAN DEN BUSSCHE

(O. c., 81-97)

·BUSSCHE-VAN/PATER PATER/BUSSCHE-VAN

La segunda petición domina toda la oración. En Lucas es casi la única, porque la precedente, aunque sea verdadera petición, no hace más que preparar esta segunda. En Mateo, esta petición central está encuadrada entre otras dos que le dan todo su relieve.

Las tres últimas, referentes a las necesidades del período intermedio, se sitúan en un nivel inferior: «que venga a nosotros tu reino, pero mientras tanto, hasta que llegue, ayúdanos en las necesidades, danos el pan cotidiano», etc. A diferencia de la oración judía, en la que casi siempre se pide la venida del reino hacia el fin de la oración, como un don último, Jesús quiere que el discípulo pida en primer lugar por el reino. Toda la vida debe ser, por lo demás, una «búsqueda», un deseo ardiente del reino; todo lo demás se nos dará por añadidura¹¹⁹.

[...] Esta petición hace eco al punto esencial del mensaje de Jesús¹²⁰. [...] Estadísticamente podemos constatar que el nuevo testamento habla 122 veces del reino de Dios, de las cuales 99 en los sinópticos y 90 veces en las mismas palabras de Jesús. Por

consiguiente, podemos decir con seguridad que todas las páginas de los sinópticos hablan del reino, y que Jesús mismo volvía sobre el tema constantemente. [...] «Reino de Dios» es una mala traducción. Sería mucho mejor decir: «el reinado de Dios». Porque principalmente indica el ejercicio activo del poder soberano de Dios, las intervenciones a través de las cuales establece o consolida su dominio real. [...] El reinado de Dios, por tanto, no puede identificarse sin más con la iglesia o con el cielo. La iglesia es el órgano y el dominio del reinado de Dios, es el nuevo pueblo de Dios a quien está destinado el reinado, que heredará¹²¹ y a quien se dará¹²². El cielo, a su vez, es el reino en que Dios ya ha establecido plenamente su reinado y desde donde quiere extenderlo a todo el mundo: «como en el cielo así también en la tierra».

1. Reino y reinarlo de Dios en el antiguo testamento

Yahvé es el rey de Israel (=realeza teocrática), que lo ha liberado de Egipto. El coro final del cántico de Myriam, después del paso por el mar Rojo, canta: «¡Yahvé es rey por siempre jamás!»¹²³. Esta realeza es exclusiva: Yahvé ha reservado para sí este pueblo por alianza y elección. El rey terreno no es más que el representante del rey Yahvé¹²⁴. Esta realeza no sólo incluye el poder soberano, sino también [...] la misión de asegurar al pueblo la justicia, el bienestar y la protección contra los enemigos. Toda apelación a la realeza de Yahvé es una verdadera llamada de ayuda, para obtener la salvación¹²⁵. Esta realeza [...] se levanta contra los enemigos de Israel, pero también se levanta contra la infidelidad de Israel¹²⁶. Como estrictamente nacionalista, esta al servicio del pueblo de Dios, aunque su radio de acción se extiende también por encima de él.

La realeza teocrática de Yahvé implica su realeza universal (en sentido cosmológico). Por ser Yahvé rey del mundo, que creó, por eso puede proteger a Israel contra los demás pueblos¹²⁷. [...] La realeza universal de Yahvé está al servicio de su realeza teocrática: su poder sobre los demás pueblos es la garantía de su protección real hacia Israel.

Finalmente, Yahvé es rey en sentido escatológico: es el juez soberano del juicio final¹²⁸. La realeza de Yahvé se trasladó al porvenir sobre todo a partir del destierro, cuando desapareció el rey terreno representante de Dios. Al fin de los tiempos Yahvé ejercerá de manera incontestable su reinado sobre el mundo entero. «Revelará» su realeza y será adorado por todos. [...] Israel, sobre todo y el primero, se aprovechará del reinado de Dios, pues sus miembros son «los hijos del reino»¹²⁹. Jerusalén se convertirá en el centro del reino universal de Yahvé¹³⁰. Los exiliados volverán a su tierra¹³¹ [...]. A la realeza final de Yahvé se añade, aunque no siempre, un representante terreno, que será o el Mesías o el Hijo del hombre. El Mesías es el hijo ideal de David,

que restablecerá el antiguo rito davídico; pero esta vez, de una manera total, en función del reinado de Dios¹³².

[...] Esa imagen del Mesías se purificará progresivamente [...] según el ideal del Siervo paciente¹³³. [...] En Dan 7, 13-14 aparece, sobre una nube del cielo, una misteriosa figura «como la de un Hijo de hombre», que viene a colocarse delante del trono de Dios, para de él recibir el reino. Este «Hijo del hombre», al principio, simbolizaba probablemente al pueblo elegido; pero esta figura fue individualizada muy pronto por la literatura apocalíptica, y se convirtió en el jefe escatológico de «los santos del Altísimo», concebido como un príncipe trascendente. Antítesis tenebrosa del reinado de Dios, la potencia terrestre y el reinado de Satán dominan provisionalmente al mundo¹³⁴.

2. La venida del reino y la venida de Cristo

El aspecto escatológico del reino se pone aún más de relieve en el nuevo testamento. [...] La venida del reino es el cumplimiento total de todos los deseos del antiguo testamento y, al mismo tiempo, el fin de toda espera. [...] El reinado de Dios es un acontecimiento [...], un acto de Dios ante el cual desaparecen las ideas de una intervención humana [...]. El reino «no es de este mundo»¹³⁵, es la irrupción de otro mundo en éste. El Padre lo da¹³⁶, lo pone a nuestra disposición¹³⁷ como una herencia divina¹³⁸. [...] Este acto de Dios, este acontecimiento, se desarrolla en varias fases, que son exactamente las mismas que las de la venida de Jesús. Por otra parte, la revelación del reino progresa paralelamente a la revelación de la dignidad de Jesús como Mesías o Hijo del hombre.

La vida pública es la fase en que el reino es anunciado en parábolas. El mensaje de Jesús consiste en proclamarlo. La venida del reino comenzó desde el Bautista¹³⁹ y Jesús anuncia que ha aparecido¹⁴⁰ o que ha llegado¹⁴¹. El tiempo se ha cumplido: el grande, el único momento ha llegado¹⁴². Actualmente el tiempo está cargado de un dinamismo divino: el reino penetra con violencia¹⁴³. Es el tiempo de las nupcias¹⁴⁴ y de la siega¹⁴⁵. La palabra de Jesús es la palabra del reino y sus actos son sus señales. Los milagros no tienen, en primer término, una significación apologética, sino que son signos de los tiempos: muestran que el reino ha llegado¹⁴⁶. Sobre todo la lucha entablada contra Satanás es una señal de su venida. Jesús va a atacar a Satán en su propio terreno, el desierto¹⁴⁷, desde que es constituido Mesías en el momento del bautismo de Juan. Y, desde entonces, el reino de Satanás es derribado progresivamente¹⁴⁸. Pero, aunque realmente presente, el reino no es anunciado hasta ahora más que en parábolas: el secreto del plan divino de salvación sólo es revelado al pequeño grupo de creyentes, a los demás se les propone en parábolas¹⁴⁹. El reino de Dios viene sin ostentación: aunque ya esté entre ellos en la persona de

Jesús¹⁵⁰, parece que fracasa en gran parte¹⁵¹; es como un grano de mostaza¹⁵², como un tesoro escondido¹⁵³, como una perla que hay que buscar¹⁵⁴, como un puñado de levadura¹⁵⁵. El reino de Dios entra en una nueva fase con la muerte de

Jesús. Después de la resurrección, Jesús se entretiene con sus discípulos hablándoles «del reino de Dios», probablemente de su nueva etapa, la etapa del bautismo-en-el-espíritu, por el cual se extiende también a los paganos¹⁵⁶. Jesús había ya declarado, en vísperas de su pasión, que no bebería más vino antes de que llegara el reino¹⁵⁷. Desde el primer anuncio de su pasión había dicho a sus discípulos que debían tomar parte en sus sufrimientos, para obtener la recompensa, cuando «el Hijo del hombre viniera en la gloria de su Padre, acompañado de sus santos ángeles»¹⁵⁸. Este texto alude naturalmente al juicio final. Pero en Mc 9, 1 sigue a continuación: «Y les decía: en verdad os digo, que algunos de los aquí presentes no probarán la muerte antes de haber visto el reino de Dios venida con Poder». [...] Inmediatamente después de esto, y en presencia de los tres discípulos predilectos, viene la escena de la transfiguración¹⁵⁹, que es una manifestación del Hijo del hombre precursora de la resurrección¹⁶⁰. En definitiva, el reino de Dios viene con poder al fin de la vida de Jesús, cuando Jesús mismo «es (constituido) Hijo de Dios con poder»¹⁶¹. El reino pasa entonces de la fase de las parábolas a la del poder¹⁶². Esta interpretación está confirmada por el hecho de que el reino de Satanás sufre entonces una derrota fundamental¹⁶³: aunque Satán aún no es eliminado del todo¹⁶⁴, ya es vencido inicialmente.

La tercera fase será la de la perfección, cuando el Hijo del hombre venga en la gloria de su Padre, rodeado de la corte celestial. Puesto que al fin de su vida Jesús ha sido constituido Hijo del hombre y Señor, puede establecer cuando quiera el juicio final, pero la hora nos es desconocida¹⁶⁵. Toda la obra divina de la salvación se dirige hacia esta perfección, y el cristiano se encamina hacia ella. Entonces Satán¹⁶⁶, el Anticristo¹⁶⁷ y todas las potencias hostiles¹⁶⁸ serán aniquiladas; y Dios será todo en todos¹⁶⁹.

El cristiano se encuentra ante el «ya» del reino venido con poder, y el «aún no» del reino perfecto. El «ya» da la certeza de que el «aún no» llegará, y estimula su deseo. «¡Maranatha!: ¡ven, Señor nuestro!»¹⁷⁰.

3. Oración teocéntrica

La petición relativa a la venida del reino está totalmente dirigida a Dios. Debemos vigilar constantemente para alejar de nosotros la tendencia, demasiado humana, de considerar el reino de Dios en relación a nosotros. Por eso pensamos muchas veces en el reino de Dios en nuestra alma, en el «estado» de gracia. [...] Otras veces se piensa en el cielo, como una situación excelente.

Tampoco es exacto. En todas estas peticiones se trata de Dios, de su nombre, de su reino, de su voluntad. El reino es una realidad que desborda los intereses personales, incluso espirituales. Sin duda alguna la venida del reino significa para el cristiano el acceso a la salvación y a la vida, pero nuestra atención debe dirigirse ante todo al reino considerado en si mismo, más bien que a la felicidad que nos trae. El que no se preocupa más que de si mismo y de su «yo» espiritual, corre el riesgo de no tener la fuerza necesaria para ser un siervo fiel.

Sucede también con frecuencia que la segunda petición se interpreta en un sentido misionero, como una especie de oración por la extensión de la iglesia, el reino actual. Ya se recordó antes que el reino de Dios no podía identificarse con la iglesia; y, por otra parte, la forma verbal empleada aquí, al aoristo, indica una venida del reino realizada de una vez para siempre y de veras. Es evidente que si Dios quiere realizarla a través de etapas sucesivas, es cosa que no nos interesa. Pero en su petición, el cristiano no debe pararse en esta consideración: ¡debe pedir el establecimiento definitivo del reino en todas sus dimensiones!

Mientras vivamos, Dios puede hacerse más «todo» en nosotros; el reino nunca está acabado. La segunda petición no es, pues, una oración pidiendo la extensión de la iglesia: en cierto sentido pido incluso el fin de la iglesia, su absorción en el reino de la gloria del Padre.

Finalmente, cuando el cristiano expresa el deseo de la venida del reino, debe ser sincero consigo mismo. Si su oración está enteramente orientada a Dios, es preciso que su vida también lo esté. Por otra parte, el principio fundamental, que debe guiarle, ¿no es: «Buscad primero el reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura»?¹⁷¹. Es esta la metanoia exigida para que el reino pueda realizarse en nosotros: y este retorno no significa primeramente «cambio de vida» en el sentido moral o penitencia, sino conversión, vuelta a Dios, atención a Dios y preocupación por su reino¹⁷².

XV. J. JEREMIAS

(O. c., 164-165)

PATER/JEREMIAS-J

Las primeras palabras, que el hijo dice a su Padre celeste, suenan: «Santificado sea tu nombre, venga tu reino». Estas dos peticiones están no sólo construidas paralelamente, sino que, incluso en cuanto al contenido, se corresponden. Enlazan con aquella antigua oración judía (el Qaddish), que concluía la liturgia sinagoga y que probablemente era familiar a Jesús desde su infancia. Su más antigua (posteriormente alargada) forma literaria reza así: «¡Glorificado y santificado sea su gran nombre en el

mundo, que por su voluntad creó! ¡Impere su reinado, enseguida y pronto, durante vuestras vidas, en vuestros días, y durante la vida de toda la casa de Israel! Y responded a esto: Amén». Este enlace con el Qaddish muestra que ambas peticiones están indisolublemente unidas [...]: ambas suplican la revelación del reinado escatológico de Dios. A toda entronización de un señor terrestre acompaña la aclamación con palabras y gestos. Así será, cuando Dios introduzca su reinado. Se le vitoreará con la santificación de su nombre: «santo, santo, santo, Señor, Dios todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir, 173. Y todos entonces se arrojarán a los pies del rey de reyes: «Te damos gracias, Señor, Dios todopoderoso, el que es y el que era, porque has recobrado tu gran poder y has comenzado a reinar»174.

Ambas peticiones [...] piden, pues, la consumación final, la hora en la que el profanado y abusado nombre de Dios sea glorificado y se revele su reinado, según la promesa: «Voy a mostrar la santidad de mi gran nombre, profanado en las naciones—pues vosotros lo habéis profanado en ellas—, para que las naciones conozcan que yo soy Yahvé—oráculo del Señor—, cuando os muestre mi santidad ante ellos»175. Estas súplicas son un grito surgido desde el fondo de la necesidad. En un mundo tiranizado por el dominio del mal y en el que luchan Cristo y el Anticristo, los discípulos de Jesús suplican por la manifestación del reinado de la gloria de Dios.

Ambas súplicas son, a la vez, expresión de certeza absoluta. Quien así ora toma en serio la promesa de Dios y, en asegurada confianza, se abandona en sus manos. El sabe: «Tú llevarás a cumplimiento tu obra gloriosa». Son las mismas palabras, rezadas por la comunidad judía en la sinagoga, cuando pronuncia el Qaddish. Existe, sin embargo, una gran diferencia: en el Qaddish ora por la consumación final una comunidad que está en la tiniebla del mundo presente; en el «padrenuestro» reza con las mismas palabras una comunidad consciente de que el final ya se ha inaugurado, porque Dios ha comenzado ya su gratuita obra redentora, una comunidad que ahora solamente anhela la manifestación total de lo que le ha sido regalado.

XVI. S. SABUGAL

(Cf. Abbá , 176-183.220-225)

PATER/SABUGAL-S

La segunda petición suplica al «Padre» por la venida de su reinado. La secuencia entre ésta y la petición anterior se refleja también en una oración judaica contemporánea al NT: «Glorificado y santificado sea su gran nombre en el mundo, creado por él según su voluntad; y haga él dominar su reinado en vuestra vida,

en vuestros días, en la vida de toda la estirpe de Israel, ahora y siempre» (Qaddish). Como aquí, también en aquella súplica Dios es el sujeto activo de la venida de su reinado.; «¡Haz venir tu reinado!». Por lo demás, en ella se compendia todo el significado del padrenuestro, tal como fue pronunciado por Jesús¹⁷⁶. ¿Que significado envuelve en las redacciones literarias de Mt y Lc?

1) Al nivel de la redacción mateana, esa súplica reviste un particular interés. Constituye, sin duda, el epicentro de todas las demás súplicas y peticiones: si la santificación o glorificación del nombre del Padre tiene lugar en la liberación, que condiciona y acelera la venida de su reinado (cf. supra), ésta se realiza precisamente con el cumplimiento de su voluntad (cf. infra), para lo que los discípulos necesitan no sólo el don del «pan cotidiano» sino también ser preservados de caer en la tentación así como ser liberados del «maligno» tentador o «enemigo del reino» (cf. infra). Por lo demás, el tema del «reino» y «reinado de Dios» es central en la teología de Mateo¹⁷⁷. El anuncio de su definitiva cercanía inaugura la predicación del Bautista¹⁷⁸, de Jesús y de «los doce»¹⁷⁹. En la concepción teológica del evangelista, toda la docente actividad galilaica de Jesús se compendia en su predicación de «la buena nueva del reinado»¹⁸⁰. Y si los milagros, que acompañan a aquélla¹⁸¹, son esencialmente «signos» por el inaugurado señorío de Dios así como criterios seguros de su dignidad mesiánica¹⁸², los exorcismos son asimismo «signos» inauguradores tanto de la destrucción del reinado de Satanás como de la manifestación del reinado de Dios¹⁸³. Nada de extraño, pues, si ambas clases de signos—milagros y exorcismos—acompañan también a la predicación de «los doce» sobre la definitiva cercanía del reino¹⁸⁴. Pero, ¿qué es «el reino» o «reinado de Dios»¹⁸⁵, también designado por el evangelista como «el reino de los cielos»¹⁸⁶, «el reino del Padre»¹⁸⁷, «el reino de Jesús»¹⁸⁸ y, sencillamente, «el reino»?¹⁸⁹

RD/QUE-ES

a) «El reinado de Dios», como se deduce del contexto literario de la súplica, es ante todo el señorío de Dios sobre el hombre, su perfecto reinado sobre la vida humana: «como en el cielo, también sobre la tierra»¹⁹⁰. Ese señorío, que presupone la santificación

del nombre de Dios mediante la liberación de la tiranía o reinado del maligno¹⁹¹, se realiza en el cumplimiento de «la voluntad del Padre»¹⁹² o búsqueda primordial de «la justicia del reinado de Dios»¹⁹³. Incompatible con aquel señorío exclusivo de Dios sobre el hombre es, pues, cualquier otro dominio sobre él, el servicio de éste a cualquier otro señor o ídolo: «Nadie puede servir a dos señores»¹⁹⁴. Del todo incompatible con el exclusivo dominio de Dios sobre el hombre o servicio de éste a Aquél es, por tanto, su servicio al principal señor o ídolo de este mundo: «No podéis servir

a Dios y al dinero»¹⁹⁵. De ahí el necesario abandono a la providencia del Padre, como eficaz antídoto del angustioso afán por la seguridad material del «mañana»¹⁹⁶, buscando «primero el reinado (de Dios), es decir, su justicia» o el cumplimiento de su voluntad (cf. supra), en la seguridad de que el Padre «dará todo lo demás por añadidura»¹⁹⁷.

CV/RD RD/CV: Con ello afirma Jesús que Dios puede reinar sólo en quienes ponen en él toda su seguridad, porque todo lo esperan de su providencia. De éstos, que son «pobres de espíritu» porque—vaciados de la riqueza de si mismos—han llegado a ser

«como niños» ante Dios, de éstos «es el reinado de los cielos»¹⁹⁸. Lo que significa: la aceptación del reinado de Dios exige un previo cambio radical, un giro existencial, por el que el hombre de orgulosamente rico deviene espiritualmente mendicante¹⁹⁹, de soberbiamente adulto deviene humildemente niño²⁰⁰, de señor esclavizado deviene siervo libre de Rey-Dios o hijo del Padre. Aquél reinado divino, por tanto, sólo es posible mediante la previa conversión del hombre. De ahí la exhortación inicial tanto de precursor Juan como del mesías Jesús:

«¡Convertíos, porque se ha acercado definitivamente el reinado de Dios!». /Mt/03/02; /Mt/04/17

Pero esa conversión—precisa Jesús—no basta. A ella deberá seguir la no fácil pero necesaria autoviolencia o lucha contra los propios enemigos, que se resisten a dejar su dominio, para que sólo Dios reine. Pues, «el reinado de Dios sufre violencia, y lo conquistarán (sólo) los violentos»²⁰²: los que se autocombaten, entrando «por la puerta estrecha» y siguiendo «el angosto camino» del cumplimiento de «la voluntad del Padre», manifestada por Jesús en el Sermón de la Montaña²⁰³, anteponiendo²⁰⁴ y prefiriendo²⁰⁵ a todo su reinado, renunciando a cuanto poseen y negándose a sí mismos para—tomando su propia cruz— seguir a Jesús²⁰⁶. «El angosto camino» del cumplimiento de «la voluntad del Padre», en la práctica del Sermón de la Montaña, conduce, pues, a «la puerta estrecha» del ingreso «en el Reino», mediante la autorrenuncia y la cruz: ¡Las dos condiciones necesarias para seguir a Jesús y entrar en el Reino del Padre!

La petición por la venida del reinado de Dios suplica, pues, al Padre ante todo el don de la conversión: llegar a ser como niños y espiritualmente mendicantes, para poder reconocer su reinado único en nosotros, su señorío exclusivo sobre nuestra vida. Aquella petición ruega también al Padre que nos agracie con el don de comprender el inapreciable valor de ese reinado divino²⁰⁷, para anteponer a todo su búsqueda y abandonar en los brazos de su providencia el afán por el incógnito «mañana». Esa petición envuelve asimismo la súplica por la gracia de la santa y valiente autoviolencia, que supone renunciar a ser señores de cuanto tenemos y somos, tomar nuestra cruz y seguir a Cristo, para

aceptar siempre y dondequiera la voluntad de Dios sobre nuestra

vida, su señorío sobre nuestra historia: «¡venga tu reinado!».

b) «El reino de los cielos», asegura Jesús, es ya propiedad aquí en la tierra de los discípulos de Jesús, que han aceptado ser «pobres de espíritu» o espiritualmente mendicantes, y son perseguidos «a causa de la justicia»: por cumplir la voluntad del Padre²⁰⁸. El señorío de Dios se realiza, en efecto, en la comunidad de esos «violentos», los cuales «lo arrebatan»²⁰⁹ llegando a ser «como niños»²¹⁰ y dejándolo todo, para seguir a Jesús²¹¹. Nada de extraño, pues, si aquel Reino se relaciona estrechamente con la comunidad escatológica del nuevo y verdadero Israel: la iglesia²¹². Esta es ya su inaugurada realización en «el campo» del mundo, donde crece «la buena semilla» de «los hijos del reino» junto a «la cizaña de los hijos del maligno», y en cuya red se recogen «peces de todas clases», buenos y malos²¹³, debiendo convivir ambos hasta la separación final²¹⁴. En el reino de esa comunidad no entrarán, sin embargo, los «hipócritas escribas y fariseos», quienes «cierran a los hombres» sus puertas e «impiden entrar a los que están entrando» en ella²¹⁵. ¡Intentan destruirla! Pero no lo lograrán. Porque Jesús la edificó sobre la sólida roca de Pedro²¹⁶, a quien ha prometido (y dio) «las llaves del reino de los cielos»: el vicario y plenipotenciario poder de otorgar y negar el ingreso en la iglesia, siendo confirmado por Dios cuanto prohíba y permita en ella²¹⁷. La petición por la venida del reinado suplica, pues, al Padre el don de perseverar siendo hasta el fin trigo, sin devenir cizaña: «hijos del reino» sin llegar a ser «hijos del maligno»; aquella petición ruega también al Padre por la extensión y consolidación de la iglesia en la tierra, por el ingreso en ella no sólo de «las ovejas perdidas de la casa de Israel»²¹⁸, sino también de «todos los pueblos», llamados todos ellos a ser «discípulos de Jesús», mediante el bautismo y la observancia «de todo cuanto» él «ha mandado»²¹⁹: «¡venga tu reinado!».

c) La comunidad escatológica de la iglesia, donde se inaugura en la tierra el reinado de Dios, encontrará su consumación en el celeste «reino del Padre». Allí beberá Jesús con sus discípulos «el vino nuevo» de la salvación mesiánica, plenamente realizada con su muerte y resurrección²²⁰. Y allí, tras la siega o juicio final, que separará la cizaña del trigo, «los hijos del maligno» de «los hijos del reino», brillarán estos como el sol²²¹. Pues si «todos son llamados» a entrar en el inaugurado reino terrestre de la iglesia, «pocos son los escogidos» para el ingreso definitivo en el reino celeste²²². Este ingreso, en efecto, está reservado a «los hijos del reino»²²³; es decir, a quienes crean en Jesús²²⁴; a quienes «se han vuelto como niños»²²⁵ cumpliendo con infantil espíritu «la voluntad del Padre»²²⁶, mediante una fidelidad a la misma (=justicia) «superior a la de los escribas y fariseos»²²⁷; a quienes,

soslayando «la ancha entrada» y «el espacioso camino, que lleva a la perdición», entran por «el estrecho ingreso» y siguen «la angosta senda, que lleva a la vida»²²⁸; a quienes perseveran en esa senda, esperando vigilantes el incógnito momento de la venida del Hijo del hombre²²⁹ con «las lámparas encendidas»²³⁰ de «las buenas obras»²³¹, producidas con los «talentos» gratuitamente recibidos²³² y manifestadas en las exigencias del «sermón de la montaña»²³³ así como las prácticas de la misericordia para con los «hermanos» o discípulos de Jesús²³⁴. La petición por la venida del reinado suplica, pues, también al Padre el don de realizar esos condicionamientos del ingreso definitivo en el Reino celeste, la gracia de formar parte de sus elegidos: «¡venga tu reinado!».

2) También, en el contexto de la redacción lucana, la súplica por la venida del reinado del Padre es como el centro focal de todas las demás súplicas y peticiones: aquella venida, en la que precisamente es santificado (=glorificado) el nombre del Padre (cf. supra), sólo es posible mediante el «pan cotidiano» del maná eucarístico y del Espíritu santo (cf. infra), necesitando asimismo para ello los discípulos no sólo el «perdón de los pecados» sino también «ser preservados de sucumbir en la prueba» del diabólico tentador (cf. infra). Por lo demás, el tema del reino o reinado de Dios reviste, en el contexto de la doble obra lucana, un significado teológico denso²³⁵. El anuncio del «reino de Dios»—así lo designa casi constantemente Lucas—caracteriza tanto al «tiempo de Jesús» como al «tiempo de la iglesia», señalando la línea divisoria de estos dos períodos histórico-salvíficos respecto del previo «tiempo de Israel»: este último—«la ley y los profetas»—llegó «hasta Juan», y «desde entonces comienza a ser anunciada la buena noticia del reino de Dios»²³⁶. Por Jesús primero. Esa fue su misión²³⁷: realizada a lo largo de su vida pública²³⁸ y prolongada «durante cuarenta días» tras su resurrección²³⁹. Aquel anuncio fue también objeto de la reiterada misión, impuesta por él a sus discípulos²⁴⁰. Y resume asimismo, durante el «tiempo de la iglesia», la predicación de los primeros evangelizadores cristianos²⁴¹. Se trata, pues, de una concepción central en el contexto de la teología de Lucas. ¿Qué significa exactamente? ¿Cuál es el contenido del «reino de Dios», por cuya venida suplica el discípulo de Jesús?

a) Presupuesto fundamental de aquel anuncio y esta súplica es la concepción lucana, según la cual antes de la venida de Jesús «todos los reinos de la tierra» estaban bajo el dominio del diablo²⁴². Y el hombre no escapaba a esta tiranía: también éste yacía sometido al «reinado de Satanás» y sustraído, por tanto, al «reinado de Dios»²⁴³. La proclamación de éste implica, pues, la liberación de aquél. Así lo afirma Jesús: su misión de predicar el

reinado de Dios²⁴⁴ se identifica con la de «proclamar a los cautivos de liberación» (aphesin) y... poner en libertad (aphesei) a los oprimidos»²⁴⁵. Una liberación —precisémoslo—radical de lo que en lo profundo esclaviza realmente al hombre: del pecado²⁴⁶. Y también de quien es su maligno autor: Jesús, precisa Lucas, «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo»²⁴⁷. Lo hizo, por lo demás, en la lucha que, mediante sus exorcismos, libró como «más fuerte» contra el «fuerte y bien armado» enemigo del reino, expulsando a éste del hombre mediante «el dedo de Dios» o el Espíritu santo, para inaugurar el «reinado de Dios»²⁴⁸. Signos de aquella liberación son también las curaciones de enfermedades²⁴⁹. Por eso acompañan éstas a la predicación del reino²⁵⁰. Exorcismos y curaciones inauguran, por tanto, el dominio de Dios sobre «todos los reinos de la tierra», lo hacen visible y cercano en la presencia de su inaugurador: «el reinado de Dios está ya entre vosotros»²⁵¹. Dios reina, en efecto, sobre la vida de quienes, aceptando el mensaje de su Enviado y siguiéndole, aceptan su señorío, soslayando aquella tiranía así como el peligro de servir a las riquezas²⁵² o a sí mismos: sobre los pobres²⁵³ y sobre quienes se han hecho como niños²⁵⁴. La petición al Padre por la venida de su reinado suplica, pues, la liberación de la esclavitud del pecado (=egoísmo, avaricia, envidia, odio...) y de la tiranía de su autor diabólico; la liberación también del servicio a las riquezas y demás ídolos de este mundo así como del culto a sí mismo; la liberación de cuanto impide realmente al hombre aceptar el señorío exclusivo de Dios sobre su vida y realizan así su condición de criatura en libre sumisión al Creador; la orientación de todas las realidades terrestres (familia y sociedad, cultura y deporte, trabajo y progreso, política...) hacia Dios, a la luz del mensaje de Jesús: «¡venga tu reinado!».

b) No es éste, sin embargo, el único significado del «reino» o «reinado de Dios» en la concepción teológica de Lucas. Un nuevo aspecto de la misma ofrece la promesa de Jesús a sus discípulos: algunos de ellos «no gustarán la muerte, hasta que vean el reinado de Dios»²⁵⁵ (Lc/09/27 par). Una promesa, por lo demás, formulada por el evangelista en neta contraposición a la previa sentencia de Jesús sobre la venida final del Hijo del hombre²⁵⁶. Aquella no se refiere, pues, a la plena manifestación parusíaca del reinado de Dios: éste—asegura Jesús— será visto por «algunos (discípulos) aquí presentes». ¿Cuándo exactamente? La respuesta nos la ofrece el inmediatamente siguiente relato sobre la transfiguración²⁵⁷, presenciada efectivamente por algunos (=tres) discípulos²⁵⁸ e interpretada por Lucas como anticipo de la resurrección y ascensión de Jesús²⁵⁹. Ahora bien, si, en la concepción teológica de Lucas, las resurrecciones de los muertos realizadas por Jesús constituyen uno de los signos que inauguran el reinado de Dios²⁶⁰ y manifiestan la dignidad profético-mesiánica

del Señor²⁶¹ resucitado²⁶², la resurrección de Jesús cumple la promesa hecha por Dios a David²⁶³ sobre la consolidación eterna de su reino²⁶⁴, inaugurando su ascensión el dominio y señorío sobre todos sus enemigos²⁶⁵. Los discípulos que, a raíz de su transfiguración, vieron anticipadamente la gloria del Señor resucitado²⁶⁶, vieron ya no sólo la inauguración del eterno reinado davídico, mediante su victoria sobre la muerte, sino también el comienzo de su dominio universal, mediante su ascensión o constitución a la dignidad de único «Señor y Mesías»²⁶⁷: vieron «el reinado de Dios». En la oración al Padre por la venida de su reinado, los discípulos piden, pues, también que acelere la victoria del Señor resucitado sobre la muerte, sobre toda realidad o evento de sufrimiento y de «muerte», poniendo a todos los enemigos del reino bajo el dominio de Quien por El fue constituido Señor y Salvador, único Rey: «¡venga tu reinado!».

c) Finalmente, «el reinado de Dios» encuentra su consumación en la gloria celeste, a donde, tras su pasión y muerte, entró el Señor resucitado²⁶⁸. El ingreso en él, difícil—¡no imposible!—a los ricos²⁶⁹, está reservado a quienes «se hacen la violencia»²⁷⁰ de devenir como un niño²⁷¹, de «esforzarse por entrar a través de la puerta estrecha»²⁷², que supone posponer todas posesiones y afectos²⁷³ y llevar la propia cruz²⁷⁴, para seguir a Jesús²⁷⁵. También al nivel de la redacción lucana, por tanto, la autorrenuncia y la cruz condicionan aquel seguimiento de Cristo, que asegura el ingreso en el Reino. Quien no se autorrenuncie y rechace o deponga su cruz, se aleja de Cristo y se autoexcluye del Reino del Padre. Pues no hay duda: «Es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios»²⁷⁶. El verdadero discípulo de Jesús sabe bien todo esto. También es plenamente consciente de su impotencia para realizarlo. Por eso «ora siempre y sin desfallecer»²⁷⁷ al Padre, suplicándole su ayuda: «¡venga tu reinado!».

Resumiendo: La súplica por la venida del reinado del Padre es central en las redacciones literarias de los dos evangelistas. Supone ciertamente que esa venida es un don del Padre celeste. Exige, sin embargo, la colaboración de sus hijos. Ante todo, mediante la conversión personal o liberación del pecado y de todos los ídolos o señores de este mundo, para servir al único Dios o aceptar su reinado. Este, por lo demás, es esencialmente dinámico: inaugurado por Jesús en la iglesia, como su principio y germen, alcanzará su plenitud con la venida parusíaca del Señor. Esa inauguración se actúa en cada hombre a raíz del bautismo, cuando, liberado del pecado y del «enemigo del reino» mediante la fuerza del Espíritu santo, se somete al señorío de Dios y de Cristo, obedeciendo a quienes le representan en la iglesia²⁷⁸, determinando luego el grado de esa obediente sumisión el

crecimiento del reino en él. Por eso suplica diariamente al Padre: «¡venga tu reinado!». Pero no lo hace sólo por él. La suya es una súplica universal. Pues quien así ora es miembro de una iglesia, que, por haberle encomendado Jesús la misión de «hacer discípulos suyos a todas las gentes» y ser sus testigos «hasta los confines de la tierra»²⁷⁹, «existe para evangelizar»²⁸⁰. Es, pues, esencialmente «la comunidad evangelizadora»²⁸¹ del reinado de Dios²⁸², encargada de «anunciar e inaugurarlos en todos los pueblos»²⁸³ y culturas²⁸⁴. Lo que le impone el difícil pero necesario equilibrio de «estar en el mundo» sin «ser del mundo»²⁸⁵, de secularizarse sin secularizarse²⁸⁶, fiel a su misión de salar la tierra e iluminar el mundo²⁸⁷: impregnarle «con el espíritu de Cristo»²⁸⁸ para «consagrarlo a Dios»²⁸⁹. Esto significa: quien «es del mundo» o se ha secularizado, en el servicio a sus ídolos, no puede evangelizar al mundo; tampoco forma parte de la iglesia evangelizadora y, por tanto, se autoexcluye del reino. Anunciarle «en el mundo» y a los hombres es imperativo—«¡ay de mí si no evangelizase!»²⁹⁰ de todo cristiano²⁹¹, quien asegurará la fecundidad de su empeño apostólico, pues sólo «Dios hace crecer» la semilla de la Palabra²⁹²—, si lo precede y acompaña con la insistente súplica: «¡venga tu reinado!».

-
1. Prov 21, 1.
 2. Ap 6, 10.
 3. Mt 25, 34
 4. Mt. 8, 11-12.
 5. Lc17,20-21
 6. Dt 30, 14.
 7. Jn 14, 23.
 8. Ga 1, 4.
 9. Rom 6, 12.
 10. Cf. 1 Cor 13, 10.
 11. Flp 3, 13.
 12. 1 Cor 15, 24-28.
 13. 2 Cor 6, 14-15.
 14. Rom 1, 12.
 15. Col 3,5.
 16. Sal 109, 1.
 17. 1 Cor 15, 26.
 18. 1 Cor 15,55.
 19. 1 Cor 15, 53-54.
 20. Rom 6, 12.
 21. Forma textual de origen incierto.
 22. Alusión al macedonianismo = herejía (siglo IV), que negó la divinidad del Espíritu santo: Cf. DThC, IX, col. 1464-1478; LThK, VI, col. 1313-1314.
 23. Jn 18, 37.

24. Lc 17, 21.
25. 1 Tes 4, 17.
26. Rom 8, 22.
27. Cf. Retractaciones I 19, 8.
28. Is 54, 13 = Jn 6, 45.
29. Mt 22, 30.
30. Mt 25, 34.
31. Cf. Mt 25, 41-46.
32. Mt 25, 34.
33. 1 Jn 2, 18.
34. Cf. 1 Tes 5, 6-10.
35. Mt 25, 34.
36. Mt 25, 41.
37. Mt 3, 2.
38. Mt 4, 17.
39. Mt 5, 3.
40. Lc 4, 43.
41. Cf. Mt 10, 7.
42. Lc 9, 60.
43. Cf. Hech 1, 3.
44. Mt 6, 33.
45. Sal 22, 1.
46. Mt 25, 12.
47. Mt 7, 21.
48. Cf. Heb 11, 13.
49. Cf. Ef 6, 11-12.
50. Cf. Mt 26, 41; Rom 7, 18; Gal 5, 17.
51. Cf. Sal 94, 4; Est 13, 9-11.
52. Cf. Sal 22, 1; Is 33, 22.
53. In 18, 36.
54. Cf. Sal 2, 6.
55. Rom 14, 17.
55. Rom 14, 17.
56. Ga 12, 20.
57. Lc 17, 21.
58. Mt 25, 24.
59. Lc 23, 42.
60. Jn 3,5.
61. Ef 5, 5.
62. Cf. Mt 13, 24.31.33.44, etc.
63. Jn 4, 14.
64. Cf. 1 Cor 13, 10.
65. Is 54, 2-5; 60, 3-4.
66. Cf. Tit 1, 16.
67. Cf. 1 Cor 15, 23-24.54; Col 2, 15.
68. Mt 13, 44.
69. Flp 3, 8.
70. Cf. Mt 13, 45-46.

71. Cf. Lc 18, 13.
72. Rom 8, 15.
73. Cf. Mt 20, 7.
74. Mt 11, 12.
75. Mt 19, 17.
76. Mt 2, 2.
77. Mc 1, 15.
78. Jn 18, 33-38.
79. Jn 19, 1-16.
80. Jn 19, 19.
81. Gén 1, 27-28.
82. Sal 114, 1-2.
83. Ex 19, 5-6.
84. 1 Sam 8, 1-5.
85. 1 Sam 8, 6-7.
86. 1 Sam 13, 5-7.
87. 1 Sam 13, 8-9.
88. 1 Sam 13, 13-14.
89. 1 Re 11, 11.
90. Is 42, 1-4; cf. 60, 17-19.
91. Is 65, 17-19.
92. Is 53, 1-6.
93. Is 61, 1-2.
94. Lc 4, 16-21.
95. Mt 11, 2-6 = Lc 7. 18-23.
96. Cf. Is 26, 19; 19, 18: 35, 5-6; 61, 1.
97. Mc 1, 15.
98. Lc 12,32.
99. Mt 21, 43.
100. Lc 9, 62.
101. Mt 18, 3.
102. Lc 13, 28.
103. Mt 25, 30; 22, 13.
104. Mt 22, 2.
105. Cf. Mt 18, 1-4; 6, 31-32.
106. Cf. Mt 13, 31-32 par.
107. Cf. Ef 1. 3-14: Col 1, 13-20.
108. Cf. Mt 13, 33.
109. Lc 17, 20-21.
110. Cf. Mt 13, 44.
111. Cf. Mt 13. 45.
112. Cf. Mt 13, 24-30.
113. Cf. Mt 13, 36-43.
114. Mc 4, 11.
115. Mt 13, 28-30.
116. Mt 25, 31-34.
117. Mt 22, 36-37.
118. Mt 6, 23.

119. Mt 6, 33.
120. Mc 1, 15.
121. Mt 25, 31.
122. Mt 21, 43; Lc 12, 32.
123. Ex 15, 18.
124. Cf. Jue 8, 23; 1 Sam 8, 10.
125. Cf. Sal 44, 4-6; 1s 41, 21, etc.
126. Cf. Mt 22, 2-4.
127. Cf. Is 6, 4-5; Jer 10, 7.10; Mal 1, 14; Sal 22, 29; 93; 103, etc.
128. Cf. Sal 96-99.
129. Mt 8, 11; cf. 22, 1-13; Lc 22, 30.
130. Cf. Is 24, 23.
131. Cf. Abd 21.
132. Cf. Is 11, 1-9.
133. Cf. Is 52, 13-53, 12; Zac 9, 9-10.
134. Cf. Lc 4, 5; Ef 2, 2.
135. Jn 18, 36.
136. Mt 21, 43; Lc 12, 32.
137. Lc 22, 29.
138. Mt 25, 34; Gál 5, 21.
139. Mt 3,2; 11, 12.
140. Mt 4, 17; Mc 1, 15; Lc 10, 9.11.
141. Cf. Mt 12, 28; Lc 11, 20,
142. Mc 1, 15.
143. Mt 11, 12; Lc 16, 16.
144. Mc 2, 19.
145. Mt 9, 37-38.
146. Cf. Mt 8, 17; 11, 4-5; Lc 7, 22; 10, 23-24; 12, 55-56; 17, 21.
147. Mc 1, 8-13 par.
148. Cf. Mc 3, 22-30; Lc 10, 18; 11, 20.
149. Mc 4, 11-12.
150. Lc 17, 20.
151. Mc 4,2-9.
152. Mc 4, 30-32.
153. Mt 13, 14.
154. Mt 13, 46.
155. Lc 13, 21.
156. Cf. Hech 1, 4.5.8.
157. Cf. Lc 22, 18: compárese Mt 26, 29; Mc 14, 25.
158. Cf. Mc 8, 31-38 par.
159. Mc 9, 2-8 par.
160. Cf. Mc 9, 9-10 par.
161. Rom 1, 4.
162. Cf. 1 Cor 4, 20.
163. Cf. Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11; 1 Cor 2, 8.
164. Cf. 2 Cor 4, 4; Ef 2, 2.
165. Mc 13, 32 par.
166. Ap 20, 2.

167. 1 Tes 2, 9.
 168. 1 Cor 15, 24.
 169. 1 Cor 15, 28.
 170. 1 Cor 16, 22, Ap 22, 20.
 171. Lc 12, 31; Mt 6, 33.
 172. Mc 1, 15.
 173. Ap 4, 8.
 174. Ap 11, 7.
 175. Ez 36, 23.
 176. Cf. supra.
 177. Cf. W. Trilling, o. c., 210-224; S. Sabugal, Abbá... 176-178 (bibliog.).
 178. Cf. Mt 3, 2.
 179. Cf. Mt 4, 17; 10, 7.
 180. Así lo muestra la inclusión literaria de Mt 4, 23 y 9, 35.
 181. Cf. Mt 4, 23-24; 9, 35.
 182. Mt 4, 23b; 9, 35b; 11, 2-6.
 183. Cf. Mt 12, 25-28.
 184. Cf. Mt 10, 1.7.
 185. Mt 12, 28; 21, 31-43.
 186. Más frecuentemente: Mt 5, 3.10.19.20; 7, 21; 8, 11; 10, 7; 11, 11.12; 13,11.24.31.44.45.47.52; 16, 19; 18, 1 3.4.23; 19, 12.14.23.24; 20, 1; 22, 2; 23, 13; 25, 1.
 187. Mt 13, 43; 26, 29; cf. 6, 10.
 188. Mt 13, 41; 16, 28; 20, 21.
 189. Mt 4, 23; 6, 33; 9, 35; 13, 19.38; 24, 14; 25, 34.
 190. Esa comparación se refiere a las tres primeras súplicas. no sólo a la tercera (cf. supra), relacio- nándose, por tanto, con la que ruega por «la venida del Reino». Así también H. van den Bussche, o. c., 83.
 191. Mt 12, 25-28.
 192. Mt 7, 21.
 193. Mt 6, 33. El vocablo «justicia» traduce en Mt «el cumplimiento de la voluntad de Dios»: cf. Mt 5, 20; 7, 21.
 194. Mt 6, 24a.
 195. Mt 6, 24c.
 196. Mt 6, 25-31.
 197. Mt 6, 33.
 198. Mt 5, 3; 19, 14.
 199. Mt 19, 16-27.
 200. Mt 18, 4.
 201. Mt 3, 2;4, 17.
 202. Mt 11, 12.
 203. Cf. Mt 5, 20-7.21
 204. Mt 6, 33a.
 205. Cf. Mt 13, 44-46.
 206. Mt 16, 24-26; 19, 16-29.
 207. Mt 13, 44.46.
 208. Cf. Mt 5, 1b-3.10.
 209. Mt 11, 12.

210. Mt 18, 14.
211. Mt 19, 23-29.
212. I/RD RD/I: Cf. Mt 16, 18-19; 23 13. «Reino» e «iglesia» no se identifican totalmente, sin embargo, pues ésta es el nuevo «pueblo», a quien ha sido dado «el reino de Dios» (Mt 21, 43), siendo la inaugurada fase terrestre del reino de Dios. Sobre la relación reino de Dios-iglesia en Mt: cf. W. Trilling, o. c., 209-236; A. Kretzer, o. c., 225-260.
213. Mt 13, 24-38; cf. también 13, 47-48. El concilio Vaticano II se sitúa en esta línea, al afirmar que «Jesús dio comienzo a la iglesia predicando la buena nueva, es decir, la llegada del reino de Dios», constituyendo aquélla «en la tierra el germen y principio de ese reino» (LG, 15), el cual, por tanto, «está ya misteriosamente presente en nuestra tierra», siendo «consumada su perfección cuando venga el Señor...» (GS, IV 39).
214. Mt 13, 40-43.49-50.
215. Mt 23, 14-15.
216. Mt 16, 18.
217. Mt 16, 19.
218. Mt 10, 6.
219. Mt 28, 19-20. Obediente a ese mandato del Señor (Mt 28, 19-20), «la iglesia ora y trabaja para que la totalidad del mundo se integre en el pueblo de Dios», a fin de que «en Cristo... se rinda al creador universal y Padre todo honor y gloria» (LG, II 17). En aquel precepto se enraiza, por tanto, la universal vocación misionera o evangelizadora de la iglesia: cf. GD, I 5; Pablo VI, Evangelii nuntiandi, I 15; Juan Pablo II, Catechesi tradendae, II 10.
220. Mt 26, 29.
221. Mt 13, 43.
222. Mt 22, 14.
223. Mt 13, 38a.43.48.
224. Mt 8, 5-11.
225. Mt 18, 3.
226. Mt 7, 21.
227. Mt 5, 20.
228. Mt 7, 13-14.
229. Mt 24, 27.36.42-51.
230. Cf. Mt 25, 1-13.
231. Mt 5, 16.
232. Cf. Mt 25, 14-30.
233. Cf. Mt 5, 21-7, 12.
234. Mt 25, 33-40; cf. 12, 49 s.
235. Cf. S. Sabugal, Abbá..., 220-223 (bibliog.).
236. Lc 16, 16.
237. Lc 4, 43.
238. Cf. Lc 8, 1; 9, 11; 11, 14-22; 13, 18-21; 14, 15-24.
239. Hech 1, 3.
240. Lc 9, 2; 10, 9.
241. Cf. Hech 8, 12; 14, 22; 19, 8; 20, 25; 28, 23.38.
242. Cf. Lc 4, 5-6.

243. Cf. Lc 11, 14-20.
244. Lc 4, 43.
245. Lc 4, 18.
246. Aphesis (Lc 4, 18) tiene constantemente en la doble obra lucana (Lc + Hech) el significado de: «perdón de los pecados»: cf. Lc 1, 77; 3, 3; 24, 47; Hech 2, 38; 5, 31; 10, 43; 13, 38; 26, 18.
247. Hech 10, 38.
248. Lc 11, 20-22. De la equivalencia: «el dedo de Dios» (Lc 11, 20)= el Espíritu de Dios (par. Mt 12, 28), implícita en Hech 10, 48, se hace eco ya la literatura veterotestamentaria: cf. Ez 8, 1.3 (=mano) + 11, 5 (=espíritu); ICrón 28, 12 (=mano). La variante lucana a la súplica por la venida del reino: «venga sobre nosotros tu Espíritu santo y nos purifique» (cf. C. H. Chase, o. c., 30-32; W. Os, O. c., 112-117), se sitúa en la línea de la concepción teológica de Lucas: la venida del reino de Dios está condicionada por la previa expulsión del «enemigo» del reino (=purificación) mediante el Espíritu santo (cf supra). Aquella variante no es, sin embargo, el texto de Lucas.
249. Cf. Hech 10, 38.
250. Lc 9, 2.6.11 s; 10, 9.11b; cf. 7, 19-22; cf. 7, 19-22.
251. Lc 17, 21. Jesús mismo, en su persona y obras, es la presenciarización del reino de Dios. Así lo entendió Tertuliano al afirmar que «por reino de Dios puede entenderse el mismo Cristo» (cf. supra); y en esta línea se sitúa quien calificó a Jesús como «el autorreino»: Orígenes In Math. XIV 7 (a Mt 18, 23), GCS 40, 289.
252. Cf. Lc 18, 18-26.
253. Cf. Lc 6, 20.
254. Cf. Lc 18, 16; 12, 32.
255. Lc 9, 27 par.
256. Lc 9, 26.
257. Lc 9, 28-36.
258. Pedro, Santiago y Juan: Lc 9, 28.
259. Los «dos varones» (Lc 9, 30), testigos de la resurrección y ascensión de Jesús (Lc 24, 4; Hech 1, 10), «hablaban de su éxodo (=muerte, resurrección y ascensión), que debía cumplirse en Jerusalén» (Lc 8, 31: cf. 9, 51; 13, 31-33; 24, 44-54; Hech 1, 3-4.911), mientras «Pedro y sus compañeros vieron» la gloria del Señor resucitado (Lc 9, 32: cf. 24, 26), hasta que «los cubrió con su sombra» la nube (Lc 9, 34a), que más tarde les ocultaría al Señor «elevado en su presencia» (Hech I, 9).
260. Cf. Lc 7, 14-15.22 = Is 26, 19.
261. Cf. Lc 7, 16.19-22.
262. Cf. Lc 7, 13; 24, 3.34.
263. Cf. 2Sam 7, 12-16.
264. Hech 2, 30-32; 13, 32-37.
265. Cf. Hech 2, 33-36.
266. Lc 9, 32; cf. 24, 26.
267. Hech 2, 36.
268. Lc 24, 26.
269. Lc 18, 24-27.

270. Lc 16, 16b.
271. Lc 18, 37.
272. Lc 13, 23-24.
273. Cf. Lc 14, 16-20.24-33.
274. Lc 14, 27.
275. Lc 14, 27-33.
276. Hech 14, 22.
277. Lc 18, 1.
278. Cf. Mt 10, 40 = 18, 5.
279. Mt 28, 19, Hech 1, 8.
280. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 1 14.
281. S. Sabugal, *La embajada mesiánica de Juan Bautista*, Madrid 1980, 236-248.
282. Ese debe ser, ante todo, el contenido de la evangelización: cf. S. Sabugal, o. c., 253-259.
283. LG, 15.
284. Pablo VI, o. c., II 20.
285. Cf. Jn 17, 11.14.16.
286. Cf. S. Sabugal, *¿Liberación y secularización? Intento de una respuesta bíblica*, Barcelona 1978, 331-362: 348 s.
287. Mt 5, 13-16: cf. LG, II 9; GD, 1; II 11.
288. LG, IV 36.
289. LG, IV 34; cf. IV 31; GS IV 43.
290. ICor 9, 16.
291. LG, III 23; IV 31-36; PO, II 4; AA, I 3; II 7; GD, I 5-6; Pablo VI, o. c., VI 59-60.66-73.
292. ICor 3, 6-7.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo

I. TERTULIANO

(De orat. IV, 1-5)

·TERTULIANO/PATER PATER/TERTULIANO

Pedimos que «se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo», no en el sentido de que alguien puede oponerse a que se haga la voluntad de Dios y le deseemos éxito en el cumplimiento de su voluntad; pedimos más bien que ésta se haga en todas las cosas. «Cielo y tierra» puede interpretarse de modo figurado «carne y espíritu». Pero, aun entendido literalmente, el sentido de esta petición no cambia: que la voluntad de Dios se cumpla en nosotros sobre la tierra, a fin de que también pueda cumplirse (en nosotros) en el cielo. Mas, ¿qué otra cosa quiere Dios de nosotros, sino que caminemos según sus preceptos? Pedimos, pues, que nos otorgue la sustancia y riqueza de su voluntad, para que seamos salvos en el cielo y en la tierra¹, pues el compendio de su voluntad es la salvación de todos los que adoptó como hijos suyos. Esta es la voluntad de Dios, realizada por el Señor predicando, obrando, sufriendo².

Pues si él mismo afirmó no hacer su voluntad sino la del Padre, hizo sin duda la voluntad del Padre, a cuyo modelo nos estimula, para que la cumplamos predicando, obrando y sufriendo hasta la muerte, para lo que necesitamos del auxilio de Dios. Asimismo, suplicando «hágase tu voluntad», deseamos un bien a nosotros mismos, pues no puede haber mal alguno en la voluntad de Dios, aun cuando se debe sufrir alguna adversidad a causa de los méritos. Con esto nos preparamos para el sufrimiento, pues también el Señor quiso manifestar la debilidad de la carne en su carne, ante la inminencia de su pasión: «Padre, dijo, aparta de mí este cáliz»; y, tras reflexionar, añadió: «pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»³. El mismo era la voluntad y el poder del Padre, entregándose, sin embargo, a la voluntad del Padre, para manifestar el reconocimiento que se le debía.

II. SAN CIPRIANO

(Sobre la oración dominical, 14-15)

·CIPRIANO/PATER PATER/TERTULIANO

Añadimos después de esto: «cúmplase tu voluntad en la tierra como en el cielo». No en el sentido de que Dios haga lo que quiere,

sino en cuanto nosotros podamos hacer lo que Dios quiere. Pues ¿quién puede estorbar a Dios de que haga lo que quiera? Pero porque a nosotros se nos opone el diablo, para que no esté totalmente sumisa a Dios nuestra mente y vida, pedimos y rogamos que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios; y para que se cumpla en nosotros, necesitamos de esa misma voluntad, es decir, de su ayuda y protección, porque nadie es fuerte por sus propias fuerzas, sino por la bondad y misericordia de Dios.

También el Señor, para mostrar la debilidad del hombre, cuya naturaleza llevaba, dice: «Padre, si puede ser, que pase de mí este cáliz»; y para dar ejemplo a sus discípulos de que no hicieran su propia voluntad, sino la de Dios, añadió lo siguiente: «Con todo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres»⁴. Y en otro pasaje dice: «No bajé del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió»⁵.

Por lo cual, si el Hijo obedeció hasta hacer la voluntad del Padre, cuánto más debe obedecer el servidor para cumplir la voluntad de su señor, como exhorta y enseña en una de sus cartas Juan a cumplir la voluntad de Dios, diciendo: «No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno amare al mundo, no hay en él amor del Padre, porque todo lo que hay en éste es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y ambición de la vida, que no viene del Padre, sino de la concupiscencia del mundo; y el mundo pasará su concupiscencia, mas el que cumpliere la voluntad de Dios permanecerá para siempre, como Dios permanece eternamente»⁶. Los que queremos permanecer siempre, debemos hacer la voluntad de Dios, que es eterno.

La voluntad de Dios es la que Cristo enseñó y cumplió: humildad en la conducta, firmeza en la fe, reserva en las palabras, rectitud en los hechos, misericordia en las obras, orden en las costumbres, no hacer ofensa a nadie y saber tolerar las que se le hacen, guardar paz con los hermanos, amar a Dios de todo corazón, amarle porque es Padre, temerle porque es Dios; no anteponer nada a Cristo, porque tampoco él antepuso nada a nosotros; unirse inseparablemente a su amor, abrazarse a su cruz con fortaleza y confianza; si se ventila su nombre y honor, mostrar en las palabras la firmeza con la que le confesamos; en los tormentos, la confianza con que luchamos; en la muerte, la paciencia por la

que somos coronados. Esto es querer ser coherederos de Cristo, esto es cumplir el precepto de Dios, esto es cumplir la voluntad del Padre.

Pedimos que se cumpla la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra; en ambos consiste el acabamiento de nuestra felicidad y salvación. En efecto, teniendo un cuerpo terreno y un espíritu que viene del cielo, somos a la vez tierra y cielo; y oramos para que en ambos, es decir, en el cuerpo y en el espíritu, se cumpla su voluntad. Pues hay lucha entre la carne y el espíritu y cotidiana guerra, de modo que no hacemos lo que queremos, ya que el

espíritu va tras lo celestial y divino, mas la carne se siente arrastrada a lo terreno y temporal. Y por eso pedimos que haya paz entre estos dos adversarios con la ayuda y auxilio de Dios, a fin de que, si se cumple la voluntad de Dios en el espíritu y en la carne, el alma, que ha renacido por él, se salve. Es lo que pone de manifiesto y declara abiertamente el apóstol Pablo⁷ [...]. Por eso debemos pedir, con cotidianas y aun continuas oraciones, que se cumpla sobre nosotros la voluntad de Dios tanto en el cielo como en la tierra; porque ésta es la voluntad de Dios: que lo terreno se posponga a lo celestial, que prevalezca lo celestial y divino.

También puede darse otro sentido: [...] Puesto que manda y amonesta el Señor que amemos a los enemigos y oremos también por los que nos persiguen, pidamos igualmente por los que aún

son terrenos y no han empezado todavía a ser celestes, para que asimismo se cumpla sobre ellos la voluntad de Dios, que Cristo cumplió conservando y reparando al hombre. Porque si ya no llama él a los discípulos tierra, sino «sal de la tierra»⁸, y el apóstol dice que el primer hombre salió del barro de la tierra y el segundo del cielo⁹, nosotros, que debemos ser semejantes a Dios, que hace salir el sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos e injustos¹⁰, con razón pedimos y rogamos, ante el aviso de Cristo, por la salud de todos, que «como en el cielo», esto es, en nosotros, se cumplió la voluntad de Dios por nuestra fe para ser del cielo, así también se cumpla su voluntad «en la tierra», esto es, en los que no creen, a fin de que los que todavía son terrenos por su primer nacimiento, empiecen a ser celestiales por su nacimiento segundo «del agua y del Espíritu»¹¹.

III. ORÍGENES

(Sobre la oración, XXVI, 1-6)

·ORIGENES/PATER PATER/ORIGENES

[...] Como los que oramos nos encontramos «en la tierra» y entendemos que «en el cielo» se cumple la voluntad de Dios por todos los que allí habitan, hemos de rogar que la voluntad divina se realice en todos sus detalles también por quienes estamos «en la tierra», y esto tendrá lugar si no hacemos nada al margen de su voluntad. Y si igual que se cumple la voluntad divina en el cielo, así también nosotros la cumplimos en la tierra, entonces, por asemejarnos a los celestiales y por llevar igual que ellos la imagen del Celestial, seremos herederos del reino de los cielos. Y más tarde, los que nos sucedan en la tierra, pedirán, a su vez, asemejarse a los que ya habremos sido recibidos en el cielo. La frase «así en la tierra como en el cielo» [...] puede también aplicarse a las peticiones anteriores, como si fuera esto lo que se nos preceptuara que digamos en la oración: «santificado sea tu nombre así en la tierra como en el cielo; venga tu reino así en la

tierra como en el cielo; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Pues también el nombre de Dios es santificado por los que están en el cielo, y a ellos les llega el reino y ellos cumplen también la voluntad divina. Todo esto nos falta a los que estamos en la tierra, pero podemos tenerlo, con tal que nos mostremos dignos de que Dios nos escucha al implorarlo. Alguien preguntará, a propósito de esta petición del padrenuestro, cómo se cumple la voluntad de Dios en el cielo, si allí están los espíritus malvados¹², en que se cebará la espada de Dios¹³. Si pedimos que la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el cielo, ¿no habrá peligro de que vayamos a pedir que permanezcan en la tierra incluso las cosas que nos son contrarias, ya que también éstas nos vienen del cielo, cometiendo con esto una imprudencia, pues que se han enviciado muchos en la tierra por la maldad de los espíritus que habitan en los cielos? Mas quien, tomando el cielo alegóricamente, dijere que ese era Cristo y que la tierra era la iglesia -porque ¿qué trono tan digno del Padre como Cristo y qué escabel de sus pies como la iglesia?- , éste resolverá fácilmente la cuestión, afirmando que ha de orar cada uno de los que forman la iglesia, para que de tal manera ceda a la voluntad paterna como Cristo cedía a la de su Padre, obrándolo todo a la perfección. Podemos, pues, adhiriéndonos a él, hacernos un espíritu con él, y cumplir de tal manera su voluntad que, lo mismo de perfecta, que en el cielo, se realice en la tierra; porque el que «se llega al Señor, se hace espíritu de él»¹⁴. Creo que esta interpretación no tienen por qué rechazarla ni los espíritus más exigentes.

Pero si alguno encuentra reparos, coteje lo que al final de este evangelio [Mt] dice el Señor, después de la resurrección, a los once discípulos: «Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra»¹⁵. Como tuviera la potestad sobre las cosas celestiales, que ya antes habían sido iluminadas por él, dice que además ha recibido la potestad sobre las cosas terrenas, que en la consumación del siglo, en virtud de la potestad otorgada al Hijo y a imitación de las celestiales, obtendrán su perfección. Quiere, pues, tomarse como colaboradores ante el Padre a los discípulos con su oración, para que las cosas terrenas a semejanza de las celestiales que están sujetas a la verdad y al Verbo, y con la potestad que él recibió en el cielo y en la tierra, sean llevadas al final felicísimo de los que están bajo su dominio.

Pero el que quiere que el Salvador mismo sea el cielo y la tierra la iglesia, diciendo además que el primogénito de toda criatura, en quien, como en un solio, descansa el Padre, es el cielo, afirma que era Cristo en cuanto hombre, revestido de potencia divina por haberse humillado a si mismo y haberse hecho obediente hasta la muerte, el que dijo después de resucitado: «Me ha sido otorgada toda potestad en el cielo y en la tierra», recibiendo de esta manera la humanidad del Salvador la potestad sobre las cosas celestiales,

que el Unigénito le comunica en virtud de su unión e incorporación a la divinidad.

En la segunda opinión todavía no está solucionada la cuestión de cómo se cumple la voluntad de Dios en el cielo, si los malos espíritus celestiales luchan contra los que están en la tierra. Puede resolverse de este modo aquella dificultad: no es el lugar, sino el afecto, la clave de la solución. El que está todavía en la tierra, pero tiene su ciudadanía en el cielo y atesora en el cielo, teniendo allí su corazón, y lleva la imagen del Celestial, este tal no es de la tierra ni del mundo inferior, sino del cielo y del mundo celestial, mejor que el de aquí abajo. Del mismo modo los espíritus malos, que todavía andan por el cielo¹⁶, pero tienen ciudadanía en la tierra y acechan belicosamente a los hombres [...], no son celestiales, ni por su mal afecto habitan en los cielos. Cuando, pues, se dice «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo», no hay siquiera que imaginar en el cielo a los que, por la mala inclinación de su ánimo, cayeron como un rayo junto con quien fue arrojado del cielo. Y tal vez también cuando nuestro salvador dice que hay que pedir que se haga la voluntad del Padre en la tierra como en el cielo, no ordena que se recite la oración enteramente por los que están en el lugar terreno, para que se asemejen a los que están en el lugar celestial; sino que dispone esta oración con la idea de que cuanto hay en la tierra, es decir, lo peor y más afín a lo terreno, se asemeje a las cosas mejores, que tienen ciudadanía en los cielos y que se han convertido en cielo. Porque el pecador, donde quiera que se encuentre, es al fin tierra y en tierra se convertirá, si no se arrepiente. Mas quien cumple la voluntad de Dios y no descuida sus saludables leyes espirituales, es cielo. Si pues todavía somos tierra, por efecto de nuestros pecados, pidamos que también para nuestra enmienda se extienda el cumplimiento de la voluntad divina, como ya ocurrió con los que antes de nosotros se convirtieron en cielo y lo son; y si a los ojos de Dios no somos tierra, sino que somos considerados ya cielo, pidamos que sea «en la tierra como en el cielo», es decir, que en los hombres peores se cumpla la voluntad de Dios, para que aquella tierra se convierta, por así decirlo, en cielo; de suerte que ya no haya más tierra, sino que todo se convierta en cielo. Porque si, según esta interpretación, «la voluntad divina se hace en la tierra como en el cielo», la tierra no seguirá siendo tal; como si dijera usando un ejemplo más expresivo: si la voluntad de Dios se cumple en las personas deshonestas como en las puras, los impuros se volverán honestos; o si se cumple en los injustos como en los justos se ha cumplido, aquellos se tornarán justos. Por eso, si en la tierra se cumple la voluntad divina como en el cielo, todos seremos cielo: porque «la carne (que de nada aprovecha) y la sangre no pueden poseer el reino de Dios»¹⁷; pero podían hacerlo, si de carne, tierra, polvo y sangre se transforman en sustancia celestial.

IV. SAN CIRILO DE JERUSALÉN

(Cateq. XXIII, 14)

·CIRILO-DE-J/PATER PATER/CIRILO-DE-J

Los divinos y bienaventurados ángeles de Dios hacen la voluntad de Dios según dijo David en los salmos: «Benedicid al Señor todos sus ángeles, de gran poder y virtud, que cumplís sus voluntades»¹⁸. Así, pues, cuando suplicas lo anterior, es como si dijeras: «¡Como en los ángeles se cumple tu voluntad, así en la tierra se cumpla en mí, Señor!».

V. SAN GREGORIO NISENO

(De orat. domin., IV PG 44 1167D-1178A)

·GREGORIO-NISA/PATER PATER/GREGORIO-NISA

[...] El género humano gozaba un tiempo de salud espiritual, puesto que los afectos del alma estaban regulados por la norma de la virtud. Pero cuando prevaleció la concupiscencia, la continencia fue sometida por su más fuerte y poderoso rival, [...] introduciéndose mediante ella, en la naturaleza humana, la enfermedad mortal del pecado. De ahí que el verdadero médico de los vicios y enfermedades del alma, quien se hizo hombre y vivió entre los hombres a causa de los que estaban «enfermos», despojó la causa de la enfermedad y nos restituyó la salud prístina, mediante los pensamientos que se contienen en esta oración. Ahora bien, la salud del alma consiste en el cumplimiento de la voluntad divina, así como la enfermedad mortal del alma consiste en alejarse de ella. Y puesto que nos habíamos enfermado, abandonando la buena casa del paraíso al tomar el veneno de la desobediencia, que hundió a nuestra naturaleza en una enfermedad letal, vino el verdadero médico, y curó el mal con el antídoto medicinal: uniendo con la voluntad divina a quienes se habían alejado de ella. Las palabras de la oración curan, en efecto, la enfermedad del alma, pues suplica «hágase tu voluntad» quien sufre espiritualmente. Y siendo voluntad de Dios la salud espiritual de los hombres, al pedir que «se haga en mí tu voluntad» es necesario renunciar a todo género de vida contrario a la voluntad divina, y manifestar esto en la confesión. [...] Pero para realizar el bien, necesitamos la ayuda de Dios, que lleve a cabo nuestro deseo. Por esto decimos: «puesto que tu voluntad es templanza, pero yo soy carnal y vendido al pecado, cúmplase en mí, por tu poder, tu voluntad» [...].

¿Qué quiere decir: «así en la tierra como en el cielo»? [...] Esta es mi opinión: toda criatura racional se divide en naturaleza incorpórea y corporal, es decir, los ángeles y los hombres; la naturaleza incorpórea libre del peso del cuerpo [...], habita en

regiones superiores; mientras que a la naturaleza corpórea le tocó en suerte la vida terrena, a causa de la relación con nuestro cuerpo [...]. Ahora bien, la vida de arriba está totalmente purificada de vicios y malicia [...] rigiéndose exclusivamente por la voluntad de Dios; pues donde no hay el mal existe necesariamente el bien. Pero nuestra vida, alejándose del bien, se apartó al mismo tiempo de la voluntad de Dios. Por eso se nos enseña en la oración a purificar nuestra vida del mal, para que, a semejanza de la vida celeste, también se cumpla sin impedimento alguno en nosotros la voluntad de Dios. Como si se dijese: «del mismo modo que tu voluntad es cumplida por los tronos, principados, potestades, dominaciones y por todo el ejército sobrehumano, sin que la malicia y el vicio impidan la práctica del bien así se realice y perfeccione en nosotros el bien, para que, alejada toda perversidad y maldad, se cumpla en nosotros siempre tu voluntad» [...].

VI. SAN AMBROSIO

(Los sacramentos, V 4, 23)

·AMBROSIO/PATER PATER/AMBROSIO

Por la sangre de Cristo han sido pacificadas todas las cosas en el cielo y en la tierra¹⁹. El cielo ha sido santificado y el diablo arrojado de él, encontrándose ahora donde están los hombres por él engañados. «Hágase tu voluntad», es decir, haya paz «así en la tierra como en el cielo».

VII. TEODORO DE MOMPSUESTIA

(Hom. XI, 12-13)

·TEODORO-MOMP/PATER PATER/TEODORO-MOMP

La voluntad de Dios se hace «en la tierra como en el cielo», si en este mundo nos esforzamos, en cuanto sea posible, por imitar la conducta que esperamos llevar en el cielo, pues en el cielo no hay nada contra Dios [...]. Se nos pide, pues, ser felices en este mundo a la voluntad de Dios en cuanto sea posible, sin separarnos de ella, sino seguirla como creemos es cumplida en el cielo. Se nos pide asimismo, por cuanto a nuestra voluntad y conciencia se refiere, no tener afecto alguno contrario (a esa voluntad). Esto no es posible, mientras estemos en este mundo, en una naturaleza mortal y mudable; sí es posible, sin embargo, que nuestra voluntad se aparte de los afectos contrarios (a la de Dios), sin aceptar ninguno de ellos. Hagamos lo que prescribe el bienaventurado Pablo: «No os conforméis a este mundo, sino transformaos según la renovación de vuestras conciencias, de modo que sepáis cuál es la voluntad de Dios, el bien, lo que es aceptable, lo perfecto»²⁰. No prescribe que las pasiones no se

levanten más, sino que no nos modelemos según lo que se disolverá con la subsistencia de este mundo; que nuestra voluntad no se modele conforme a la vida de este mundo, sino que luche contra los eventos, penosos o agradables, gloriosos o ignominiosos, que elevan o abajan; que luche sobre todo contra los que pueden hacernos caer en pensamientos contrarios a Dios y separar nuestro corazón de querer el bien. Esforcémonos porque nuestro afecto no caiga en esto, renovando nuestros pensamientos mediante una corrección diaria; rechacemos los daños que nos hacen las pasiones de este mundo y elevemos cada día nuestra voluntad hacia lo virtuoso, hacia lo que agrada a Dios. Estimemos como despreciables los placeres de aquí abajo, pero soportemos las tribulaciones y prefiramos a todo la voluntad de Dios, juzgándonos dichosos, si la cumplimos [...], pero miserables y viles, si no lo hacemos [...].

Tal es la perfección moral, que en esas breves palabras nos enseña nuestro Señor. A quienes creen en él, ordena hacer obras buenas y comportarse de modo celeste, despreciar todas las cosas de este mundo y esforzarse por modelarse conforme a las del mundo futuro [...].

VIII. SAN JUAN CRISÓSTOMO

(Homilías sobre san Mateo, XIX, 5)

·JUAN-CRISO/PATER PATER/JUAN-CRISO

Notad la más cabal ilación en las palabras del Señor. Nos ha mandado que deseemos los bienes por venir y que apresuremos el paso en nuestro viaje hacia el cielo; mas, en tanto que el viaje no termina, aun viviendo en la tierra quiere que nos esforcemos por llevar vida del cielo. «Es preciso—nos dice—que deseéis el cielo y los bienes del cielo; sin embargo, antes de llegar al cielo, yo os mando que hagáis de la tierra cielo, y que, aun viviendo en la tierra, todo lo hagáis y digáis como si ya estuvierais en el cielo». Y esto es lo que debemos suplicar al Señor en la oración. El vivir en la tierra no es obstáculo alguno para que podamos alcanzar la perfección de las potencias del cielo. Posible es, aun permaneciendo aquí, hacerlo todo como si ya estuviéramos allí. Lo que dice, pues, el Señor es esto: «a la manera como en el cielo todo se hace sin estorbo, y no se da allí el caso de que los ángeles obedezcan en unas cosas y desobedezcan en otras, sino que todo lo cumplen prestamente- «porque poderosos son en fuerza, dice el salmista y cumplen su mandato»-21, así concédenos a nosotros los hombres no cumplir a medias tu voluntad, sino cumplirlo todo como tú quieres».

Y notad cómo nos enseñó aquí el Señor la humildad, al ponernos de manifiesto que la virtud no es sólo obra de nuestro esfuerzo, sino también de la gracia divina. Y justamente también aquí nos ordenó que, aun orando cada uno particularmente, hemos de

extender nuestro interés a la tierra entera, pues no dijo: «hágase tu voluntad en mí o en nosotros», sino en todo lo descubierto de la tierra; que por doquier sea destruido el error y florezca la verdad, y sea desterrada toda maldad, y vuelva la virtud, y que, en cuanto a la virtud, no haya ya indiferencia entre el cielo y la tierra. Si esto sucediera—nos viene a decir el Señor—, ya no habría diferencia entre arriba y abajo, por muy distintos que por naturaleza sean, pues la tierra produciría como otros ángeles del cielo.

IX. SAN AGUSTÍN

1) Serm. Mont., II 21-24; 2) Serm. 56, 7-8
·AGUSTIN/PATER PATER/AGUSTIN

1) [...] «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo», es decir, como se hace vuestra voluntad en los ángeles, que están en los cielos, los cuales están absolutamente unidos a vos y gozan de vos, sin que error alguno oscurezca su sabiduría ni miseria alguna impide su bienaventuranza, así se cumpla en los santos, que están en la tierra, y cuyos cuerpos de la tierra fueron formados, y aunque han de ser elevados y recibir la transformación digna para habitar en los cielos, sin embargo, de la tierra han de ser tomados. A esto se refiere también aquella aclamación de los ángeles: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»²². Piden ellos que, cuando proceda nuestra buena voluntad, que sigue al llamamiento divino, se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, como se cumple en los ángeles del cielo, a fin de que ninguna adversidad turbe nuestra bienaventuranza, que es la paz.

Además, las palabras «hágase tu voluntad» se entienden muy bien del siguiente modo: sean obedecidos tus preceptos «en la tierra como en el cielo», esto es, por los hombres como por los ángeles. En efecto, el mismo Señor aseguró que se hacía la voluntad de Dios cuando se guardaban sus mandamientos, diciendo: «Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me envió»²³; y muchas veces: «No vine a hacer mi voluntad, sino la de aquél que me ha enviado»²⁴; y también cuando dijo: «Estos son mi madre y mis hermanos», mostrando con la mano a sus discípulos, «porque cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana, y mi madre»²⁵. En consecuencia, la voluntad de Dios se hace ciertamente en aquellos que la hacen no porque ellos hagan que Dios quiera, sino porque hacen lo que él quiere, esto es, obran según su voluntad. Tienen también otro sentido las palabras «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»: así como se hace en los justos y santos, así también se cumpla en los pecadores. Lo cual aún puede entenderse de dos modos: el primero, que en esta petición oremos también por nuestros enemigos; ¿pueden, acaso, en

verdad considerarse de otro modo aquellos, contra cuya voluntad se dilata el nombre cristiano y católico? De suerte que las palabras «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» equivalgan a decir: «así como los justos hacen vuestra voluntad, así también la obedezcan los pecadores, para que a vos se conviertan»; el segundo modo es entender que con las palabras «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» se pide que se otorgue a cada uno su merecido, que se retribuya a los justos el premio, y a los pecadores la condenación; lo cual sucederá en el juicio final, cuando los corderos serán separados de los cabritos²⁶.

Hay otra interpretación que no es absurda, sino muy acomodada a nuestra fe y esperanza, según la cual entenderemos por «cielo» y «tierra» el espíritu y la carne, respectivamente. Y por cuanto el

apóstol dice: «Entre tanto, yo mismo vivo sometido por el espíritu a la ley de Dios, y por la carne a la ley del pecado»²⁷, vemos que la voluntad de Dios se hace en la mente, esto es, en el espíritu; mas «cuando la muerte fuese absorbida por la victoria y este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad»²⁸—lo cual sucederá en la resurrección—, y reciba aquella inmutación, que promete a los justos²⁹, [...] se pide que la voluntad de Dios se haga «en la tierra como en el cielo»: que así como el espíritu no resiste a Dios, siguiendo y haciendo su voluntad, así el cuerpo no resista al espíritu o al alma, la cual es ahora atormentada por la enfermedad del cuerpo y está propensa a la tendencia de la carne; ello será motivo de suma paz en la vida eterna, porque no solamente tendremos voluntad de obrar el bien, sino también el modo de

cumplirla. Pues ahora dice el apóstol: «Aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla»³⁰; y la razón es porque todavía no se hace la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, esto es, no se hace en la carne como se ha cumplido

en el espíritu. Porque también en nuestra miseria se hace la voluntad de Dios, cuando por la carne sufrimos aquellas cosas que nos corresponden por la condición de mortalidad, que por el pecado mereció nuestra naturaleza. Pero ha de pedirse esto, a fin de que, «como en el cielo, también en la tierra» se haga la voluntad de Dios; es decir, para que así como nuestro corazón se complace en la ley de Dios según el hombre interior, así también, hecha la inmutación de nuestro cuerpo, ninguna parte nuestra contraríe con dolores o placeres terrenos esa delectación.

Podemos también, sin faltar a la verdad, interpretar las palabras «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» de esta manera: así en la iglesia como en nuestro Señor Jesucristo. Como en el esposo, que cumple la voluntad del Padre, así en la esposa, con que se ha desposado. Porque el cielo y la tierra convenientemente pueden significar el esposo y la esposa, por cuanto la tierra fructifica, fertilizándola el cielo.

2) «Hágase tu voluntad». Y si tú no lo dices, ¿no hará Dios su

voluntad? Haz memoria de lo que recitaste en el símbolo: «Creo en Dios Padre todopoderoso». Si es todopoderoso, ¿a qué pedir se haga su voluntad? ¿qué significa, por tanto, «hágase tu voluntad»? ¡Que se haga en mí!, ¡que no resista yo a tu voluntad!

Luego también aquí ruegas por ti, no por Dios. La voluntad de Dios se hará en ti, aunque no la cumplas tú. Se cumplirá, en efecto, en aquellos a los que dirá: «venid, benditos de mi padre, a poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo»³¹; pues los justos y los santos recibirán el reino. Y se cumplirá en aquellos a los que dirá: «id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles»³²; porque los malos serán condenados al fuego eterno. Otra cosa es el ser hecha «por ti». Cuando, pues, ruegas se haga «en ti», no ruegas sino que se haga en beneficio tuyo; luego pides sea hecha «por ti». ¿Por qué digo: «hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra», y no digo: «sea hecha tu voluntad por el cielo y por la tierra»? Es porque Dios hace en ti lo mismo que haces tú, y jamás haces tú nada que no lo haga él en ti. Algunas veces hace Dios algo en ti, que no es hecho por ti; nunca se hace cosa alguna por ti, que no haga él en ti.

¿Qué significa «en el cielo y en la tierra» o «así en el cielo como en la tierra»? los ángeles hacen tu voluntad, ¡hagámosla también nosotros! «Hágase tu voluntad así en el cielo como en la tierra»: el cielo es la razón, la tierra es la carne; cuando dices—si lo dices—lo del apóstol: «Con la razón sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado»³³, haces la voluntad de Dios «en el cielo», pero «en la tierra» aún no. Cuando, empero, la carne obre en armonía con la razón, y la muerte haya sido engullida por la victoria³⁴, hasta el punto de no quedar resabio de carnal deseo alguno, con quien la razón pueda venir a las manos; cuando pase la lucha, que hay «en la tierra», y se apacigüe la guerra del corazón, y ya no se pueda decir: «La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, dos elementos que chocan entre sí para no dejaros hacer lo que queréis»³⁵; cuando esta lucha haya cesado, y toda concupiscencia se haya vuelto caridad, y el espíritu no halle nada en el cuerpo que se le resista, [...] antes bien, reducido todo a consonancia, marche por el camino de la justicia, entonces será un hecho la voluntad de Dios en la tierra.

[...] Esta petición es un anhelo de la perfección. Más aún. [...] En la iglesia los espirituales son el «cielo», los carnales son la «tierra».

«Hágase», por ende, «tu voluntad así en la tierra como en el cielo»: ¡los hombres carnales conviértanse y sírvante como los espirituales!

Hay todavía otro sentido, y muy piadoso: es un llamamiento a orar por nuestros enemigos. La iglesia es el cielo; los enemigos de la iglesia son la tierra. ¿Qué significa, pues, «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»? Que nuestros enemigos crean, como también nosotros creemos en ti, y se tornen amigos, y cesen las enemistades. Ellos son la tierra, por eso nos son contrarios;

¡háganse cielo!, y estarán con nosotros.

X. SANTA TERESA DE JESUS

(Camino de perfección. cap. 32)

·TEREJ/PATER PATER/TEREJ

[...] «Sea hecha tu voluntad, y como es hecha en el cielo así se haga en la tierra». Bien hicisteis, nuestro buen Maestro, de pedir la petición pasada para que podamos cumplir lo que dais por nosotros; porque hecha la tierra cielo, será posible hacerse en mí vuestra voluntad. Mas sin esto, y en tierra tan ruin como la mía, y tan sin fruto, yo no sé, Señor, cómo sería posible. Es gran cosa lo que ofrecéis.

Cuando yo pienso esto, gusto de las personas que no osan pedir trabajos al Señor, que piensan está en esto el dárselos luego.

No hablo de los que lo dejan por humildad, pareciéndoles no serán para sufrirlos; aunque tengo para mí que, quien les da amor para pedir este medio tan áspero para mostrarle, le dará para sufrirlos. Querría preguntar a los que, por temor, no los piden, de que luego se los han de dar, lo que dicen cuando suplican al Señor cumpla su voluntad en ellos, o es que lo dicen por decir lo que todos, mas no para hacerlo: esto, hermanas, no sería bien. Mirad que parece aquí el bueno Jesús nuestro embajador, y que ha querido intervenir entre nosotros y su Padre, y no a poca costa suya; y no sería razón que lo que ofrece por nosotros dejásemos de hacerlo verdad, o no lo digamos.

Ahora quiérollo llevar por otra vía. Mirad, hijas, ello se ha de cumplir, que queramos o no, y se ha de hacer su voluntad en el cielo y en la tierra; creedme, tomad mi parecer, y haced de la necesidad virtud. Oh Señor mío, qué gran regalo es este para mí que no dejasteis en querer tan ruin como el mío el cumplirse vuestra voluntad! Bendito seáis por siempre, y alaben os todas las cosas. Sea glorificado vuestro nombre por siempre. Buena estuviera yo, Señor, si estuviera en mis manos el cumplirse vuestra voluntad o no. Ahora la mía os doy libremente, aunque ha tiempo que no va libre de interés; porque ya tengo probado, y gran experiencia de ello, la ganancia que es dejar libremente mi voluntad en la vuestra. ¡Oh amigas, qué gran ganancia hay aquí, o qué gran pérdida de no cumplir lo que decimos al Señor en el paternóster, en esto que le ofrecemos!

Antes que os diga lo que se gana, os quiero declarar lo mucho que ofrecéis, no os llaméis después a engaño y digáis que no lo entendisteis. No sea como algunas religiosas que no hacemos sino prometer, y como no lo cumplimos, hay este reparo de decir que no se entendió lo que se prometía. Y ya puede ser, porque decir que dejaremos nuestra voluntad en otra, parece muy fácil, hasta que, probándose, se entiende es la cosa más recia que se puede hacer,

si se cumple como se ha de cumplir. Mas no todas veces nos llevan con rigor los prelados de que nos ven flacos; y, a las veces, flacos y fuertes llevan de una suerte. Acá no es así, que sabe el Señor lo que puede sufrir cada uno, y a quien ve con fuerza, no se detiene en cumplir en él su voluntad.

Pues quiéroos avisar y acordar qué es su voluntad. No hayáis miedo sea daros riquezas, ni deleites, ni honras, ni todas estas cosas de acá; no os quiere tan poco, y tiene en mucho lo que le dais, y quiéreoslo pagar bien, pues os da su reino, aun viviendo.

¿Queréis ver cómo se ha con los que de veras le dicen esto? Preguntadlo a su Hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oración del huerto. Como fue dicho con determinación y de toda voluntad, mirad si la cumplió bien en él, en lo que le dio de trabajos y dolores, e injurias y persecuciones, en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz.

Pues veis aquí, hijas, a quien más amaba lo que dio, por donde se entiende cuál es su voluntad. Así que éstos son sus dones en este mundo. Da conforme al amor que nos tiene: a los que ama más, da de estos dones más; a los que menos, menos, y conforme al ánimo que ve en cada uno y el amor que tiene a su majestad. A quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por él; al que amare poco, poco. Tengo yo para mí, que la medida del poder llevar gran cruz o pequeña es la del amor. Así que, hermanas, si le tenéis, procurad no sean palabras de cumplimiento las que decís a tan gran Señor, sino esforzaos a pasar lo que su majestad quisiere. Porque si de otra manera dais la voluntad, es mostrar la joya, e irla a dar, y rogar que la tomen; y cuando extienden la mano para tomarla, tornarla vos a guardar muy bien.

No son estas burlas para con quien le hicieron tantas por nosotros; aunque no hubiere otra cosa, no es razón burlemos ya tantas veces, que no son pocas las que se lo decimos en el paternóster. Démosle ya una vez la joya del todo, de cuantas acometemos a dársela; es verdad que no nos da primero para que se la demos. Los del mundo harto harán si tienen de verdad determinación de cumplirlo. Vosotras, hijas, diciendo y haciendo, palabras y obras, como a la verdad parece hacemos los religiosos; sino que, a las veces, no sólo acometemos a dar la joya, sino ponémosela en la mano y tornámosela a tomar. Somos francos de presto, y después tan escasos, que valdría en parte más que nos hubiéramos detenido en el dar.

Porque todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador, y poner vuestra voluntad en la suya y desasirnos de las criaturas; y tendréis ya entendido lo mucho que importa, no digo más en ello; sino diré para lo que pone aquí nuestro buen Maestro estas palabras dichas, como quien sabe lo mucho que ganaremos de hacer este servicio a su eterno

Padre. Porque no disponemos para que, con mucha brevedad, nos veamos acabado de andar el camino y bebiendo del agua viva de

la fuente que queda dicha. Porque sin dar nuestra voluntad del todo al Señor, para que haga en todo lo que nos toca conforme a ella, nunca deja beber de ella. Esto es contemplación perfecta, lo que me dijisteis os escribiese.

Y en esto, como ya tengo escrito, ninguna cosa hacemos de nuestra parte, ni trabajamos, ni negociamos, ni es menester más; porque todo lo demás estorba e impide decir fiat voluntas tua: cúmplase, Señor, en mi vuestra voluntad de todos los modos y maneras que vos, Señor mío, quisieréis. Si queréis con trabajos, dadme esfuerzo y vengan; si con persecuciones, y enfermedades, y deshonras y necesidades, aquí estoy, no volveré el rostro. Padre mio, ni es razón vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dio en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte; sino que me hagáis vos merced de darme vuestro reino, para que yo lo pueda hacer, pues él me lo pidió, y disponed en mi como en cosa vuestra, conforme a vuestra voluntad.

¡Oh hermanas mias, qué fuerza tiene este don! No puede menos, si va con la determinación que ha de ir, de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza y transformarnos en sí, y hacer una unión del Criador con la criatura. Mirad si quedaréis bien pagadas, y si tenéis buen Maestro, que, como sabe por dónde ha de ganar la voluntad de su Padre, enséñanos a cómo y con qué lo hemos de servir.

Y mientras más se va entendiendo por las obras que no son palabras de cumplimiento, más, más no llega el Señor a si, y la levanta de todas las cosas de acá y de si misma, para habilitarla a recibir grandes mercedes, que no acaba de pagar en esta vida este servicio. En tanto le tiene, que ya nosotros no sabemos qué pedirnos, y Su Majestad nunca se cansa de dar; porque no contento con tener hecha esta alma una cosa consigo, por haberla ya unido a si mismo, comienza a regalarse con ella, a descubrirle secretos, a holgarse de que entienda lo que ha ganado, y que conozca algo de lo que la tiene por dar. Hácela ir, perdiendo estos sentidos exteriores, porque no se la ocupe nada; esto es arrobamiento; y comienza a tratar de tanta amistad, que no sólo la torna a dejar su voluntad, mas dale la suya con ella; porque se huelga el Señor, ya que trata de tanta amistad, que manden a veces, como dicen, y cumplir él lo que ella le pide, como ella hace

lo que él la manda, y mucho mejor, porque es poderoso y puede cuanto quiere, y no deja de querer.

La pobre alma, aunque quiera, no puede lo que querría, ni puede nada sin que se lo den; y ésta es su mayor riqueza: quedar mientras más sirve, más adecuada, y muchas veces fatigada de verse sujeta a tantos inconvenientes y embarazos, y atadura como trae el estar en la cárcel de este cuerpo, porque querría pagar algo de lo que debe. Y es harto boba de fatigarse; porque, aunque haga lo que es en si, ¿qué podemos pagar los que, como digo, no tenemos qué dar, si no lo recibimos, sino conocernos, y esto que

podemos, que es dar nuestra voluntad, hacerlo cumplidamente?

Todo lo demás, para el alma que el Señor ha llegado aquí, le embaraza, y hace daño y no provecho, porque sola humildad es la que puede algo, y ésta no adquirida por el entendimiento, sino con una clara verdad que comprende en un momento lo que en mucho tiempo no pudiera alcanzar, trabajando la imaginación, de lo muy nonada que somos, y lo muy mucho que es Dios.

Os doy un aviso: que no penséis por fuerza vuestra, ni inteligencia, llegar aquí que es por demás: antes, si teníais devoción, quedaréis frías; sino, con simplicidad y humildad, que es la que lo acaba todo, decir fiat voluntas tua.

XI. CATECISMO ROMANO (IV, IV 1-24) PATER/CATECISMO- ROMANO

1. Significado y valor de esta petición

Lo ha dicho Cristo en el evangelio: «No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos»³⁶. Es lógico, pues, que quien quiera entrar en el reino de los cielos pida a Dios el cumplimiento de su voluntad. Y ésta es la razón de haber puesto Cristo en el «padrenuestro» esta tercera petición inmediatamente después de la del reino de Dios.

Brota, además, la necesidad de esta plegaria del hecho mismo de nuestra pobre condición, subsiguiente al pecado original. Por él cayó el hombre en tan extrema miseria espiritual, que corre grave peligro de llegar a perder la misma noción del mal y del bien, y por consiguiente, la misma posibilidad de salvarse. [...] En semejantes condiciones, quien por la gracia de Dios haya conseguido disipar las tinieblas del mal, que ofuscan su espíritu, y, bajo el látigo de las pasiones, gime por la lucha entablada entre su carne y su alma, atenazado por el espíritu del mal que le arrastra, ¿cómo podrá dejar de sentir el deseo ardiente de una ayuda y la necesidad de una fuerza superior, que de algún modo le salve? ¿cómo no ha de implorar con urgencia una ley saludable, a la que pueda conformar su vida de cristiano? Y esto, precisamente, es lo que pedimos cuando rezamos: «hágase tu voluntad». Por rebelión y desobediencia a la ley divina caímos; y es de nuevo su voluntad y ley el remedio eficaz que Dios ofrece a quien invoca su ayuda, para que, conformando a ellas nuestros pensamientos y obras, alcancemos de nuevo la salvación.

Y con el mismo fervor deben pedir este cumplimiento de la voluntad divina quienes viven de Dios, y en cuyo corazón—iluminado con la luz inefable y el gozo del amor—reina ya como soberano el divino querer. Porque también en ellos—aunque vivan en gracia—subsiste la lucha y subsisten las malas

tendencias, ínsitas en lo profundo de nuestro ser. La vida de todo cristiano, por privilegiado que sea, se desenvuelve siempre entre continuos peligros de volubilidad y seducción; porque en los miembros de todos permanecen activas las concupiscencias que pueden desviarnos en cualquier instante del camino de salvación³⁷. Por esto nos avisaba el Señor: «¡Velad y orad, para no caer en la tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es flaca!»³⁸.

No está en la mano del hombre, aunque se trate de justificados por la gracia, vencer definitivamente los apetitos carnales, ni evitar que puedan despertar cuando menos se espere; porque la gracia de Dios sana el alma de los que justifica, pero no la carne, de la cual escribe san Pablo: «Pues yo sé que no hay en mi, esto es, en mi carne, cosa buena: porque el querer el bien está en mi, pero el hacerlo, no»³⁹. Perdida la justicia original, freno de los apetitos carnales, no puede ya contenernos la sola razón, llegando aquellos a apetecer contra la misma razón. San Pablo ha escrito que en la carne tiene su sede el pecado, o mejor, el incentivo del pecado⁴⁰, significando con ello que el pecado reside en nosotros no como un huésped contemporáneo, sino como estable y fija condición de nuestra vida humana. Combatidos constantemente desde dentro y desde fuera, no nos queda otra salida ni otro refugio que la ayuda de Dios, el auxilio divino que imploramos cuando decimos: «hágase tu voluntad».

2. Hágase tu voluntad

La voluntad divina, cuyo cumplimiento imploramos en esta petición, es aquélla que los teólogos llaman «voluntad de signo», es decir, la voluntad con que Dios significa al hombre lo que debe hacer y lo que debe evitar. Comprende, por consiguiente, todos los preceptos necesarios para alcanzar la salvación eterna, tanto en materia de fe como en materia de moral y costumbres; todo aquello, en una palabra, que Cristo nuestro Señor—directamente o por medio de su iglesia—nos ha preceptuado o prohibido hacer. A ella se refería san Pablo cuando escribió: «Por esto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál es la voluntad del Señor»⁴¹; «no os conforméis a este siglo..., sino procurad conocer cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta»⁴².

Por consiguiente, rezar «hágase tu voluntad» equivale a pedir la gracia necesaria para obedecer a los divinos mandamientos y para «servir a Dios con santidad y justicia todos los días de nuestra vida»⁴³. En otras palabras: imploramos la gracia necesaria para obrar según los deseos del Señor y cumplir fielmente todo cuanto la Escritura dispone y determina como deber de «quien ha nacido no del deseo de la carne, sino de Dios»⁴⁴, para imitar a Cristo, «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»⁴⁵, dispuestos a sufrir cualquier cosa, antes que desviarnos de la ley del Señor. Quien haya comprendido, por la gracia de Dios, la dignidad y

nobleza que hay que servir a Dios, formulará esta plegaria con ardentísimo amor; porque no sólo es cierto que «servir a Dios es reinar», sino también que «cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre»⁴⁶ es decir, está unido a mí con los lazos más estrechos del amor y de la benevolencia.

[...] En segundo lugar quiere ser esta invocación de la voluntad de Dios una explícita detestación de las obras de la carne, [...] «a saber: fornicación, impureza, lascivia idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, disensiones, divisiones, envidias, homicidios, embriagueces, orgías y otras como éstas, de las cuales os prevengo, como antes lo hice, que quienes tales cosas hacen no heredarán el reino de Dios»⁴⁷, pues, «si vivís según la carne, moriréis»⁴⁸. Pedimos, pues, a Dios que no nos abandone a los deseos de los sentidos, a nuestra concupiscencia y fragilidad, sino que rijá y modele nuestra voluntad en plena conformidad con la suya.

[...] Y no sólo pedimos a Dios en esta plegaria que impida el mal, que neciamente pudiéramos haber deseado, sino también que no nos escuche, cuando queremos alguna cosa que nos parece buena—engañados inconscientemente por el enemigo—, pero que, en realidad, es contraria a la divina voluntad⁴⁹. [...] Hemos de pedir a Dios el cumplimiento de su voluntad cuando nuestros deseos, aunque no se trate de cosas en sí malas, no se conforman, sin embargo, al querer y disposiciones de su divino beneplácito. La naturaleza, por ejemplo, nos impulsa instintivamente a desear y pedir todo lo que representa algún bien para la vida material, y a rehusar todo lo que pueda resultarnos doloroso o difícil. Norma estupenda de oración debe ser siempre para nosotros el abandono absoluto en manos de Dios, a quien debemos la salud y la vida, como lo hizo Cristo en Getsemaní, estremecido ante la inminencia de su dolorosísima pasión y muerte: «¡Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz!; ¡pero no se haga mi voluntad, sino la tuya!»⁵⁰.

No olvidemos, por último, que, aun después de haber conseguido victoria sobre nuestras pasiones, sobre nuestros gustos y deseos naturales, y aun después de haber sometido generosamente nuestra voluntad a la divina, aun entonces no nos será posible evitar el pecado sin la ayuda divina. Tanta es la corrupción de nuestra naturaleza, que, si Dios no nos protege del mal y nos sostiene en el bien, seguiremos cayendo. Humildemente hemos de pedir en esta petición la ayuda y protección divina, suplicando a Dios que perfeccione la obra comenzada, que refrene las continuas rebeliones de nuestros sentidos, que las someta definitivamente a los deseos de la razón. En una palabra: que conforme a su divino querer toda nuestra vida y se realice su voluntad en todos los hombres⁵¹. Abrazamos así, con nuestra plegaria, a la humanidad entera, pidiendo a Dios que «el misterio

divino, escondido desde los siglos y desde las generaciones, sea revelado y manifestado a todas las gentes»⁵⁷.

3. Así en la tierra como en el cielo

Expresa, además, esta petición del padrenuestro el modo de nuestra conformidad con el divino querer: «como en el cielo», es decir, como viven los ángeles y santos en el cielo el divino beneplácito: con la máxima espontaneidad y con la más suprema alegría.

Quiere el Señor que la obediencia y alabanza del hombre vaya siempre animada por un amor puro y ardentísimo; y que solamente nos estimule la esperanza del premio, en cuanto plugo al Señor infundírnosla como un nuevo don de su amor. Toda nuestra esperanza, por consiguiente, debe basarse en el amor de Dios,

que quiso fijar la felicidad del cielo como premio a nuestro amor a él. No es el amor el que debe depender de la esperanza, sino la esperanza del amor; de manera que, sin el premio ni la recompensa, el hombre debe amar y servir a su Señor, movido únicamente por la caridad filial. El saber que con ello agradamos al Padre, que está en los cielos, será nuestra mayor y mejor recompensa. Otra cosa sería interés egoísta, pero nunca amor verdadero.

La expresión «así en la tierra como en el cielo» indica, pues, la norma de nuestro servicio: semejante al de los ángeles, cuya perfectísima sumisión y obediencia a Dios expresaba David en aquellas palabras: «Benedicid a Yahvé vosotras, todas sus milicias, que le servís y obedecéis su voluntad»⁵³.

San Cipriano y otros autores, en las palabras «en el cielo y en la tierra» ven designados a los buenos y a los malos, al espíritu y a la carne, entendiendo así la totalidad de las cosas sometidas al divino querer: todas y en todo, obedeciendo a Dios⁵⁴.

Contiene además esta petición un sentimiento de reconocida gratitud. Al invocar y venerar la divina voluntad, veneramos y ensalzamos a Dios, que con su infinito poder creó todas las cosas; y, convencidos de que todo lo ha hecho bien, le agradecemos cuanto en nosotros y por nosotros se ha dignado obrar. El es, en efecto, la omnipotencia, que ha creado todo cuanto existe y él es el sumo bien, que todo lo hizo bien, derramando en todas las cosas

su misma bondad infinita. Y, si no siempre somos capaces de penetrar los divinos designios, acordémonos siempre de aquellas palabras, escritas sin duda para nuestra limitada capacidad: «¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!

¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!»⁵⁵. Acatemos agradecidos la voluntad de Dios, nuestro Padre, «que nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor»⁵⁶.

4. Cómo rezar esta petición

- a) Insistamos en la profunda humildad, con que debe el hombre, de rodillas, recitar esta plegaria. Humilde, porque se ve inclinado al mal e impotente frente a sus desordenadas pasiones. Humilde y sonrojado, al sentirse superado por las criaturas inferiores en su sumisión y obediencia al Creador. Mientras de ellas pudo decir la Escritura: «todo te sirve»⁵⁷, el hombre se siente tan débil, que no solamente no puede acabar por sí solo cualquier obra buena y agradable al Señor, mas si siquiera iniciarla sin la ayuda divina.
- b) A la humildad debe acompañar nuestra plegaria la alegría más intensa. Porque nada hay ni puede haber más grande y magnífico que servir a Dios, siguiendo sus caminos, y conformar nuestra vida a su beneplácito, abdicando completamente de nuestra voluntad.

La Sagrada Escritura está llena de terribles ejemplos y de castigos, con los que Dios sabe castigar y humillar a quienes se rebelan contra su voluntad.

- c) Y, junto a la humildad y alegría, sepamos poner en nuestra petición una saliente nota de silencio y total abandono en la voluntad divina. En este santo abandono encontrará el cristiano su mayor fuente de fortaleza y fidelidad; cada uno deberá perseverar en el deber y en el bien, aunque lo valore inferior a sus méritos; perseverará en el deber y en el bien, aunque haya de renunciar a sus propios criterios y gustos, por unificarse totalmente al divino querer. Todo lo aceptará de aquél que sabe que la pobreza, las enfermedades, persecuciones, dificultades y; cruces no suceden sin o contra la voluntad de Dios, en quien hay que buscar la razón última de todas las cosas. ¡Nada, por consiguiente, será capaz de abatirnos, ni mucho menos de hacernos despertar! Con invicta constancia y supremo amor, siempre y en todo repetiremos: Hágase la voluntad del Señor!»⁵⁸; o como el santo Job: «Yahvé me lo dio, Yahvé me lo ha quitado: ¡sea bendito el nombre de Yahvé!»⁵⁹.

XII. D. BONHOEFFER

(O.c., 177s)

·BONHOEFFER/PATER PATER/BONHOEFFER

«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». En la comunión con Jesucristo, los seguidores han abandonado totalmente su voluntad a la voluntad de Dios. Piden que la voluntad de Dios sea hecha en toda la tierra, que ninguna criatura oponga resistencia. Pero, como incluso en el discípulo sigue viva la voluntad mala, que quiere arrancarle de la comunión con Jesús, piden también que la voluntad de Dios se apodere de ellos cada día más y rompa toda oposición. Finalmente, el mundo entero deberá someterse a la voluntad divina, adorarla, agradecerla, en el sufrimiento y en la alegría. ¡El cielo y la tierra deberán someterse a Dios!

Los discípulos de Jesús deben rezar, ante todo, por el nombre de Dios, por el reino de Dios y por la voluntad de Dios. Ciertamente, Dios no necesita para nada esta oración; pero, mediante ella, los discípulos participarán de los bienes celestes que piden. También pueden, con tal oración, acelerar el fin.

XIII. R. GUARDINI

(O. c., 361-380)

·GUARDINI/PATER PATER/GUARDINI ANGELES/GUARDINI

1. Los ángeles

«Hágase la voluntad de Dios en la tierra, así como se hace en el cielo». ¿Quién la hace tan perfectamente, que su cumplimiento resulte modelo para nosotros en la tierra?

Se podría decir—y no sería ninguna mala respuesta—que «cielo» significa la amplitud del espacio del universo, donde se despliega la creación, moviéndose hacia sus remotos objetivos.

Entonces este ruego significaría: tal como allí tiene lugar la voluntad del Creador de modo necesario, siguiendo las leyes que ha impuesto a la naturaleza, que ocurra así también, pero con libertad, en la tierra, esto es, por la obediencia del hombre al mandato de Dios, tal como se hace presente en la conciencia. Pero no es eso lo que se quiere decir, sino que ese cumplimiento de la voluntad de Dios, que se eleva a modelo, ocurre igualmente en libertad, en la más pura libertad; y precisamente por parte de los ángeles [...].

Si preguntásemos a un historiador racionalista de la religión o a un teólogo liberal qué son los ángeles de la Sagrada Escritura, nos contestaría probablemente que son una forma de esa creencia en espíritus, que se encuentra en los más diversos pueblos. En grados primitivos de cultura, esos pueblos serían incapaces de explicar la marcha de las cosas por causas naturales; por eso imaginarían en ellos unos entes, que rigieran los procesos naturales. O diría que el pensamiento religioso siente la tendencia a incluir miembros intermedios entre la divinidad suprema y la diversidad de lo terrenal, seres que sirvieron de mediadores hacia arriba y hacia abajo; serían entonces unos seres más altos que el hombre, pero más bajos que Dios. Elementos de tal índole adquirirían vigencia también en las visiones del antiguo y nuevo testamento, y el resultado sería la imagen de los ángeles. A eso se añadiría que los escritos bíblicos han surgido bajo el influjo de culturas en que estaba muy desarrollada la representación de tales seres intermedios: Asiria, Babilonia, Persia; ese influjo tomaría vigencia en la doctrina bíblica de los ángeles.

Si luego se siguiera preguntando qué ocurre con Jesús, la respuesta sería que había vivido en la historia de su pueblo y,
por

tanto, había recibido esos mismos influjos. En ciertos puntos de su doctrina se habría abierto paso hasta ideas religiosas de pureza total; pero en lo demás había pensado como todos. Constantemente se vuelve a asombrar uno de que para explicar una idea bíblica se citen todas las causas posibles menos la más inmediata. En efecto, si personas de tal categoría religiosa como los maestros del antiguo y nuevo testamento—para no nombrar siquiera al mismo Jesús—hablan de ángeles, lo hacen por la sencilla razón de que hay ángeles. Ellos lo han percibido, y esa experiencia da testimonio de una realidad; así como el hablar de águilas descansa en el hecho de que hay gentes con ojos que han visto águilas. Produce una extraña impresión, que un sabio del siglo XIX o XX—que quizá nunca ha tenido él mismo auténticas experiencias religiosas, ni está en una verdadera tradición religiosa—, quiera emitir juicios sobre lo que significa que hablen de ángeles el Génesis, o Isaías, o el mismo Jesús. Es bueno acordarse, de vez en cuando, de las jerarquías de rango del espíritu...

Ya los primeros libros del antiguo testamento hablan de ángeles.

En sus relatos aparece esa figura misteriosa, que escapa a una determinación más exacta; porque, por un lado, aparece como mensajero de Dios, pero por otro lado es él mismo, esto es, «el ángel del Señor». Quizá podemos decir que es Dios en cuanto éste se asoma dentro de la historia. Así se dice en el relato sobre la visión de Moisés en el Horeb: «El ángel del Señor se le apareció en una llama de fuego, que salía de en medio de una zarza»; y en seguida «el Señor le vio que avanzaba para ver mejor; y entonces le llamó Dios desde la zarza y dijo...»⁶⁰.

A menudo la imagen de Dios, como soberano del mundo, se enlaza con la de los ángeles, que le rodean como una corte o un ejército inacabable. Por ejemplo: «Alabad al Señor, todos sus ejércitos, sus siervos que cumplís su voluntad»⁶¹. En Bethel, Jacob les ve en sueños subiendo y bajando la escalera del cielo como mensajeros que, al servicio del Señor todopoderoso, sirven de mediadores entre él y la tierra⁶². El que Dios vuela sobre las alas de los querubines es expresión de su soberanía sobre los vientos y tempestades⁶³. En la visión de llamada a Ezequiel tienen figura misteriosa, que les manifiesta como seres de inaudito poder de espíritu⁶⁴. En el salmo 90, por fin, rodean el camino de vida del que confía en Dios, y realizan en él la obra de la providencia: «Da órdenes para ti a tus ángeles, para que te proteja en todos tus caminos»⁶⁵. Y así podríamos citar muchos más.

En el nuevo testamento, las figuras y servicios de los ángeles están insolublemente unidos a la vida de Jesús: el arcángel Gabriel, «que está delante de Dios», dice a Zacarías que tendrá un hijo, Juan⁶⁶. El mismo lleva a María el mensaje de la encarnación del Hijo de Dios⁶⁷. Angeles manifiestan a los pastores la alegre

noticia⁶⁸; advierten a José sobre el misterio de María⁶⁹ y le dan instrucciones para la seguridad del niño⁷⁰. Cuando el Señor supera la hora de la tentación, se dice: «se acercaron los ángeles a servirle»⁷¹. Se le aparecen cuando en la noche de Getsemaní toma la suprema decisión⁷². Hay ángeles atareados en torno al acontecimiento de la resurrección⁷³. Y después de la ascensión de Cristo, son ellos los que manifiestan a los discípulos lo que ha ocurrido y lo que han de hacer⁷⁴. En la época primitiva de la iglesia, todavía joven y penetrada de la luz y ardor de pentecostés, el relato vuelve a mostrar la acción misteriosa de los mensajeros de Dios⁷⁵. San Pablo alude a que los ángeles tienen entre sí una relación dividida en órdenes: «tronos, alturas, señoríos y potestades»⁷⁶; conceptos que expresan en común la plenitud del poder espiritual, pero a la vez muestran diferencias en el carácter y el ejercicio de ese poder. El Apocalipsis, finalmente, muestra cómo realizan diversos servicios en la orientación y cumplimiento del destino del mundo⁷⁷ [...] Nunca tienen iniciativa propia, sino que su entera existencia está determinada por el hecho de que, aun siendo poderosos en esencia y fuerza, están totalmente en la voluntad de Dios y se entregan a él en libertad [...].

ANGELES/CAIDA: Por el conjunto de la revelación echamos de ver que antes de la creación del mundo visible ha tenido lugar la creación de un mundo puramente espiritual, esto es, el de los ángeles. Los que allí fueron creados no son sólo fuerzas o relaciones, sino seres: personas con inteligencia, libertad y responsabilidad. Por eso en su existencia hay también una decisión moral. Sobre ello la revelación no nos dice nada preciso, pues incluso las palabras: «Estaba mirando a Satanás caer como un rayo del cielo»⁷⁸, han de entenderse como desposeimiento del enemigo por parte de la redención. En todo caso, los ángeles quedan puestos ante la prueba de si reconocen o no la sagrada soberanía de Dios. ¡Ahí se tomó la primera decisión entre bien y mal! ¡Por primera vez se hizo la voluntad de Dios!

[...] ¡Pero allí precisamente empezó también la rebelión contra la voluntad de Dios! Seres de la más alta potencia de conocimiento, de voluntad, de libertad y de capacidad responsable, se rebotaron contra la soberanía de Dios, queriendo ser señores por su propia gracia. Con eso se decidieron por el mal; se hicieron seres satánicos. Cómo es posible esto, seguirá siendo siempre incomprensible: ¡es el *mysterium iniquitatis*, el misterio del mal!

Para esquivarlo, se ha intentado una y otra vez concebir el mundo de modo dualista, es decir, de modo que en él se incluyeran dos poderes originales, uno bueno y otro malo, cuya lucha formaría la historia. Pero precisamente así también quedaría abolido el carácter incondicional y absoluto del bien y el mal, pues, según ese modo de ver, ambas cosas serían necesarias. Más aún, Dios quedaría destronado, poniéndosele frente a «Satán», en una polaridad tan insensata como blasfema. Filósofos y poetas, incluso

de rango supremo, han pensado así, creyendo captar con ello el más hondo sentido de la existencia; pero en realidad lo han estetizado todo. El verdadero sentido más hondo de la existencia y su peculiar seriedad residen en que el Dios único, el «santo soberano de todo», ha concedido a sus criaturas, con magnanimidad incomprensible, el don de la libertad; libertad auténtica, sincera: ¡la capacidad de decidir aun contra él! En la vida de Jesús también asoman los ángeles malos: [...] Antes que empiece a enseñar, se va al desierto y entra en esa elevación de espíritu, que produce un largo ayuno; en tal situación de suprema sensibilidad al ser, se le aproxima el enemigo de Dios, intentando separar la voluntad de Jesús de la voluntad del Padre, destruir el reino que viene en su más hondo origen, pues ese origen es la voluntad de Jesús, que cumple la voluntad de su Padre⁷⁹: [...] Intenta incitar a la codicia a Jesús, que tiene hambre; intenta llevar a la arrogancia a aquél que está lleno de fuerza divina; intenta hacer desear el dominio del mundo a aquél que verdaderamente es capaz de soberanía, con el precio de que se arroje al polvo en adoración ante Satán, tal como se hacía ante los soberanos orientales. ¡Pero Jesús le rechaza consciente, claro, sin un soplo de compromiso!⁸⁰. ¡Entonces ha tenido lugar en la tierra la voluntad de Dios y ha habido reino de Dios!

ANGEL-CUSTODIO: Por lo que dice la revelación sobre los ángeles, el hombre está situado en unas relaciones que nos chocan extrañamente a nosotros, los hombres actuales. Pues ¿cómo ve nuestra época la situación del hombre? Para unos es un ser que se desarrolla desde la línea biológica universal, adquiriendo capacidades espirituales y rango moral, pero formando en definitiva un trozo de naturaleza, como todos los demás. Para otros, es un ser independiente, a pesar de toda su problematicidad, señor de sí mismo y de su destino, con derecho a darse ley a sí mismo y darla al mundo... ¡La Escritura no ve así al hombre! Para ella no existe el hombre meramente humano.

Recordemos el pasaje del evangelio en que Jesús habla de los niños, maldiciendo al que seduzca a algunos de ellos al mal.

Luego sigue: «mirad que no despreciéis a uno solo de estos pequeñuelos, porque os digo que sus ángeles, en el cielo, ven siempre la cara de mi Padre celestial»⁸¹. ¡Palabras abismales!

Dicen que detrás del

hombre, que es un «yo», aparentemente solo consigo mismo, en realidad hay un auxiliador; pues lo que dice no vale sólo para el niño, que sería débil e inexperto, sino para toda persona; nadie que conozca al hombre se hace ilusiones sobre qué vacilante es, en el fondo, aun el más fuerte y experimentado. La humanidad lo ha sentido siempre. La leyenda del espíritu protector y acompañante lo muestra así: su figura no es una idea auxiliar con que se tratara de explicar la experiencia de sí mismo, sino que en ella se expresa un oscuro saber, que es llevado a su claridad por las palabras de Jesús. La persona del hombre no es ella misma por

su propia fuerza, sino que hay un ser que la ayuda a ser «yo», y la protege en ese «ser yo». Sabemos por experiencia propia que fácilmente se olvida que se está en la responsabilidad del yo; ¡cuántas veces se endosa esa responsabilidad adonde sea, a amigos o jefes o autoridades, a la sociedad o a la historia de la humanidad! El ser, que está a nuestro lado, exhorta y ayuda a mantener en pie esa responsabilidad. ¡Es el ángel! De tal modo que el hombre no es un ser propio que esté en soledad, [...] abandonado, sino que existe en una alianza.

Pero también es verdad otra cosa: que hay seres que odian a los hombres: los ángeles caídos, Satán y los suyos. Son enemigos del hombre de antemano. No porque el hombre les haya hecho daño o les amenace, sino porque es hombre, porque Dios le ama, porque, mediante Cristo, es hijo de Dios y partícipe de la vida eterna. Pero

todo depende de que permanezca en la voluntad de Dios; por eso talos seres quieren arrancarle de la santa voluntad: el hombre no ha de querer el reino de Dios, sino un reino para sí mismo; sin notar que así se hace reino de Satán.

Por eso el hombre es un ser por el cual se lucha. Vale la pena considerar por una vez la existencia humana, desde este punto de vista. Si lo hacemos sólo desde lo humano, no la comprendemos nunca. Intentémoslo: por doquier notaremos vacíos, suponiendo, claro está, que tengamos ante la vista al hombre entero y exijamos una explicación completa. Si lo intentamos por los caminos de Kant o Hegel, de Marx o Sartre, de modo sociológico, o biológico, o psicológico, haremos hipótesis [...], pero la cuestión no se resolverá. Siempre aparecerán vacíos, siempre habrá sobrevaloraciones o infravaloraciones, siempre contradicciones. Y si tenemos esa honradez y valentía que hace falta para sacar las consecuencias, llegaremos al resultado: el hombre no se puede entender sólo por sí mismo, ni su existencia individual ni su historia.

Es él mismo y algo más: es [...] persona y tiene dignidad y responsabilidad. Sin embargo, está siempre en peligro de olvidarlas o de exagerarlas; de entregar su persona a algún poder que le promete por ello bienestar y poderío, o de hacerse él mismo señor sobre el destino. En ese peligro, está rodeado de seres que le ayudan a ser yo, a tener responsabilidad; y ello, con verdad y medida. Pero también rodeado de seres que le quieren arrancar de la voluntad de Dios, en cuyo cumplimiento es sólo donde empieza en absoluto a hacerse hombre auténtico. Por eso la petición (del padrenuestro) suplica: «¡Señor, concede que tu voluntad se

cumpla en la tierra por mí, tal como la cumplen quienes te han honrado y llegaron a ser ángeles de la gloria!; ¡y concede que, quienes han llevado a la victoria tu voluntad en el cielo, la lleven también a la victoria en nosotros!».

2. La voluntad del Padre

[...] «Hágase tu voluntad» ¡Palabras misteriosas! Invocamos a

Dios, para que se haga su voluntad; pero ¿quién es entonces aquél a quien invocamos? Es el Todopoderoso; es decir, es aquél que puede lo que quiere, sin más, porque su poder es absoluto, pues no hay obstáculo para su voluntad. [...] ¿Qué puede significar entonces que el Señor nos enseñe a rogar que se haga esa voluntad? ¿Puede ser incluso que no ocurra? Hemos de examinar cuidadosamente esta cuestión. ¡Nos llevará a la profunda comprensión de nuestra existencia!

¿Cuándo ha querido Dios algo, por primera vez, con relación a nosotros? [...] En el principio de todas las cosas, cuando creó el mundo. [...] Este existe porque Dios ha querido que existiera, [...] es realización de la voluntad de Dios. [...] «Dios dijo: hágase... y se hizo»; y lo que se hizo, era «bueno»,... «muy bueno»⁸²; justo, digno de ser; y él respondía de ello y lo amaba.

Pero luego se da el gran paso: «entonces Dios dijo: hagamos hombres a nuestra imagen y semejanza, y que dominen a los peces del mar, a las aves del cielo, a los cuadrúpedos, a todos los animales del campo y a todos los que se arrastran por la tierra. Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios le creó; le creó hombre y mujer»⁸³. Así, según la voluntad de Dios, surgió un ser diferente del animal. [...] El hombre no sólo se da cuenta de las cosas, sino que las comprende. [...] El hombre actúa no por necesidad, como el animal, sino libremente. [...] A ese hombre le ha confiado el Creador su mundo; y, para que pudiera hacer honor a esa confianza, le ha dado parte de su propia fuerza sagrada: ¡a eso lo llamamos gracia! De tal acuerdo había de surgir la vida y la obra del hombre. La expresión de todo eso fue el paraíso. Es la proximidad en que Dios se ha acercado al hombre; la complacencia que ha tenido en él. Toda grandeza debía llegar a darse en el paraíso: vida humana y obra humana; pero en la obediencia del respeto y la fidelidad, en el acuerdo de la sagrada proximidad.

Si Dios da libertad al hombre, lo hace de modo sincero y auténtico; la autenticidad de esa libre entrega a su base y voluntad propia significa que el hombre también pueda decir «no». Es decir, Dios ha hecho algo inaudito: entregar el cumplimiento de su voluntad a la libertad del hombre. En tanto que su voluntad se expresa en las leyes naturales, debe ocurrir: éstas son las formas de la necesidad.

En tanto que determina el crecimiento de las plantas y la vida de los animales, no puede permanecer inefectiva: también aquí rige la necesidad. Pero en cuanto que la voluntad de Dios se ha confiado a la libertad del hombre, ya no «debe», sino que es sólo justo que ocurra; y el hombre incluso puede rechazarla... Observemos de cerca qué Dios es ese que ahí se manifiesta: ¡Un Dios que confía lo que ama, esto es, su creación, al hombre, que la puede guardar y la puede echar a perder! Y la

echó a perder. Sabemos que traicionó a Dios, que se rebeló contra él; un hecho cuya importancia no cabe medir. Pues su peso se hace evidente en los efectos que causó y en el destino con que el

Redentor lo expió.

[...] Pero Dios no saca de ese hecho la consecuencia de rechazar el mundo, sino que [...] mantuvo esa alianza, que ya había en el acto de creación, y guardó la fidelidad a su obra [...] tomando incluso sobre sí mismo la responsabilidad por la culpa del hombre. La voluntad del Padre envió al Hijo al mundo, para que se hiciera hombre y lo siguiera siendo por la eternidad; el enviado, a su vez, asumió la voluntad del Padre en la suya, y la cumplió. Entonces el mandato y la obediencia se hicieron en Dios una misma cosa: la obediencia, tan divina como el mandato. Allí se expió el terrible valor de la rebelión del hombre; y la existencia se abrió en un nuevo comienzo, a partir del cual la voluntad del Padre había de llegar a ser, otra vez y de modo nuevo, ordenación del mundo de la libertad.

Continuamente vuelve a aparecer nombrada en boca de Jesús la voluntad del Padre. Es el sentido y centro de su vida. «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y cumplir su obra»⁸⁴. Esa voluntad la proclama él como lo decisivo: «No todo el que me dice ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos»⁸⁵. Y el hecho de que se realice esa voluntad sagrada en el mundo, Jesús lo designa

«reino de Dios»: es el conjunto de esas personas, intenciones, acciones, en que rige la voluntad de Dios.

Pero en el corazón de Jesús, que «sabía lo que hay en el hombre»⁸⁶, había preocupación de que esta nueva posibilidad del reino de Dios fuera a acabar como las anteriores. El hombre que había dicho «no» al paraíso, porque quería su propia soberanía, puede también negar el reino de Dios, tal como surge de la redención, porque quiere su propio reino. Por esa preocupación nos enseña a rezar: «¡hágase tu voluntad!». Así pone en el corazón del hombre creyente la misma preocupación por el reino

de Dios: por ese orden de las cosas, en que tiene lugar la voluntad de Dios. Le enseña a rogar que el Dios todopoderoso, que tiene el poder de la gracia, conceda que su reino no quede destruido. Pero

¿cómo es eso? ¿No nos contradecemos aquí? Pues hemos dicho que lo peculiar del hombre consiste en la libertad: ¿no queda abolida ésta, cuando Dios concede que el hombre haga su voluntad? Hemos dicho que el misterio de la magnanimidad de Dios consiste en que pone en peligro su voluntad en la libertad del hombre: ¿no desaparece esa magnanimidad en una nueva relación de seguridad, si el todopoderoso «concede» que ocurra lo que él quiere? Estamos aquí ante el misterio de la gracia. No lo podemos resolver racionalmente; pero sí mirarlo de tal modo que precisamente su carácter suprainteligible se nos manifieste como verdadero.

El hombre está hecho libre por Dios, y ha de alcanzar la plena libertad en el transcurso de su vida. Pero esa libertad no consiste

en que el hombre se salga del campo de la dirección divina y se

haga señor autónomo de sí mismo, sino que precisamente se realiza por llegar puramente a la voluntad de Dios. La libertad no es un derecho propio del hombre, que hubiera recibido por alguna otra parte y que debiera defender frente a la pretensión de soberanía de Dios; sino que es libre, esto es, hombre, precisamente por su voluntad divina; y su libertad crece en la medida en que esa voluntad se hace efectiva en él. [...] Cuando el padrenuestro ruega a Dios que conceda se haga su voluntad, apela a su amor, el cual, sin embargo, no quiere sino que el hombre llegue a ser en verdad lo que ha de ser, esto es, libre en la voluntad de Dios. Esto es misterio de la gracia.[...].

XIV. H. VAN DEN BUSSCHE

(O. c., 99-114)

·BUSSCHE-VAN/PATER BUSSCHE-VAN/PATER

La voluntad de Dios

[...] La plegaria de abandono a la voluntad de Dios se conocía ya en el mundo pagano. Los antiguos griegos tenían la suficiente confianza en la providencia divina para admitir que Dios era más capaz que nosotros para organizar nuestra vida. Así, por ejemplo, Sócrates en presencia de la muerte habría dicho: «¡Si esto agrada a los dioses, hágase así!»⁸⁷. Una máxima de Séneca dice: «¡Ojalá agradara al hombre lo que agrada a Dios»⁸⁸. Y un autor estoico, Epicteto, decía: «Yo tengo por mejor aquello que es la voluntad de Dios que lo que yo mismo quiero»⁸⁹.

En el antiguo testamento también se encuentran huellas de la oración de abandono⁹⁰, [...] convicción de que Dios, que ha

creado y conserva el mundo, «hace lo que quiere». Esta convicción no siempre se expresa, pero siempre se sobreentiende. «Todo lo que agrada a Yahvé, lo hace en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos»⁹⁰. [...] Pero el antiguo testamento, más que a este primer aspecto de la voluntad divina, que se manifiesta en los acontecimientos del mundo, se fija en la voluntad moral trascendente de Dios. Esta voluntad debe servir de norma al obrar humano y debe ser fielmente obedecida. Hacer lo que agrada a Dios: he aquí el resumen de toda la moral veterotestamentaria. El espíritu de Dios enseña a los buenos a descubrir su voluntad en la ley y les da la fuerza para practicarla; sin esta ayuda el hombre sería totalmente incapaz de cumplirla⁹².

[...] A pesar de todo, la voluntad de Dios choca frecuentemente con la mala voluntad de los hombres: la historia de la humanidad y la misma historia de la salvación de Israel es el film continuo de las resistencias humanas a la voluntad de Dios. La época anterior a Cristo es, en realidad, «el tiempo de la paciencia de Dios»⁹³, el tiempo en que Satanás desarrolla plenamente el papel de «príncipe de este mundo». Y esto, hasta el día en que Dios cumpla

su voluntad en la persona de su hijo Jesucristo [...].

En la época neotestamentaria la voluntad de Dios está casi siempre cargada de un sentido escatológico: Jesús anuncia la buena nueva del reino. Para tener parte en él, no basta que los hombres se contenten con aplaudir; deben además «hacer la voluntad del Padre» tal como se contiene en la ley promulgada (cf. el sermón de la montaña): la voluntad del Padre está centrada actualmente en la plena realización de su reino⁹⁴. [...] El secreto del desarrollo concreto de la venida del reino es revelado a los discípulos⁹⁵ y, sobre todo, se manifestará en el momento de la muerte de Jesús, que responde [...] a una decisión divina, anunciada ya en cierto modo en la Escritura. Los discípulos deben comprender esta decisión divina⁹⁶. Su voluntad debe conformarse con la de Jesús y aceptar, por consiguiente, la cruz⁹⁷. Todo (lo que el Padre quiere) debe cumplirse en Jesús⁹⁸, en el momento preciso: ¡en la hora en que el Padre ha determinado!⁹⁹. El cuarto evangelio subraya más intensamente aún el carácter escatológico de la voluntad de Dios, realizada en la misión de Jesús. Su alimento, la fuerza que arrastra su vida, es hacer la voluntad del que le ha enviado, cumpliendo su obra relacionada con el fin de los tiempos, es decir, la mies mesiánica¹⁰⁰. Jesús busca la voluntad de su Padre¹⁰¹ en su misión, que se concreta en un juicio con valor escatológico. Dios le confía a los hombres, para que los conduzca a la fe y, por medio de ella, los libre de la condenación eterna y los resucite en el último día¹⁰². [...] Dios fija la hora en que Jesús morirá y será glorificado: es precisamente en esta hora cuando se cumple la voluntad del Padre y cuando su nombre es glorificado¹⁰³. En este momento, Jesús, venido para hacer la voluntad de Dios, terminó su obra sacrificando su cuerpo¹⁰⁴. [...] La voluntad de Dios, que es designio de salud¹⁰⁵, se realiza por medio de la vida y principalmente por medio de la muerte de Jesús. Esta voluntad salvífica, sin embargo, no ha acabado aún su Obra, no ha alcanzado todavía su plenitud. Los cristianos se encuentran también en este punto, entre un «ya» y un «todavía no», entre el acto de Dios, que da la gracia, y el que dará la gloria. En este intermedio la voluntad salvadora de Dios está en conflicto con el poder de Satanás: antes de la venida de Jesús, el demonio dominaba el mundo¹⁰⁶. Jesús lo combatió durante su vida pública¹⁰⁷. En su muerte lo venció inicialmente¹⁰⁸. Pero el diablo continúa oponiéndose a la voluntad salvadora de Dios¹⁰⁹, cegando a los hombres, hasta el día en que aquélla se cumpla definitivamente: cuando venga la plenitud de los tiempos, cuando Cristo conduzca todo a la unidad¹¹⁰.

2. Hágase la voluntad de Dios

En la perspectiva neotestamentaria, toda la iniciativa es de Dios.

Dios es el que debe realizar su voluntad de salvación; nosotros no podemos hacerlo. Es cierto que, en el judaísmo, se encuentran

numerosas exhortaciones a cumplir la voluntad de Dios. Pero Jesús nos enseña a pedir aquí, para que «llegue» la voluntad de Dios. No es casual el que la petición no esté formulada: «que tu voluntad sea hecha», sino «que tu voluntad llegue», como un acontecimiento que sucede independientemente de nuestros esfuerzos.

Esta interpretación concuerda perfectamente con las dos peticiones anteriores y está confirmada por las palabras siguientes:

«como en el cielo, así también en la tierra». Esto demuestra, una vez más, que no se trata aquí de una oración de abandono en la voluntad de Dios, ni de una oración para que otros hagan la voluntad de Dios, sino de una verdadera petición para que Dios, que ya manifestó su voluntad salvadora al final de la vida de Jesús, lleve esta voluntad a su cumplimiento total y definitivo. No obstante, esta petición exige también que el discípulo que ora conforme su voluntad con la voluntad de Dios: no solamente tal como le es propuesta por la ley moral, sino tal como esta voluntad se dirige a él, en la perspectiva del reino. La voluntad de Dios no consiste solamente en que seamos «buenos», sino en que empleemos nuestras fuerzas, todo cuanto nos sea posible, en servicio del reinado.

3. Como en el cielo, así también en la tierra

En el relato de la creación, «el cielo y la tierra» son considerados como el espacio en el que se despliega la potencia creadora de Dios; y la unión de los dos términos significa la totalidad del cosmos¹¹¹. Dios es el «Señor del cielo y de la tierra»¹¹². Desde que comienza el fin de los tiempos, «el poder en el cielo y en la tierra» se transfiere a Cristo resucitado¹¹³. Por consiguiente, puede interpretarse la petición —y algunos autores así lo hacen— como una oración para que la voluntad de Dios se realice en todas partes: en el cielo y en la tierra. En este caso, se referiría a la espera de la restauración en la unidad, por medio de Cristo, de todo lo que existe en el cielo y en la tierra¹¹⁴.

Pero la comparación «como... así» parece indicar que la «llegada», ya realizada plenamente en el cielo, debe realizarse también en la tierra. [...] «Lo que decide en el cielo se realizará en la tierra»¹¹⁵. Este texto está cronológica y literariamente muy próximo a la petición del padrenuestro. La terminación del salmo 103 confirma la interpretación que aquí proponemos: «Yahvé ha establecido su trono en los cielos, y su reino lo abarca todo. ¡Benedicid a Yahvé, vosotros, sus ángeles, que sois poderosos y cumplís sus órdenes, prontos a la voz de su palabra! ¡Benedicid a Yahvé, vosotras, todas sus milicias, que servís y obedecéis su voluntad!»¹¹⁶.

[...] Los cristianos ruegan a Dios en la tercera petición para que cumpla cabalmente su voluntad de salvación, para que aparte de su camino todo poder hostile inspirado por Satanás, para que la

tierra, que todavía es en cierto modo el dominio del diablo, se convierta en un cielo; o en otras palabras: ¡que el cielo venga a la tierra! [...].

XV. S. SABUGAL

(Cf. Abbá..., 181 s)

·SABUGAL-S/PATER PATER/SABUGAL-S

Esta petición, exclusiva de la redacción mateana, es probablemente una adición del evangelista, reasumiendo quizá su tradición judeocristiana. Casi todos los elementos literarios que la integran, son, en efecto, característicos de su vocabulario: sólo Mateo usa el verbo «hágase»¹¹⁷ y la construcción «la voluntad del Padre»¹¹⁸, siendo asimismo característica literaria suya la estrecha relación entre los vocablos «cielo» y «tierra»¹¹⁹; esa petición ha sido, por lo demás, formulada según el modelo (mateano) de la súplica de Jesús en Getsemani: «...hágase tu voluntad»¹²⁰. Así oró el maestro. Así debe orar también el discípulo. ¿Qué significado envuelve esta petición?

Digamos de inmediato, que el verbo «hágase» es un «pasivo teológico», tras el que se oculta—como sujeto activo—el mismo Dios. Así lo muestra el paralelismo con la súplica de un rabbí judaico del siglo primero: «Haz en el cielo tu voluntad, y da la alegría a cuantos le temen en la tierra»¹²¹. Análogamente pide la súplica mateana al Padre, que él haga en los hijos que le invocan su voluntad. Lo que significa: el cumplimiento de la voluntad divina supera toda posibilidad humana, siendo factible sólo por quien lo ha recibido como un don del mismo Dios. ¡El sólo puede hacerlo!

Más aún si se tiene en cuenta el paradigma propuesto a ese cumplimiento: «como (los ángeles) en el cielo»¹²², así (tus hijos) en la tierra». ¡Tal perfección exige el cumplimiento de la voluntad del Padre! Pero sólo quien así la cumple acepta el señorío de Dios sobre la propia vida: hace posible la venida del reinado del Padre en su historia. Tal es, en efecto, el significado de esta súplica, mediante la que el evangelista, remedando probablemente la oración misma de Jesús (cf. supra), quiso interpretar el sentido de la petición anterior: el Padre reina sobre quien hace su voluntad, en quien la realiza «en la tierra» con la perfección que los ángeles la cumplen «en el cielo». ¿En qué consiste esa voluntad divina?

¿Cómo se manifiesta?

El evangelista no da respuesta explícita a esos interrogantes. El contexto literario del «padrenuestro», sin embargo, permite precisarla. Ese contexto es «el sermón de la montaña»¹²³, cuya estructura literaria puede ser así delimitada: a la 1) introducción¹²⁴, en la que tras las «bienaventuranzas»¹²⁵ se precisa la misión de los discípulos¹²⁶ como «sal de la tierra»¹²⁷ y «luz del mundo»¹²⁸, sigue 2) el tema central¹²⁹: la fidelidad de los

discípulos (=«vuestra justicia») a la voluntad de Dios, manifestada en la revelación vétero-testamentaria¹³⁰ y llevada a su plenitud escatológica por la enseñanza de Jesús, como condición para entrar en «el reino de los cielos» (cf. 5, 20); en el contexto de esta temática central, al anuncio del tema¹³¹ sigue su desarrollo¹³² a través de dos fases, en las que los discípulos son instruidos sobre la superación de «la justicia» de los escribas o teólogos¹³³ y de los fariseos o piadosos¹³⁴, respectivamente; todo el sermón 3) se concluye con una exhortación parenética¹³⁵ a «entrar en el reino de los cielos» por «la puerta estrecha» del «cumplimiento de la voluntad del Padre»¹³⁶, poniendo en práctica «las palabras de Jesús»¹³⁷; un ulterior 4) epílogo subraya la admiración de «la gente», a causa de la enseñanza autoritativa de Jesús¹³⁸. En este contexto se encuadra la petición que suplica al Padre el don de «hacer su voluntad». Una petición de trascendental importancia. Porque si sólo ese cumplimiento hace posible la inauguración del reinado de Dios «en la tierra» (cf. supra), a él está exclusivamente vinculado también el ingreso definitivo «en el reino de los cielos» (7, 21), reservado asimismo a los discípulos que, en su conducta, superen a la justicia (=fidelidad a la voluntad de Dios) de los escribas y fariseos» (5, 20). La inclusión literaria, creada por el evangelista entre estos dos textos, muestra claramente que, en su redacción, el cumplimiento de la voluntad del Padre se identifica con la «superación» de la fidelidad a ésta (=«justicia») por el judaísmo. Y ese superávit lo concretiza seguidamente Mateo tanto en las antítesis¹³⁹ como en la forma de rendir un culto piadoso, agradable al Padre¹⁴⁰: ¡toda esa enseñanza de Jesús¹⁴¹ es revelación de la voluntad del Padre!
142.

Pedir el don de cumplir ésta equivale, por tanto, suplicar la gracia de realizar aquélla: practicar las exigencias sobrehumanas formuladas en la antítesis, y modelar la propia vida según las normas de la «nueva» piedad. Sólo mediante el cumplimiento de aquellas exigencias y la praxis de esta piedad pueden los discípulos realizar su misión de «salar la tierra» e «iluminar al mundo»¹⁴³, asegurando asimismo su ingreso definitivo en el reino¹⁴⁴. Se trata, pues, de un don, que hace posible al cristiano ser lo que en este mundo debe ser, decidiendo a la vez su misión temporal y su destino eterno. Por eso lo suplica al Padre: «¡Haz tu voluntad (en nosotros) aquí en la tierra, como (la hacen tus ángeles) en el cielo!, ¡con tal perfección y, sobre todo, con tal amor!

.....
1. Cf. 1 Ts 4, 5. , 9.

3. Lc 22, 42 par.

4. Mt 26, 39.

5. Jn 6, 38.

6. 1 Jn 2, 15-17.
7. Cf. Gal 5, 17-25.
8. Mt 5, 13.
9. 1 Co 15, 47.
10. Mt 5, 45.
11. Cf. Jn 3, 5.
12. Opinión sostenida por Orígenes a raíz de Ef 4, 9; 6, 12; cf. De principiis. II 9, 3.
13. Cf. Is 34,5.
14. 1 Co 6, 17.
15. Mt 28, 18.
16. Cf. Ef 6, 12.
17. Jn 6, 63; 1 Co 15, 50.
18. Sal 102, 20.
19. Cf. Col 1, 20.
20. Rm 12, 2.
19. Cf. Col 1, 20.
20. Rm 12, 2.
21. Sal 102, 20.
22. Lc 2, 14.
23. Jn 4, 34.
24. Jn 6, 38; 5, 30.
25. Mt 12, 49-50.
26. Cf. Mt 25, 31-46.
27. Rm 7, 25.
28. 1 Co 15, 54.
29. 1 Co 15, 51-53.
30. Rm 7, 18.
31. Mt 25, 34.
32. Mt 25, 41.
33. Rm 7, 25.
34. 1 Co 15, 54.
35. Ga 5, 17.
36. Mt 7, 21.
37. Cf. Sant 1, 14; 4, 1.
38. Mt 26, 41.
39. Rm 7, 18.
40. Rm 7, 20.
41. Ef 5, 17.
42. Rm 12, 2.
43. Lc 1, 74.
44. Jn 1, 13.
45. Flp 2, 8.
46. Mt 12, 50.
47. Gál 5, 19-21.
48. Rom 8, 12.
49. Cf 2 Co 11, 14.
50. Lc 22, 42.

51. Cf. 1 Tm 2, 4.
52. Col 1, 26.
53. Sal 102, 21.
54. Es una interpretación frecuente en los padres de la iglesia.
55. Rom 11, 33.
56. Col 1, 13.
57. Sal 118. 91.
58. Hech 21, 14.
59. Job 1, 21.
60. Ex 3, 2.4.
61. Sal 102, 21.
62. Gén 28, 12.
63. Sal 17, 11.
64. Cf. Ez 1, 4-5.
65. Sal 90, 11.
66. Lc 1, 11-19
67. Lc 1, 26-38.
68. Lc 2, 8-9.
69. Mt 1, 18-19.
70. Mt 2, 13-14, 19-20.
71. Mt 4, 11.
72. Lc 22, 43.
73. Mt 28, 1-2.
74. Hech 1, 10.
75. Hech 5, 19, etc.
76. Ef 1, 21; Col 1, 16.
77. Cf. Ap 4, 6; 5, 11; 8, 2.6-7.
78. Lc 10, 18.
79. Cf. Jn 4, 34.
80. Cf. Mt 4, 1-11.
81. Mt 18, 10.
82. Cf. Gén 1, 3-31.
83. Gén 1, 26-27.
84. Jn 4, 34.
85. Mt, 7, 21.
86. Jn 2, 25.
87. Platón, Critón 34D.
88. Ep. 74, 20.
89. Dissertationes, IV 7, 20.
90. Cf. 1 Sam 3, 18; Tob 3, 6; 1 Mac 3, 60.
91. Sal 135, 6.
92. Cf. Sab 9, 17-18; 2 Mac 1, 3-4; Sal 143, 10.
93. Rom 3, 27.
94. Mt 7, 2 1.
95. Mc 4, 11-12.
96. Cf. Mc 8, 31.33 par.
97. Mt 16, 24 par.
98. Lc 22, 37; 26.46-49.

99. Mt 26, 18.45-46 par.
100. Jn 4, 34-38.
101. Jn 5, 30.
102. Jn 6, 37-40.44.
103. Jn 12, 23.27-28; 13, 1; 17, 1.
104. Heb 10, 9-10.
105. Cf. Ef. 1, 5-12.
106. Cf. Jn 12, 31; 14, 30; Ef. 2, 2.
107. Cf. Mc 3, 22-31; Lc 11, 20.
108. Cf. Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11; 1 Cor 2, 8.
109. Cf. 2Cor 4, 4; 2Test 2, 7.
110. Ef. 1, 9.10.
111. Cf. Mt 5, 18; 24, 35.
112. Mt 11, 25.
113. Mt, 28, 18.
114. Cf. Ef 1, 10; Col 1, 16.20; Flp 2, 10; Ap 5, 13
115. 1 Mac 3, 60.
116. Sal 103, 19-21; cf. Heb 1, 14.
117. Mt 6 10; 26, 42.
118. Mt 6 10; 7, 21; 12, 50; 21, 31; cf. 18, 24; 26, 42.
119. Mt 5, 18-34b-35a; 6, 10; 16, 19; 18, 18; 28, 18; 11, 25 (Lc=10, 21); 24, 35 (=Mc 13, 31; Lc 21, 33). Fuera de esos textos, esa relación es empleada sólo una vez por Mc (13, 27) y (Lc 16, 17).
120. Mt 26, 42.
121. Tb Ber. 29b (R. Eliezer).
122. Los ángeles son los moradores del cielo: Mt 18, 10; 22, 30; 24, 36; 26, 53.
123. Mt 5, 1-7, 29; cf. supra, 29 ss.
124. Mt 5, 1-16.
125. Mt 5, 3-12.
126. Mt 5, 13-16.
127. Mt 5, 13.
128. Mt 5, 14-16.
129. Mt 5, 17-7, 12.
130. «La ley y los profetas»: 5, 17; 7, 12.
131. Mt 5, 17-20.
132. Mt 5, 21-7, 27.
133. Mt 5, 21-48.
134. Mt 6, 1-7.12.
135. Mt 7, 13-27.
136. Mt 7, 13-23.
137. Mt 7, 24-27.
138. Mt 7, 28-29.
139. Mt 5, 21-48.
140. Mt 6, 1-7, 12.
141. Mt 4, 21-7, 20.
142. Mt 7, 21.

143. Mt 5, 13-16.

144. Mt 5, 20-7, 21.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy

I. TERTULIANO

(De oral., VI, 1-4)

·TERTULIANO/PATER PATER/TERTULIANO

¡Qué elegantemente dispuso la sabiduría divina el orden de esta oración, colocando, tras las peticiones que se refieren a las cosas celestiales—el nombre, la voluntad y el reino de Dios—, aquellas relativas a nuestras necesidades terrenas! Pues el Señor había dicho: Buscad primero el reino de Dios y todo lo demás se os dará por adidura»¹.

De modo espiritual, sin embargo, debemos entender: «danos hoy nuestro pan de cada día», dado que Cristo es «nuestro pan» porque Cristo es vida y, siendo vida, es pan. «Yo soy el pan de la vida»², dijo; y un poco antes: «pan es la palabra del Dios vivo, que bajó del cielo»³. También afirmó, para mostrar que su cuerpo es considerado pan: «esto es mi cuerpo»⁴. Pidiendo «nuestro pan de cada día», suplicamos, pues, vivir siempre unidos a Cristo e indisolublemente ligados a su cuerpo.

La interpretación literal de esta petición, sin embargo, puede estar de acuerdo con la fe religiosa y la disciplina espiritual. Pues prescribe pedir el pan, la sola cosa necesaria a los fieles, preocupándose de lo demás los paganos⁵. Es lo que (el Señor) inculca con ejemplos y corrobora con parábolas, cuando dice:

«¿Acaso un padre quita el pan a los hijos, para darlo a los perros?»⁶; asimismo: «¿acaso al hijo que pide pan, le dará (el padre) una piedra?»⁷. Muestra, pues, lo que los hijos esperan de su padre. También pedía pan aquel amigo que de noche llamaba a la puerta⁸. Con razón, sin embargo, añade: «dánosle hoy», quien había prevenido: «No os afanéis por vuestro alimento de mañana»⁹. Y para esta enseñanza propuso también la parábola de aquél, que, tras una rica cosecha, ideó ampliar sus graneros para asegurarse larga vida, cuando había de morir aquella misma noche¹⁰.

II. SAN CIPRIANO

(Sobre la oración dominical, 18-21)

·CIPRIANO/PATER PATER/CIPRIANO

Continuando el «padrenuestro» pedimos y decimos: «el pan nuestro cotidiano dánosle hoy». Esto puede interpretarse espiritual o literalmente, porque ambos sentidos aprovechan para la salud del alma; en efecto, «el pan de vida» es Cristo y este pan

no es de todos, sino nuestro. Y al modo que decimos «Padre nuestro», porque lo es de los creyentes y de los que le conocen, así le llamamos también «pan nuestro», porque Cristo es el pan de los que tomamos su cuerpo. Este es el pan que pedimos nos dé «cada día», no sea que los que estamos en Cristo y recibimos diariamente la eucaristía del pan celestial por algún delito grave nos veamos separados del cuerpo de Cristo, como declara y dice él mismo: «Yo soy el pan de vida, que bajó del cielo; si alguno comiere de mi pan, vivirá eternamente; y el pan, que yo diere, es mi carne para la vida del mundo»¹¹. Cuando declara, por tanto, que vive eternamente el que comiere de ese pan, es claro que los que viven son los que toman su cuerpo y reciben la eucaristía por derecho de participación. Al contrario, es de temer que, si uno queda excluido y separado del cuerpo de Cristo, no vaya a alejarse de la vida; y por ello se ha de rogar, ya que amenaza Cristo con estas palabras: «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros»¹². Por lo mismo pedimos cada día que se nos dé «nuestro pan», esto es, Cristo, a fin que los que permanecemos y vivimos en Cristo, nunca nos separemos de su santificación ni de su cuerpo.

Empero, también puede entenderse en el sentido de que los que hemos renunciado al mundo y rechazado las riquezas y pompas a cambio del don espiritual que recibimos por la fe, sólo debemos pedir el alimento y sustento, ya que nos lo advierte el Señor con estas palabras: «El que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo»¹³. Ahora bien, el que empieza a ser

discípulo de Cristo, conforme al aviso de su Maestro, renunciando a todo, debe pedir el alimento diario, sin extender a más sus deseos y petición; porque en otro lugar prescribe el Señor lo siguiente: «¡No penséis en el día de mañana, pues el día de mañana él pensará para sí! ¡basta a cada día su malicia!»¹⁴. Con razón, por tanto, pide el discípulo de Cristo el alimento del día, ya que se le prohíbe pensar en el mañana; pues sería contradictorio y repugnante querer vivir largo tiempo en este mundo, dado que rogamos por la venida del reino de Dios cuanto antes. Lo mismo avisa el santo apóstol, para fortalecer la firmeza de nuestra fe y esperanza: «Nada hemos traído a este mundo, ni tampoco podemos sacar de él; así que, teniendo alimento y vestido, debemos contentarnos con esto. Mas los que quieren ser ricos, caen en la tentación y trampa y muchos malos deseos, que hunden al hombre en la perdición y muerte; pues la raíz de todo mal es la codicia, siguiendo la cual, algunos naufragaron en la fe y se enredaron en muchos trabajos»¹⁵.

Nos enseña no sólo a menospreciar las riquezas, sino también a considerarlas como peligrosas, pues que en ellas está la raíz de los vicios¹⁶, que halagan y engañan al entendimiento humano con falsas apariencias. Por eso reprende Dios a aquel rico necio, que sólo pensaba en las riquezas temporales y se vanagloriaba de la

abundancia de sus frutos, diciéndole: «¡Necio!, esta misma noche se te arrancará la vida; ¿de quién será, pues, lo que atesoraste?»¹⁷. El necio se saboreaba en su opulencia, habiendo de morir aquella noche; y aquél, a quien iba a faltarle ya la vida, pensaba en aumentar sus recursos. Por el contrario, enseña el Señor que es perfecto y acabado aquél que, después de vender todos sus bienes y distribuirlos entre los pobres, esconde su tesoro en el cielo¹⁸. Aquél, dice, puede seguirle e imitar su gloriosa pasión, ya que, desembarazado, no se deja enredar por los lazos de los bienes familiares, sino, libre y suelto, sigue él tras los tesoros que ha enviado por delante al Señor. A fin que cada uno de nosotros pueda prepararse para este desprendimiento, debe aprender a orar, y conocer por el tenor de la oración cómo debe ser ésta.

Ni puede faltar el alimento cotidiano al justo, estando como está escrito: «No matará de hambre el Señor al hombre justo»¹⁹; y en otro pasaje: «Fui joven y envejecí y nunca vi desamparado al justo, ni a su descendencia falta de pan²⁰; y también promete el Señor cuando dice: «No penséis ni digáis qué comeremos, o qué beberemos, o de qué nos vestiremos. Esto ya les preocupa a los gentiles. Sabe bien vuestro Padre que necesitáis de estas cosas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y de todo esto se os proveerá»²¹. Promete, pues el Señor a los que buscan el reino y justicia de Dios que se les dará todo. Y, en efecto, siendo todo de Dios, a quien tiene a Dios nada le faltará, si él no falta a Dios. Así se explica que a Daniel, encerrado en la cueva de los leones por orden del rey, se le provea milagrosamente de comida y sea alimentado hallándose entre fieras hambrientas, pero no voraces con él²². Lo mismo sucedió a Elías, que es alimentado en su fuga en el desierto por cuervos, que le sirven y le llevan el alimento mientras es perseguido²³. Y, ¡oh detestable crueldad de la malicia humana!: las fieras perdonan, las aves sustentan y, en cambio, los hombres acechan y se ensañan.

III. ORÍGENES

(Sobre la oración, XXVII, 1-17)

·ORIGENES/PATER PATER/ORIGENES

[...] Algunos piensan que se nos manda pedir el pan material.

[...] Nosotros, en cambio, siguiendo las enseñanzas del Maestro mismo en lo referente al pan, expondremos ampliamente otra interpretación.

[...] «En verdad os digo, vosotros me buscáis no porque habéis visto los milagros, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado»²⁴. Porque el que comió de los panes que Jesús bendijo se sintió saciado de ellos, sigue procurando comprender más perfectamente al Hijo de Dios y a él se siente fuertemente

atraído. Por eso ordenó muy bien el Maestro «procuraos no el alimento perecedero, sino el que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os dará»²⁵. y como preguntasen los oyentes diciendo: «¿Qué haremos para hacer obras de Dios?», respondió Jesús y les dijo: «La obra de Dios es que creáis en aquél que él ha enviado»²⁶. [...] Los que creen en este Verbo hacen obras de Dios que son el alimento que permanece hasta la vida eterna. Pues dice: «Mi Padre es el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es él que bajó del cielo y da la vida al mundo»²⁷. El verdadero pan según eso, es el que nutre al hombre verdadero, al que está hecho a imagen de Dios; y el que se alimenta de ese pan se hace también semejante al Creador. ¿Qué hay, en efecto, más apto para alimentar al alma que el Verbo? ¿Qué más precioso que la sabiduría divina para el espíritu de quien la puede comprender? ¿Qué hay más conveniente para una naturaleza racional que la verdad?

Si alguien objeta a esto que, si así fueran las cosas, no hubiera habido lugar a que Cristo enseñara que hay que pedir un pan sustancial como algo distinto de él mismo, sepa también que en el evangelio de san Juan habla unas veces del pan como de algo distinto de sí, otras como si él fuera el pan. Habla como si se tratara de otro cuando dice: «Moisés no os dio pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo»²³. Pero a los que dijeron: «Danos siempre este pan», les responde refiriéndose a sí mismo: «Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá ya más hambre, y el que cree en mí jamás tendrá sed»²⁹. Y poco después: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne para la vida del mundo»³⁰.

[...] Este es verdadero alimento: la carne de Cristo; alimento que, siendo Verbo, se hizo carne, según la frase: «El Verbo se hizo carne» y cuando lo comemos, entonces «habita entre nosotros» y cuando es distribuido, se cumple la cláusula: «y hemos visto su gloria»³¹. «Este es el pan bajado del cielo. No como el pan que comieron los padres y murieron; el que come este pan vivirá para siempre»³².

Pero Pablo, hablando a los corintios como a niños pequeños, que se comportan al modo humano, les dice: «Os di a beber leche, no os di comida porque aún no la admitáis; y ni aún ahora la admitís, porque sois todavía carnales»³³. Y en la Carta a los hebreos: «Y os habéis vuelto tales, que tenéis necesidad de leche en vez de manjar sólido; pues todo el que se alimenta de leche no es capaz de entender la doctrina de la justicia, porque es aún niño; mas el manjar sólido es para los perfectos, los que en virtud de la costumbre tienen los sentidos ejercitados en discernir lo bueno de lo malo»³⁴. Y en otro lugar dice: «Hay quien cree poder comer de todo; mas el que está enfermo tiene que comer verduras»³⁵. Y pienso yo que no se refiere en primer lugar a los

alimentos del cuerpo, sino al alimento del alma. Porque el más fiel y más perfecto puede asimilarlo todo; y a él se refiere con la frase:

«Hay quien cree poder comer de todo». Pero al más débil e imperfecto le bastan enseñanzas más simples [...]; y para designar a éste dice: «mas el que está enfermo tiene que comer verduras».

[...] Así, pues, para que no enferme nuestra alma por falta de alimentos, o muramos a Dios por hambre de la palabra del Señor, siguiendo a nuestro maestro y salvador con nuestra fe y con una vida de mayor rectitud, debemos pedir al Padre el pan vivo, que es el verdaderamente sustancial.

Antes de proseguir la explicación hay que desentrañar el significado del término *epiousios*³⁶: en primer lugar hay que saber que ese vocablo no es empleado por ningún autor literario o científico griego, ni se encuentra tampoco en el uso vulgar, sino que parece creado por los evangelistas³⁷ [...] y, según parece, [...] se ha formado de *ousía* (=sustancia), para indicar el pan, que se transforma en nuestra sustancia [...]. La sustancia en sentido estricto, según la teoría [=Platón] que afirma que la sustancia de los seres inateriales es la hipóstasis o substracto principal de todos, debe considerarse como uno más de estos seres inateriales, que tienen su existencia fija sin admitir crecimiento o disminución. [...] Otros [=los estoicos] opinan que la sustancia de los seres inateriales es secundaria y que la principal es la de los seres materiales. Por eso dan esta definición: «Sustancia es la primera materia de las cosas, de la que proceden los seres» [...].

Ocupados en indagar acerca de la sustancia, con motivo del «pan sustancial» [...], hemos hecho este excursus para distinguir los diversos conceptos de sustancia. Por otra parte, habíamos dicho anteriormente que el pan, que debíamos pedir, era un pan que se puede captar por la inteligencia. Hay, pues, que ver un estrecho parentesco entre la sustancia y el pan. De la manera que el pan material, al distribuirse por el cuerpo de quien lo come, se convierte en la sustancia, así «el pan vivo que ha descendido del cielo», asimilado por la mente y por el alma, comunica su virtualidad a quien se presta a ser alimentado por él. De esta forma el pan, que pedimos, será sustancial.

Además, así como las diversas energías del que se alimenta dependen de las cualidades nutritivas de los alimentos ingeridos, que pueden ser sólidos y convenientes para atletas, o lácteos y leguminosos, así también cuando la palabra divina se ofrezca a los niños en forma de leche, o a modo de legumbres a propósito para enfermos, o como carne útil para los combatientes, cada uno de los que se nutren proporcionalmente a las condiciones en que se presentó para recibir la palabra divina, es lógico consiga efectos y desarrollo distintos. Por lo demás, hay alimentos que se consideran perniciosos, los hay que producen enfermedades, y algunos ni siquiera se pueden tomar. Y todas estas cosas se han

de aplicar, por analogía, a la variedad de disciplinas, que entendemos pueden alimentar. Según esto, un pan sustancial es aquél que, siendo utilísimo a la naturaleza racional y estando íntimamente relacionado con la sustancia misma, produce salud, buena constitución y energías en el alma, dando a participar, a quien lo come, su propia inmortalidad: ¡porque inmortal es el Verbo de Dios!

Este «pan sustancial» me parece que, en la Escritura, se llama también «árbol de vida», el cual, «si alguno tiende su mano y come de él, vivirá para siempre»³⁸. Con un tercer nombre llama Salomón a este árbol «la ciencia de Dios, que es el árbol de vida para quien la consigue, y quien la alcanza es bienaventurado»³⁹. Y como también los ángeles se alimentan de la sabiduría divina y, contemplando la sabiduría y la verdad, toman energías para realizar sus propias acciones, por eso se afirma en el libro de los salmos que también los ángeles se alimentan de él; y que los hombres de Dios, comprendidos en este caso bajo el nombre de hebreos, llevan vida en común con los ángeles y son como conciudadanos de ellos. De aquí el texto: «Comió el hombre pan de ángeles»⁴⁰. Y no debemos ser tan escasos de inteligencia que pensemos que es de un cierto pan material aquél que, según la narración del Exodo⁴¹, cayó del cielo para los que habían salido fugitivos de Egipto, del que se sirven los ángeles y del que [...] los hebreos fueron hechos partícipes [...]. Indagando cuál es el «pan sustancial», que al mismo tiempo es el árbol de la vida y de la sabiduría de Dios, y se constituye en alimento común de los hombres santos y de los ángeles, no será ajeno a este propósito volver nuestra atención a lo que se dice en el Génesis: tres varones se presentaron delante de Abrahán y comieron panes amasados a base de tres seas de flor de harina y cocidos al rescoldo⁴². Estas cosas probablemente no se dijeron con un solo sentido, sino en forma figurada, dando a entender que los santos pueden comunicar el alimento espiritual y racional no sólo a los hombres, sino también a las potencias divinas [...]. Se alegran efectivamente y se alimentan los ángeles con esta demostración; y se tornan más dispuestos para seguir prestando su máxima colaboración y poner su mejor empeño en enseñar doctrinas más elevadas a quien les proporciona esta alegría y, por así decirlo, los alimenta con las primeras doctrinas nutritivas asimiladas. Y no es de extrañar que los ángeles sean alimentados por el hombre, cuando el mismo Cristo confiesa que está a la puerta y llama para entrar a casa de quien le abra y cenar con él⁴³ de lo que tenga, dando él después de sus propios bienes a quien, primeramente, aceptó a la mesa—según sus posibilidades—al Hijo de Dios. Quien, pues, da firmeza a su corazón, participando del pan sustancial, se hace hijo de Dios [...]. Y si no repugna [...] que cada uno sea alimentado de esta o aquella persona, ¿por qué hemos de temer admitir en todas las potestades [...] y también en los

hombres el que pueda cada uno de nosotros alimentarse de todas estas cosas?

San Pedro, cuando [...] iba a hacer a los gentiles partícipes de la palabra divina, vio aquel «mantel sostenido por las cuatro puntas, que bajaba del cielo y en el que había todo género de cuadrúpedos y reptiles de tierra»; entonces se le ordena que, levantándose, mate y coma; y como se negara diciendo: «tú sabes que jamás cosa manchada o inmunda entró en mi boca», se le ordenó que no llamara manchado o inmundo a nada; porque lo que Dios había purificado, Pedro no lo debía llamar impuro [...]44.

La distinción, que establece la ley de Moisés, es una larga enumeración de animales a base de los alimentos puros e impuros; y, por analogía con las distintas costumbres de los seres racionales, es índice de que unos alimentos son nutritivos para nosotros y otros contraproducentes, hasta que Dios los purifica todos o, al menos, algunos de cada especie. Pero habiendo tenido lugar ya esta purificación, y siendo en consecuencia tan grande la variedad de alimentos, sólo uno entre todos los mencionados es

«el pan sustancial». Debemos pedir llegar a ser dignos de él, para que, nutridos del Verbo que, siendo Dios, «al principio estaba en Dios»45, nos transformemos en Dios.

Dirá alguno que el término *epiousion* se ha formado de *epienai* (=sobrevenir, avanzar, aproximar), con lo que se nos indicaría que debemos pedir el pan propio del siglo futuro, para que nos lo concediera ya Dios por anticipado y se nos diera hoy lo que habría de dársenos mañana, entendiendo por hoy la vida presente y por mañana la vida futura. Mas, siendo mejor—a mi criterio—la primera interpretación, tratemos de examinar el alcance del adverbio «hoy» añadido por san Mateo, o de la expresión «cada día», utilizada por san Lucas46.

Es costumbre en muchos lugares de la Escritura llamar «hoy» a todo el siglo47. [...] Y si «hoy» es todo este siglo, tal vez «ayer» se refiera al siglo pasado; esto es lo que sospechamos se dice en los salmos48 y en la Carta de san Pablo a los hebreos49. [...] Y no es de admirar que para Dios todo un siglo se compute por el espacio de un día de los nuestros. [...] Pues quien el día de hoy ruega a Dios, que existe por infinidad de infinidad, no sólo que lo reciba hoy, sino cada día, ese tal podrá recibir de «quien es poderoso, para hacer que copiosamente abundemos más de lo que pedimos o pensamos»50, [...] aun cosas superiores a las que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vinieron a la mente del hombre»51 [...].

IV. SAN CIRILO DE JERUSALÉN

(Cateq. XXIII, 15)

·CIRILO-DE-J/PATER PATER/CIRILO-DE-J

«El pan nuestro supersustancial dánosle hoy». Este pan

ordinario no es supersustancial. Pero el pan santo es supersustancial; es decir: preparado para sustancia del alma. Este pan no va al vientre ni se arroja a un lugar inmundo, sino que se distribuye por todo tu organismo para utilidad del cuerpo y del alma. Y aquel «hoy» se dice en lugar de «cada día», como también decía Pablo: «mientras se verifica aquel hoy»⁵².

V. SAN GREGORIO NISENO

(De oral. domin. IV (PG 44. 1167D- 1178A))

·GREGORIO-NISA/PATER PATER/GREGORIO-NISA

[...] Yo creo que las palabras, mediante las que se nos prescribe pedir «nuestro pan de cada día», contienen una doctrina precisa: que la naturaleza (humana), morigerada y contenta con poco, se asemeje a la que nada materialmente necesita. El ángel no pide a Dios el pan, por no necesitar tales cosas; pero al hombre se le ordena pedirlo, puesto que lo que se vacía necesita rellenarse [...]. De ahí que se nos mande buscar lo necesario, para conservar la naturaleza corporal. «Danos pan», decimos a Dios; no lujo, placeres ni riquezas, no elegantes vestidos de púrpura ni ornamentos de oro, piedras preciosas o vajilla de plata, no abundantes y anchos campos, ni el mando militar [...] ni cosa parecida, que distrae al alma del cuidado por cosas divinas y mejores; pedimos, más bien, pan. ¿Ves cuánta sabiduría contiene esta breve frase? Como si (el Señor) dijese a los que entienden: «¡Hombres!, ¡desistid de correr y distraeros tras vanos deseos! ¡dejad las causas de sufrimientos contra vosotros mismos! ¡pocas son las necesidades de vuestra naturaleza, [...] si os contentáis con lo necesario!» [...]. «Con el sudor y el trabajo comerás tu pan»⁵³ [...]. Basta de ocupar tu mente en esta necesidad ni angustiar tu alma por el cuidado del pan, diciendo más bien a quien «saca pan de la tierra» y «alimenta a los cuervos» y «da de comer a toda carne...»: «¡De ti he recibido mi vida, reciba también de ti lo necesario para ella!; ¡dame tú el pan, es decir, obtener alimento mediante un justo trabajo!». Pues si Dios es justicia, quien adquiere el alimento mediante la avaricia no puede obtener de Dios el pan. [...] El pan de Dios, en efecto, es sobre todo fruto de la justicia. [...] Por tanto, si cultivas propiedad ajena, practicas la injusticia y confirmas tu ganancia injusta con documentos escritos puedes ciertamente suplicar a Dios el pan, pero no escuchará tu petición. [...] ¡Examínate, pues, antes de pedir a Dios pan! [...].

Bella es también la adición «hoy» al decir: «danos hoy nuestro pan sustancial», [...], por la que debes aprender la transitoriedad

de la vida humana. Sólo el presente nos pertenece, siendo incierta la esperanza del futuro, puesto que ignoramos lo que nos deparará el día de mañana⁵⁴. ¿Por qué nos preocupamos, pues,

miserablemente de lo incierto? «¡Bástale a cada día su propio mal!»⁵⁵ [...]. ¿Por qué nos angustiamos por el mañana? Esta preocupación nos prohíbe quien nos prescribió (pedir para) hoy, como si dijese: «El que te da el día, te dará lo suficiente para el día». [...] Aprendamos, pues, lo que se debe pedir para hoy y para más tarde: el pan es necesario para hoy, mientras que el reino pertenece a la felicidad futura. Por pan se entienden todas las necesidades corporales. Si pedimos esto, es claro que el orante

se ocupa de lo transitorio. Pero si pedimos alguno de los bienes del alma la súplica se dirige a realidades imperecederas, las cuales, por mandato suyo, deben ser objeto preferido de nuestra oración: «¡Buscad—dice— el reino y la justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura!»⁵⁶.

VI. SAN AMBROSIO

(Los sacramentos V 4, 24-26)

·AMBROSIO/PATER PATER/AMBROSIO

[...] ¿Por qué decimos en la oración dominical «el pan nuestro»? Pedimos ciertamente el pan, pero decimos en griego *epiousios*, es decir, sustancial. No es éste un pan material que se transforma en nuestro cuerpo sino «el pan de vida eterna», que alimenta la sustancia de nuestra alma. Todo lo cual se llama en griego *epiousios*, mientras que en latín a este pan se le llama «cotidiano», porque los griegos llaman al día siguiente *epiousian* hemeran. Luego parece útil tanto lo que dicen los griegos como los latinos. Los griegos han reunido en un vocablo ambos significados, mientras que los latinos dicen «cotidiano». Si, pues, el pan es cotidiano, ¿por qué piensas recibirlo de año en año, como hacen los griegos en oriente? ¡Recibe «cada día» lo que cada día te beneficia! ¡Vive de tal modo que merezcas recibirlo cotidianamente! El que no merece recibirlo cotidianamente, no merece recibirlo cada año. Así como el santo Job ofrecía diariamente sacrificios por sus hijos⁵⁷, por temor que hubieran pecado de corazón o de palabra, tú, sabiendo que cada vez que se ofrece el sacrificio se anuncia la muerte del Señor, la resurrección del Señor, la ascensión del Señor⁵⁸ y la remisión de los pecados, ¿no recibirás cada día este «pan de vida»? Quien ha sido herido necesita curarse. Nuestra herida es estar bajo el pecado y nuestra medicina es el celestial y adorable sacramento. «Danos hoy nuestro pan de cada día». Si lo recibes cada día, cada día es «hoy» para ti. Si recibes hoy a Cristo, él resucita por ti «cada día». ¿Cómo? «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy»⁵⁹. Tiene, pues, lugar el «hoy» cuando Cristo resucita. «El es el mismo ayer y hoy»⁶⁰, dice san Pablo. Y en otro lugar afirma: «La noche ha pasado, se acerca el día»⁶¹. ¡Ha pasado la noche de «ayer»! y ¡se acerca el día de «hoy»!

VII. TEODORO DE MOPSUESTIA

(Hom. XI. 14)

·TEODORO-MOP/PATER PATER/TEODORO-MOP

[...] Como (el Señor) nos exhortase a conformarnos al mundo futuro [...] y, por otra parte, se podría pensar que pedía algo imposible, es decir, que seres mortales se modelasen según la vida inmortal, añadió brevemente: «Danos hoy el pan, que nos es necesario». Deseo, dice, que viváis para las cosas del mundo futuro y, estando aún en este mundo, reguléis vuestra vida, en lo posible, como si estuvieseis ya en la otra. No en el sentido de que no comáis ni bebáis, o que no uséis de lo necesario para esta vida; sino que, habiendo escogido el bien, lo améis y busquéis plenamente. Os permito usar las cosas de este mundo para satisfacer necesidades urgentes; pero no pidáis ni os esforcéis por tener de aquellas más que las de uso. Pues lo que dice san

Pablo:

«Nos basta con tener el alimento y el vestido»⁶², es lo que el Señor designa aquí «el pan», llamando así lo que es preciso usar, dado que, según la opinión general, el pan es lo más preferible para el alimento y la sustancia de esta vida.

Pero este «hoy» designa también el «ahora», pues existimos «hoy», no «mañana»; porque, aun cuando lleguemos al día siguiente, cuando lleguemos, estaremos en el «hoy». La sagrada Escritura designa «hoy» lo que ahora está presente o próximo.

Así: «Hoy, si escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la rebelión, [...] sino consolaos cada día, mientras aquel hoy perdura»⁶³. Lo que significa: mientras estamos en este mundo, pensemos escuchar continuamente esta palabra, y cada día estimulará esta voz nuestra conciencia, mantendrá despierta nuestra alma y la estimulará a corregir nuestras costumbres, alejándonos del mal y adheriéndonos al bien

Progresems cada día sobre (el conocimiento de) lo que somos mientras en este mundo tenemos el tiempo de la corrección y de la penitencia; pues, cuando dejemos este mundo, se habrá alejado ese tiempo y habrá llegado el tiempo del juicio. Por eso dice nuestro Señor: «danos hoy el pan que nos es necesario»; es decir, mientras estamos en esta vida, tenemos necesidad de lo que nos es preciso usar; no os quito ni os prohibo el alimento, la bebida, el vestido ni demás cosas necesarias a la subsistencia del cuerpo. Teniéndolas, nos es necesario servirnos de ellas. Y no es reprehensible aceptarlas, cuando las recibimos de otros, dado que no es indecente pedirselas a Dios. De otro modo ¿cómo sería un mal usar lo que nos es permitido pedir a Dios, porque es útil a la subsistencia y conservación de la naturaleza?

«Pan» es, en efecto, el nombre por él dado a lo que sirve para la subsistencia de la naturaleza. Lo «que nos es

necesario»

significa: «según nuestra naturaleza», es decir, útil y necesario a su conservación. Siendo el Creador quien ha impuesto su uso, conviene que poseamos lo «necesario».

No conviene, sin embargo, a quienes desean la perfección, adquirir ni conservar lo superfluo ni lo que sobrepasa al uso necesario. Ahora bien, que sea necesario pedir lo que conviene estrictamente al uso, lo indicó él claramente al decir: «que nos es necesario»—es decir, lo que es útil y necesario a nuestra naturaleza—, y añadir «hoy». Pues si el autor de la naturaleza decidió que tales cosas fuesen necesarias en este mundo, es justo pedir las y no es reprehensible servirse de ellas.

Nadie, sin embargo, debe pedir a Dios ni esforzarse por adquirir lo que sobrepasa a aquello. Porque lo que no es imprescindible a nuestra subsistencia ni de uso necesario, lo amontonaríamos y pasaría a otros, sin obtener ventaja alguna quien se esforzó por acumularlo y adquirirlo: tras su muerte, aun a pesar suyo, pasará a otros. Pues nuestro Señor rechazó absolutamente el cuidado de lo superfluo, pero no prohibió el uso de lo necesario; al contrario, prescribió incluso pedirlo a Dios.

VIII. SAN JUAN CRISÓSTOMO

(Homilías sobre san Mateo, XIX 5)

·JUAN-CRISO/PATER PATER/JUAN-CRISO

¿Qué quiere decir: «el pan de cada día?». ¡El que basta para un día! Había dicho el Señor: «hágase tu voluntad, como en el cielo así también en la tierra»; pero no se olvida de que habla con hombres vestidos de carne y sometidos a la necesidad de la naturaleza y que no pueden tener la misma impasibilidad de los ángeles. Los mandamientos, sí que quiere que los cumplamos como los cumplen los ángeles; pero en lo demás condesciende con la flaqueza de nuestra naturaleza. Perfección de vida—nos dice—, os exijo la misma que a los ángeles; impasibilidad, no.

Porque tampoco lo consiente la tiranía de la naturaleza, que necesita del alimento ineludible.

Pero advertid, os ruego, cómo hasta en lo material pone el Señor mucho de espiritual, pues no nos manda pedir en nuestra oración ni dinero, ni placeres, ni lujosos vestidos, ni cosa semejante; sólo pan, y «pan de cada día», de modo que ni siquiera nos preocupemos por el de mañana. Por eso añadió: «el pan nuestro de cada día», es decir, suficiente para el día. Y todavía no se contentó con esa palabra, sino que añadió otra, diciendo: «dánosle hoy». No fatigarse, pues, más allá del día de hoy con la preocupación del de mañana. ¿A qué sufrir la preocupación de un día, que no sabes si lo verás amanecer? Es lo que nos encarecerá luego más expresamente, cuando nos diga:

«No os preocupéis por el día del mañana»⁶⁴. y es que quiere que

estemos de todo punto ligeros para la marcha y con las almas prestas, no concediendo a la naturaleza más que aquello que de estricta necesidad nos exige.

IX. SAN AGUSTIN

(1. Serm. Mont., II. VII 25-27; 2. Serm. 56, 9-10; 3. Serm. 57. 7; 4. Serm. 58, 5)

·AGUSTIN/PATER PATER/AGUSTIN

1) El pan cotidiano o significa todas las cosas necesarias para el sustento de la vida presente, a propósito de las cuales al legislar dijo el Señor: «No andéis acongojados por el día de mañana»⁶⁵, y en conformidad con este último precepto fue añadido en la oración dominical: «dánosle hoy»; o significa el sacramento del cuerpo de Cristo, que todos los días recibimos; o el manjar espiritual, del que el mismo Señor dice: «trabajad para tener el manjar que no se consume»⁶⁶; y también aquello otro: «Yo soy el pan vivo, que ha descendido del cielo»⁶⁷. Pero conviene examinar cuál de estas tres cosas es la más probable:

— Puede ser que alguno inquiere por qué hemos de orar para conseguir las cosas necesarias a esta vida, como son, por ejemplo, el alimento y el vestido, habiéndonos dicho el Señor «no os acongojéis por el cuidado de vuestro sustento o de vuestro vestido»⁶⁸. ¿Puede acaso alguno dejar de anhelar las cosas por las cuales ora para conseguirlas, siendo así que la oración debe ser dirigida con una atención tan grande, que a esto se refiere [...]: «buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura»⁶⁹. Evidentemente, el Señor no dice: «buscad primero el reino de Dios y después buscad estas cosas», sino que dice: «y todas estas cosas se os darán por añadidura», esto es, incluso a los que no las buscan. Mas yo no conozco manera cómo pueda decirse con verdad que alguno no busca aquello que, para recibirlo, suplica a Dios con la mayor atención.

— Respecto al sacramento del cuerpo del Señor, para no entrar en cuestión con muchos orientales que no participan cada día de la cena del Señor, llamándose «cotidiano» este pan; para que ellos se callen y, en esta materia, no defiendan su opinión, apoyándose en la autoridad eclesiástica, alegando que hacen eso sin escándalo, sin que los jefes de las iglesias se opongan y sin que sean acusados de desobediencia los que obran de esa manera, lo cual prueba que en aquellos lugares orientales no se da este sentido a las palabras «pan cotidiano», porque de otra manera serían argüidos de pecado grave los que no lo recibieran diariamente; para no discutir ninguna de esas opiniones, diremos que todo aquel que reflexione verá claramente que hemos recibido del Señor una regla para orar, la cual no debe traspasarse ni

añadiendo ni omitiendo cosa alguna. Pues, viendo esto así, ¿quién hay que se atreva a decir que una vez solamente debemos rezar la oración dominical, o que aunque se rece dos o tres veces, sólo hasta aquella hora en que recibimos el cuerpo de Cristo, pero que después no ha de orarse así en las restantes horas del día?

Porque no podemos decir «dánosle hoy» al que ya hemos recibido, ni debemos ser obligados a celebrar este sacramento en la última parte del día.

— En vista de esto, resta que por «pan cotidiano» entendamos el espiritual, a saber, los preceptos divinos, los cuales conviene meditar y cumplir todos los días. Porque acerca de ellos dijo el Señor: «Trabajad para obtener el manjar que dura hasta la vida eterna»⁷⁰. Pues este alimento llámase «cotidiano» ahora, mientras esta vida temporal se desarrolla por días, que pasan y se suceden. Y, en realidad, los afectos del alma alternan, dirigiéndose [...] ya a lo espiritual ya a lo carnal; como aquél, que en algún tiempo se recrea con alimento y en otro padece hambre, necesita todos los días pan para calmar el hambre y restaurar las fuerzas; como nuestro cuerpo en esta vida [...] repone con el alimento las energías que pierde en el continuo desgaste, así también el alma, por cuanto sufre como una disminución de amor a Dios causada por los afectos temporales, necesita restaurarse con el alimento de los preceptos divinos.

Al decir: «dánosle hoy», se emplea la palabra «hoy» para expresar todo el tiempo que dura esta vida temporal. Porque después de esta vida seremos saciados del alimento espiritual por toda la eternidad, de tal modo que no se llamará «pan cotidiano», porque allí no existirá más la movilidad del tiempo, que hace que los días sucedan a los días. Lo de «cada día» ha de entenderse según aquellas palabras del salmo, que dice: «Hoy, si oyereis la voz del Señor»⁷¹; las cuales interpreta el apóstol en la Carta a los hebreos del siguiente modo: «mientras dura el hoy»⁷², esto es, mientras vivís; así también ha de entenderse aquí «dánosle hoy».

Si alguno quiere interpretar también esta sentencia del alimento necesario para el cuerpo o del sacramento del cuerpo del Señor, conviene que entienda juntamente todas las tres cosas, a fin de que ciertamente pidamos a la vez el pan necesario al cuerpo, el visible consagrado en el sacramento y el invisible de la palabra de Dios.

2) Cuando dices: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy», te confiesas mendigo de Dios; mas no te sonrojes: por muy rico que sea uno en la tierra, es mendigo de Dios. Está el mendigo a la puerta del rico, y el rico a la puerta del gran rico. Al rico se le pide, y él pide a su vez. Si no fuera mendigo, no llamaría con la oración en los oídos de Dios. Y ¿qué necesita el rico? Me atrevo a decirlo: necesita también «el pan cotidiano». ¿Por qué nada él en la

abundancia de todo? ¿De dónde le viene, sino del favor divino? ¿Qué tuviera, si Dios retirase la mano? Muchos que se acostaron ricos, ¿no despertaron pobres? Si, pues, nada le falta, misericordia es de Dios. Mas este pan, con que se llena el vientre y a diario se rehace la carne, este pan, digo, ya veis se lo otorga Dios no sólo a quienes le bendicen, sino también a los que le blasfeman: «Él hace salir el sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos e injustos»⁷³. Si le bendices, te da de comer; si le blasfemas, te da de comer. Para que hagas penitencia, te aguarda; y si no te mudares, te condena.

Viendo, pues, que reciben de Dios este pan buenos y malos, ¿te figuras no hay un pan, el pan de los hijos, del que decía el Señor en el evangelio: «no está bien tomar el pan de los hijos para echárselo a los perros»?⁷⁴. Sin duda le hay, y sin él no es posible vivir: ¡sin este pan no podemos! Descaro fuera pedirle riquezas a Dios, no lo es pedirle «el pan de cada día». Una cosa es solicitar pábulo del orgullo; otra, pedirle modo de vivir. Sin embargo, como este pan visible y palpable se les concede a los buenos y a los malos, ha de ser otro «el pan cotidiano» que piden los hijos: es la palabra de Dios, que se nos da cada día, «pan nuestro cotidiano», del que se nutren las mentes y no los vientres.

Obreros ahora nosotros de la viña, nos es necesario, pero es mantenimiento, no salario. Ambas cosas le debe al obrero quien le arrienda para la viña: comida, por que no desfallezca, y salario que se alegre. Nuestro «alimento cotidiano» en esta tierra es la palabra de Dios, que siempre se les está dando a las iglesias; el jornal que sigue a nuestra labor denomínase «vida eterna». Y si, además, en este «pan cotidiano» ves lo que reciben los fieles [=eucaristia] y vosotros habéis de recibir una vez bautizados, en su punto está rogar diciendo: «el pan nuestro de cada día dánosle hoy» para vivir de modo que jamás nos separemos de aquel altar.

3) Danos lo eterno; danos también lo temporal. Nos has prometido el reino, y no puedes negarnos los medios para llegar a él. Nos darás en ti una gloria sempiterna; pero es preciso que nos concedas ahora el alimento corporal, y que nos lo des todos los días, que nos lo des hoy, que nos lo des en todo el tiempo que quieras tenernos sobre esta tierra. Después que haya pasado esta vida, ¿tendremos necesidad de pedir el pan de cada día? Entonces no existirá la palabra «cada día», porque siempre será hoy. ¿Puede pensarse en el día de mañana, sabiendo que es eterno el día en que vivimos? De dos maneras debe entenderse la petición del «pan cotidiano»: por la necesidad del sostenimiento de la carne, y por la necesidad del alimento del espíritu: la necesidad del alimento para el cuerpo, se funda en la misma necesidad de la vida. En los alimentos quedan comprendidos los vestidos y por eso, cuando pedimos pan, pedimos asimismo con

qué cubrir nuestro cuerpo. También los fieles conocieron el alimento espiritual que vosotros habréis de recibir del altar de Dios. Será también «el pan cotidiano» y del todo necesario para la vida. ¿Por ventura habremos de recibir la sagrada eucaristía cuando nos acerquemos a Cristo y empecemos a reinar con él? Luego la eucaristía es también «nuestro pan cotidiano». Pero es preciso recibirle de tal forma que no solamente reparemos con él las fuerzas del cuerpo, sino también las del alma. La eficacia, que este pan encierra, es unidad: ¡reducidos a su Cuerpo y convertidos en miembros suyos, debemos empezar a ser lo que recibimos! Entonces será verdaderamente este pan «nuestro pan cotidiano». Pan cotidiano [...] son también las lecciones santas que oís en la iglesia, y los himnos que escucháis y cantáis. Pan cotidiano es todo esto, y absolutamente necesario para nosotros, mientras vivamos en este destierro. ¿Pensáis que cuando lleguemos allá habremos de escuchar la lectura de los libros santos? Allí oiremos al Verbo, veremos al Verbo, comeremos al Verbo, y beberemos al Verbo, como hacen los ángeles ahora. ¿Acaso necesitan los ángeles de los sagrados códices, ni de lectores, ni de expositores? ¡No pase por vosotros tan absurdo pensamiento! Los ángeles leen viendo, y ven la misma verdad y beben en la verdadera fuente, de la cual sólo recibimos nosotros como un rocío.

Baste esto sobre «el pan de cada día». Y no dejemos de pedirlo, puesto que nos es necesario para poder vivir.

4) Puede tomarse esta parte de la oración simplemente como una súplica, para que se nos conceda abundancia de medios con que sostener la vida presente; y si no abundancia, por lo menos que no nos falte lo necesario. «De cada día» quiere decir todos los días, porque todos los días nos levantamos, todos los días

comemos, y todos los días tenemos hambre. ¡Danos, pues, el pan para cada día! ¿Por qué no pedimos que nos dé también abrigo?

Nuestro sostenimiento consiste en la comida y en la bebida; nuestro abrigo, en el vestido y en el techo. No apetezca el hombre más que esto. El apóstol dice: «Nada hemos traído a este mundo y nada sacaremos tampoco de él; con tal que tengamos qué comer

y con qué cubrirnos podemos estar contentos»⁷⁵. Con que perezca la avaricia, será rica la naturaleza. Luego, si el «pan nuestro de cada día» se refiere al sustento del cuerpo, como claramente se ve, no nos extraña si en él se incluye todo lo demás que necesitamos. José invitó a sus hermanos diciendo de ellos: «estos hombres comerán hoy el pan conmigo»⁷⁶. ¿Es que habían de comer solamente pan? No; es que en el pan van comprendidos todos los alimentos. Así es que, cuando pedimos «el pan de cada día», suplicamos todo lo que conviene al sostenimiento del cuerpo. Pero ¿qué nos dice Jesús?: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura»⁷⁷.

Por este pan cotidiano se entiende también la eucaristía. Saben muy bien los fieles lo que reciben; y bueno es que reciban este «pan de cada día», necesario para mientras vivamos en la tierra.

Ruegan por sí mismos para hacerse buenos y para poder perseverar en la bondad: en la fe y en la disciplina. Eso es lo que desean, eso es lo que piden; porque si no perseverasen en la virtud, serán separados de aquél. Luego, ¿qué significa «el pan nuestro de cada día»? Que vivamos de tal suerte que no nos veamos arrojados de altar.

La palabra de Dios, que todos los días se os explica y que en cierto modo se parte, es «pan cotidiano». Y lo mismo que los estómagos desean aquel otro pan que alimente los cuerpos, así la mente desea éste, para alimento del alma. ¡Ambos panes quedan incluidos en la petición, que os estamos explicando!

X. SANTA TERESA DE JESUS

(Camino de perfección, cap. 33-35)

·TEREJ/PATER PATER/TEREJ

Entendiendo el buen Jesús [...] que muchas veces hacemos entender que no entendemos cuál es la voluntad del Señor, [...] y que ere menester medio, [...] pues cumplirlo vio ser dificultoso, [...] buscó un medio admirable adonde nos mostró el extremo de amor que nos tiene, y [...] pidió esta petición: «el pan nuestro de cada día donosle hoy, Señor». Entendamos, hermanas, por amor de Dios, esto que pide nuestro buen maestro, que nos va la vida en no pasar de corrida por ello, y tener en muy poco lo que habéis dado, pues tanto habéis de recibir.

Paréceme ahora a mí, [...] que visto el buen Jesús lo que habrá dado por nosotros, y cómo nos importa tanto darlo, y la gran dificultad que había, como está dicho, por ser nosotros tales y tan inclinados a cosas bajas, y de tan poco amor y ánimo, que era menester ver el suyo para despertarnos, y no una vez, sino cada día, que aquí se debía determinar de quedarse con nosotros. Y como era cosa tan grave y de tanta importancia, quiso que viniese de la mano del eterno Padre. [...] Bien entendió que pedía más en esto que ha pedido en lo demás porque ya sabía la muerte que le habían de dar, y las deshonoras y afrentas que había de padecer.

Pues ¿qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado a su hijo y tal hijo, y parándole tal, quisiera consentir se quedara entre nosotros cada día a padecer? Por cierto, ninguno, Señor, sino el vuestro [...]. Mas vos, Padre eterno, ¿cómo lo consentisteis? ¿por qué queréis cada día ver en tan ruines manos a vuestro Hijo? Ya que una vez quisisteis que lo estuviese y lo consentisteis, ya veis cómo le pararon. ¿Cómo puede vuestra piedad cada día, cada día, verle hacer injurias? ¡Y cuántas de manos enemigas suyas le debe de ver el Padre! ¡Qué de desacatos de estos herejes!

¿Oh Señor eterno! ¿Cómo aceptáis tal petición? ¿Cómo lo consentís! No miréis su amor, que a trueque de hacer cumplidamente vuestra voluntad, y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos. Es vuestro de mirar, Señor mío, ya que a vuestro Hijo no se le pone cosa delante. ¿Por qué ha de ser todo nuestro bien a su costa? ¿Por qué calla a todo, y no sabe hablar por sí, sino por nosotros? Pues ¿no ha de haber quien hable por este amantísimo cordero? He mirado yo cómo en esta petición sola duplica las palabras, porque dice primero y pide que le deis esta pan de cada día, y torna a decir: «dádnoslo hoy, Señor». Pone también delante a su Padre. Es como decirle que ya una vez nos le dio para que muriese por nosotros, que ya nuestro es; que no nos lo torne a quitar hasta que se acabe el mundo; que le deje servir cada día.

[...] ¡Oh Padre eterno, que mucho merece esta humildad! ¡Con qué tesoro compramos a vuestro Hijo! Venderle, ya sabemos que por treinta dineros; mas para comprarle no hay precio que baste. Como se hace aquí una cosa con nosotros por la parte que tiene de nuestra naturaleza, y como Señor de su voluntad, lo acuerda a su Padre, que pues es suya, que nos la puede dar; y así dice: «pan nuestro». No hace diferencia de él a nosotros, mas hacemosla nosotros de él, para no darnos cada día por su majestad.

Pues en esta petición de cada día, parece que es para siempre. Estando yo pensando por qué después de haber dicho el Señor: «cada día», tornó a decir: «dádnoslo hoy, Señor»; ser nuestro cada día, me parece a mí porque acá le poseemos en la tierra y le poseeremos también en el cielo, si nos aprovechamos bien de su compañía; pues no se queda para otra cosa con nosotros, sino para ayudarnos, y animarnos y sustentarnos a hacer esta voluntad, que hemos dicho se cumpla en nosotros.

El decir «hoy», me parece es para un día, que es mientras durare el mundo, no más. [...] Y así le dice su Hijo, que pues no es más de un día, se le deje ya pasar en servidumbre; que pues su majestad ya nos le dio y envió al mundo por sola su voluntad, que él quiere ahora por la suya propia no desampararnos, sino estarse aquí con nosotros [...] este pan sacratísimo para siempre, [...] este mantenimiento y maná de la humanidad, que le hallamos como queremos, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre, que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el santísimo sacramento sabor y consolación [...]. Pedid vosotras, hijas, con este Señor al Padre que os deje hoy a vuestro esposo, que no os veáis en este mundo sin él: [...] mas suplicadle que no nos falte, y que os dé aparejo para recibirle dignamente. De otro pan, no tengáis cuidado las que muy de veras os habéis dejado en la voluntad de Dios; digo en estos tiempos de oración que tratáis cosas más importantes, que tiempos hay otros para que trabajéis y ganéis de comer. Mas con

el cuidado, no curéis gastar en eso el pensamiento en ningún tiempo; sino trabaje el cuerpo, que es bien procuréis sustentarnos, descansen el alma. Dejad ese cuidado, como largamente queda dicho, a vuestro esposo, que él le tendrá siempre. [...] Nosotras pidamos al Padre eterno merezcamos recibir el nuestro pan celestial de manera que, ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle por estar tan encubierto, se descubra a los del alma y se le dé a conocer, que es otro mantenimiento de contentos y regalos. y que sustenta la vida [...].

X. CATECISMO ROMANO (IV, V 1-23) PATER/CATECISMO- ROMANO

1. Por qué esta petición

La prueba más contundente de la convivencia y aun necesidad de esta petición del padrenuestro la tenemos en la misma indigencia que todos experimentamos de las cosas que en ella se piden para conservar la vida corporal. Necesidad más aguda en nosotros que en los primeros padres, por la distinta condición en que a todos nos dejó su primer pecado.

— Ciertamente que Adán y Eva necesitaban también, aun en su primitivo estado de inocencia, tomar alimentos para conservar y reparar las fuerzas del cuerpo; pero no necesitaban [...] tantas y tantas cosas, como han llegado a ser indispensables para la naturaleza caída. Para proveer ampliamente a todas las exigencias, hubiérales bastado el fruto del «árbol de la vida», plantado por Dios en medio del paraíso. Y no por esto habrían transcurrido sus vidas en el ocio. Dios les impuso el deber del trabajo; no un trabajo molesto y fatigoso, sino una ocupación grata y agradable, a la que siempre habrían correspondido los suavísimos frutos de aquella tierra fecunda. Sus trabajos, sin fatigas, se habrían visto siempre coronados por el premio: ¡la tierra jamás fallaría a sus esperanzas!

— Con el primer pecado, la humanidad entera fue arrojada del paraíso, privada del árbol de la vida y condenada a la fatiga del duro trabajo⁷⁸. [...] Nuestra condición y panorama cambió por completo. Todo nos sucederá al revés de lo que hubiera acaecido a Adán y a su descendencia, de no haber existido el pecado de origen. Situación tanto más dura la nuestra, cuanto que no pocas veces los más fatigosos trabajos, los más grandes gastos y sudores no se ven coronados por el fruto impedido o arruinado

por la esterilidad del terreno, por las intemperies del tiempo, por las sequías, piedra, langosta, pulgón y otras enfermedades que pueden inutilizar en bien poco tiempo el trabajo de temporadas y aun de años enteros. Castigo, la mayor parte de las veces, de nuestros pecados; porque Dios mantiene su tremenda

condenación: «con el sudor de tu rostro comerás el pan»⁷⁹, y retira sus bendiciones fecundantes de nuestros pobres trabajos. Realmente es dura nuestra vida e inmensas sus necesidades, agravadas casi siempre por nuevas culpas. Nuestra esperanza y nuestros esfuerzos serán vanos e inútiles, si el Señor no los acompaña con sus bendiciones⁸⁰. [. . .] Toda nuestra vida, pues, y las cosas terrenas de las que ella depende, se encuentran, en último análisis, en manos de Dios. Esta reflexión nos estimulará y obligará a todos a volver los ojos a «nuestro Padre, que está en los cielos», y a suplicarle humildemente los bienes terrenos juntamente con los espirituales. [...] Plegaria que en nosotros debe ser siempre confiada, porque sabemos que Dios, nuestro Padre, goza en oír la voz de sus hijos y, al sugerirnos que le pidamos «el pan de cada día», nos promete escucharnos con la abundancia de sus dones⁸¹ [...].

2. El pan nuestro de cada día...

La palabra «pan» tiene en la Sagrada Escritura especialmente dos significados: a) el alimento material y todo lo que necesitamos para la conservación de la vida del cuerpo; b) todos los dones de Dios necesarios para la vida espiritual y para la salud y salvación del alma⁸².

a) Es constante doctrina de los padres, que en esta petición del padrenuestro imploramos las cosas necesarias para la vida terrena. Sostener que el cristiano no debe preocuparse de las necesidades materiales y que, por consiguiente, no deben ser objeto de nuestras plegarias los bienes de la tierra, es contrario no sólo a la doctrina de la iglesia y a las enseñanzas de los padres, sino también al sentido de la Escritura misma, que tantos ejemplos nos ofrece de estas peticiones⁸³ [...]. Es claro, pues, que con el «pan de cada día» pedimos en esta plegaria todo lo necesario para la vida de la tierra; [...] no pedimos a Dios abundancia de riquezas ni exquisitez de alimentos o vestidos lujosos, sino la cantidad suficiente y la calidad conveniente a nuestra condición⁸⁴.

[...] Esta frugalidad y parsimonia va expresada también en la palabra adjunta a la petición: «nuestro». Con ella significamos que pedimos y esperamos de Dios únicamente lo que nos es necesario y no lo que pudiera servir para lujos innecesarios y excesos superfluos. Y lo llamamos «nuestro» no porque nosotros podamos proporcionárnoslo sin la ayuda de Dios, sino porque nos es necesario, y como tal lo esperamos de la ayuda divina⁸⁵. [...] Lo llamamos «nuestro», además, porque con pleno derecho lo pedimos a Dios y con pleno derecho podemos procurárnoslo mediante nuestro trabajo, no con injusticias, robos o fraudes⁸⁶.

[...] Y no sólo pedimos el poder retener y usar lo que lícitamente hemos adquirido con nuestro ingenio y sudor, ayudados por la

gracia divina; pedimos también que Dios nos conceda recto discernimiento y sano juicio, para saber usar de estas cosas con toda prudencia y equidad en bien nuestro y nuestros prójimos. De nuevo nos insiste la petición en el concepto de moderación y frugalidad con la palabra «cotidiano»: lo necesario para cada día.

No entra en el orden de la providencia que busquemos abundancia de comidas y bebidas, variedades y exquisiteces de alimentos; el cristiano debe contentarse con lo necesario para satisfacer sus necesidades naturales: ¡lo superfluo, lo refinado, lo excesivo, no va bien con los hijos de Dios!⁸⁷.

b) Añádese a este pan material el espiritual, que también pedimos a Dios en esta plegaria. Significa este «pan espiritual» todo cuanto en esta vida nos es necesario para la salud y robustez de la vida del alma y para conseguir la salvación eterna.

[...] Pan del alma es, ante todo, la palabra de Dios⁸⁸. [...] Pero el verdadero pan y manjar del alma es Cristo nuestro Señor. El mismo nos dice: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo»⁸⁹. [...] De manera especialísima, Cristo es «pan substancial» en el sacramento de la eucaristía, prenda inefable de amor que él nos dejó antes de retornar al Padre. «El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él. Tomad y comed; esto es mi cuerpo»⁹⁰. Cristo eucaristía es en verdad «nuestro pan», porque sólo pertenece a los cristianos, y entre éstos, a quienes purificados de sus pecados en el sacramento de la penitencia, le reciben con santidad y devoción. Y es «pan cotidiano», porque cada día se ofrece en la iglesia en sacrificio y se distribuye a las almas, y cada día se ha de recibir como alimento o, por lo menos, se debe vivir en disposición de poder recibirlo. A quienes, con un falso y peligroso rigorismo, pretenden alejar las almas de la comunión por largos intervalos de tiempo escribe justamente san Ambrosio: «Si es pan de cada día, ¿por qué ha de recibirse de año en año? Toma cada día lo que cada día te aproveche y vive de modo que merezcas tomarlo cada día»⁹¹.

3. ... dánosle hoy

Claramente se comprende que al rezar al Señor: «el pan nuestro de cada día dánosle», hacemos un acto de fe y adoración profunda en la omnipotencia de Dios, en cuyas manos están todas las cosas⁹² y de quien únicamente pende nuestra vida. Con estas palabras deponemos todo pensamiento de orgullo. Es la voluntad divina la que únicamente posee y puede conceder todas las

cosas. De aquí que también los ricos y poderosos tengan obligación de pedir lo que necesitan, aunque parezca que nada les falta. Si es cierto que abundan en bienes no lo es menos que todo lo recibieron de Dios y que, además, a él deben suplicar y sólo de él deben esperar su conservación⁹³.

[...] Decimos «dánosle» y no «dámelo», porque es exigencia de

la caridad el pensar en las necesidades ajenas y el preocuparse de los intereses del prójimo además de los propios. Tanto más, cuanto que el Señor nos concede sus bienes no para que nos sirvan egoísticamente a nosotros solos, sino para que nos sirvamos de ellos, para el bien y caridad de los hermanos necesitados.

[...] La palabra «hoy», nos recuerda y representa al vivo nuestra común miseria. ¿Quién llegará a hacerse ilusiones de poder proveer con su trabajo las cosas necesarias a una larga vida, cuando ni siquiera sabe si ésta conocerá el día de mañana? Quiere el Señor que no presumamos del mañana, y ni siquiera del hoy, para que cada día hagamos depender nuestra jornada de sólo su beneplácito y de los dones de su divina providencia, y cada día nos acordemos de acudir al «Padre, que está en los cielos» [...].

XII. D. BONHOEFFER

(O. C., 178)

PATER/BONHOEFFER

Mientras los discípulos se encuentren en la tierra, no deben avergonzarse de pedir a su Padre celeste los bienes de la vida material. El que ha creado a los hombres sobre la tierra quiere conservar y proteger sus cuerpos. No quiere que su creación se vuelva despreciable. Lo que piden los discípulos es un pan común. Nadie puede tenerlo para sí solo. Y también piden a Dios que dé su pan diario a todos sus hijos sobre la tierra, porque son sus hermanos según la carne. Los discípulos saben que el pan producido por la tierra viene, en realidad, de arriba, es don exclusivo de Dios. Por eso no cogen el pan, sino que lo piden. Por ser el pan de Dios, llega cada día de nuevo. Los seguidores de Jesús no piden provisiones, sino el don cotidiano de Dios, con el que pueden prolongar sus vidas en la comunión con Cristo, y por el que glorifican la bondad clemente de Dios. En esta súplica es puesta a prueba la fe de los discípulos en la actividad viva de Dios sobre la tierra, que busca su bien.

XIII. R. GUARDINI

(O. c.. 381-398)

PATER/GUARDINI

1. El pan de cada día

Estamos ante la cuarta petición del «padrenuestro», en que se expresa con pureza la confianza del hombre, tan necesitado, en el Dios rico y bondadoso, diciendo así: «danos hoy nuestro pan necesario».

Antes de penetrar en su contenido, hemos de fijarnos primero en el texto. En él hay una palabra cuyo significado no está muy claro, por lo cual se traduce de diversas maneras. Lo que nosotros decimos como «de cada día», en el griego es *epiúsios*, [...]. Algunos traductores le dan un sentido temporal [...]: el pan «para el próximo día» de modo que el que habla, estando en el día de hoy, pediría a Dios que le dé lo que sustentará su vida también mañana, librándole así del cuidado por el porvenir inmediato.

Otros traducen: el pan que nos alimenta «todos los días», dánoslo hoy también [...]. Pero otros ven en esta palabra una determinación de cualidad, y piensan que significa lo adecuado, lo esencial, lo necesario; según eso, se pediría el pan que corresponde, que nos hace bien. Por fin, se encuentra todavía una cuarta interpretación [...]: partiendo del elemento de esta palabra, que viene del griego *ousia*, esencia o sustancia, se entiende la palabra en sentido de «supersubstancial»: superando todo natural; según eso, se aludiría al pan de la eucaristía, del que dice Jesús que es «el pan venido del cielo, el verdadero»⁹⁴. De cualquier modo que sea, en todo caso, en esta petición surge la imagen del Padre como el gran amo de la casa del mundo, que se preocupa de los suyos, para que puedan estar seguros cuando se acercan a él con confianza y le ruegan que les dé lo que les hace falta. [...] Jesús, que está lleno de la conciencia del amor y el poder de su Padre nos exhortaría: ¡id a él y pedidle lo que os hace falta; él os lo dará!

Ahora vamos a penetrar más, preguntando qué puede significar la palabra «pan».

[...] Por lo pronto, la forma básica del alimento, lo que se prepara con las mieses del campo. Pero «pan» y «comer pan» tienen en el nuevo testamento una significación más amplia: la comida en general. [...] Luego vemos cómo va creciendo el sentido de la palabra. Recordemos lo que cuenta san Juan en el sexto capítulo: Jesús ha dado de comer a los hambrientos en el desierto, se ha retirado luego a la soledad, y por fin ha ido por el lago a Cafarnaún⁹⁵; mientras tanto, la gente ha acudido a reunirse allí, y él les dice: «Me buscáis no porque visteis señales (complétese: «y las comprendisteis»), sino porque comisteis el pan y os hartasteis⁹⁶; y piensan que ahora se ha de repetir. Pero ¡no os preocupéis por el alimento terrenal! Hay otro pan que no es de la tierra, sino «que baja del cielo y da la vida»⁹⁷. Ese es el auténtico: y luego viene la frase inaudita: «Yo soy el pan de la vida»⁹⁸.

Con eso se quiere decir, ante todo, que él sacia el afán del hombre por la verdad: «El que viene a mí, no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá nunca sed»⁹⁹. [...] Pero su mensaje da un paso hacia algo todavía mayor, algo que aparentemente supera toda medida de lo racional y lo adecuado, y dice: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá

eternamente. Y el pan que yo le daré es mi carne para la vida del mundo»¹⁰⁰. Los oyentes se rebelan: «¿cómo puede éste darnos a comer su carne?»¹⁰¹. Pero él repite y refuerza sus palabras: «de veras, de veras os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros... El que come mi carne y bebe mi sangre, se queda en mí y yo en él»¹⁰². [...] El mensaje del pan y de su abundancia llega a su plenitud cuando se anuncia la misma vida eterna bajo la imagen de una comida¹⁰³ [...]: ¡El misterio del eterno banquete, en que llega a plenitud el de la eucaristía!

[...] Así, pues, cuando el Señor nos dice con su oración que hemos de ir al Padre y pedirle el pan que necesitamos, entonces ese «pan» incluye desde el alimento en la mesa de casa hasta el misterio de la eterna comunidad con Dios.

Pero todavía hemos de tomar conciencia de algo que solemos pasar por alto. La petición del «pan de cada día» se ha extendido a todo lo que necesita el hombre para poder organizar una vida rica y fecunda. ¿Era cierto? Al oír la petición, tal como se expresa inmediatamente, sentimos en ella tal espíritu de modestia e incluso de menesterosidad, que podríamos llegar a pensar: ¡el único que pronuncia esa petición con buen derecho es el pobre!

[...] Eso es intranquilizador, pues ¿qué ocurre entonces con nuestra propiedad, con la riqueza de la vida, y no con la [...] mal adquirida,

sino también con la honrada? Nuestra situación, ¿es tal como para que podamos pronunciar desde ella con toda confianza el «padrenuestro»? Aceptemos la pregunta y reflexionemos una vez sobre ella, a ver si, ya que no todas las consecuencias, al menos se ha de sacar ésta: que el cristiano, conforme al sentido de Jesús, sólo puede poseer aquello que también pueda pedir al Padre en buena conciencia...

PROVI/LEY-NATURAL D/CAUSA-PRIMERA: Más allá de lo que hemos dicho, la frase del «padrenuestro» enseña que nuestra vida ha de estar construida en la petición, en la concesión y en la acción de gracias; y eso no es fácil de entender para nosotros, los hombres actuales. La imagen del mundo de la Sagrada Escritura ve lo existente, sencillamente, en la mano de Dios; no sabe nada de leyes naturales, sino que lo que ocurre procede directamente de su iniciativa: cuando llueve, es él quien bendice los campos; cuando los animales reciben su alimento, es él quien se los da; si a un hombre le ocurre algo dificultoso, es una prueba del Señor del mundo; si le va bien, es que él lo ha dispuesto así... Ese modo de ver las cosas tiene un paralelo en lo histórico. Cuando un soberano de los imperios antiguos quiere proclamar lo que ha ocurrido, dice, por ejemplo: «yo he construido tal o cual ciudad, y la he rodeado de murallas». Los que realmente construyeron fueron sus ingenieros y trabajadores esclavos; él sólo dio órdenes. Pero en la imagen de esa relación de señorío se suprimen las causas intermedias, y entre el soberano que manda y la ciudad

que surge se establece una conexión directa. De modo análogo aquí: el creyente encuentra obvio ir con su petición a aquél que lo sostiene y lo realiza todo inmediatamente [...]

Pero luego el mundo se distanció de ese modo inmediato de estar dispuesto por parte de Dios. Se formó el concepto de ley natural, el mundo se volvió un conjunto de cadenas de causalidad que se desarrollaban por sí; y el hombre, que, por decirlo así, antes había seguido el gobierno casero de Dios, se hizo consciente de su autonomía y responsabilidad. Ahora fue mucho más difícil decir que Dios daba lo que, según la continua experiencia, provenía de las relaciones del mundo. Más aún, la nueva conciencia, como siempre ocurre con las comprensiones recién aparecidas, se extendió hasta la desmesura. El mundo fue declarado «autárquico», suficiente para sí, y el hombre «autónomo», señor de sí mismo y del mundo.

PETICION/SENTIDO: Con eso la petición perdió su obviedad, pues el hombre adquirió otro modo de sentir: pedir, ¿por qué? ¡Si el mundo me pertenece! ¡Me pertenece tanto como yo pueda conquistar! Y surgió un concepto que parecía dar la justificación moral de esto: la idea moderna del trabajo. En lugar de la petición humana y de la concesión divina, apareció el trabajo autónomo, cuyo esfuerzo produce su resultado en una proporción calculable en cada caso. Ahora ya no parecía quedar lugar para el ruego. Y con eso desapareció algo más; esto es: la gratitud. [...] En lugar del agradecimiento apareció la conciencia del hombre trabajador, de que su realización había salido bien, y su resultado

correspondía a las expectativas.

Entonces la vida se volvió dura, íntimamente dura, como no puede menos de ser cuando se trata de derecho y cálculo. Y penetró en ella una profunda falsedad. Porque ¡no es verdad que la existencia del hombre consista meramente, ni aun en primer

término, en realización y éxito! Pues ¿con qué experiencia crece el niño, suponiendo, claro está, que sus padres le quieran y tengan ellos mismos una apropiada educación de sentimientos? El niño se siente rodeado de su cuidado: sabe que todo lo que tiene procede de ellos, constantemente nota que puede pedirles lo que necesite

y tiene que agradecer que se lo den. Esta es la situación original de la vida incipiente: si no hay nada que la contradiga, su influjo penetra en toda la existencia posterior.

Una y otra vez recibimos algo de alguien: el amigo del amigo; los unidos en el amor, unos de otros. Constantemente recibimos algo de las coyunturas de la vida que se forman en torno de nosotros. Pero ya antes todos hemos recibido el poder de trabajar y lograr algo. El lenguaje alude muy bien a las «dotes» de una persona: las cualidades que se le han «dado» [...]. ¡Cierto que trabaja y realiza cosas!; pero las fuerzas con que lo hace, aun las más propias, originales y creativas le están dadas. Para no hablar

siquiera de que su misma existencia no se da por sí, sino que él ha

sido engendrado y criado.

[...] Intentemos darnos cuenta en la oración de esa verdad: <<¡Señor, te agradezco poder existir!>. Esto es difícil cuando la vida oprime; y, sin embargo, poder ser, respirar, pensar, amar, actuar, es una donación, ¡y hay que agradecerlo! Esto nos hace auténticos y nos libera. Cuanto más pura y hondamente lo hagamos, cuanto más consigamos asumir en el agradecimiento también lo pesado, lo amargo, lo incomprensible, más profundamente se transforma el sentimiento básico de la existencia en el de la libertad.

2. La providencia

PROVI/GUARDINO: La frase del «padrenuestro» nos pone ante los ojos la imagen del Señor del mundo, Dios, que mira por los que viven con él en su casa y da a cada cual lo que necesita. La imagen nos lleva por sí misma a esa idea, querida para Jesús y que presentó con tal relieve: la idea de la providencia. Las dos doctrinas—la del Padre en el cielo, que reparte a los suyos el pan, y la de la providencia de ese mismo Padre—están en estrecha relación mutua; por eso, no es casual que encuentren su más pura expresión en el mismo contexto bíblico, esto es, en el «sermón de la montaña» [...]. El mensaje de Jesús sobre la providencia se refiere a una pregunta que debe hacer todo hombre: cómo van las cosas de la vida, cómo se relacionan entre sí, y qué sentido tiene su relación. El mensaje se ha interpretado de diversos modos; elijamos dos, que parecen especialmente significativos.

— El uno dice: Dios lo ha ordenado todo según la verdad. Ha dado su esencia a todos los seres, tanto a los inanimados como a los vivos, a la planta, al animal y al hombre. Cada dominio está en su orden, y los diversos órdenes, a su vez, se relacionan entre sí. El conjunto de todas las ordenaciones, por su parte, forma la sabiduría del universo. Si el hombre la comprende, si la acepta y se confía a ella, entonces vive en la providencia. Según eso, «providencia» significa el conjunto de sentido de la existencia, establecido por Dios, y cuanto más hondamente viva el hombre en la providencia, más puramente comprende ese conjunto y más firmemente confía en él... ¡Una idea seria y hermosa! [...] Pero ¿coincide con lo que quiere decir Jesús? Evidentemente, no; incluso, en ella falta lo esencial: el cuidado del Padre por cada uno de los hombres, y cada cual de nosotros puede decir: por mí. Con esta idea, el hombre queda situado en una ordenación impersonal, que, aunque es justa, no es aquello con que el mensaje de Jesús toca tan profundamente el corazón del hombre, pues este mensaje no dice: el Padre quiere bien a sus criaturas; sino ¡el Padre te quiere a ti!

— La otra interpretación va en sentido contrario y dice:

«providencia» significa que el Dios amoroso, que todo lo sabe y puede, está atendiendo personalmente a cada hombre individual.

Y así éste avanza con confianza hacia él y le dice: «¡Padre necesito esto!». Entonces se lo da. Sin más. Pasando por encima de todas las ordenaciones naturales. El milagro forma parte de las obviedades de la existencia creyente... Es la actitud del niño, así como la de una piedad totalmente madura y purificada, y parece responder sencilla y auténticamente a lo que quiere decir Jesús. Pero, examinando más atentamente, se ve que no toma bastante en serio algo que también es importante: la verdad que Dios ha puesto en las cosas. Esta no puede dejarse a un lado, por más que se haga de modo piadoso.

[...] Estas dos interpretaciones son ambas importantes: que en todo ser y acontecer reside la sabiduría del Creador, porque de otro modo reinaría el caos; y que el creyente es hijo de Dios y puede presentarse sin más con sus pretensiones ante el Padre, pues de otro modo no habría piedad. Pero debe añadirse algo que haga honor a la seriedad de lo existente, pues, de otro modo, todo se vuelve filosofía o leyenda. Oigamos lo que dice el texto decisivo en el evangelio de san Mateo: «Así que no os preocupéis diciendo: ¿qué comeremos? ¿qué beberemos? ¿con qué nos vestiremos? Todas estas cosas preocupan a los paganos. Pero ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de esto. Buscad antes que nada el reino y su justicia, y todo se os dará por añadidura»¹⁰⁴ (/Mt/06/31-33). Alguno podría replicar: «¡pero eso es una leyenda! ¡la leyenda del país de jauja, sólo que contada con mayor precaución, más tranquila, más piadosa! ¿Dónde quedan ahí las leyes naturales y la ordenación de las cosas, con toda su seriedad?».

Por lo que toca a las leyes naturales, permítase ante todo una pequeña observación. Haberlas descubierto es un poderoso logro de la edad moderna. Con ello esta época ha conocido el modo como se cumplen los procesos de la naturaleza, y avanza constantemente en ese conocimiento. Pero la peculiar significación que ha dado a esas leyes procede de fuentes muy humanas. Pues, en efecto, han debido descubrirse, en parte, contra la poca iluminada resistencia de los creyentes; por eso, en la sensación con que el hombre de la edad moderna contempla las leyes naturales y la ciencia natural, se mezcla algo maligno: por parte de unos, una enemistad contra la fe; por parte de otros, una desconfianza ante la ciencia. Sí, en el concepto mismo de la naturaleza, en el modo como se ha percibido ésta ha surgido algo que no está bien: entre aquellos, una orgullosa intolerancia, como si sólo por parte de las ciencias naturales se diera un orden claro, quizá duro, pero siempre auténtico, mientras que el mundo de la fe llevaría en sí algo de pueril y borroso; a esa valoración ha respondido algo igualmente hostil por parte de los creyentes: una

desconfianza contra la naturaleza misma, una aversión contra sus leyes; una sensación como si en ella se tratara de algo que en realidad no marchara de acuerdo con Dios; una especie de afán de humillarla y romperla. MIGRO/SENTIDO: De tal raíz ha surgido ese extraño concepto de milagro, que dice que consiste en la abolición de las leyes naturales, como si éstas provinieran de algún poder extraño, que disputara a Dios su soberanía. Pero, sin embargo, esas mismas leyes son obra suya, expresión de su voluntad de verdad. Así, pues, cuando Dios actúa, no deroga ninguna verdad, no hace que dos y dos sean cinco, sino que toma una verdad más pequeña al servicio de otra más alta. Las leyes naturales pertenecen a Dios y son imágenes de su sabiduría: por eso la fe debe vivir en paz con ellas, en una paz que es expresión del hecho de que el mismo Dios, que dio la revelación, es el que ha dado también las leyes naturales. ¡Intentemos obtener con este espíritu una comprensión más profunda de la providencia! ¿Cómo se desarrolla la vida, entonces? ¿Pueden ocurrir en la vida de un hombre las mismas cosas que en la de otro? Hasta un cierto límite y hablando desde el exterior, sí. [...] Pero no le viene todo «de fuera» a cada hombre. [...] Lo que le ocurre, le ocurre desde dos lados: desde fuera, pero también desde dentro. Por ejemplo, la persona especialmente dotada en lo artístico, ¿percibirá lo mismo que alguien cuyos intereses están orientados a la ciencia y la técnica? Pues, evidentemente, no. [...] La disposición de cada cual efectúa una selección: acepta muchas cosas, deja caer otras, determina cuáles son las cosas importantes y secundarias, produce una ordenación de objetivos y medios. Por eso surge en cada ocasión una estructura de vida de índole peculiar, que también es estructura de destino. Aun en la vida de la misma persona hay tales diferencias. Por ejemplo, mientras uno es niño y, como suele ocurrir en los niños, la realidad y la fantasía se confunden en él, toma los acontecimientos familiares que hay a su alrededor de manera diversa que cuando es mayor y ha aprendido a distinguir con realismo. Como consecuencia, por ejemplo, las mismas dificultades actúan de modo diverso en él y los mismos influjos estimulantes son recibidos o rechazados. Más aún, en el mismo día pueden tener efectividad tales distinciones. Todos conocen la sensación que a veces nos invade por la mañana, que todo sale atravesado. Significa que el sentido de orientación, el juicio sobre medidas y relaciones, la respuesta a la situación de cada momento no están en orden; por eso el hombre experto en tales días no emprende nada importante, si no es necesario. Por el contrario, otro día uno siente que todo le irá bien, y así ocurre efectivamente. En ambos casos es la misma persona y los mismos acontecimientos, pero la situación interior es diferente; por eso se hace diferente también el modo como uno se comporta frente a ellas, y ¡qué consecuencias tienen para su vida!

Hasta ahora se ha hablado de disposición y situación vital. Pero las diferencias pueden residir también en lo moral, en la intención y manera de ver. Un hombre que sólo piense en lo material, que sólo quiera ganancia y placer, y otro que sea capaz de entusiasmarse por una idea y de estremecerse por una injusticia pública, ¿tienen la misma vida? Pues, ciertamente, no. Donde el uno permanece intacto, el otro queda entretejido en el destino. Si uno no piensa más que en si mismo, se hace centro de todo y piensa sólo en los demás en cuanto tiene importancia para él, mientras que el otro siente que los demás tienen también su derecho y que algunos son para él más importantes que él mismo: ¿no irán sus vidas de modo diverso, tanto en cada caso aislado como en el conjunto de su transcurso? ¿No tomará la vida otro carácter, un sentido totalmente diverso, si se trata de una persona desconfiada y reservada, o si se trata de alguien de corazón amistoso y dispuesto a la comunidad auténtica? Y así sucesivamente. Lo que llamamos «el curso de la vida» no se determina y configura sólo desde fuera, sino también desde dentro, según como la persona en cuestión esté dotada e intencionada. En la medida en que se cambia, se cambia su destino. A la persona que no tiene nada en su sentido más que el propio arbitrio y deseo, pero a quien afecta un gran amor, todo se le cambia. Un joven amigo mío me dijo una vez: «es extraño, todas las cosas van de otra manera desde que quiero a esa muchacha». La respuesta sólo podía ser: no han cambiado las cosas, sino que has cambiado tú y, a partir de ti, el mundo. Ahora volvamos al texto, que antes hemos tomado. En él hay una frase de la que quizá no hayamos tomado todavía plena conciencia: «Buscad antes que nada el reino y su justicia, y todo se os dará por añadidura». Aquí se habla de una condición, a la que está ligada la promesa. La providencia tiene lugar, en la medida en que el hombre «busca el reino de Dios» y, precisamente, «antes que nada». Así, pues, no es una ley natural que actúe con necesidad; no es una ordenación espiritual del mundo, que resulte por sí misma según la esencia de la persona; pero tampoco es una fuerza benéfica que reine desde el cielo, orientándolo todo. No está dado ahí en absoluto, sino que «se hace»; se produce de nuevo, surgiendo del corazón del Padre hacia el hombre, que se abre así a la promesa. El hombre, pues, debe entrar en un acuerdo con Dios. La orientación de su

espíritu

y de su ánimo debe identificarse con la voluntad de Dios.

Entonces surge una nueva relación, un orden de la existencia que brota de la gracia de Dios y de la libertad del hombre. [...] Cuando esa

libertad se enlaza con la voluntad de Dios, el hombre quiere lo que quiere Dios; y entonces surge un nuevo mundo y su ordenación, un nuevo modo de producirse los acontecimientos: reino de Dios. Dios actúa siempre y en todas partes, pues su voluntad mantiene el mundo en la existencia y sus leyes determinan los procesos en

él. Pero también interviene de modo especial en el mundo: de modo creativo, histórico, según cada ocasión; y lo que le da lugar para entrar es el corazón del hombre, su libertad, su intención. En la medida en que se establece el acuerdo entre ésta y la voluntad de Dios, mana la sagrada corriente, y no hay por parte de la naturaleza ninguna regla para lo que puede hacer, según va configurando el destino desde tal corazón humano; esto es, «nueva creación».

En torno a una persona así, las cosas se ordenan de otro modo que como lo producirían las meras leyes naturales; pero también de otro modo que allí donde sólo actúan la voluntad propia del hombre y la inmediata consecución histórica. Ocurre lo que dice el evangelio: el hombre recibe de Dios lo que necesita. Eso no es milagro, sino una realidad de la existencia creyente. En este punto se realiza el mundo que ha querido Dios. En torno a esa persona surge una nueva forma de vida. Si queremos ver qué aspecto tiene esa forma, no tenemos más que mirar la vida de los santos. Ellos nos muestran cómo se transforma la existencia creyente cuando se sacan todas las consecuencias. En torno a un santo así, el mundo va de otro modo que en torno al que no cree o que sólo cree a medias, sin fuerza ni decisión. En ese mundo no rige la necesidad, ni la violencia, ni la ganancia calculadora, sino el amor, esto es: se hace reino de Dios

XIV. H. VAN DEN BUSSCHE

(O. c., 115-125)

PATER/BUSSCHE-VAN

1. Dar pan

«Pan». Inesperadamente el sustantivo se encuentra al principio de la frase griega, mientras que en todos los demás casos se pone el verbo en primer lugar. Este orden indica un cambio en la dirección de la oración. [...] El pronombre dominante ya no es «tú», sino «nosotros»: la perspectiva del reino de Dios está encubierta por la preocupación de las necesidades humanas.

[Pues] el vocablo pan resume aquí todas las necesidades materiales del hombre. Porque tanto la palabra hebrea lechem como la aramea lachma significan algo más que el pan: «todo lo que es necesario para la vida».

[...] La literatura del judaísmo reciente y los evangelios atribuyen con frecuencia un significado religioso a la expresión «dar pan». De hecho, aunque no siempre se le dé importancia a la distinción, vemos que, al hablar del hombre, se dice casi siempre que «parte» el pan¹⁰⁵ (o lo «distribuye»), mientras que, hablando de Dios, se dice que lo «da». [...] Dios «da» el pan: da de comer a los hombres. El hombre bíblico tampoco ignora que lo que posee o adquiere es don de Dios¹⁰⁶, [...] El cual provee a la subsistencia

de los hombres y de los animales¹⁰⁷. [...] La mies es una de las señales más tangibles de la liberalidad divina, pero el pan cotidiano es un don, que Dios renueva al hombre cada día. Los judíos recitaban esta oración cuando se ponían a la mesa: «Alabado seas tú, Dios nuestro rey del mundo, que alimentas al mundo entero con tu bondad. Con gracia, amor y compasión da pan a toda carne, porque su gracia permanece eternamente. Por su gran bondad eterna no permite que nos falte nada... Alimenta, cuida y procura todo bien y prepara el alimento para todas sus criaturas. Alabado seas, Señor, que nos alimentas»¹⁰⁸ [..].

2. Nuestro pan cotidiano

El discípulo no pide pan sin más. Pide «nuestro» pan, el pan que nos es «necesario». El adjetivo «nuestro» [...] desempeña un doble papel: designa, por una parte, el pan que se da al pobre por compasión; y, por otra, preserva la oración de todo egoísmo. [...] El discípulo que pide «su» pan implora lo estrictamente necesario para la vida. [...] Pero no pide únicamente por su propia necesidad. Como miembro de una comunidad, debe preocuparse de todos los que forman parte de ella o que la formarán algún día.

El horizonte del padrenuestro es muy amplio.

El adjetivo epiousios ha hecho correr mucha tinta. [...] Dos traducciones se han propuesto: de mañana o que es necesario. Según la primera, el cristiano pediría hoy para que mañana le esté asegurada la subsistencia. Para comprender esta interpretación habría que trasladarse a la situación del labrador palestinese,

que pide hoy para obtener la provisión que mañana, a primera hora, prepara su mujer; en este caso, la oración reclamaría en último término la provisión de cada día. Pero esta hipótesis no cuadra bien con la oposición bien marcada entre «hoy» y «mañana», y es posible—en el caso de que epiousios signifique «mañana»—considerar que el orante pide realmente una garantía para sus necesidades del día siguiente. Mas esto va contra las amonestaciones de Jesús¹⁰⁹: [...] «no os preocupéis del día de mañana»¹¹⁰. Toda la sección de /Mt/06/25-34 aclara el sentido

de la petición: [...] No pedir «hoy» más que el pan de hoy. [...] «No me des ni pobreza, ni riqueza, pero dame el alimento que necesito»¹¹¹. Las necesidades del cuerpo son resumidas en el «alimento cotidiano»¹¹². La versión que da Lucas de la oración presupone también este sentido: «necesario y suficiente para el día», porque pide el pan «para cada día».

El discípulo pide, por consiguiente, «lo necesario», «el pan cotidiano», «lo necesario para la vida». Pide hoy su ración cotidiana y se contenta con ella. Esta oración por un mezquino trozo de pan de cebada es incontestablemente una oración «de pobre». Mas los discípulos deben de ser de esos «pobres», a

quienes se dirige la proclamación del reino¹¹³. Seguir a Cristo implica siempre el desprendimiento de toda situación social¹¹⁴ y la

búsqueda, ante todo, del reino de Dios¹¹⁵. La pobreza cristiana es siempre una pobreza real, una renuncia; no una pobreza forzada y envidiosa, sino sincera y generosa, unida a la idea clara de que, en relación al tesoro o a la perla del reino, todo lo demás es secundario¹¹⁶. El cristiano puede correr el riesgo de la pobreza y confiar totalmente en el Padre de estos pequeños¹¹⁷ sólo en la medida en que conceda la prioridad al reino. No decimos precisamente que todo discípulo debe buscar la indigencia, pues sería temeridad. Si Jesús en el «discurso de misión» excluye toda previsión humana cuando trata de probar a los discípulos¹¹⁸, es porque sabía que no les faltaría nada, ya que encontrarían ayuda en todas partes¹¹⁹. Pero el tiempo despreocupado de las nupcias pasa¹²⁰ y, en lugar de ayuda, vendrá la persecución¹²¹. No obstante, el reino y su servicio deben estar antes que todo lo demás, y la confianza en el Padre debe permanecer intacta. Aún más, a medida que humanamente se encuentran más desprovistos, los discípulos pueden y deben tener más confianza en Dios. ¡El que quiere arreglárselas por sí mismo, no puede pedir mucho al Padre!

3. Hoy

En Mateo [...] el discípulo pide a Dios que dé «hoy». Esta petición sin artificio responde perfectamente a la situación del orante: [...] No es más que petición insistente por una necesidad actual. Por eso tiene todas las probabilidades de ser la fórmula más auténtica. Lucas emplea [...] la forma: que Dios dé pan «día a día». Aquí aparece una consideración doctrinal, una amonestación catequística: el discípulo debe manifestar a Dios su necesidad día por día, y pedirle día por día el pan cotidiano. Por eso la petición de Lucas implica el propósito del discípulo de dirigirse a Dios todos los días.

En el ambiente de los padres griegos ha querido espiritualizarse esta petición material. La versión de Lucas es ya un testimonio de la admiración de la cristiandad primitiva ante una petición tan «banal» en un contexto tan elevado. Por eso algunos padres griegos han querido ver en ella una especie de petición del pan escatológico o de la eucaristía¹²². Es inútil pararse en esta interpretación. El discípulo pide el pan ordinario de cada día: su necesidad de pan es el síntoma más tangible de su situación apurada y la ocasión más hermosa para testimoniar su confianza en Dios. El reino es ciertamente el centro de su interés; pero este interés no puede reducirse a un sueño platónico, debe realizarse en la marcha cotidiana de la vida ordinaria. De esta manera el discípulo se da cuenta espontáneamente de su situación de hombre en camino: la búsqueda del reino de Dios puede traerle la miseria material, pero esta miseria le hará pensar en las necesidades espirituales, también muy reales, de las que se trata en las peticiones siguientes.

XV. J. JEREMIAS
(O. c., 165-167)
PATER/JEREMIAS-J

La primera de las dos peticiones en primera persona plural suplica el «pan cotidiano». El vocablo griego *epiousios* [...] es objeto de larga y aún no concluida discusión. Decisiva, a nuestro parecer, es la información del padre de la iglesia Jerónimo, según el cual en el arameico Evangelio de los nazarenos figuraba la palabra mahar (mañana), tratándose, pues, del pan para mañana¹²³. Y aunque ese evangelio no es anterior a nuestros tres primeros evangelios, dependiendo más bien de Mt, sí debió ser más antiguo el vocablo arameo «pan para mañana». Pues en el siglo I el «padrenuestro» fue rezado en Palestina ininterrumpidamente en arameo, y un traductor de Mt al arameo tradujo la oración del Señor naturalmente no como el texto restante, sino tal como él la rezaba diariamente. En otras palabras: los judeo-cristianos de lengua aramea, entre los que la oración del Señor sobrevivió en su prístina forma textual aramea, han rezado: «Nuestro pan para mañana dánosle hoy». Pero Jerónimo nos dice aún más [...]: «Nuestro pan de mañana—precisa— significa el pan futuro». Efectivamente, el vocablo «mañana» designa en el judaísmo tardío no sólo «el día siguiente» sino también «el gran mañana»: la consumación final. Ahora bien, por las antiguas traducciones del «padrenuestro» sabemos, que en la iglesia tanto oriental como occidental el «pan para mañana» fue entendido (en general, sino principalmente) en el sentido de: «pan del tiempo de salvación», «pan de vida», «maná eclesial». Pan de vida y agua de vida son desde antiguos símbolos del paraíso, circumlocución de la plenitud de todos los dones corporales y espirituales de Dios. A este pan de vida se refiere Jesús cuando afirma que en la consumación comerá y beberá con sus discípulos¹²⁴, que se ceñirá y servirá la mesa a los suyos¹²⁵. La orientación escatológica de todas las restantes peticiones del «padrenuestro» aboga por el sentido asimismo escatológico de esta petición, como súplica por el «pan de vida».

Quizá [ante esta explicación] nos sintamos sorprendidos e incluso decepcionados. [...] ¿No es un empobrecimiento? En realidad, tal interpretación significa un gran enriquecimiento. Sería un grave error suponer que, en la línea del pensamiento griego, aquí se espiritualizaría distinguiendo entre pan terreno y celestial. Para Jesús no se oponen pan terreno y pan de vida, pues en el ámbito del reinado de Dios consideró santificado todo lo terreno. Sus discípulos pertenecen al nuevo mundo de Dios, tras haber sido arrancados al mundo de la muerte¹²⁶. [...] Para ellos no hay ya alimentos puros e impuros¹²⁷: ¡todo lo que Dios ofrece está

bendecido! De modo particularmente claro ilustran esta santificación de la vida las comidas de Jesús. El pan ofrecido por él, cuando se sentaba a la mesa con publicanos y pecadores, era pan de cada día, y sin embargo, algo más: pan de vida. El pan, que partió a los suyos en la última cena, era pan terreno y, sin embargo, algo más: su cuerpo entregado a la muerte por todos, participación en la eficacia expiatoria de su muerte. Cada comida de sus discípulos con él era una comida ordinaria y, sin embargo, algo más: banquete de salvación, banquete del Mesías, figura y anticipación del banquete escatológico, porque él era el Señor de la casa. Así era aún en la comunidad primitiva: sus diarias comidas comunes eran comidas ordinarias y, sin embargo, a la vez «cena del Señor»¹²⁸, que creaba comunidad con él y entre todos los comensales¹²⁹.

Tal sentido tiene también la petición por el «pan para mañana». Esta no separa radicalmente lo cotidiano del reinado de Dios, sino que los abarca en la totalidad de la vida, incluyendo todo lo que los discípulos de Jesús necesitan para el cuerpo y el alma. Incluye, pues, el pan diario, pero no se contenta con él. Esa petición suplica que las fuerzas y los dones del futuro mundo de Dios actúen, en la profanidad de la vida diaria, sobre todo lo que los discípulos de Jesús hacen en palabra y obra. Se podría decir: la petición por «el pan de vida» suplica la santificación de la vida ordinaria. A la luz de este significado escatológico adquiere pleno valor de contraposición: «mañana-hoy». Este «hoy», situado al final de la petición, tiene todo el acento. En un mundo de alejamiento de Dios, y de hambre y sed, deberían osar los discípulos pronunciar este «hoy»: ¡danos el pan de vida ahora ya, aquí ya, hoy ya! [...].

XVI. S. SABUGAL

(Cf. Abbá , 183-88-225-35)

PATER/SABUGAL-S

La petición que suplica al Padre el don del pan, es substancialmente idéntica en las redacciones de Mateo y de Lucas, ¿Qué significado teológico envuelve esa petición, en el contexto de la «oración del Señor»? ¿Se relaciona de algún modo con las precedentes peticiones? ¿Qué clase de pan suplican al Padre celeste los discípulos de Jesús?

1) Digamos de inmediato que ésa es una petición propia y exclusiva de los discípulos, que han dejado posesiones y familiares¹³⁰, todo¹³¹, para seguir a Jesús¹³² en la inseguridad material total¹³³, abandonando a la providencia divina del «hoy» la preocupación por el alimento y vestido del «mañana»¹³⁴. ¡El Padre sabe lo que necesitan, y vela por ellos con mayor solicitud,

que la mostrada para con las aves del cielo y las flores del campo!¹³⁵ Por eso le piden que les dé «hoy» (Mt), «día tras día» (Lc), el pan¹³⁶ o el alimento¹³⁷ «necesario para la subsistencia».

Así oraba el «pobre de Yahvé», suplicándole poder «gustar mi bocado de alimento»¹³⁸. De modo análogo oraba el piadoso judío, al principio de las comidas: «¡Padre nuestro, nuestro Dios, danos nuestro alimento y provee a nuestras necesidades!»¹³⁹. Así oran también los espiritual y materialmente pobres discípulos de Jesús¹⁴⁰, quienes, tras vender todos sus bienes¹⁴¹ y dejarlo todo (cf. supra), vivían como el Maestro: pobremente, sin tener siquiera «dónde reclinar la cabeza»¹⁴², de limosna¹⁴³, disponiendo, por ejemplo, en una ocasión los trece, para su cena, de sólo cinco panes y dos peces¹⁴⁴. Una pobreza materiale¹⁴⁵ sostenida, sin duda, por la inquebrantable fe en la providencia del Padre, por la pobreza espiritual¹⁴⁶ de quien, sin poseer seguridad humana alguna, se apoya sólo en Dios, viviendo en la actitud del mendicante: tendiendo sus manos hacia Quien puede llenarlas. Y en esa doble indigencia fueron enviados por Jesús a predicar con el reiterado y riguroso precepto de no llevar consigo provisión material alguna¹⁴⁷. ¡El Padre proveería a sus necesidades! Así lo constataron con alegría: «¡nada nos faltó!»¹⁴⁸. De esta experimentada fe surgía humilde y confiada, espontánea y natural, la incontenida súplica por el don del «cotidiano alimento» necesario para la vida: «¡Padre... dánosle hoy (Mt), dánosle cada día (Lc)!».

2) No es ése, sin embargo, el único significado de esta petición.

Al nivel de las dos redacciones evangélicas, el objeto de la petición es, al mismo tiempo, un pan particular. La súplica, en efecto, pide al Padre «el pan nuestro...»: se trata, pues, de un pan característico y propio de los discípulos de Jesús. Un pan, por lo demás, no ordinario sino muy singular: «el pan nuestro, el cotidiano». La determinación del atributo tras el nombre determinado subraya, en efecto, el significado particular de este último, distinguiéndole de su acepción ordinaria. ¿De qué pan se trata? La respuesta a este interrogante depende de la traducción dada al adjetivo atributivo *ton epiousion*. Y aquí está la dificultad. Pues ese vocablo, único en la literatura bíblica, es desconocido asimismo en la literatura profana. Ni ésta ni aquella pueden ayudar, por tanto, a desvelar su significado¹⁴⁹. Este debe ser detectado, más bien, a la luz del contexto literario de los evangelistas.

a) Ahora bien, pan singular y propio de los discípulos de Jesús es ciertamente la palabra de Dios. Es lo que se desprende ya del relato sobre las tentaciones de Jesús¹⁵⁰, en cuyo contexto los dos evangelistas mencionan la respuesta deuteronómica del Señor al tentador, que le exhorta a convertir las piedras en pan¹⁵¹: «No

sólo de pan vive el hombre (Lc 4, 4) sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»¹⁵². La contraposición mateana (=«sino») entre la vida procurada por el «pan» y por la «palabra... de Dios» deja entender que ésta última es un alimento superior. Idéntica concepción refleja la cita abreviada de Lucas¹⁵³. Así lo muestra el autor de Hechos en el contexto del discurso de Esteban¹⁵⁴, donde cristologiza la figura de Moisés¹⁵⁵, quien «en el monte Sinaí... recibió palabras de vida, para comunicárnoslas» (7, 38). Eso es, pues, en la concepción de Lucas la palabra de Dios, comunicada a los discípulos por Jesús o nuevo Moisés: palabra vivificante¹⁵⁶, de cuyo alimento necesitan aquellos para poder nutrir diariamente su vida cristiana. Esa palabra es, en este sentido, su «pan cotidiano», absolutamente necesario para subsistir¹⁵⁷ «hoy» (Mt), «cada día» (Lc). Por eso se lo piden al Padre: «¡dánosle!».

b) Tampoco es ése, sin embargo, el único significado del «pan» suplicado en la primera petición. Un pan no común sino especial y ciertamente propio de los discípulos de Jesús es también, y sobre todo, el pan eucarístico, que en la última cena pascual «tomó Jesús y, bendiciendo (Lc: dando gracias), lo partió y lo dio a los discípulos diciendo: esto es mi cuerpo»¹⁵⁸. Es prácticamente imposible, en efecto, que «el pan nuestro, el cotidiano» no evocase en los dos evangelistas el pan singular del cuerpo del Señor, dado por él a la comunidad de sus discípulos y, por tanto, propiedad suya. Así lo refleja ya la marcada interpretación eucarística que Mateo y Lucas hacen de los panes multiplicados por Jesús y por él dados «a los discípulos», para que los distribuyesen¹⁵⁹. Que ese pan era cotidianamente necesario (kath' hemeran: Lc) lo deja entender, con suficiente claridad, el sumario lucano sobre la vida de las primeras comunidades cristianas, las cuales «acudían asiduamente... a la fracción del pan» y «cada día (= kath'hemeran)... partían el pan por las casas»¹⁶⁰. Por lo demás, el pan diario suplicado como don del Padre evoca irresistiblemente, en la redacción de Lucas, el don divino del maná¹⁶¹, que el pueblo de Israel, tras haber sido liberado de la tiranía del faraón y haber salido de Egipto, debía «cada día» (= kath'hemeran) recoger¹⁶² y con el que Dios le alimentó «durante los cuarenta años» de su peregrinación por el desierto, hasta que ingresó en la tierra prometida¹⁶³. Estos paralelismos entre la petición lucana y el relato septuagintista sobre el maná difícilmente son casuales. Si están en asonancia con el reiterado empleo y evocación de la versión de los LXX por Lucas¹⁶⁴, también se encuadran perfectamente en su peculiar concepción teológica de la obra salvífica de Jesús, el nuevo Moisés¹⁶⁵, considerada como el nuevo y verdadero éxodo mesiánico¹⁶⁶: liberada por Jesús de la tiranía del diabólico «faraón» mediante «el dedo de Dios» o el Espíritu santo¹⁶⁷ la

comunidad cristiana del «verdadero Israel»¹⁶⁸ camina por el desierto del mundo hacia la tierra prometida de la Jerusalén celeste, «acudiendo asiduamente... a la fracción del pan»¹⁶⁹, partiendo «cada día el pan por las casas»¹⁷⁰. ¡No se puede «caminar» sin ese pan! Por eso, con la insistencia del amigo inoportuno¹⁷¹, suplican su don al Padre: «¡dánosle cada día!».

c) Otro significado envuelve todavía «el pan nuestro», al nivel de la redacción lucana: el don del Espíritu santo. Lc 11, 1-13 es una catequesis catecumenal del tercer evangelista sobre la oración cristiana¹⁷². Toda esa perícopa forma, pues, una unidad literaria, asegurada por la inclusión: «Padre»¹⁷³, así como por las palabras temáticas: «dar»¹⁷⁴ y «pan»¹⁷⁵. En el contexto de esa catequesis, los catecúmenos, exhortados a pedir al Padre el don del «pan cotidiano» (11, 3), son luego instruidos a orar con la insistencia del amigo inoportuno, gracias a la cual obtuvo los «tres panes» que necesitaba (11, 5-8), debiendo hacerlo asimismo con la ilimitada confianza en la bondad del «Padre celeste», quien ciertamente «dará el Espíritu santo a los que se lo pidan» (11, 13). Ese marcado paralelismo entre el don del «pan cotidiano» y el del «Espíritu santo» parece sugerir la identificación de éste con aquél. Una interpretación, ciertamente, en acorde sintonía con la rica pneumatología lucanas, en cuyo contexto el Espíritu es «la fuerza de lo alto»¹⁷⁷, mediante la que los discípulos son robustecidos a raíz del bautismo¹⁷⁸ para ser testigos del Señor resucitado «desde Jerusalén... hasta los confines de la tierra»¹⁷⁹. La posesión del Espíritu condiciona, por tanto, el éxito o malogro de su misión en el mundo. ¡Imposible realizar ésta, sin la constante «fuerza» procurada por aquel don del Padre!¹⁸⁰ El Espíritu santo es, en este sentido su «pan cotidiano», el don divino que «cada día» necesitan y por el que insistente y confiadamente suplican: «¡dánosle!».

Resumiendo: el «pan nuestro» de la primera petición es ante todo, el alimento necesario para la subsistencia¹⁸¹, suplicado por quienes, abandonando al Padre la preocupación por el mañana, viven como «pobres de espíritu»: espiritualmente mendicantes. También los dotados por Dios con riquezas, animados de esa pobreza espiritual, pueden y deben suplicar al Padre el «pan cotidiano», pues don de Dios es que sean ricos¹⁸². Y, sin embargo, ésta es quizá la petición más difícil para el hombre de hoy: hijo de una sociedad de consumo y de progreso, éstos no favorecen siempre y sí obstaculizan frecuentemente ese «espíritu de pobreza» necesario para la «renovación acertada de la vida eclesial»¹⁸³, con el que los cristianos deben saturar «toda su vida tanto individual como social»¹⁸⁴, haciéndose idóneos para la práctica de esa caridad que, superando las injustas diferencias socioeconómicas hoy existentes no sólo entre clases sino incluso

entre naciones¹⁸⁵, va al encuentro del hermano pobre y necesitado¹⁸⁶. El don de ese espíritu de pobreza caritativa incluye, por tanto, la petición del «pan cotidiano»: ¡dánsle hoy, cada día! Pan propio («nuestro») del cristiano es la palabra de Dios¹⁸⁷, de cuya «mesa nunca cesó la iglesia de tomar y repartir a sus fieles»¹⁸⁸, ordenando recientemente su magisterio abrir «con mayor amplitud los tesoros de la Biblia» en la celebración eucarística, «a fin de preparar con más abundancia (para aquéllos) la mesa de la palabra de Dios»¹⁸⁹. Este es, pues, el «pan cotidiano» del que todos los fieles, en especial los sacerdotes y diáconos, los religiosos y catequistas laicos, deben nutrirse «asiduamente»¹⁹⁰, «diariamente»¹⁹¹. Finalmente, «el pan cotidiano» propio de los discípulos y necesario para su diaria subsistencia cristiana es, sobre todo, el pan eucarístico¹⁹² y, en la redacción de Lucas, el Espíritu santo: el omnivalente don por excelencia del Padre.

-
1. Mt 6, 33.
 2. Jn 6, 35.
 3. Jn 6, 33.
 4. Mt 26, 26 par.
 5. Mt 6, 31-32.
 6. Mt 15, 26 = Mc 7, 27.
 7. Mt 7, 9 = Lc 11, 11.
 8. Lc 11,5.
 9. Mt 6, 25.34.
 10. Cf. Lc 12, 16-21.
 11. Jn 6, 51.
 12. Jn 6, 53.
 13. Lc 14, 33.
 14. Mt 6. 34.
 15. 1 Tm 6, 7-10.
 16. 1 Tm 6, 10.
 17. Lc 12, 20.
 18. Cf Mt 19, 16-22.

19. Prov 10, 3.
20. Sal 36, 25.
21. Mt 6, 21-33.
22. Cf. Dan 14, 31-39.
23. Cf. 1 Re 19, 4-8.
24. Jn 6, 26.
25. Jn 6, 27.
26. Jn 6, 28-29.
27. Jn 6, 32.
28. In 6, 32.
29. Jn 6, 34-35.
30. Jn 6, 51; cf. 6, 53-57.
31. Jn 1, 14.
32. Jn 6, 59.
33. 1 Co 3, 2.
34. Heb 5, 12.
35. Rm 14, 2.
36. Literalmente traducido = «supersubstancial».
37. Mt 6, 11 = Lc 11, 3.
38. Gén 3, 22.
39. Prov 3, 8.
40. Sal 77, 25.
41. Ex 16, 13-15.
42. Gén 18, 1-6.
43. Ap 3, 20.
44. Hech 10, 11-15 = 11, 5-8.
45. Jn 1, 1.
46. Mt 6, 11; Lc 11, 3.
47. Cf. Gén 19, 37-38; Sal 94, 8; Jos 22 29.
48. Cf. Sal 89, 4.
49. Heb 13, 8.
50. Ef 3, 20.
51. 1 Co 2, 9.
52. Heb 3, 13.
53. Gén 3, 19.
54. Prov 22, 1.
55. Mt 6, 34.
56. Mt 6, 33.
57. Job 1, 5
58. Evocación del «canon» de la misa; cf. Ibid., IV 6, 26-28.
59. Sal 2, 7 = Hech 13, 33
60. Rom 13, 12.
61. Rom 13, 11.
62. 1 Tm 6, 8.
63. Heb 3,7-8.13.
64. Mt 6, 34.
65. MT 6, 34.
66. Jn 6, 27.

67. Jn 6, 41.
68. Mt 6, 31.
69. Mt 6, 33.
70. Jn 6, 27.
71. Sal 94, 8.
72. Heb 3, 13.
73. Mt 5, 45
74. Mt 15 26.
75. 1 Tim 6, 7.
76. Gén 43 16.
77. Mt 6, 33.
78. Cf. Gén 3, 17-19.
79. Gén 3, 19.
80. Cf. 1 Cor 3, 7; Sal 126, 1.
81. Cf. Mt 7; 9-11.
82. Cf. Gén 14, 17, Eclo, 11, 1; Lc 14, 15.
83. Cf. Gén 28, 20-22; Prov 30, 8; Mt 24, 20; Sant 5, 13; Rom 15, 30.
84. Cf. 1 Tim 6, 8; Prov 30, 8.
85. Cf. Sal 103, 27-28; 144, 15.
86. Cf. Sal 127, 2; Dt 28, 8.
87. Cf. Is 5, 8; Ecl 5, 9; 1 Tm 6, 9.
88. Cf Prov 9, 5; Am 8, 11l.
89. Jn 6, 51.
90. Jn 6, 56; Mt 26, 26.
91. O. c., V 4, 25.
92. Sal 23, 1; 94, 4; Cf Est 13, 9.
93. Cf 1 Tm 6, 17.
94. Jn 6, 32.
95. Jn 6, 1-21.
96. Jn 6, 1-21.
97. Jn 6, 27-33.
98. Jn 6, 35a.
99. Jn 6, 35b.
100. Jn 6, 51.
101. Jn 6, 52.
102. Jn 6, 53.56.
103. Cf. Ap 19, 9: 3, 20.
104. Mt 6, 31-33.
105. Cf. Is 58, 7; Hech 2, 42.46; 20, 7, etc.
106. Cf. Job 1, 21.
107. Cf. Sal 104, 14-15; 22, 27; Is 55, 10.
108. Berakôt 7, 11.
109. Cf. Mt 6, 25-34 = Lc 12, 22-31.
110. Mt 6, 34.
111. Prov 30, 8.
112. Sant 2, 16-17.
113. Mt 5, 2-12; Lc 6, 20-23; Hech 2, 44-45; 4, 32; Rom 15, 26; Gal 2, 10.
114. Mc 1, 18.20; 2, 14; 10, 21; Lc 5, 11; 9, 59.

115. Mt 6, 33; Lc 12, 31.
116. Cf. Mt 13, 44-46.
117. Mt 6, 19-21.24-34 par.
118. Mt 10, 9 par.
119. Cf. Mc 9, 41; 10. 30; Lc 8, 2; 10, 7; Mt 10, 41.
120. Mc 2. 19-20 par.
121. Lc 22, 35-36 par.
122. ¡Una valoración inexacta! En realidad, todos los padres citados —excepto Orígenes Gregorio Nis. y Teodoro M.—sostienen la interpretación eucarística.
123. Coment. a Mt 6, 11 (E. Klostennann, Apocrypha II, Berlin 3, 1929, 7).
124. Lc 22, 30.
125. Cf. Mt 26, 29.
126. Mt 8, 22.
127. Mc 7, 15.
128. 1 Cor 11, 20.
129. 1 Cor 10, 16-17.
130. Mt 4, 18-22 (=Lc 5, 10-11); 8, 21-22 (=Lc 9, 59-60); 9, 9 (=Lc 5, 27-28); Lc 9, 61-62.
131. Mt 19, 27 = Lc 18, 28.
132. Mt 4, 20-22 (=Lc 5 11); 8, 22 (=Lc 9, 60); 9, 9b (=Lc 5, 28).
133. Mt 8, 19-20 = Lc 9, 57-58.
134. Mt 6, 25-34 = Lc 12, 22-31.
135. Mt 6, 25-30 = Lc 12, 24-28.
136. Ese significado tiene artos en Lc 11, 3; cf. Lc 11, 5.11; así también: Lc 6, 4; 9, 13.16; 22, 19; 24, 30.35.
137. Ese significado general envuelve artos en Mt 6, 11; cf. Mt 4, 3-4; 7, 9; 15, 2.26.
138. Prov 30, 8.
139. Tb Sotah 48b. Rabbi Eliezer oraba también: «Que sea tu voluntad, oh Dios nuestro, dar a cada uno lo que necesita, y a todo ser lo suficiente para (remediar) lo que le falta» (Tb Berajot 29b).
140. Lc 6, 20.
141. Cf. Lc 12, 33-34.
142. Mt 8, 20 = Lc 9. 58.
143. Cf. Lc 8, 1-3.
144. Cf. Mt 14, 17 = Lc 9, 13
145. Lc 6, 20 (cf. 6. 24).
146. Mt 5, 3.
147. Mt 10. 9-10; cf. Lc 9.3: 10, 4.
148. Lc 22, 35.
149. Sobre las diversas interpretaciones del mismo, a raíz de su derivación etimológica, cf. J. Car- mignac, o. c., 121-143: el autor concluye su amplia y erudita exposición afirmando que ni los padres de la iglesia, ni la filología griega y semítica han podido hasta el presente establecer «un argumento irrefutable sobre el verdadero significado del misterioso epiousios» (143).
150. Mt 4, 1-11 = Lc 4, 1-13.

151. Mt 4, 3 = Lc 4, 3.
152. Mt 4, 4 = Dt 8, 3.
153. Esa abreviación es probablemente obra de Lucas, quien supone la continuidad de la cita, según un usual método rabínico (cf. K. Stendahl, o. c., 88, n. 1), en todo caso altera frecuentemente las citas veterotestamentarias, siendo por lo demás las «abreviaciones y omisiones» de sus fuentes una definida característica de su estilo literario: cf. H. I. Cadbury, *The style and literary method of Luke*, Cambridge 1920, 79-83.
154. Hech 7, 1-53.
155. Hech 7, 35-37: cf. M. Rese, o. c., 78- 80.
156. Cf. Heb 4, 12: 1 Pe 1, 23; Jn 6, 63.
157. Ese significado puede envolver epiousios (= epi + ousían): cf. J. Carmignac, o. c., 128-130.
158. Mt 26, 26 = Lc 22, 19.
159. Cf. Mt 14, 19 + 15, 36 = 26, 26; Lc 9, 16 = 22, 19.
160. Hech 2, 42.46.
161. Cf. Ex 16, 4.8.15; Dt 8, 3.16.
162. Ex 16, 5: LXX.
163. Cf. Dt 8. 3.16: Jos 5, 12.
164. Cf. A. Plummer, *The gospel according to saint Luke*, Edinburgh 5,1922, LII s; M. J. Lagrange, *Evangelie selon st. Luc*, Paris 3,1927, XCVI-CIII.
165. Cf. Lc 9, 35; Hech 3, 22 (=Dt 18, 15.18-19); Hech 7, 37-37: cf. supra.
166. Cf. J. Manek, *The new exodus in the books of Luke: NT 2 (1957) 8-23*.
167. Cf. Lc 12, 14-22 «el dedo de Dios» [v. 20] = el Espíritu santo: cf. supra.
168. Esa es una concepción central en la eclesiología de Lucas.
169. Hech 2, 42.
170. Hech 2, 46.
171. Cf. Lc 11, 5-8. Esta perícopa forma una unidad literaria con el padrenuestro (cf. infra), como parte de la catequesis catecumenal de Lucas sobre la oración cristiana (11, 1-13): cf. supra, 27.
172. Cf. supra, 26 s.
173. Lc 11, 2.13.
174. Lc 11, 3.7.8.9.11.12.13.
175. Lc 11, 3.5.11.
176. Cf. G. W. Lampe, *The Holy Spirit in the writings of Saint Luke*.
177. Lc 24, 49; Hech 1, 8.
178. Hech 1, 8; cf. Hech 2, 38; 10, 44-48; 19, 5- 6.
179. Hech 1, 8.
180. Cf. Hech 2, 33; 1, 4; Lc 24, 49.
181. Es la interpretación de Teodoro Mops. y san Juan Cris. (cf. supra), a la que añaden la palabra de Dios y la eucaristía: san Agustín (cf. supra), el Catecismo romano (cf. supra) y R. Guardini (cf. supra). Por lo demás, en el alimento necesario del «pan cotidiano» está incluida la cultura, que eleva al hombre y le hace «más libre de la esclavitud de las cosas» (GS, 11 57), siendo «el hambre de instrucción no menos deprimente que el hambre de alimentos»: Pablo VI, *Populorum progressio*, 35.
182. Así con san Agustín: cf. supra. Los materialmente ricos, en efecto,

pueden ser discípulos de Je- sús, como lo fueron Zaqueo, Lázaro, Marta y Maria, el «hombre rico» José de Arimatea (Mt 27, 57)...; ¿no se dirigió también a ellos el mensaje liberador de Jesús?: cf. S. Sabugal, Liberación y secularización, 177-182.

183. Pablo VI, Ecc lessiam suam, 49-59.

185 Cf. Juan XXIII, Mater et magistra, 157; Pablo VI, PP, II, 45.47; GS, 4.8;

186 Cf Juan XXIII, MM. 158-159; Pablo VI, ES. 52; Id., PP, II, 45 46.48.81-86.

187. Es la interpretación de Origenes (cf. supra).

188. DV, VI, 21.

189. SC, II, 51.

190. DV, VI, 25.

191. PO, III, 13; PC 6.

192. Tanto san Ambrosio como san Agustín subrayan la comunión diaria de la eucaristía.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores

I. TERTULIANO

(De orat., V11 1-3)

·TERTULIANO/PATER PATER/TERTULIANO

Era lógico que, tras haber considerado la generosidad de Dios, supliquemos también a su clemencia. Pues ¿qué aprovecharía el alimento, si en realidad no nos hacen otra cosa que a un toro destinado al matadero? El Señor sabía ser el único sin pecado¹.

Por eso nos enseña que pidamos: «perdónanos nuestras deudas». Confesión de los pecados es la petición del perdón, pues quien pide perdón confiesa el pecado. Lo que muestra también cuán aceptable sea la penitencia a Dios, el cual la prefiere a la muerte del pecador². Ahora bien, la «deuda» es en las Escrituras imagen del pecado, por cuanto que quien debe algo contrae una deuda con el juez, siendo exigida por éste su paga a no ser que sea perdonada, como el señor perdonó la deuda a aquel siervo³.

Pues esta doctrina inculca toda la parábola⁴; porque el siervo, perdonado por su señor, no ha perdonado a su vez a un deudor suyo y, acusado por esto a su señor, fue entregado al verdugo hasta pagar el último céntimo, es decir, su más mínima deuda, ilustra lo que decimos: que «también nosotros perdonamos a nuestros deudores». Algo formulado en otra parte bajo forma de oración: «perdonad —dijo— y se os perdonará⁵. También respondió a Pedro, que le interrogó si se debía perdonar al hermano siete veces: «¡Más bien setenta veces siete!»⁶. Y esto, para perfeccionar la revelación veterotestamentaria, la cual exige que Caín sea vengado siete veces, pero Lamec setenta veces siete⁷.

II. SAN CIPRIANO

(Sobre la oración dominical, 22-24)

·CIPRIANO/PATER PATER/CIPRIANO

Después de esto, también rogamos por nuestros pecados con estas palabras: «y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores» Tras el socorro del alimento se pide el perdón del pecado, para que el que es alimentado por Dios viva en Dios y no sólo mire por la vida presente y temporal, sino

por la eterna, a la que puede llegarse con tal que se perdonen los pecados, que el Señor llama deudas, como dice en su evangelio:

«Te perdoné todo el pecado porque me lo rogaste»⁸. ¡Cuán necesaria, cuán previsora y saludablemente somos avisados de que somos pecadores, que nos vemos obligados a rogar por nuestros pecados, para que, al pedir a Dios perdón, uno tenga conciencia de su pecado! Y para que nadie se pague de su inocencia y no se pierda por su ensoberbecimiento, se nos avisa y enseña que pecamos todos los días, por lo mismo que se manda orar todos los días por nuestros pecados. En fin, también Juan nos advierte en una de sus cartas de esta manera: «Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros. Mas, si reconociéremos nuestros pecados, el Señor es leal y justo para perdonarnos los pecados»⁹. En esta carta ha incluido los dos extremos: que debemos rogar por los pecados y que, rogando, alcanzaremos el perdón. Por eso afirmó que Dios es fiel para perdonar los pecados y guarda la palabra de su promesa, porque quien nos enseñó a orar por nuestra deudas y pecados, prometió la misericordia de Padre y el perdón que le seguiría.

Claramente añadió la ley (evangélica), para constreñir con una condición y promesa fija, que debemos pedir se nos perdonen las deudas en la medida que nosotros perdonamos a nuestros deudores, debiendo saber que no puede lograrse lo que pedimos por nuestros pecados si no hiciéramos otro tanto con los que han pecado contra nosotros. Por eso dice en otra parte: «Se os medirá con la misma medida con que hubiereis medido»¹⁰. Y aquel criado que no quiso condonar a su compañero, después de haberle condonado a él toda la deuda su amo, es metido en la cárcel y, por no querer hacer gracia a su compañero, perdió la que su señor le había hecho a él¹¹. Todo esto lo ordena Cristo con mayor vigor y energía: «Cuando estuviereis en oración, perdonad lo que tuviereis contra alguno, para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestros pecados»¹². No te queda ninguna excusa en el día del juicio, pues serás juzgado por tu misma sentencia y serás tratado como tú trates. Dios manda que vivamos en paz y concordia de sentimientos en su casa, y que perseveremos una vez regenerados, tales cuales nos reformó en el segundo nacimiento, de modo que continuemos en la paz de

Dios los que empezamos a ser hijos de Dios; y deben tener un solo querer y sentimiento los que están animados de un mismo espíritu.

Por eso tampoco Dios acepta el sacrificio de quien está en discordia, y le manda que antes se retire del altar a reconciliarse con su hermano¹³, para que pueda aplacar a Dios con preces de un corazón pacífico. El mejor sacrificio para Dios es nuestra paz y concordia fraternas y un pueblo unido, como están unidos el Padre, el Hijo y el Espíritu santo.

Asimismo, en los sacrificios que ofrecieron Abel y Caín, por

primera vez, Dios miraba más que a las ofrendas al corazón, de modo que lograba su aceptación de la ofrenda el que agradaba por su intención¹⁴. El pacífico y justo Abel, cuando sacrifica con rectitud de miras, enseña a todos que, cuando hacen sus ofrendas en el altar, hay que acercarse con temor de Dios, con sinceridad, con justicia y con concordia. Aquel hombre que ofrecía a Dios con tal voluntad, con razón vino a ser él mismo después ofrenda sacrificada a Dios¹⁵, de modo que, encabezando el primero la legión de mártires, diese principio con el brillo de su sangre a la pasión del Señor el que abundaba en la justicia y paz del Señor.

Estos hombres serán coronados por el Señor, éstos serán vengados en el día del juicio por el mismo Señor. Por el contrario, los pendencieros y desavenidos y los que no están en paz con sus hermanos, según lo que nos certifica el santo Apóstol y la Sagrada Escritura, ni aun cuando fueren sacrificados por el nombre de Cristo podrán evadirse de la acusación de dividir a los hermanos; porque, como está escrito: «El que aborrece a su hermano es un homicida¹⁶ y el homicida no puede lograr el reino de los cielos ni vivir con Dios¹⁷. ¡No puede estar con Cristo el que prefirió imitar a Judas antes que a Cristo! ¿Qué pecado no será el que no puede borrarse ni con el bautismo de sangre? ¿qué pecado no será el que no puede expiarse ni con el martirio?

III. ORÍGENES

(Sobre la oración, XXVIII 1-10)

·ORIGENES/PATER PATER/ORIGENES

Sobre las «deudas» dice también el apóstol: «Pagad a todos los que debéis: a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien temor, temor; a quien honor, honor. No estéis en deuda con nadie, sino amaos los unos a los otros»¹⁸. Estamos, pues, en deuda, y tenemos que cumplir ciertas obligaciones, no sólo dando, sino también hablando con benignidad y realizando determinadas obras. Más aún, en cierto modo debemos sentirnos inclinados hacia los demás. Y estas deudas o las pagamos cumpliendo las prescripciones de la ley divina, o despreciando la sana razón no las pagamos, y quedamos deudores. De modo semejante se ha de pensar con respecto a nuestras deudas para con los hermanos, ya se trate de los que mediante las palabras de religión han sido regenerados con nosotros en Cristo, ya de los que son hijos de nuestro mismo padre o de nuestra misma madre. Existe también una deuda respecto a los ciudadanos y asimismo una deuda común para con todos los hombres; una deuda para con los huéspedes y otra para con las personas de edad; otra, en fin, para con algunos a los que es justo honrar como a hijos o hermanos. Así, pues, el que no hace lo que se debe cumplir con el hermano, queda deudor de lo que ha omitido. Asimismo, si dejamos de hacer

a los hombres aquellas cosas, que por el humanitario espíritu de sabiduría es conveniente que les hagamos, más considerable es nuestra deuda.

También en lo que atañe a nosotros debemos usar adecuadamente nuestro cuerpo, sin desgastar las carnes por la voluptuosidad. Debemos ocuparnos preferentemente de nuestra alma y atender a la elevación de nuestros pensamientos y de nuestras palabras, para que no sean punzantes, sino útiles y en modo alguno ociosas; y si no hacemos lo que debemos para con nosotros mismos, más grave se hace nuestra deuda.

Y además, por ser nosotros la mayor obra de Dios e imagen suya, debemos guardarle a él un afecto y amor salido del corazón y profesado con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra mente. Y si no lo hacemos seremos deudores de Dios, pecando contra el

Señor. ¿Y quién intercederá por nosotros en este caso? «Si un hombre ofende a otro hombre, está de por medio Dios para salvarle; pero si el hombre ofende al Señor ¿de quién puede esperar la intervención?»¹⁹ [...]. Somos también deudores de Cristo, que nos rescató con su propia sangre, lo mismo que un siervo es deudor de quien le compra, que al fin no hace más que dar dinero por él. Tenemos también para con el Espíritu santo una deuda que solventar: guardándonos de «entristecer a aquél, en quien hemos sido sellados para el día de la redención»²⁰, y no contristándolo, llevamos los frutos reclamados por nosotros, ayudándonos él mismo y vivificando nuestra alma.

Además, aunque no sepamos con precisión cuál es el ángel custodio de cada uno de nosotros, que contempla siempre el rostro del Padre que está en los cielos²¹, es, no obstante, claro para quien lo considere, que también a él le somos deudores. Asimismo si somos «espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres»²², se ha de saber que así como el que sale en el teatro tiene obligación de decir o hacer estas cosas y aquellas otras a la vista de los espectadores, y si no las hiciera es castigado por comportarse indebidamente con el auditorio, así nosotros a todo el mundo, a todos los ángeles y al género humano les debemos aquellas cosas que la sabiduría, si quisiéramos, nos enseñará.

Aparte de todas estas obligaciones de carácter universal, hay una deuda de la viuda atendida por la iglesia; y también otra deuda del diácono y otra deuda del presbítero; y la deuda del obispo es gravísima, y de no solventarla, el Salvador de toda la iglesia lo llamará a juicio. También el apóstol se refiere al débito mutuo de marido y mujer cuando dice: «El marido pague a la mujer e igualmente la mujer al marido», y añade: «no os defraudéis el uno al otro»²³. Y ¿para qué va a ser preciso que diga yo las deudas que pesan sobre nosotros, si cada lector podrá colegirlas de lo que se ha dicho? Ciertamente no puede suceder que, estando en esta vida día y noche, no se tenga alguna deuda.

Mas si se contrae una deuda, o se paga o se defrauda; y esto sí que puede suceder en esta vida: que se pague la deuda o que no se pague, ofreciéndose aquí una gran variedad de matices. Pues hay personas, que a nadie deben; las hay que pagan mucho, debiendo poco; otros pagan poco, debiendo mucho; y alguno hay, quizá, que, debiéndolo todo, no pague nada. Y aquél que todo lo pagó, al punto de no deber nada al presente, esto le sirve: más precisa del perdón de deudas anteriores; y este perdón lo puede lógicamente conseguir quien por algún tiempo se esfuerza en solventar las deudas, a las que se veía sometido. Además, las acciones fuera de ley, impresas en nuestra alma, vienen a ser como un «acta de decretos contra nosotros», por la que, como si se tratara de documentos por así decir autógrafos, se nos juzgará;

porque «todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo»²⁴, «para que reciba cada uno según lo que hubiere hecho por el cuerpo, bueno o malo»²⁵ [...]. Y si son tantos los acreedores, cierto que también hay algunos que nos deben a nosotros. Porque unos nos deben como a hombres, otros como a ciudadanos, otros como a padres, algunos como a hijos; como a esposos, las mujeres; y como a amigos, los amigos.

Si, pues, algunos de los muchos deudores se comportasen menos diligentemente en cumplir los deberes que les obligan con nosotros hemos de actuar con ellos humanitariamente. Tampoco debemos acordarnos de las injurias, antes recordar nuestras propias deudas, que frecuentemente dejamos de pagar no sólo a los hombres sino al mismo Dios. Porque el recuerdo de las deudas escamoteadas por nosotros en el tiempo pasado nos hará más indulgentes con quienes nos deben y no nos pagan, máxime si no olvidamos nuestras ofensas contra Dios ni la iniquidades proferidas contra el Altísimo, bien por ignorancia de la verdad, bien por impaciencia en las adversidades que nos sobrevinieron. Y si no queremos ser indulgentes con nuestros deudores, habremos de soportar lo mismo que el que no perdonó los cien denarios a su compañero: cuando ya se había perdonado su deuda, [...] el señor ordena que se le encadene y le exige lo que le había condonado diciéndole: «Mal siervo, ¿no era de ley que tuvieses tú piedad de tu compañero, como la tuve yo de ti?; Metedlo en la cárcel, hasta que pague toda su deuda!»; a lo que añade el Señor: «así hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonase cada uno a su hermano de todo corazón»²⁶.

Hay que perdonar a los que afirman estar arrepentidos de las ofensas que nos hicieron, aunque esta actitud la adopte repetidas veces el que algo nos debe. Porque dice el Señor: «Si siete veces al día peca contra ti tu hermano y siete veces se vuelve a ti diciéndote: me arrepiento, le perdonarás»²⁷. Y si no se arrepiente no somos nosotros los duros contra ellos, sino ellos mismos se perjudican: «Pues el que tiene en poco la corrección, se menosprecia a sí mismo»²⁸. Más aún, cuando esto sucede hay

que procurar por todos los medios que la curación llegue a quien es tan perverso, que ni siquiera percibe sus propios males, embriagado y obcecado [...] por las tinieblas de la maldad. Lo que dice san Lucas: «perdónanos nuestros pecados»—ya que los pecados se originan al no pagar lo que debemos—, eso mismo lo dice san Mateo: «perdónanos nuestras deudas», lo que no parece referirse a quien sólo quiera perdonar a sus deudores arrepentidos, ya que aduce la prescripción del Salvador de que añadiéramos en la oración: «puesto que nosotros perdonamos a todos nuestros deudores». Todos, por tanto, tenemos la facultad de perdonar los pecados que van dirigidos contra nosotros, como aparece claro de la expresión: «así como nosotros perdonamos a nuestros deudores»; y de la otra: «puesto que nosotros perdonamos, a todos nuestros deudores». Mas aquél, sobre quien Jesús sopló como sobre los apóstoles y que puede por sus frutos manifestar que ha recibido el Espíritu santo²⁹, y que se ha hecho espiritual, porque se conduce por el Espíritu de Dios al modo del Hijo de Dios en todo lo que razonablemente se ha de hacer, éste (=el sacerdote) perdona lo que perdonaría Dios, y retiene los pecados incurables, sirviendo [...] también él al único que tiene potestad de perdonar, que es Dios.

Estas son las palabras que en el evangelio de san Juan nos hablan del perdón, que han de otorgar los apóstoles: «Recibid el Espíritu santo, a quienes perdonareis los pecados les serán perdonados y a quienes se los retuviereis les serán retenidos»³⁰.

Si estas palabras se reciben sin ponderar, se acusaría a los apóstoles de no perdonar a todos en una especie de amnistía general y de retener a algunos sus pecados, con lo que a causa de ellos Dios también se los retiene. Será, pues, útil tomar ejemplos de la ley, para que se entienda el perdón de pecados, que Dios otorga a los hombres por medio de los hombres.

Se prohíbe a los sacerdotes de la ley ofrecer el sacrificio por determinados delitos, para que se perdonen. Y jamás el sacerdote, que tiene potestad de perdonar algunas faltas involuntarias o de ofrecer sacrificios por los delitos, ofrecerá sacrificio por el adulterio o por el homicidio voluntario o por cualquier delito o pecado mayor. De la misma manera los apóstoles, y los sacerdotes a semejanza de ellos, instruidos por el gran pontífice en la disciplina del culto divino y enseñados por el Espíritu, saben por qué pecados y cuándo y cómo convenga ofrecer el sacrificio; y también conocen por qué otros pecados no convenga. [...] Hay algunos que no sé cómo se arrojan lo que supera a la dignidad sacerdotal—ni tienen quizá la ciencia sacerdotal—y se glorían como si pudieran perdonar la idolatría, los adulterios y las fornicaciones. ¡Como si con tal de orar por quienes tales males cometieron se hubiera de perdonar también «el pecado, que lleva a la muerte»! Sin duda que no han reparado en la frase: «Hay un pecado de muerte, y no es por éste por el que digo yo que se ruegue»³¹ [...].

IV. SAN CIRILO DE JERUSALÉN

(Cateq. XX111, 16)

·CIRILO-DE-J/PATER PATER/CIRILO-DE-J

Pues tenemos muchos pecados. Porque pecamos con la palabra y con el pensamiento y hacemos muchas cosas dignas de condenación. Y «si decimos que no tenemos pecado, mentimos»³². Y hacemos un pacto con Dios, rogándole que nos perdone nuestros pecados, como nosotros perdonamos a nuestros prójimos sus deudas. Ponderando pues, qué es lo que recibimos, en lugar de lo que damos, no dudemos ni rehusemos perdonarnos mutuamente. Las ofensas hechas contra nosotros son pequeñas, leves y fáciles de borrar; las hechas por nosotros contra Dios son grandes y sólo capaces de ser absueltas por su amor a los hombres. ¡Cuida, pues, no sea que por pequeños y leves pecados contra ti, te cierres el perdón de gravísimos pecados hechos contra Dios!

V. SAN GREGORIO NISENO

(De orat. domin., V (PG 44 1177A- 1192A))

·GREGORIO-NISA/PATER PATER/GREGORIO-NISA

La oración dominical alcanza ahora su punto culminante, pues muestra cómo debe ser aquél que se acerca a Dios: casi ya no un hombre sino semejante al mismo Dios, al realizar lo que sólo Dios puede hacer. El perdón de los pecados, en efecto, es propio y peculiar de Dios, según lo escrito: «Nadie puede perdonar los pecados, sino Dios»³³. Si, pues, un hombre imita en su propia vida lo característico de la naturaleza divina, deviene de algún modo aquello que visiblemente imita.

¿Qué enseña entonces la Palabra? Ante todo, que [...] pidamos perdón de las ofensas alguna vez cometidas; [...] que sea benefactor quien al benefactor se acerca; bueno, quien al bueno; justo, quien al Justo; paciente, quien al paciente; filántropo, quien al filántropo [...]. Por tanto, quien no perdona a su deudor, se aleja de la semejanza divina con sus costumbres y hechos. [...] ¿Ves a qué altura eleva el Señor a sus oyentes, por medio de esta oración, cambiando en cierto modo la naturaleza humana en la condición divina y determinando que devengan dioses quienes se acercan a Dios? ¿Por qué te acercas a Dios servil y escrupulosamente? [...]. Sé tú tu mismo juez; dicta tú tu sentencia: deseando ser perdonado por Dios, perdona tú [...], pues lo que tú hagas, será confirmado por el juicio divino.

Pero, ¿quién puede explicar dignamente la amplitud de [...] las palabras: «perdónanos nuestras deudas, como también nosotros

hemos perdonado a nuestros deudores»? Pues lo que llevo a pensar de ellas es temerario no sólo pensarlo sino también formularlo. Dicen, en efecto, que así como Dios es propuesto por modelo de los que obran rectamente [...], así, viceversa, ¡quiere que tu disposición devenga para Dios un ejemplo hacia el bien!; y se invierte en cierto modo el orden, para que nos atrevamos a esperar el futuro bien, que ya se realizó en nosotros mediante la imitación de la naturaleza divina; para que Dios imite nuestros hechos, cuando hayamos realizado algo bueno; para que tú digas a Dios: «¡Haz lo que hice...!; perdoné las deudas: no me las exijas tú; no rechacé al suplicante: tampoco rechaces tú a quien te suplica [...]; mostré gran misericordia para con el prójimo: imita tú, Señor, la caridad de tu siervo».

[..] Si, pues, es cierto que debemos ofrecer a Dios súplicas por su misericordia y perdón, preparemos a nuestra conciencia una filial confianza, anteponiendo nuestra vida como abogada de nuestra oración y digamos con verdad: «como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores».

VI. SAN AMBROSIO

(Los sacramentos, V 4, 27-28)

·AMBROSIO/PATER PATER/AMBROSIO

¿Qué es la «deuda» sino el pecado? Pues si no hubieras recibido dinero de un usurero extraño, no te encontrarías en la miseria. Pero por esto se te imputa el pecado: recibiste dinero y naciste rico; eras rico, porque fuiste creado a imagen y semejanza de Dios³⁴; has perdido cuanto poseías, es decir, la humildad, cuando deseaste reclamar tu autonomía, perdiendo tu dinero quedando desnudo como Adán; contrajiste con el diablo una deuda, que no te era necesaria; tú, que eras libre en Cristo, te hiciste deudor del diablo. Tu enemigo tenía tu recibo, pero el Señor lo crucificó consigo y lo borró con su sangre³⁵; canceló tu deuda y te devolvió la libertad. Es, por tanto, justo cuando dice:

«perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Piensa bien lo que dices: «así como yo perdono, perdóname también tú». Si perdonas, con razón pides que él te perdone. Pero si no perdonas, ¿cómo pretendes su perdón?

VII. TEODORO DE MOPSUESTIA

(Hom. XI, 15-16)

·TEODORO-MOP/PATER PATER/TEODORO-MOP

Puesto que, aunque sea grande nuestra aplicación a la virtud, no podemos en absoluto estar libres de pecado quienes tantas

veces, sin quererlo, estamos obligados a caer, a causa de la debilidad de la naturaleza, encontró él solícitamente un remedio a esto en la petición sobre el perdón, aun cuando no la dijo sólo por eso. «Si—dice—os aplicáis al bien y os esforzáis en ello, si no queréis pedir nada superfluo sino tener el uso de lo necesario, debéis tener confianza de recibir el perdón de vuestros pecados, pues tales pecados son ciertamente involuntarios». Quien efectivamente se aplica al bien y cuida de deshacerse del mal, es claro que no ha caído voluntariamente ¿Cómo habrá querido caer, quien detesta el mal y quiere el bien? Es, pues cierto, que los pecados de ese hombre son involuntarios y que recibirá el perdón de ellos. Añadiendo: «como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores», muestra que debemos tener confianza en que nos será concedido el perdón de tales (pecados), si también nosotros, según nuestras fuerzas, hacemos lo mismo con quienes nos hayan ofendido. Puesto que, tras haber nosotros escogido el bien y habernos alegrado en él, pecamos muchas veces contra Dios y contra los hombres, es bueno que Dios haya encontrado remedio a estos dos males en el perdón que nosotros otorgamos a quienes nos ofenden teniendo firme confianza que también nosotros recibiremos igualmente de Dios el perdón de nuestros pecados. Porque así como cuando pecamos es preciso que, arrodillados, supliquemos a Dios el perdón, así también perdonamos nosotros a quienes nos ofenden y piden perdón ¡Acojamos caritativamente a quienes de algún modo nos han ofendido o afligido! [...] Nuestro Señor nos ha prescrito, claramente, pedir perdón, a condición de que también nosotros hayamos perdonado a quienes nos han ofendido.

VIII. SAN JUAN CRISÓSTOMO

(Homilías sobre san Mateo, XIX 5-6)

·JUAN-CRISO/PATER PATER/JUAN-CRISO

Como sea un hecho que, aun después del baño de la regeneración pecamos, danos también aquí el Señor una gran prueba de su amor, mandándonos que vayamos a pedir perdón de nuestros pecados al Dios misericordioso y le digamos así: «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». ¡Mirad el exceso de su amor! Después de librarnos de tamaños males, después de regalarnos un don de inefable grandeza, todavía se digna concedernos el perdón de nuestros pecados. Pues, que esta súplica convenga a los fieles, no sólo nos lo enseñan las leyes de la iglesia, sino el preludeo mismo de la oración. Un catecúmeno, en efecto, no podía llamar Padre a Dios. Si, pues, esta oración conviene a los fieles y éstos piden que se les perdonen sus pecados, es evidente que tampoco después del bautismo se nos quita el beneficio de la penitencia. Si

no

hubiera sido eso lo que quiso mostrarnos, tampoco nos hubiera mandado pedir perdón en la oración. Mas cuando él nos recuerda nuestros pecados, y nos manda pedir perdón de ellos, y nos enseña la manera de alcanzarlo, y nos allana el camino para ello, es evidente que, si nos puso por ley orar así, es porque sabía, y así nos lo mostraba, que, aun después del bautismo, podíamos lavarnos de nuestras culpas. Con el recuerdo de nuestros pecados, nos persuade la humildad; al mandarnos perdonar nosotros a los demás, nos libra de todo resentimiento; con la promesa de que, a cambio de ello, Dios nos perdonará a nosotros, dilata nuestra esperanza, a la vez que nos enseña a meditar sobre la bondad inefable de Dios.

Una cosa es menester que notemos aquí señaladamente, a saber: en cada una de las anteriores palabras y peticiones de la oración, el Señor nos ha dado como un compendio de toda virtud y, por ende, quedaba ya eliminado todo resentimiento. Así, santificar el nombre de Dios, obra es de consumada perfección; y lo mismo significa el cumplir su voluntad; y poder llamar Padre a Dios, señal es de vida irreprochable. En todo ello se comprendía suficientemente nuestro deber de calmar nuestra ira contra quienes nos hubieran ofendido.

Sin embargo, no se contentó el Señor con eso, sino que quiso mostrarnos cuánto interés tiene en ello: lo puso particularmente y, después de la oración, no hay mandamiento que recuerde tan frecuentemente como éste, diciendo así: «Si perdonareis vosotros a los hombres sus pecados, también a vosotros os perdonará vuestro Padre, que está en los cielos»³⁶. Así, pues, en nuestras manos está el principio y de nosotros depende nuestro propio juicio. Para que nadie, por estúpido que sea, pueda reprocharle nada, ni pequeño ni grande, al ser juzgado, a ti, que eres el reo, te hace dueño de la sentencia: «Como tú—te dice—te juzgares a ti mismo, así te juzgaré yo; si tú perdonares a tu compañero, la misma gracia obtendrás tú de mí».

A pesar de que no hay paridad de un caso a otro. Tú perdonas, porque necesitas ser perdonado; Dios te perdona sin necesitar de nada. Tú perdonas a un consiervo tuyo; Dios, a un siervo suyo. Tú, reo de mil crímenes; Dios, absolutamente impecable. Y, sin

embargo, también aquí te da una prueba de su amor. Podía él, en efecto, perdonarte sin eso todas sus culpas; pero quiere además hacerte muchos beneficios, ofreciéndote mil ocasiones de mansedumbre y amor a tus hermanos, desterrando de ti toda ferocidad, apagando tu furor y uniéndote por todos los medios con quien es un miembro tuyo.

¿Qué puedes, en efecto, replicar? ¿Que has sufrido una injusticia de parte de tu prójimo? ¡Claro! Eso es precisamente el pecado, pues si se hubiera portado contigo justamente, no habría pecado que perdonar. Mas tú también acudes a Dios para recibir perdón, y de pecados, sin duda, mayores. Y aun antes del perdón,

se te hace una gracia no pequeña: se te enseña a tener alma humana, se te instruye en la práctica de la mansedumbre. Y, sobre todo eso, se te reserva una gran recompensa en el cielo: ¡No se te pedirá cuenta alguna de tus propios pecados! ¿Qué castigo, pues, no mereceríamos si, teniendo la salvación en nuestras manos, la desechamos? ¿Cómo mereceremos que se nos escuche en nuestros otros asuntos, cuando en los que dependen de nosotros no tenemos consideración con nosotros mismos?

IX. SAN AGUSTIN

(1. Serm. Mont., II, VIII 28-29; 2. Serm., 56, 11-18)
·AGUSTIN/PATER PATER/AGUSTIN

1) [...] Es claro que el Señor llama deudas a los pecados, ya sea por aquello que él mismo dijo: «asegúrote de cierto que no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante»³⁷, ya sea porque llamó deudores a aquellos de quienes le fue anunciado que habían perecido así en la ruina de la torre, como también aquellos cuya sangre mezcló Herodes con la de los sacrificios³⁸. Pues dijo que pensaban los hombres que aquellos eran deudores en gran manera, esto es, pecadores, y añadió: «En verdad os digo que si vosotros no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente»³⁹. En consecuencia, no da aquí una orden obligando a perdonar a los deudores las deudas pecuniarias, sino todas aquellas cosas en que algunos nos hubiesen ofendido: porque lo relativo a perdonar dinero, más bien se nos manda en aquel otro precepto que se ha dicho arriba, a saber: «al que quiera armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa»⁴⁰; no se manda allí perdonar la deuda a todo deudor pecuniario, sino a aquel que no quiere pagarla y llegase al extremo de querer también pleitear; pues dice el apóstol: «al siervo de Dios no le conviene litigar»⁴¹. Por consiguiente, ha de perdonarse la deuda de aquél que ni voluntariamente ni por requerimiento quiere devolver el dinero debido. Porque él rechazará pagar por una de dos razones: o porque no tiene dinero o porque es avaro y codicioso del bien ajeno; pero ambas cosas pertenecen a la indigencia, pues en el primer caso es la carencia de bienes naturales; y en el segundo, de voluntad; por tanto, quienquiera que perdona la deuda a tal deudor, perdona a un necesitado y obra cristianamente, cumpliendo aquella regla que prescribe tener el ánimo dispuesto para perdonar lo que se le adeuda. Mas, si modesta y mansamente emplea todos los medios conducentes para que se le pague, no mirando tanto al interés de recobrar el dinero como a corregir a un hombre al cual es ciertamente pernicioso tener con qué satisfacer la deuda y no reintegrarla, no solamente no pecará aquél, sino que aprovechará muchísimo también, para que el deudor que quiere lucrarse del dinero ajeno no padezca

detrimento en la fe. De lo cual también se deduce que esta quinta petición, en la que decimos «perdónanos nuestras deudas», no se refiere al dinero precisamente, sino a que perdonemos todas aquellas cosas en que alguno peca contra nosotros, incluso en materia pecuniaria. Porque verdaderamente os ofende aquél que rehusa devolver el dinero que os debe, teniendo posibilidad para restituirlo; y si vosotros nos perdonáis este pecado, no podéis decir: «perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos»; mas si perdonáis, reconocéis que aquél a quien se manda orar de esta manera debe perdonar también las ofensas pecuniarias.

Con razón puede añadirse que cuando decimos: «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», seremos entonces convencidos de haber traspasado esta regla, si rehusamos perdonar a aquellos que nos piden perdón, puesto que nosotros pidiendo perdón, deseamos ser perdonados por el benignísimo Padre celestial. Pero, además, en aquel precepto en que se nos manda orar por nuestros enemigos, no se nos manda orar por éstos que piden perdón, porque los que tienen esta disposición de ánimo, ya no son enemigos. Por otra parte, de ningún modo podrá uno decir con verdad que ora por aquél a quien no perdona. Por consiguiente, es necesario confesar que debemos perdonar todos los pecados que contra nosotros se cometen, si queremos que sean perdonados por el Padre celestial los que nosotros contra él hemos cometido [...].

2) Tampoco en esta posición es necesario exponer que pedimos por nosotros, ya que pedimos se nos perdonen las deudas, pues somos deudores no de dinero sino de pecados. Tal vez digas ahora: [...] «¿También vosotros, santos obispos, sois deudores?» ¡También nosotros somos deudores! [...] No me baldo; digo la verdad: ¡somos deudores! «Si dijéramos que no tenemos pecado, a nosotros mismos nos engañamos, y la verdad no está en

nosotros»⁴². Hemos sido baurizados y, con todo, somos deudores; no por haber quedado algo sin perdón en el bautismo, sino por contraer a diario algo que necesita diario perdón. Quienes mueren de recién bautizados, sin deuda suben al cielo [...]; pero cuando

los bautizados continúan viviendo esta vida, contraen por efecto de la fragilidad mortal algo que les obliga, para evitar el naufragio, a desaguar su propia sentina; pues, si no se achica el agua de la nave, poco a poco entrará la suficiente para hundirla. Esto es vaciar la sentina: pedir perdón de las deudas. Y no sólo debemos orar, sino dar limosna, porque la sentina del navío se vacía trabajando con las voces y con las manos. Con las voces trabajamos cuando decimos: «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores»; y con las manos, cuando hacemos lo de: «parte tu pan con el hambriento y al pobre sin albergue métele en tu casa»⁴³. «Esconde la limosna en el corazón del pobre, y ella implorará por ti al Señor»⁴⁴.

Qué angustia no padeciéramos si, habiendo recibido el perdón

de todos los pecados por el baño regenerador, no se nos diera la cotidiana limpieza de la santa oración! La limosna y la oración nos purifican de nuestros pecados, si los pecados no son tales que nos condenen a ser privados del «pan cotidiano»: deudas que llevan aparejada una cierta y severa condenación. No queráis

llamaros justos, como si no tuvierais motivos para decir:

«perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». PECADOR/TODOS: Aun absteniéndose uno de astrologías, idolatrías y brujerías, aun no incurriendo en las añagazas de los herejes o partidismos cismáticos, aun sin cometer homicidios, adulterios y fornicaciones, hurtos y rapiñas, falsos testimonios y otros delitos que no menciono, y cuyas perniciosas derivaciones llegan a la prohibición de la comunión y tener que «atarle» a la vez «en la tierra y en el cielo» con ataduras que ponen a riesgo la salvación, de no serle «desatadas en la tierra y en el cielo»; aun evitando, digo, estos pecados, todavía no le faltan al hombre modos de pecar: pecan mirando con liviandad lo que no deben [...]; y cuando escuchas algo que no debes, aunque tú no lo digas, ¿no pecas con el oído?; [...] ¡y cuántos pecados no hace la lengua emponzoñada!; [...] no haga la mano el mal, no vaya el pie a cosa mala; [...] mas los pensamientos, ¿quién los

reprime? Muchas veces, hermanos míos, durante la oración está el pensamiento lejos, parece olvidársenos ante quién estamos de pie o en suelo postrados.

P-VENIAL/IMPORTANCIA: Ahora bien, si todas estas faltas se acumulan sobre nosotros, ¿no serán poderosas a estrujarnos, por menudas que sean? ¿qué más da te aplaste el plomo que la arena? El plomo es masa compacta; la arena se forma de granitos, pero su muchedumbre te sepulta. ¡Pecados leves! ¿No ves cómo de menudas gotas se desbordan los ríos y se llevan las tierras?

Son pequeñas, ¡pero son muchas!

Cuantas veces, por tanto, digamos: «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», digámoslo de corazón y hagamos lo que decimos. Es una promesa, que le hacemos a Dios: pacto y convenio. Tu Señor Dios te dice:

«Si perdonas tú, perdono yo. ¿No perdonas? Contra ti fallas, no yo».

¡Carísimos hijos míos !: yo sé muy bien hasta qué punto dice relación con nosotros [...] esta petición, sobre todo [...]. Oid pues.

Vais a ser bautizados: ¡perdonadlo todo!; quien guarde algún resentimiento contra otro, perdone de corazón. Entrad con estas disposiciones en la fuente bautismal, y estad seguros de que todo en absoluto se os perdonará: el pecado de origen, que os viene de Adán a través de vuestros padres, pecado éste por el que corréis con los párvulos a la gracia del Salvador; y lo que, viviendo, añadisteis por palabra, obra o pensamiento. Todo será perdonado, y saldréis de allí tan libres de vuestras deudas como si el Señor en persona os lo hubiera perdonado.

ENEMIGO/PERDON PERDON/ENEMIGOS: Mas, volviendo a los pecados cotidianos, por los que os dije ser necesario decir «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», lo cual es un modo de purificación diaria, ¿qué debéis hacer? Tenéis enemigos. ¿Quién habrá en el mundo sin enemigos? Mirad por vosotros, amándolos a ellos; porque no te hará el más fiero enemigo tanto daño como tú a ti, si no amas al enemigo. El puede perjudicarte: o en tu ganado, o en tu casa, o en tu siervo, o en tu sierva, o en tu hijo, o en tu mujer, o lo más, si le fuere permitido, en tu carne. ¿Puede acaso hacerte daño como tú a tu alma? Esforzaos, carísimos, por llegar a esta perfección; os conjuro a ello. Mas ¿puedo yo dároslo? Os la dará aquél a quien decís: «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Sin embargo, no se os antoje imposible; yo sé [. . .] por experiencia que hay hombres cristianos que aman a sus enemigos. Si comenzáis por juzgarlo imposible, no lo haréis; persuadíos, sobre todo, de su posibilidad, y rogad se haga en vosotros la voluntad de Dios. Voluntad de Dios es que perdonéis a vuestros enemigos; rogadle, pues, os otorgue la virtud de perdonarlos. Si en tu enemigo no hubiera cosa mala, no sería enemigo tuyo. ¿Qué provecho te granjea su maldad? Deséale, pues, el bien; desea ponga fin al mal, y dejará de ser enemigo tuyo. No es, en efecto, su naturaleza humana, sino la culpa quien en su persona es tu enemigo. ¿Es enemigo tuyo por su alma y carne? Es lo mismo que tú: tienes alma y tiene alma, tienes cuerpo y tiene cuerpo, es consubstancial a ti, habéis sido hechos de tierra semejantes, ambos fuisteis dotados de alma por Dios. Es lo mismo que tú; mírale como a hermano. Nuestros primeros padres fueron Adán y Eva: Adán, padre; Eva, madre; luego nosotros somos hermanos. Dejemos a un lado el primer origen. Dios, Padre; la iglesia, madre; luego somos hermanos. «Pero mi enemigo es pagano, es judío, es hereje», es, en fin, uno de los que hablé al exponer la petición «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». ¡Oh iglesia! Tu enemigo es pagano, judío, hereje: es la tierra. Si, pues, tú eres el cielo, invoca al Padre, que está en los cielos, y ora por tus enemigos; que también Saulo era enemigo de la iglesia, y se oró por él y se hizo amigo. No sólo dejó de ser perseguidor, sino que vino a ser laborioso colaborador. Y, si bien lo miras, se oró contra él, contra su malicia, no contra su naturaleza. Ora también tú contra la malicia de tu enemigo: muera ella y viva él. Porque, si muere tu enemigo, quedarás sin enemigo, mas tampoco tendrás un amigo. Si, en cambio, muriera su malicia, pierdes un enemigo y hallas un amigo.

Todavía decís: «Pero ¿quién puede tanto? ¿Quién hizo cosa tal». ¡Hágalo Dios en vuestros corazones! También lo sé yo: ¡lo hacen pocos! ¡algunas almas próceras de gran espiritualidad! ¿Lo son, acaso, en la iglesia todos los fieles que se llegan al altar para recibir el cuerpo y sangre de Cristo? ¿Lo son todos? Y, sin

embargo, todos dicen «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». ¿Qué fuera si les respondiese Dios: «por qué me pedís haga lo que prometí, si vosotros no hacéis lo que mandé? ¿qué prometí?: perdonar vuestras deudas. ¿Qué mandé?: que perdonéis también vosotros a vuestros deudores. ¿Cómo podéis hacer esto, si no amáis a los enemigos?». ¿Qué haremos, hermanos? ¿Tan reducida es la grey de Cristo, si únicamente deben decir: «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», quienes aman a los enemigos? Ni sé qué me haga ni sé qué me diga. ¿Os diré que no oréis, si no amáis a vuestros enemigos? No me atrevo; orad, más bien, para lograr ese amor. ¿Os diré que si no amáis a vuestros enemigos, suprimáis en la oración lo de «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores»? Imaginad que os digo: «no lo digáis». Pero, si no lo decís, no se os perdonan: si lo decís y no lo hacéis, tampoco se os perdonan. Luego, ¡dígame y hágase, para que os perdonen!

Algo veo por donde consolar, no al menguado número de los cristianos buenos, sino a la muchedumbre toda, y sé qué estáis anhelando oírlo. Cristo dijo: «perdonad para que se os perdone»⁴⁵. Y en la oración, ¿qué decís vosotros? Lo que venimos exponiendo [...]: perdónanos, Señor, como nosotros perdonamos. Es decir: «perdona, ¡oh Padre que estás en los cielos!, nuestros pecados, al modo que también nosotros perdonamos a los que nos han ofendido». He ahí, en efecto, lo que debéis hacer, so pena de condenaros: perdonar en seguida al enemigo, que os pida perdón. ¿Es mucho eso para vosotros? Te resultaba excesivo amar al enemigo, cuando te vejaba; ¿es mucho para ti amar a un hombre, que se te humilla? ¿qué dices? Te vejaba, y le respondías odiándole. Yo hubiera deseado que ni aun entonces le aborrecieses; yo hubiera preferido que, al ser víctima de sus malos tratos, te acordases del Señor cuando dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hace»⁴⁶. ¡Qué más podría yo desear sino que aun entonces, cuando el enemigo te ofendía, volvieras los ojos a tu Señor Dios, que tal hizo!

Pero acaso me digas: «eso lo hizo él por ser el Señor, el Hijo de Dios, el Unigénito, el Verbo, que se hizo carne, ¿cómo he yo de hacerlo, malo y sin fuerza que soy». Si tu Señor es demasiado para ti, piensa en tu consiervo. Apedreaban a san Esteban, y entre las pedradas doblaba las rodillas y oraba por los enemigos, diciendo: «Señor, no les imputes este pecado»⁴⁷. Le arrojaban piedras, no le pedían perdón; más él oraba por ellos. Así te quiero yo a ti: ¡ánimate! ¿Por qué andas siempre con el corazón a la rastra? Oye lo de: «¡arriba el corazón», ¡estírate! ¡ama a los enemigos! Si no puedes amarle cuando te maltrata, ámale siquiera cuando te pide perdón. Ama al hombre que te dice: «¡hermano, pequé, perdóname». Si en tal coyuntura no le perdonas, no digo te

borras del corazón la oración, digo que serás borrado del libro de Dios. [...] Lo suplica, pide perdón: perdónale sin vacilaciones; que, de no perdonarle, no es a él, sino a ti, a quien perjudicas. El sabe qué ha de hacer: consiervo suyo tú, si no perdonas a tu consiervo, él se irá a vuestro común Señor y le dirá «Señor, he rogado a mi consiervo que me perdonase, y no quiso perdonarme; perdóname tú. ¿Acaso no es lícito al Señor relevar de sus deudas a un siervo tuyo»? Y, recibido el perdón, él sale perdonado ante su Señor y tú quedas debiendo. ¿Cómo debiendo? Llegará el tiempo de la oración, llegará el tiempo de decir: «perdónanos nuestras deudas, así como perdonamos nosotros a nuestros deudores», y el Señor te replicará: «¡siervo injusto!: aun debiendo tanto, me suplicaste y te perdoné; ¿no era razón fueses a tu vez compasivo para tu camarada, según lo fui yo contigo?»⁴⁸. Palabras del evangelio, no de invención mía. Si, pues, rogado, perdonares a quien te ruega, puedes ya decir esta oración. Aunque no te halles capaz de amar a quien te hace daño, con todo puedes decir: «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores».

X. SANTA TERESA DE JESUS

(Camino de perfección, cap. 36)

·TEREJ/PATER PATER/TEREJ

Pues viendo nuestro buen Maestro que con este manjar celestial todo nos es fácil, si no es por nuestra culpa, y que podemos cumplir muy bien lo que hemos dicho al Padre de que se cumpla en nosotros su voluntad, dícele ahora que nos perdone nuestras deudas, pues perdonamos nosotros [...] Miremos, hermanas, que no dice «como perdonaremos» [...], porque entendamos que quien pide un don tan grande como el pasado, y quien ya ha puesto su voluntad en la de Dios, que ya esto ha de estar hecho; y así dice: «como nosotros las perdonamos». Así que quien de veras hubiere dicho esta palabra al Señor, fiat voluntas tua, todo lo ha de tener hecho, con la determinación, al menos. Veis aquí cómo los santos se holgaban con las injurias y persecuciones, porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedían. ¿Qué hará una tan pobre como yo, que tan poco ha tenido que perdonar y tanto hay que se me perdone? Cosa es ésta, hermanas, para que miremos mucho en ella; que una cosa tan grave y de tanta importancia como que nos perdone nuestro Señor nuestras culpas, que merecían fuego eterno, se nos perdone con tan baja cosa como es que perdonemos; y aun de esta bajeza tengo tan pocas que ofrecer, que de balde me habéis, Señor, de perdonar; aquí cabe bien vuestra misericordia. Bendito seáis vos, que tan pobre me sufrís, que lo que vuestro Hijo dice en nombre de todos, por ser yo tal y tan sin caudal, me he de salir de la cuenta.

ORGULLO/VANIDAD VANIDAD/ORGULLO: Mas, Señor, mío, ¿si habrá algunas personas que me tengan compañía y no hayan entendido esto? Si las hay, en vuestro nombre les pido yo que se les acuerde de esto, y no hagan caso de unas cositas que llaman agravios, que parece hacemos casas de pajitas, como los niños, con estos puntos de honra. ¡Oh válgame Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra y en qué está perder la honra!

[...] Mas mirad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio; también inventa sus honras en los monasterios, y pone sus leyes, que suben y bajan en dignidades como los del mundo. Los letrados [...]: el que ha llegado a leer teología, no ha de bajar a leer filosofía, que es un punto de honra, que está en que ha de subir y no bajar, y aun si se lo mandase la obediencia, lo tendría por agravio [...]; y luego el demonio descubre razones que aun en ley de Dios parece lleva razón. Pues entre nosotras, la que ha sido priora, ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo [...].

Cosa es para reír, o para llorar, que lleva más razón [...] ¡Oh Señor, Señor! ¿Sois vos nuestro dechado Maestro? Sí, por cierto. ¿Pues en qué estuvo vuestra honra, honrador nuestro? No la perdisteis, por cierto, en ser humillado hasta la muerte; no, Señor, sino que la ganasteis para todos.

¡Oh, por amor de Dios, hermanas!, que llevamos perdido el camino, porque va errado desde el principio y plegue a Dios que no se pierda algún alma por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la honra. Y vendremos después a pensar que hemos hecho mucho, si perdonamos una cosita de estas, que ni era agravio, ni injuria, ni nada; y muy como quien ha hecho algo, vendremos a que nos perdone el Señor, pues hemos perdonado. Dadnos, mi Dios, a entender que no nos entendemos y que venimos vacías las manos, y perdonadnos vos por vuestra misericordia [...].

Mas ¡qué estimado debe ser este amarnos unos a otros del Señor!

Pues pudiera el buen Jesús ponerle delante otras, y decir: perdonadnos, Señor, porque hacemos mucha penitencia, o porque rezamos mucho, y ayunamos y lo hemos dejado todo por vos, y os amamos mucho y no dijo porque perderíamos la vida por vos, y, como digo, otras cosas que pudiera decir, sino sólo porque perdonamos. Por ventura, como nos conoce por tan amigos de esta negra honra, y como cosa más dificultosa de alcanzar de nosotros, y más agradable a su Padre, la dijo, y se la ofrece de nuestra parte.

Pues tened mucha cuenta, hermanas, con que dice: «como perdonamos», ya como cosa hecha, como he dicho. Y advertid mucho en esto, que cuando de las cosas que Dios hace merced a un alma en la oración [...] de contemplación perfecta, no sale muy determinada, y, si se le ofrece, lo pone por obra de perdonar cualquier injuria, por grave que sea, no estas naderías que llaman

injurias [no fie mucho de su oración]; que al alma que Dios llega a si en oración tan subida, no llegan [las injurias] ni se le da más ser estimada que no.

[...] De estas personas está muy lejos estima suya de nada; gustan entiendan sus pecados, y de decirlos cuando ven que tienen estima de ellos. Así les acaece de su linaje, que ya saben que en el reino que no se acaba, no han de ganar por aquí. Si gustasen ser de buena casta, es cuando para más servir a Dios fuera menester; cuando no, pésales los tengan por más de lo que son, y sin ninguna pena desengañan, sino con gusto. Es el caso que debe ser a quien Dios hace merced de tener esta humildad y amor grande a Dios, que, en cosa que sea servirle más, ya se tiene a si tan olvidado, que aún no puede creer que otros sienten algunas cosas ni lo tienen por injuria.

Estos efectos que he dicho, a la postre son de personas ya más llegadas a perfección, y a quien el Señor muy ordinario hace mercedes de llegarle a si por contemplación perfecta. Mas lo primero, que es estar determinados a sufrir injurias, y sufrirlas, aunque sea recibiendo pena, digo que muy en breve lo tiene quien ya [tiene] esta merced del Señor de tener oración hasta llegar a unión; y que si no tiene estos efectos y sale muy fuerte en ellos de la oración, crea que no era la merced de Dios, sino alguna ilusión y regalo del demonio, porque nos tengamos por más honrados.

Puede ser que al principio, cuando el Señor hace estas mercedes, no luego el alma quede con esta fortaleza; mas digo que si la continúa a hacer, que en breve tiempo se hace con fortaleza, y ya que no la tenga en otras virtudes, en esto de perdonar sí. No puedo yo creer que alma que tan justo llega de la misma misericordia, adonde conoce la que es y lo mucho que le ha perdonado Dios, deje de perdonar luego con toda facilidad, y quede allanada en quedar muy bien con quien la injurió; porque tiene presente el regalo y merced que le ha hecho, adonde vio señales de grande amor, y alégrase se le ofrezca en qué mostrarle alguno.

Torno a decir que conozco muchas personas que las ha hecho el Señor merced de levantarlas a cosas sobrenaturales, dándoles esta oración o contemplación que queda dicha; y aunque las veo con otras faltas e imperfecciones, con ésta no he visto ninguna, ni creo la habrá, si las mercedes son de Dios, como he dicho. El que las recibiere mayores, mire en sí cómo van creciendo estos efectos; y si no viere en sí ninguno, témase mucho, y no crea que esos regalos son de Dios, como he dicho, que siempre enriquece el alma adonde llega. Esto es cierto, que aunque la verdad y regalo pase presto, que se entiende despacio en las ganancias con que queda el alma; y como el buen Jesús sabe bien esto, determinadamente dice a su Padre santo «que perdonamos a nuestros deudores».

XI. CATECISMO ROMANO (IV, VI 1-22) PATER/CATECISMO- ROMANO

1. Significado de esta petición

Todo cuanto nos rodea en la vida y en la creación nos habla a gritos de la omnipotencia, sabiduría y bondad infinitas de Dios; pero nada testimonia y demuestra tan profunda y luminosamente

su infinita misericordia para con nosotros, como el misterio inefable de la pasión de Cristo, de donde brotó la fuente perenne de la gracia que purifica nuestros pecados. Ser sumergidos y purificados en esta divina fuente es lo que pedimos cuando rezamos en el Padrenuestro: «perdónanos nuestras deudas». Comprende esta petición el conjunto de todos los bienes que Cristo nos mereció. [...] Y puesto que la eficacia de la oración depende en gran parte del modo con que se ora, convendrá señalar las disposiciones con que debe acercarse el alma al Señor para pedir el perdón de sus culpas. Ante todo, con conciencia de los propios pecados y humilde arrepentimiento de los mismos y pleno convencimiento de que Dios quiere siempre perdonar a quien se acerca con estas disposiciones. [...] La memoria de nuestros pecados debe ir acompañada siempre del dolor y arrepentimiento, que nos haga recurrir... a Dios nuestro Padre, para que nos saque las espinas de los pecados. [...] Debe animarnos, finalmente, un profundo sentimiento de esperanza: Dios concedió a la iglesia, por medio de Cristo, el poder de perdonar los pecados... y en esta petición nos

exhorta a acudir a su infinita misericordia [...].

2. Perdónanos nuestras deudas...

Para evitar posibles errores o confusiones, veamos cuáles son las deudas que el hombre tiene contraídas con Dios. Son de varias especies, y no pedimos ni podemos pedir nos sean remitidas todas: no podemos pedir que nos sea perdonada la «deuda de amor», que tenemos obligación de profesar a Dios con todo el corazón, con todo el alma y con todas las fuerzas. Deuda que necesariamente hemos de saldar, si queremos conseguir nuestra eterna salvación. Tampoco podemos pedir, ni pedimos aquí, que el Señor nos libre de las «deudas de obediencia, culto, veneración» y otros deberes semejantes que tenemos hacia Dios, nuestro Creador y Señor. Pedimos a Dios que nos libre de «nuestros pecados». San Lucas interpreta la palabra «deuda» por la palabra

«pecado»⁴⁹. Y con razón, porque por el pecado nos hacemos reos delante de Dios [...], siendo el hombre un deudor insolvente, incapaz de satisfacer por si mismo. De ahí la necesidad de recurrir a la misericordia divina [...] y acudir a los méritos de la pasión de Cristo. [...] Sobre el ara de la cruz pagó Jesús el precio

debido por nuestros pecados; precio que se nos comunica por
medio de los

sacramentos [...] y cuyo extraordinario valor nos alcanza realmente lo que imploramos en esta petición: la remisión de nuestros pecados. [...] «Nuestras» son las deudas, [...] por residir en nosotros su culpa y haber sido contraídas por nuestra libre y consciente voluntad.

Por consiguiente, esta petición es un reconocimiento y una confesión de nuestra culpabilidad y una necesaria imploración de la misericordia divina [...]. Y no decimos: «perdóname a mí», sino: «perdónanos a nosotros». Es exigencia de la caridad que una a todos los hombres delante de Dios y entre sí, caridad que obliga a sentir una preocupación viva por la salud de los prójimos y a rogar por ellos como por nosotros mismos. Así nos lo enseñó Cristo y así lo predicaron y practicaron los apóstoles. La iglesia ha conservado santísimamente esta tradición, de la que en uno y otro testamento tenemos luminosos ejemplos⁵⁰ [...].

3. ... así como nosotros perdonamos a nuestros deudores
Las palabras «así como» pueden entenderse de una doble manera: en un sentido de « semejanza » o en un sentido de « condición ». En el primer caso pedimos a Dios que nos perdone « del mismo modo » con que nosotros perdonamos las injurias y ofensas, recibidas del prójimo. En el segundo caso rogamos a Dios que nos perdone, « a condición » de que nosotros perdonemos a los demás. Y en este segundo sentido las interpretó Cristo: « Porque, si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial; pero, si no perdonáis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados »⁵¹.

En uno y otro caso es evidente la necesidad de perdonar las ofensas ajenas: si queremos que Dios nos perdone, es preciso saber perdonar. Tanto exige el Señor este olvido de las injurias recibidas y esta mutua caridad, que rehúsa y desprecia las ofrendas y sacrificios de quienes previamente no se hayan reconciliado con sus prójimos⁵². [...] Sería un arrogante descaro pedir a Dios el olvido y remisión de nuestras culpas, manteniendo en el corazón resentimientos y deseos de venganza contra el prójimo. Nuestro ánimo, pues, debe estar siempre dispuesto al perdón.

[...] Recordemos que Dios nos manda explícitamente en la Sagrada Escritura perdonar a los enemigos⁵³. Pensemos que ésta es una exigencia imperiosa de nuestra común condición de hijos

de Dios, y que en esta caridad fraterna resplandece nuestra semejanza con el Padre celestial⁵⁴, el cual se reconcilió con nosotros, que tan gravemente le habíamos ofendido, y nos libró de la muerte con el sacrificio de su Hijo unigénito⁵⁵. No olvidemos que se trata de un expreso y vigoroso mandato de Jesús: « ¡Orad por

los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos! »⁵⁶.

4. Eficacia de esta petición

Para que esta petición sea fructuosa hemos de pensar, ante todo, que pedimos a Dios una gracia de perdón, que sólo puede concederse a quien primeramente se arrepiente de sus pecados.

De aquí la necesidad, si queremos ser escuchados, de poseer sentimientos de caridad y devoción, unidos a una profunda conciencia de dolor y compunción⁵⁷ De aquí también la necesidad de un propósito sincero de no volver a buscar las ocasiones y circunstancias peligrosas que puedan hacernos recaer en las ofensas a Dios.

[...] Hay que unir además a la plegaria las «medicinas», tanto más necesarias cuanto mayor es nuestra debilidad y más fuerte la propensión al pecado: medicinas del alma son la penitencia y la eucaristía, cuya frecuencia deben intensificar los fieles; medicina muy apta para sanar las heridas del alma es también, según el testimonio de la Sagrada Escritura, la limosna⁵⁵. [...] Pero entre todas las limosnas y entre todas las obras de misericordia, la mejor es el olvido de las ofensas recibidas y el perdonar con buen ánimo a quien de cualquier modo —en tu persona, parientes o cosas— te ultrajó: si quieres que Dios tenga misericordia de ti, regálale tus enemistades, perdona toda ofensa, ruega con amor por tus enemigos y hazles siempre el bien que puedas. Porque nada hay más injusto ni descarado que querer a Dios manso y benigno con nosotros, y no querer usar nosotros indulgencia alguna con el prójimo.

XII. D. BONHOEFFER

(O.c., 179)

·BONHOEFFER/PATER PATER/BONHOEFFER

El conocimiento de su falta constituye la queja diaria de los seguidores. Los que deberían vivir sin pecado en la comunión con Jesús pecan cada día con toda clase de incredulidad, de pereza en la oración, de indisciplina corporal, con toda clase de autosatisfacción, de envidia, de odio, de ambición. Por eso deben pedir cada día el perdón de Dios. Pero éste sólo escuchará su oración, si ellos se perdonan también unos a otros sus faltas, fraternalmente y con buen corazón. Así llevan en común sus ofensas ante Dios y piden gracia en común. No quiere Dios perdonarme las ofensas a mí sólo, sino también a todos los otros.

XIII. R. GUARDINI

(O. c., 399-418)

·GUARDINI/PATER PATER/GUARDINI

La deuda humana y el perdón divino

[...] El creyente, que se presenta con su petición ante Dios, debe haberse examinado ya, y haber perdonado a quien le perjudica. San Lucas da una forma más decidida a esa frase auxiliar: «pues nosotros también perdonamos a todo el que nos debe»⁵⁹. O sea, el perdón, que quien reza concede a su prójimo, no debe hacer ninguna excepción, sino ser válido para todos.

[...] Ahora bien, ¿qué deuda es esa de la que habla el «padrenuestro»? [...] La palabra que usa san Mateo procede de la vida jurídica cotidiana: es ophéilema, y significa la obligación que emana de una venta o un préstamo; dicho con más exactitud: el importe que el comprador o prestatario hubiera debido dar con motivo de tal transacción, pero que todavía no ha dado. San Marcos, en la breve indicación sobre el buen modo de rezar (11, 25), emplea la expresión paráptoma⁶⁰. Esta tiene un significado moral genérico, y quiere decir: «caída», «falta». San Lucas, en fin, habla sencillamente de hamartía: «pecado».

Ahora bien, el nuevo testamento nos habla de una enseñanza de Jesús que precisamente forma un comentario a la recién aludida idea de la obligación legal; tanto más significativa por reunir todo esto con la idea capital del mensaje de Jesús: la del reino de Dios. En efecto, san Pedro llega ante su Maestro y le pregunta: «Señor, ¿hasta cuántas veces que me haya faltado mi hermano le perdonaré? ¿Hasta siete veces?» Jesús dice: «No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete»⁶¹. Esto es, el perdón nunca puede cesar, sino que ha de convertirse en regla, más aún, en actitud vital. Y luego cuenta él la comparación del rey que echa cuentas con sus encargados: uno de ellos ha negociado mal o incluso ha quebrado, y le debe ahora la inaudita suma de diez mil talentos: ¡muchos millones de pesetas!; naturalmente, el pago queda fuera de toda posibilidad del deudor; éste está perdido; pero pide paciencia, y el rey, rico y bondadoso, se lo perdona todo; el hombre sale libre y se encuentra con un compañero, que por su parte le debe cien denarios: unos «cien duros», ¡una pequeñez en comparación con la deuda que el rey le acaba de perdonar!; el deudor quiere pagar, y puede hacerlo, pero solamente pide un plazo; el acreedor, sin embargo, permanece duro y exige la ejecución; cuando se lo cuentan al rey, éste se da cuenta del modo de ser de ese hombre, revoca su benignidad, y sobre aquel empedernido cae toda la dureza del derecho de deudas; y Jesús concluye: «¡así hará también mi Padre celestial si no perdonáis de corazón cada uno a vuestros enemigos!»⁶².

Permanezcamos en la comparación y preguntemos: ¿Qué es, entonces, lo que Dios nos ha confiado, que deberíamos reintegrarle intacto? [...] Le debemos a Dios el mundo. MUNDO/PROPIEDAD-DE-D: El lo ha creado, él solo, en libertad

soberana. Por tanto, es propiedad suya, en el sentido más preciso de la palabra. Pero lo ha concedido en arriendo al hombre, para que éste lo convierta en aquello que ha de ser según la voluntad de Dios: en mundo contemplado, percibido, asumido en responsabilidad, tomado y configurado en el trabajo. Debemos tomar en serio esta idea, pues se nos ha hecho extraña. Para nuestra manera de sentir, el mundo es «naturaleza», lo que quiere decir que está sencillamente ahí, sin dueño, de tal modo que sólo dentro de él se establece propiedad, y precisamente cuando el hombre toma posesión de él y dispone sobre él. Pero no es así, sino que el mundo tiene desde el primer principio su dueño: es propiedad de aquél que lo ha creado. Nunca cesa de ser propiedad de Dios, sino que se pone en la mano del hombre sólo en arriendo.

Por eso el hombre se lo debía a Dios, y estaba obligado a restituírselo: guardándolo en fidelidad respecto a Dios, y configurándolo según su voluntad, según esa voluntad fuera haciéndosele evidente en cada ocasión por la esencia de las cosas. Al hacerlo había de volver a poner el primer mundo, como segundo mundo perfecto, en las manos de su Señor. En vez de eso el hombre intentó quitárselo de la mano y ponerlo bajo su propio derecho; intentó destronar a Dios y ponerse en su sitio: ¡en el principio de la historia humana están la rebelión y el robo!

H/CREATURA: También el hombre estaba dado a sí mismo. Tampoco nosotros nos tenemos a nosotros mismos por propio origen, ni nos poseemos por derecho propio. En lo hondo de nuestra conciencia sabemos exactamente que la idea de la autonomía es falsa e injusta, y que el hombre más bien pertenece a aquél que le ha creado. [...] El «derecho» de Dios es el del Creador; y precisamente ese Creador que ha hecho al hombre no como cosa muda, sino como ser libre; no como objeto de su fuerza, sino como «tú» de su amor. Al hacerse así, Dios ha dado al hombre a sí mismo. Desde ahí fue deudor suyo el hombre. Y el acto básico de su existencia había de consistir en entrar en la relación «yo-tú», que había fundado el Creador con su llamada, en que respondiera con el asentimiento de su condición creada, en que entendiera la propia vida como obediencia y la llevara a cabo por el cumplimiento de la voluntad divina. De ese modo había de restituirse al rey. Pero no lo hizo, sino que faltó a la fidelidad y sigue faltando. Una y otra vez el hombre trata de detentar lo que no le corresponde; y su pensamiento y su filosofía son, en buena medida, el esfuerzo nunca interrumpido por justificarse en este sentido.

D/H/RELACION/YO-TU /Gn/03/08: Pero la deuda, la culpa alcanza todavía más hondo. Porque Dios no ha confiado al hombre solamente el mundo y su naturaleza humana, sino que se le ha confiado él mismo. No ha hecho al hombre en mandato, como objeto de su poder, sino en llamada, como «tú» de su atención y

su amor: precisamente ahí se ha dado él por su parte a ese «tú».
[...] El Génesis cuenta un pequeño hecho notablemente profundo.

Se narra que Dios paseaba «por el jardín en la brisa de la tarde»⁶³. El jardín del paraíso es la imagen bíblica del mundo, en cuanto está confiado al hombre y llega a su plenitud en la paz de la gracia y la obediencia. Dios es pintado como un príncipe que sale

a pasear, a la brisa de la tarde, por el parque del palacio. Si permanecemos en los rasgos de esta imagen, podríamos seguir pensando que lo hacía así todas las tardes y que, con la benignidad que hay en la voluntad de creación, hablaba con sus hombres: sobre el mundo, sobre su vida y trabajo, sobre sí mismo, [...] para situarse claramente a la vista del mundo, abandonándose a la relación «yo-tú» con el hombre. ¡Qué tierna expresión de la confianza de Dios, santa y sin malicia, de la maravillosa cercanía entre él y su hombre! [...] Luego leemos cómo un día espera encontrar al hombre, pero éste «se ha escondido», con la vergüenza de la primera culpa⁶⁴.

A/DAR-DEVOLVER: La narración manifiesta lo que decimos: que Dios «cruza» los límites de su elevación y lejanía, se aproxima al hombre finito y se le da él mismo. ¿No habría podido esperar que los hombres le honrarían y responderían a su generosidad? [...] Si una persona ama a otra —amándola de veras, no con mera apetencia—, se pone en sus manos. Por el amor, en esa persona hay algo que se hace abierto, sensible, y aguarda, con la obiedad de la confianza, que la otra persona la comprenderá, la honrará y

la devolverá a sí misma ennoblecida por el amor. Pues [...] Dios se ha dado al hombre amando, y ha esperado que éste le devolvería a sí mismo [...] como «Dios amado».

[...] El hombre traicionó esta confianza, y ahora debe al rey los diez mil talentos: ¡no sólo el mundo! ¡no sólo él mismo! sino que ¡le debe el propio Dios!

Entonces, ¿qué hubiera podido ocurrir? Dios hubiera podido decir: «¡sé el que te has hecho a ti mismo!». Ciertamente, el hombre habría seguido viviendo, pero su historia habría sido una historia de tiniebla... También hubiera sido posible que el hombre no sobreviviera al acontecimiento de la culpa. La psicología de nuestra época sabe más que la anterior «psicología de la conciencia» sobre el calado de lo que se llama «culpa». Sabe lo

que puede producir una falta contra la vida; y ¿qué hubiera podido ser más falta contra la vida que la rebelión contra la fuente misma de la vida? No sólo hubiera sido una consecuencia posible, sino que la consecuencia esencialmente adecuada de su rebelión hubiera sido que aniquilara al hombre...

Se podría preguntar: «¿el hombre no se hubiera podido presentar ante Dios y arreglar su desvío?». Hay cosas que no se pueden volver atrás. Ese es el carácter trágico de la existencia:

que el hombre actúa, pero ya no es dueño de lo que resulta. Aquel hombre que traicionó la confianza de Dios lo había hecho desde la

amistad con él; esta amistad quedaba ahora destruida por su propia acción. El hombre no es un ser que esté en sí acabado y completo y que, además de eso cuando quiera, se pueda poner en relación con Dios, sino que esa relación es esencial para él. Después de perderla, ya no fue el que era antes. Por eso no podía presentarse sencillamente y declamar: quiero arreglarlo otra vez. De eso, en efecto, habla la comparación de los «diez mil talentos», pues eso significa: la deuda no podía ser pagada por el deudor.

También se podría preguntar: «Dios, el Todopoderoso, ¿no habría podido cancelar sencillamente esa deuda?» ¡Un acreedor bastante rico y generoso puede romper el pagaré! ¡Qué sabemos lo que hubiera podido Dios! Pero preguntemos a nuestros sentimientos; supongamos que hubiera dicho: «todo se ha de perdonar y que la existencia del hombre empiece otra vez donde estaba antes de la culpa». ¿No se habría elevado algo como una roca, presentando su reclamación?

REDENCION/EXPIACION ENC/ANSELMO: Un pensador del comienzo de la edad media, san Anselmo de Canterbury, ha escrito un libro con el título *Cur Deus homo?* (¿Por qué Dios se ha hecho hombre?). El libro hizo la más honda impresión, porque presenta esa misma reclamación de un modo realmente abrumador. Dice que Dios no hubiera podido cancelar sencillamente con el perdón la culpa del hombre, pues su honor se lo hubiera impedido. La época de san Anselmo era la de los comienzos de la caballería, cuya moral se basaba en la existencia del honor, exagerada hasta lo trágico; por eso tomó el concepto de honor de Dios como expresión de la absoluta seriedad de su santidad, y dijo que Dios había debido exigir, en obsequio a sí mismo, que se expiara la culpa. Y entonces nos encontramos ante la más honda revelación de la fe cristiana: la expiación tuvo lugar porque Dios asumió la culpa sobre sí mismo. Si ante esta frase nos pareciera que tal idea es enorme, tendríamos razón: lo es.

Pero debemos considerar: Dios no ha creado el mundo por necesidad,

ni por divertirse jugando, no por aventura, ni en virtud de antítesis metafísicas: sino que lo ha creado, con una seriedad tan grande como su libertad. [...] Dios está al lado de su obra. Podríamos incluso decir que, al crearla ante sí mismo, asume la responsabilidad por ella.

[...] Desde tan seria responsabilidad divina, claro está, hay todavía un gran trecho hasta que cargue sobre sí la culpa del hombre. Pero se nos ha revelado que lo ha hecho así: [...] Dios ha entrado en nuestra culpa de modo tan puro y real, que se ha hecho hombre, uno de nosotros. Todo el pensamiento del apóstol san Pablo gira en torno a este núcleo. Dios «hizo pecado a su Hijo, que no conocía el pecado, para que en él nos hiciésemos justicia de Dios» (2Co/05/21)55. Al tomar Cristo como suya la existencia tal cual es—confusa, rebelada, falsa, llena de todo lo mal—y al vivirla, vivificó el mundo, que el hombre había robado a Dios,

devolviéndolo a la mano de su Señor. [...] Lo tomó sobre sí y con ello pagó la deuda, [...] y, a su vez, en él se ha perdonado a los que la cometimos.

REDENCION/CREACION: Así nuestra vida—la de cada uno de nosotros—ha quedado sumida en un nuevo principio. Vivimos del perdón de Dios. Dejemos penetrar profundamente en nosotros esa idea. Lo que hizo y realizó Cristo no fue un mero mejoramiento de nuestra existencia, sino que ahí Dios puso mano en el conjunto y le dio la vuelta: lo situó en un nuevo comienzo. Lo que allí llegó a ser fue mayor que lo que había sido antes.

[...] Esto nos abre una perspectiva de la existencia del cristiano. Tal como antes del pecado el hombre vivía del agrado de Dios, así vive ahora de su perdón. [...] Continuamente viene a nosotros: ¡nunca se cansa Dios de concederlo!

[...] Vivir del perdón significa también pedirlo continuamente de nuevo. No es obvio; no lo puede ser tampoco para nuestro sentir. Por eso el Señor nos ha enseñado la quinta petición, para que con ella pidamos el perdón. Este no significa carta blanca, poder hacer lo que queramos con la idea: «si estoy tan enteramente en la culpa ya no importa una acción...; si vivo del perdón entonces también

ha de incluirse esto o lo otro...». Quien así pensara nunca habría estado en el perdón. Debemos hacer lo que podamos. Debemos esforzarnos y empezar cada día de nuevo; sabiendo que, en cada momento de nuestra vida, subsistimos sobre la base del perdón.

2. El perdón del hombre

[...] La segunda frase de la petición nos dice que el perdón de Dios está ligado al que hemos de conceder a nuestros hermanos: «perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdónanos a nuestros deudores». La conexión es muy estrecha, pues las palabras dicen: perdóname tú Padre, pues yo también perdoné. No se puede separar lo uno de lo otro. Pero quizá esa conexión penetra aún más hondo, si tomamos completamente en serio la palabra «así como», entonces la frase dice: perdónanos en tal medida y de tal modo como nosotros perdonamos a nuestros deudores. ¡Y esto es para tener miedo! En efecto, el texto de san Mateo se expresa con mayor dureza aún, diciendo: «perdónanos nuestras deudas tanto como nosotros hemos perdonado ya a nuestros deudores». En la parábola de que nos hemos ocupado anteriormente y que constituye una especie de comentario de la petición, en boca del mismo Jesús, dice él expresamente: como hizo el rey con su siervo sin misericordia, que recibió el enorme perdón de su deuda, pero luego rehusó perdonar a su compañero una deuda pequeña, «así hará también mi Padre celestial si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano» (/M/18/21-35)66. Si consideramos con exactitud esas palabras, vemos entonces que refuerzan aún más la exigencia, pues dicen que el que ruega debe perdonar «de corazón» a su

prójimo, si

quiere perdón para sí. Pero para eso debe recorrer un largo camino hacia dentro; pues el corazón es profundo, y ¿cuándo llega a su fondo para poder decir que el perdón viene «de corazón»? También este corazón está lleno de astucias y dice:

«eso todavía

lo perdono, más no se me puede exigir». O perdona, pero, sin darse cuenta conscientemente, aguarda una ocasión para reanudar el rencor. O perdona, ciertamente, pero en lugar del odio viene el desprecio... Así se puede seguir penetrando siempre, estrato a estrato, hacia abajo. Jesús dice: has de perdonar «de corazón», desde aquella última interioridad, bajo la cual ya no hay nada.

Si consideramos todo eso, vemos que el perdón que ha de dar «cada uno a su hermano», cada cual a los demás, es algo que debe determinar su vida entera. Pues esa comparación había sido respuesta a la pregunta de un apóstol: «entonces Pedro fue y le dijo: Señor, ¿hasta cuántas veces que me haya faltado mi hermano le perdonaré? ¿hasta siete veces? Jesús le dijo: no te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete»⁶⁷.

«Setenta veces siete» significa una cifra que—como la de los diez mil talentos—sobrepasa toda cifra: siempre se ha de volver a perdonar; ha de convertirse en actitud permanente, [...] nuestra relación con el prójimo ha de estar determinada por el espíritu del perdón. De otro modo no le hacemos justicia: ¿no es como lo quiere el Padre!

[...] Si hay alguna deuda en aquél, a quien debe aplicarse nuestro amor, debe convertirse en perdón. Perdón es el amor donde se encuentra con la culpa [...].

Por supuesto, nuestra propia fuerza no alcanza; eso tiene que quedar claro para nosotros. Si alguno dice: no puedo perdonar al otro lo que me ha hecho, entonces la respuesta no es: debes hacerlo, sin embargo, y hazlo a la fuerza, sino, Cristo te ha logrado el gran perdón del Padre; en su poder puedes tú conceder tu pequeño perdón. Sólo por la ligazón con aquél, que ha pagado nuestra culpa, podemos cancelar la del prójimo; de otro modo, el perdón se convierte en su forma degenerada, esto es, astucia y diplomacia.

Pues, en efecto, constantemente se trasladan a lo mundano las grandes actitudes cristianas; por ejemplo, cuando la esperanza se convierte en la confianza de un porvenir mejor; cuando la humildad se hace modestia; y la preocupación por el reino de Dios se vuelve trabajo en la cultura; y así sucesivamente. Así ocurre también con el perdón, cuando tiene lugar sólo en virtud de lo meramente humano: se convierte en mera disposición a apartar la vista de lo ocurrido, en obsequio a la convivencia. El perdón de que habla el «padrenuestro» significa algo más y algo diverso; pero sólo puede realizarse desde ese origen, donde por primera vez llegó a darse realmente: desde la actitud de Cristo, que nos ha abierto el perdón del Padre.

XIV. H. VAN DEN BUSSCHE

(O. c.. 127-137)

·BUSSCHE-VAN/PATER PATER/BUSSCHE-VAN

1. Perdódanos nuestras deudas

El hombre necesita pan. Pero también necesita el perdón de Dios por las deudas que ha contraído con él, pues todos los días contrae alguna. San Mateo, que en toda esta petición está más cerca del original, habla de «deudas» [...] San Lucas, en cambio, utiliza el término técnico más corriente de «pecado». La palabra

«deuda» se emplea también en la segunda parte de la petición de Lucas en la parábola del siervo insolvente, que ha inspirado esta petición⁶⁸.

[...] El término arameo traducido aquí por «deuda» está tomado del lenguaje comercial y significa primeramente una deuda financiera. También se usa en el sentido religioso de falta contra Dios: [...] el pecado en cuanto conjunto de las faltas personales del hombre contra Dios. [...] Dios ha confiado a cada uno su propia tarea en la vida; llama personalmente a cada uno de los discípulos, de suerte que sus exigencias son distintas para unos y para otros. [...] La vocación es una llamada particular, dirigida a cada discípulo, para que se entregue «perfectamente a Dios» en cuanto le sea posible⁶⁹. La medida de las exigencias divinas no es la misma para todos, sino que se distingue según la vocación de cada uno. Además varía con el tiempo, pues Dios cada vez pide más, a medida que progresan y aumentan las posibilidades [...].

P/CONCIENCIA-DE: Aunque no tenga conciencia de haber cometido «pecado», el discípulo, no obstante, debe tomar conciencia de su «estado de pecado»⁷⁰ y de su deuda. Debe darse cuenta día tras día de que no ha realizado plenamente su vocación personal. Todos los días debe confrontar su estado con las exigencias de esta vocación, que no le deja un momento de reposo. Así como la vocación suscita una respuesta personal y la deuda constituye una falta personal, también la petición de perdón es una petición absolutamente personal: afecta a nuestra personalidad cristiana en lo que tiene de más íntimo. La vida del cristiano es una metá-noia continua, un retorno continuo a Dios, que llama sin cesar con una llamada siempre renovada, y una oración continua a Dios, «que perdona todas tus ofensas y te cura de toda enfermedad... y, como el águila, renueva tu juventud»⁷¹.

Ponerse constantemente en presencia de Dios, que llama, diciendo: «¡Dios ten misericordia de mí que soy un pecador!»⁷², corresponde bien a la situación objetiva del discípulo; y es la levadura necesaria para su progreso. [...] El amor supremo, que Dios propone al cristiano en su vocación, debe hacerle tomar conciencia de su culpabilidad, sin hacerle por eso caer en una

neurosis; porque su falta hace surgir inmediatamente la imagen del Padre, que le ha llamado y, puesto que le ha llamado, quiere también perdonarle.

[...] La palabra «perdonar» (aphienai) tiene también un origen profano: proviene del lenguaje jurídico, en donde significa la remisión de una obligación. Durante el año sabático, por ejemplo, el acreedor debe perdonar las deudas de los mutuatarios (Dt 15, 2). Trasladado al lenguaje religioso, este pago no significa solamente la extinción de una deuda exterior, la remisión de una pena o la abolición de una impureza legal; pues un sacrificio hubiera podido bastar para conseguir este resultado. Pero restablecer íntegramente las relaciones personales entre Dios y el hombre sólo Dios puede hacerlo. El perdón de Dios supone siempre su intervención misericordiosa, porque el perdón del pecado o de la deuda implica una nueva llamada, un restablecimiento de la vocación en su pureza primitiva. Ahora bien, esto está fuera de las posibilidades del hombre. Sólo Dios, pasando por alto las faltas o los pecados personales cometidos contra él, puede restaurar las relaciones recíprocas.

[...] La llamada dirigida por Dios a los hombres incluye ya el perdón. El Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que estaba perdido⁷³, frecuenta la casa de los pecadores⁷⁴, viene a llamar a los pecadores y curar a los enfermos⁷⁵, viene a las ovejas perdidas de Israel⁷⁶, busca a los pecadores, como la mujer busca la dracma perdida⁷⁷, se deja ungir por la pecadora⁷⁸ y pasa por amigo de pecadores y publicanos⁷⁹. Si la llamada de Dios incluye el perdón de los pecados, es evidente que toda renovación de esta llamada lleva también consigo el perdón de los pecados y de las deudas.

En el padrenuestro el discípulo pide siempre el perdón definitivo: perdónanos una vez para siempre y de veras. En el tiempo escatológico, en que vive, toda falta cuenta para el juicio final, que puede llegar en cualquier instante. La petición, finalmente, no se refiere solamente al perdón de las faltas o deudas recientes, sino que el discípulo pide el perdón total, para poder presentarse al juicio final. Porque siempre que reza esta oración, su vida se confronta con su vocación basada sobre el fin de los tiempos y ante la cual está en deuda. Su petición conoce aquí la tensión característica de los desenlaces. Este ambiente escatológico está confirmado además por la frase siguiente, relativa a nuestro deseo de perdonar; porque siempre que Jesús relaciona el perdón de Dios con nuestra actitud para perdonar, remite siempre el perdón divino en el juicio finale⁸⁰.

2. Como nosotros perdonamos a nuestros deudores

La frase siguiente viene a perturbar el ritmo del curso de la oración; lo interrumpe para dar una seguridad solemne de nuestra propia disposición para perdonar. Sucede algo así como si el

discípulo, encaminándose al altar, volviera atrás para reconciliarse con su hermano que tiene algo contra él⁸¹. Esta interrupción sólo puede haber sido introducida porque responde a un deseo cierto de Jesús⁸². El perdón concedido a nuestros deudores debe también ser total (el verbo está en aoristo): «como nosotros también perdonamos» plenamente «a nuestros deudores». El discípulo no sólo está obligado a reparar el mal o la injusticia que hizo⁸³, sino que debe perdonar también sus deudas a los demás, sin hacer valer sus derechos a una retribución o a una restitución⁸⁴.

El que ora de este modo, ¿hace depender el perdón de Dios de su propia disposición a perdonar? ¿Dios sólo nos perdona nuestras deudas, a condición de que «hayamos perdonado?».

El aoristo empleado aquí no puede traducirse como si se tratara de un perfecto; el aoristo expresa un perdón total y definitivo. La palabra «como» [...] significa una condición y una comparación. Dios nos perdona «a condición de que» y «en la medida en que» nosotros perdonamos.

«A condición de que» puede, sin embargo, entenderse mal, como si se tratara de una especie de *do ut des*: perdonamos, para que Dios también nos perdone. En realidad se trata esencialmente de un *da ut dem*: perdónanos, para que nosotros podamos también perdonar. El perdón de Dios precede al perdón del siervo⁸⁵ y le impone el deber ineludible de perdonar a su vez. El que ha probado el perdón de Dios, sobre todo el que sabe que este perdón se nos ha concedido por la sangre de su Hijo, está dispuesto a perdonar a su hermano hasta «setenta veces siete»⁸⁶. Pero el que se cree justo y busca los primeros lugares en la iglesia, como el fariseo, no puede ser misericordioso⁸⁷. La actitud de perdón es un reflejo de la misericordia divina⁸⁸. Aquél, a quien se ha perdonado una deuda de diez mil denarios, puede fácilmente perdonar otra de ochenta⁸⁹. La deuda de un hombre para con otro hombre es siempre muy poca cosa⁹⁰.

Por tanto, nuestra actitud de perdón es ante todo una consecuencia del perdón de Dios, pero es también una condición del perdón final, que pedimos en el «padrenuestro». Dios, que nos ha perdonado, no continuará haciéndolo, si no imitamos su misericordia. Dios nos ha perdonado tanto, que nosotros también debemos perdonar constantemente, setenta veces siete, hasta que alcancemos el perdón definitivo. Nuestra compasión con el prójimo nos garantiza, como el intendente infiel, la entrada en los tabernáculos celestiales⁹¹. [...] Nuestra disposición a perdonar es, por consiguiente, la condición de nuestro perdón final⁹² [...].

«Como», ¿equivale realmente a la expresión «en la medida en que»? ¿Trátase de una verdadera igualdad en los perdones? Existe una verdadera igualdad en el sentido de que el perdón de Dios es un perdón sin límites, y el que concede el discípulo debe ser también sin límites. Pero en lo que se refiere al perdón mismo,

hay una diferencia radical entre el perdón de Dios y el nuestro. El perdón de Dios es siempre mayor que nuestra deuda, y nuestra deuda para con Dios es siempre mayor que la que nosotros perdonamos a nuestro prójimo. Además, nuestro perdón nunca es tan eficaz como el de Dios. El hombre puede olvidar. Dios puede perdonar. El hombre puede pegar los fragmentos, Dios puede devolver la integridad original. No hay el más mínimo rastro de suficiencia en la afirmación de que nosotros también perdonamos a nuestros deudores; pues indica solamente nuestro deseo de perdonar en cuanto nos sea posible y, por consiguiente, de esforzarnos por reproducir, aunque muy imperfectamente, la misericordia infinita de Dios.

Finalmente, esta petición tiene un aspecto social. Por una parte, quien se presenta ante Dios consciente de la inmensidad de su deuda se siente menos desgraciado cuando sabe que no está solo en esta situación, cuando puede hablar de «nuestras» deudas. Y, por otra parte el perdón de Dios es el fundamento y la garantía de una verdadera comunidad, pues nuestras disputas con «nuestros» deudores no pueden nunca ponerse en parangón con las faltas que nos han sido perdonadas por la misericordia de Dios. «El Señor os ha perdonado, haced vosotros lo mismo; perdonaos mutuamente, si uno tiene contra otro algún motivo de queja» (/Col/03/13)⁹³. Sólo entonces podremos decir: ¡Señor!, «¡perdónanos nuestras deudas!». En recto: «bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia»⁹⁴.

XV. J. JEREMIAS

(O. c., 236 s.)

·JEREMIAS-J/PATER PATER/JEREMIAS-J

La segunda petición en primera persona del plural tiene la mirada puesta en el gran «ajuste de cuentas», hacia el que el mundo se encamina. Los discípulos de Jesús saben que están implicados en la culpa y en el pecado. Y saben que únicamente la absolución de Dios, el mayor de sus dones, puede salvarlos. Imploran ese don no sólo para el momento del juicio final, sino ya para ahora, para aquí y para hoy [...]. La segunda mitad de la petición: «como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» nos llama la atención porque se refiere a una persona humana: algo extraño dentro del contexto del «padrenuestro». Parece casi como un cuerpo extraño. Esto nos permite ver claramente que sobre él carga un énfasis muy especial. Nos sorprende sobre todo el aoristo aphekamen: «como nosotros hemos perdonado».

Entonces, ¿nuestro perdón precede al perdón de Dios? Nuestro perdón ¿es modelo (Mt: hos kai) o es justificación (Lc: kai gar) del mismo? [...] Aphekamen se deriva del arameo sebaqqan; y este último tiene el significado de un

«perfecto de coincidencia». [...] «Así como también nosotros perdonamos ahora a nuestros deudores». Por tanto, la segunda mitad de esta petición es un recordarse del propio perdón una declaración de la disponibilidad a transmitir el perdón de Dios. Esa prontitud, como Jesús está acentuando sin cesar, es la condición previa indispensable para el perdón de Dios. Donde falta la disposición para perdonar, pedir perdón a Dios es una mentira. Dicen, pues, los discípulos de Jesús: nosotros pertenecemos al reinado de Dios; concédenos por esto participar ya hoy en el don del tiempo de salvación: ¡queremos transmitirlo!

XVI. S. SABUGAL

(Cf. Abbá..., 188-92, 235 s.)

·SABUGAL-S/PATER PATER/SABUGAL-S

Los hijos, que piden al Padre el sustento corporal junto con el pan de la palabra y de la eucaristía (Mt+Lc) así como el don del Espíritu santo (Lc), para poder cumplir su voluntad (Mt) y aceptar así su reinado sobre ellos, con lo que es santificado (=glorificado) su nombre (Mt+Lc), son conscientes de haber rechazado frecuentemente el señorío del Padre -sirviendo a sí mismos y a otros «dioses»-, y de haber con ello profanado su nombre; saben bien, que son, en mayor o menor medida, acreedores de Dios⁹⁵, infieles administradores⁹⁶ de sus dones⁹⁷: deudores suyos, pecadores. Por eso suplican seguidamente el perdón de su reiterada rebeldía contra el reinado de Dios: de sus deudas⁹⁸ o pecados⁹⁹. Ya un autor veterotestamentario exhortaba a sus lectores: «Perdona a tu prójimo el agravio y, en cuanto lo pidas, te serán perdonados tus pecados», pues el «hombre que a hombre guarda ira, ¿cómo del Señor espera curación?... »¹⁰⁰. De modo análogo exhorta Jesús a sus discípulos. Una petición, por otra parte, espontánea en labios de todo piadoso judío, quien, por la mañana y por la tarde, pedía (y pide) en «la sexta bendición» de la Tefillá: «Perdónanos, Padre nuestro, porque hemos pecado contra ti; borra y quita nuestras iniquidades delante de tus ojos, pues grande es tu misericordia. Seas bendito, Señor, tú que abundantemente has perdonado»¹⁰¹. Esa petición está formulada, por lo demás, en la convicción de que «el perdón es un atributo inherente de la naturaleza divina»¹⁰², condicionado, sin embargo por el arrepentimiento del pecador -pues su «bondad está sobre quienes se arrepienten tras haber pecado»¹⁰³- , así como por el perdón otorgado por aquél a los correligionarios que le hayan ofendido: ¡Dios no se apiada de quien no tiene piedad con su prójimo!¹⁰⁴.

Análoga convicción abriga también la petición de las dos redacciones evangélicas: el perdón suplicado al Padre está condicionado por el sincero arrepentimiento de sus hijos,

manifestado (¡esa es la prueba!) en el previo perdón por ellos otorgado; un perdón, por otra parte, no limitado al deudor o enemigo israelita o correligionario, sino—¡aquí radica la novedad del mensaje evangélico!—extendido a cualquiera de sus propios enemigos o deudores. Ambos evangelistas divergen, sin embargo, en el modo de formular esa condición.

1) Mateo acentuó con particular intensidad esa petición. El perdón de Dios está condicionado por el arrepentimiento reflejado en el previamente otorgado (¡y en el momento de la súplica mantenido!) perdón (aphekamen) de los propios deudores¹⁰⁵. Y el evangelista subraya, en la parénesis del contexto inmediato, la indispensable condición del perdón suplicado: «Si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas»¹⁰⁶.

¿Quiénes son esos deudores? El evangelista los identifica ciertamente en otro contexto con «los hermanos» que han ofendido¹⁰⁷ y a quienes se debe perdonar cuantas veces el Padre está dispuesto a donar su perdón: «setenta veces siete»: ¡siempre!¹⁰⁸. Pero no son sólo aquellos. Los deudores, precisa la parénesis mateana a la súplica del perdón (cf. supra), son en general «los hombres»: cuantos puedan haber inferido alguna injuria o daño. ¡No hay límites para el perdón cristiano! Así lo deja entender el evangelista en el contexto literario precedente al «padrenuestro»¹⁰⁹, identificando aquellos con quienes, por ejemplo, causen a los discípulos el grave agravio de abofetearles en la mejilla derecha¹¹⁰, pleiteen con ellos para robarles la túnica¹¹¹, les obliguen a caminar con ellos una milla¹¹², los persigan¹¹³... se muestren enemigos suyos. ¡Amadles y rogad por ellos!¹¹⁴, dice Jesús; y subraya: ¡perdonadles, para que el Padre os perdone!¹¹⁵.

Los discípulos saben bien esto. Por eso proponen su perdón a los propios deudores o enemigos como modelo (!) del perdón suplicado al Padre: «...como también nosotros hemos perdonado (y perdonamos) a nuestros deudores». ¡No ciertamente en sentido cuantitativo! Ilustrados por la parábola del «siervo despiadado», quien, tras haberle sido perdonada por su señor la enorme deuda de «diez mil talentos» (=unos cincuenta millones de pesetas oro), rehusó condonar a su compañero el ridículo débito de «cien denarios» (=unas ochenta pesetas oro) y mereció, por ello, el castigo de aquél¹¹⁶, los discípulos de Jesús saben bien que su deuda para con Dios excede infinitamente (¡eso forman las dos cifras de la parábola!) a la con ellos contraída por sus deudores. Sólo cualitativamente pueden, pues, presentar su propio perdón, como paradigma del perdón suplicado al Padre: ¡Como hemos perdonado ilimitadamente y «de corazón»¹¹⁷ a nuestros enemigos, perdona también tú a quienes, por el pecado, hemos devenido enemigos tuyos!

2) También en la redacción de Lucas el perdón de «los pecados», suplicado al Padre, está condicionado por el presente perdón (aphiomen) otorgado por los hijos «a todo el que tiene una deuda» con ellos (11, 4a). Esos deudores son ciertamente «los hermanos» que pecan «siete veces al día» y, arrepentidos, deben ser otras tantas veces perdonados¹¹⁸. Pero no son sólo aquellos.

El perdón del discípulo, precisa Lucas, se extiende «a todo deudor»: no conoce barreras nacionalísticas ni límites correligionarios, siendo su límite el ser ilimitado. Incluye, por tanto, y sobre todo, a los propios enemigos de los discípulos¹¹⁹, a quienes éstos deben amar y bendecir¹²⁰, rogar por ellos¹²¹, «para ser hijos» de Quien «es bueno con los ingratos y perversos»¹²². ¡Sólo quienes ilimitadamente así perdonan y aman son hijos de Dios! Y sólo los «hijos», que previamente a todos sin excepción perdonan, pueden justificar («pues también nosotros...»), ante el Padre, la súplica de su perdón¹²³.

Resumiendo: la petición del perdón es propia de quienes se saben deudores para con Dios (Mt), pecadores (Lc). La formulan en plural, por lo demás, quienes son miembros de una comunidad cristiana, la cual, aunque «adornada de verdadera santidad», es «todavía imperfecta» aquí en la tierra¹²⁴, pues «encierra en su seno a pecadores»¹²⁵ y, «durante su peregrinación terrena,... está sometida al pecado de sus miembros»¹²⁶;
necesita, por

tanto, «avanzar constantemente por la senda de la penitencia y de la renovación»¹²⁷, evangelizarse «mediante una conversión y renovación constantes, para evangelizar creíblemente al mundo»¹²⁸. De ahí la petición: «¡perdónanos nuestras deudas...!». Contraídas éstas, por lo demás, no sólo con Dios sino también con los hombres: como todo acto humano tiene un efecto social; el pecado genesíaco no sólo rompió la subordinación del hombre al Creador, sino también «las relaciones con los demás»¹²⁹. Y ésa es exactamente la trágica consecuencia del acto personal, que lo imita «El pecado de uno daña a todos»¹³⁰, como dañó a todo el pueblo de Israel el pecado de Adán¹³¹, y a toda la comunidad cristiana el incestuoso de Corinto¹³². «¡Un poco de levadura basta para fermentar toda la masa!»¹³³. Propio de la iglesia pecadora es, pues, suplicar el perdón de las deudas contraídas con Dios y con los hombres. Un perdón, por otra parte, condicionado por el ilimitado y sincero perdón, previamente otorgado a los propios enemigos: «a cuantos nos han injuriado»¹³⁴. Lo que supone odiar el error pero amar a los que yerran¹³⁵, odiar el pecado pero amar al pecador¹³⁶, para manifestar a los hombres «la caridad con la que Dios amó al mundo»¹³⁷. Ese perdón a los propios deudores o enemigos, sin embargo, está condicionado a su vez por la previa experiencia del perdón de Dios: ¡quien no ha experimentado éste no puede otorgar aquél! Y viceversa: ¡sólo y en la medida que se ha

experimentado el gratuito perdón del Padre para con la enorme deuda con él contraída, se puede perdonar la (en comparación con aquélla) diminuta deuda, contraída por los propios enemigos, obteniendo así el nuevo perdón de Dios! La iniciativa del perdón viene, por tanto del Padre, que «nos reconcilió por la muerte de su Hijo cuando éramos enemigos suyos»¹³⁸, y «nos perdonó en Cristo»¹³⁹, para que, tras haber experimentado su perdón, podamos otorgarlo a nuestros propios enemigos, iluminando así el mundo¹⁴⁰ con el amor de Dios a los pecadores: El unico amor que convierte!

-
1. Jn 8, 46.
 2. Cf. Ez 33, 11.
 3. Mt 18, 27.
 4. Mt 18, 23-35.
 5. Lc 6 37.
 6. Mt 18, 21-22.
 7. Cf Gn 4, 15.24.
 8. Mt 18, 32.
 9. 1 Jn 1, 8-9.
 10. Mt 7, 2.
 11. Cf. Mt 18, 23-35.
 12. Mc 11, 23.
 13. Mt 18, 23-24.
 14. Gén 4, 3-7.
 15. Gén 4, 8- 10.
 16. 1 Jn 3, 15a.
 17. Cf. 1 Jn 3, 15b.
 18. Rom 13, 7-8.
 19. 1 Sam 2, 25.
 20. Ef 4, 30.
 21. Mt 18, 10.
 22. 1 Cor 4, 9.
 23. 1 Cor 7, 3.5.
 24. Rom 14, 10.
 25. 2Cor 5, 10.
 26. Mt 18, 23-35.
 27. Lc 17,4.
 28. Prov 15, 32.
 29. Cf. Jn 20, 22-23.
 30. Jn 20, 23.
 31. 1 Jn 5, 16. Estos pecados —idolatría, adulterio, fornicación— no se perdonan inmediatamente por «la oración del sacerdote» (=absolución sacramental), sino que, como «llevan a la muerte», deben ser retenidas, es decir, sometidos a una penitencia saludable que, obrando la conversión, prepara el perdón ulterior: cf. P. Galtier, Les péchés incurables d'Origine: Greg 10 (1929) 209.

32. 1 Jn 1, 8.
33. Lc s, 21 par.
34. Gén 1, 26-27.
35. Cf. 2, 14.
36. Mt 6, 14.
37. Mt 5, 26.
38. Lc 13, 1-5.
39. Lc 13. 3.5.
40. Mt 5, 40.
41. 2Tim 2, 24.
42. 1 Jn 1. 8.
43. Is 58, 29.
44. /Si/29/15: LIMOSNA/PERDON .
45. Lc 6, 37.
46. Lc 23, 34.
47. Hech 7, 59.
48. Mt 18, 32-33.
49. Cf. Is 27, 9.
50. Cf. Ex 32, 31; Rm 9, 3.
51. Mt 6, 14-15.
52. Cf. Mt 5, 23-24.
53. Cf. Prov 20, 22; Ex 22, 4; Dt 22, 1; Sal 7, 5, etc.
54. Cf. Mt 5, 43-48; Ef 4, 32.
55. Cf. Rm 5. 8; 2 Cor 3, 18-19; Ef 4. 32.
56. Mt 5. 44-45.
57. Cf. Sal 50, 5; 6, 9; Lc 18, 13; 7, 38; Mt 26. 75.
58. Cf. Tob 12, 9; Dan 4, 24.
59. Lc 11, 4.
60. Mc 11, 25.
61. Mt 18, 21-22.
62. Mt 18, 23-35.
63. Gén 3, 8.
64. Gén 3, 8-10.
65. 2 Cor 5, 21.
66. Mt 18, 35.
67. Mt 18, 21-22.
68. Mt 18. 23-35.
69. Cf. Mt 5. 48.
70. 1 Jn 1, 8-9.
71. Sal 103, 3.s.
72. Lc 185.13.
73. Lc 19, 10.
74. Mc 2, 15.
75. Mc 2, 17.
76. Mt 15, 24; Lc 15, 4-7.
77. Lc 15, 8.
78. Lc 7, 36-37.
79. Mt 11, 19.

80. Cf. Mt 18, 23-25; 6, 14; 5, 23-25; Lc 6, 37.
81. Mt 5, 23.
82. Cf. Mt 6, 14.
83. Mt 5, 23; Lc 12, 58.
84. Mt 5, 39-48.
85. Cf. Mt 18, 23-35.
86. Mt 18, 22.
87. Lc 15, 1-2.25-30; Mt 20, 1-15.
88. Lc 6, 36.
89. Mt 18, 29-34.
90. Lc 7,41.
91. Cf. Mt 25, 31-40.
92. Cf. Mc 11, 25.
93. Col 3, 13.
94. Mt 5, 7.
95. Cf. Lc 7, 41-42.
96. Cf. Lc 16, 1-2.
97. Cf. Mt 25, 18.24-30=Lc 19, 20-26.
98. Mt 6, 12a.
99. Lc 11, 4a.
100. Eclo 28, 2-5.
101. Tefillá, 6.
102. 1. Abrahams. Studies in phariseism and the gospels I, New York 1967, 144.
103. SaI Salom 9. 15; cf. Pesiqta 163 b.
104. Cf. Tb Rosh ha-Shaná. 17a.b; Yoma. 23a-87b; Meg., 28a; C.G. Montefiore, The synoptic gospels II. Cambridge 2,1927. 103. El judaísmo del siglo I limitó al sólo israelita el concepto de «prójimo»: cf. Str.-Bill I. 353-364; II, 177.
105. Mt 6, 12.
106. Mt 6, 14-15.
107. Cf. Mt 8, 21-35.
108. Mt 18, 21-22.
109. Cf. Mt 5, 38-48.
110. Mt 5, 39.
111. Mt 5, 40.
112. Mt 5, 41.
113. Mt 5, 44b.
114. Mt 5, 44.
115. Mt 6, 14-15.
116. Cf. Mt 18, 23-34.
117. Mt 18, 35.
118. Cf. Lc 17, 3-4.
119. Cf. Lc 6, 27-35.
120. Lc 6, 27-28a.
121. Lc 6, 28b.
122. Lc 6, 35b.
123. Lc 11, 4b.

- 124. LG, VII, 48.
- 125. LG, I, 8.
- 126. UR, I, 3.
- 127. LG, I, 8; cf. II, 9.
- 128. Pablo VI, Evangelii nuntiandi, I 15
- 129. GS, I, 13.
- 130. Pablo VI, Indulgentiarum doctrina 4: cf. también Ordo paenitentiae 5.
- 131. Cf. Jos 7, 1-25.
- 132. Cf. 1 Cor 5, 1-6.
- 133. 1 Cor 5, 6.
- 134. Juan XXIII, Pacem in terris 171.
- 135. Ibid. 158; GS II, 28; IV, 41; 92
- 136. San Agustín, Regla a los siervos de Dios 28
- 137. LG, V, 41.
- 138. Rom 5, 10; cf. 2 Cor 5. 18.
- 139. Ef 4, 32: cf. Col. 2, 13.
- 140. Cf. Mt 5, 14-16; Flp 2, 15.

Y haz que no sucumbamos a la tentación

I. TERTULIANO

(De orat., VIII 1-15)

·TERTULIANO/PATER PATER/TERTULIANO

Esta oración tan concisa encuentra su lograda conclusión en la súplica que pide no sólo el perdón, sino también el total alejamiento del pecado: «no nos llesves (=inducas) a la tentación», es decir: no permitas que seamos llevados (induci) por el tentador. En modo alguno debe entenderse (esta petición) en el sentido de que Dios tienta¹, como si ignorase la fe de uno o intentase sofocarla. Sólo al diablo pertenecen debilidad y malicia. Pues aun a Abrahán se le ordenó sacrificar a su hijo, no para tentar su fe sino para ponerla a prueba², para hacer de él un ejemplo del precepto, que luego habría de dar: Dios debe ser preferido a lo que nos es más querido. El mismo, tentado por el diablo³, desveló al jefe y artífice de la tentación. Lo que confirma, cuando dice: «orad, para no entrar en tentación»⁴. De tal modo fueron tentados a abandonar al Señor, que prefirieron ceder al sueño antes que orar. La petición final: «mas líbranos del mal» interpreta el significado de la que suplica: «no nos llesves a la tentación».

II. SAN CIPRIANO

(Sobre la oración dominical 25)

·CIPRIANO/PATER PATER/CIPRIANO

También nos advierte el Señor como cosa necesaria que digamos en la oración del padrenuestro: «Y no permitas que seamos llevados (induci) a la tentación»⁵. Con estas palabras se nos da a entender que el enemigo no puede nada contra nosotros si Dios no lo permitiere para que todo nuestro temor, nuestra entrega y sumisión se concentren en solo Dios, ya que nada puede el malo en las tentaciones que nos levanta, si no se lo concede el Señor. La prueba nos la da la Sagrada Escritura cuando dice: «Vino a Jerusalén Nabucodonosor, rey de Babilonia, y la atacaba; y la entregó el Señor en su mano»⁵.

Se da poderío al maligno contra nosotros según nuestros pecados como está escrito: «¿Quién entregó al pillaje a Jacob e Israel en manos de los que hacían presa de él? ¿Por ventura no fue Dios, contra el que pecaron y en cuyos caminos no querían seguir ni cuya ley no querían oír, y descargó sobre ellos la ira de

su indignación?»7. Y en otro mensaje, cuando pecó Salomón y se apartó de los preceptos y caminos del Señor, está consignado: «y despertó el Señor a Satanás contra el mismo Salomón»8. Se le concede contra nosotros un doble poder: o para castigarnos cuando pecamos, o para nuestro mérito, cuando se nos pone a prueba; así vemos sucedió con Job, según declaración del mismo Dios: «He aquí que pongo en tus manos todo lo que tiene, pero guárdate de tocar su persona»9. Y en el evangelio habla el Señor durante su pasión: «No tendrías contra mí ningún poder si no se te hubiere dado de arriba»10.

Mas cuando rogamos que no caigamos en la tentación, entonces se nos avisa de nuestra debilidad, pues pedimos que nadie se ensoberbezca con insolencia, que nadie se deje llevar de altanería y jactancia, que nadie se arrogue la gloria de su confesión o martirio, porque el mismo Señor nos enseña la humildad, cuando dice: «Velad y orad para que no caigáis en la tentación; el espíritu, efectivamente, está pronto, pero la carne es flaca»11; con el fin de que, cuando precede un reconocimiento humilde y sumiso y se atribuye todo a Dios, todo lo que se le pide con temor y respeto nos lo conceda su piedad.

III. ORIGENES

(Sobre la oración XXIX 1-19)

·ORIGENES/PATER PATER/ORIGENES

1. La vida como prueba

Si el Salvador no nos ha ordenado pedir cosas imposibles, me parece digno de preguntarse cómo se nos manda pedir que no nos ponga en tentación, siendo así que la vida de todo hombre en la tierra es tentación: pues mientras andamos por la tierra revestidos de la carne que «milita contra el espíritu»12, cuyo «apetito es enemistad con Dios y no se sujeta ni puede sujetarse a la ley de Dios»13, estamos en tentación. Por lo demás, que la vida entera del hombre mortal es tentación nos lo enseña Job: «¿No es prueba la vida del hombre sobre la tierra?»14. [...] Y también san Pablo dice que Dios nos da su ayuda no para que no seamos tentados, sino para que no seamos tentados más allá de nuestras fuerzas15 [...]. Porque o bien luchamos con la carne, que se enardece y milita contra el espíritu, o bien con el principio vital de toda carne que es considerado como la facultad directora y también se llama corazón—esta es la lucha de quienes se ejercitan en las pruebas humanas—, o bien a modo de atletas aventajados y expertos que no luchan ya con la carne ni con la sangre, ni son puestos a prueba con tentaciones humanas que han sabido superar; luchamos «contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires»16. Sea como fuere, no estamos exentos de

tentaciones.

¿Cómo, pues, el Salvador nos manda que pidamos no ser puestos en tentación, siendo así que Dios a todos nos tienta de algún modo?: [...] «muchas son las tribulaciones de los justos»¹⁷; el apóstol: «por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de Dios»¹⁸.

[...] Pero, ¿cuándo alguien pensó que los hombres estarían fuera de tentaciones, si éstas les vienen con el uso de la razón?

¿Y en qué tiempo se sentiría seguro de no tener que pelear, para no pecar? ¿Está alguno en indigencia?: que tema «no sea que robe y blasfeme del nombre de Dios»¹⁹. ¿Es rico?: que no esté seguro, porque en la abundancia puede engañarse y, exaltado, decir: ¿quién me ve? [...] Tampoco los que poseen un término

medio entre las riquezas y la pobreza están inmunes de pecado en su posesión media.

¿Pero es que el sano y pletórico de vida piensa estar fuera de tentación por su misma buena salud? ¿Y de quiénes, si no es de los sanos y robustos, es el pecado de «violación del templo de Dios»²⁰ [...] ¿Y qué enfermo escapa a todas las insinuaciones para violar el templo de Dios, si encontrándose a la sazón ocioso fácilmente puede consentir los pensamientos de cosas impuras que le asaltan? [...] Mas, ¿cree alguno que lo dejarán tranquilo las tentaciones, cuando se vea rodeado del honor de los hombres, y que no es suficientemente dura la frase: «recibieron ya la paga»²¹, dirigida a los que se dejan llevar por la estima de las

gentes como si en ello hubiera algún bien? [...] ¿Y a qué tengo que enumerar los fallos de soberbia de quienes se creen nobles y a la sumisión aduladora de los que se llaman innobles...? [...].

Ni²² siquiera aquél que «medita la ley del Señor día y noche»²³ [...] esta exento de tentación. ¿Será preciso²⁴ decir cuántos estudiosos de las divinas Escrituras entendieron erróneamente las promesas contenidas en la Ley y los profetas, y se implicaron en doctrinas impías necias y ridículas? ¿No son también incontables los que, por no considerar reprochable la negligencia de la lectura, cayeron en los mismos errores? [...] Y esto les ocurría por no hacer frente a la tentación que les proponía no dedicarse a la lectura de los libros sagrados, encontrándose por ello desarmados para la lucha inminente.

2. Cómo superar la prueba

Así pues²⁵, «la vida toda del hombre sobre la tierra es prueba»²⁶.

Por eso pedimos vernos libres de la tentación, no para dejar de ser tentados—pues esto es imposible mientras vivimos sobre la tierra— sino para no sucumbir en las pruebas. Pues el que sucumbe a la tentación cae en ella, como si fuera capturado en sus redes. En estas redes ya entró el Salvador por los que en ellas habían sido apresados y, mirando a través de sus mallas como por «entre celosía», [...] habla a los que allá están

aprisionados y caídos en tentación, como si se tratara de su esposa: «¡levántate ya, amada mía, paloma mía!»²⁷. Por tanto²⁸, hay que orar, no para dejar de ser tentados—cosa imposible— sino para no ser enredados por la tentación, como sucede a quienes por ella son atrapados y vencidos.

3. ¿Tienta Dios?

Puesto que fuera de la oración (del padrenuestro) se dice: [«Orad para] que no caigáis en tentación»²⁹, [...] y dentro de esta oración se nos propone decir a Dios Padre: «no nos dejes caer en la tentación» hay que entender cómo Dios necesariamente al que no ora lo lleva a la tentación. Porque si [...] caer en tentación es un mal, que pedimos no nos sobrevenga, ¿cómo no ha de ser absurdo pensar que Dios bueno [...] lance a alguien al mal? [...]

Creo que Dios dispone de tal modo a cada una de las almas racionales, para que mire a su vida eterna. Todas conservan siempre su libertad; y por su propio impulso bien eligen lo mejor y suben hasta llegar a la cumbre de los bienes, bien por negligencia van descendiendo de diversos modos al mayor cúmulo de males.

Una curación rápida y precipitada engendra en algunos el desprecio de sus propias enfermedades, como fáciles de curar; con lo que sucede que, una vez sanados, vuelven a caer en las mismas enfermedades. Teniendo esto presente, no puede considerarse descabellado el dejar despectivamente que la maldad crezca en ellos y se desarrolle hasta hacerse incurable, para que, pasando la vida en el mal y saciándose del pecado, apetecido hasta que le provoque náuseas, por fin adviertan su daño, odien lo que primeramente han abrazado y, una vez curados, puedan conservar con mayor firmeza la recuperada salud del alma. [...]

Pues no quiere Dios que el bien venga a uno necesariamente, sino que se acepte libremente. [...] Luego si «no es injusto tender la red a las aves»³⁰, Dios razonablemente nos lleva al lazo, según el

salmista dijo: «nos metiste en la red»³¹; y si ni el más insignificante de los pájaros, sin la voluntad de Dios, cae en el lazo—y el que cae en él es por no haber usado rectamente de la facultad concedida de reanudar el vuelo—, pidamos no admitir nada por lo que merezcamos caer en tentación por justo juicio de Dios. Y cae en tentación cualquiera que es entregado por Dios a los deseos inmundos del corazón³², y cualquiera que es abandonado a las pasiones ignominiosas³³, y cualquiera que, al no procurar tener a Dios dentro de sí, es entregado a un réprobo sentir, que lo lleva a cometer torpezas³⁴.

4. Utilidad de la tentación

He aquí cuál es la utilidad de la tentación: las cosas de nuestra alma, ocultas no a Dios pero sí a todos e incluso a nosotros mismos, se ponen de manifiesto por las tentaciones. Así no se nos esconde cómo somos, sino que, teniéndolo a la vista, advertimos,

si queremos, los propios males, y agradecemos también los bienes, que por las tentaciones se nos han puesto de manifiesto.

Que las tentaciones nos sobrevienen precisamente para que aparezca cómo somos y se conozcan los rincones de nuestro corazón, lo declara el Señor: «¿Piensas que he tratado contigo con otro objeto que el de poner de manifiesto tu justicia?»³⁵. Y en otro lugar: «El te afligió, te hizo pasar hambre, y te alimentó con el maná... te ha conducido a través del desierto, de serpientes de fuego y escorpiones, tierra árida y sin agua..., para que se conocieran los sentimientos de tu corazón»³⁶.

Por tanto, en los intervalos de las sucesivas tentaciones mantengámonos firmes y pertrechémonos para el futuro que pueda sobrevenirnos, a fin de que lo que suceda no ponga al descubierto nuestra preocupación, sino que sirva para poner de manifiesto nuestra esmerada preparación. Pues lo que faltara, a causa de la debilidad humana, si agotamos nuestras posibilidades, lo completará Dios, que «hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman»³⁷, de los que en su presciencia previa lo que serían.

IV. SAN CIRILO DE JERUSALÉN

(Cateq. XXIII, 17)

·CIRILO-DE-J/PATER PATER/CIRILO-DE-J

¿Nos enseña quizá el Señor a rogar que no seamos tentados de ninguna forma? Pues ¿cómo se dice en otra parte: «el varón no tentado no es varón aprobado»³⁸, y de nuevo: «tened por gozo completo, hermanos míos, cuando os viereis cercados de diferentes tentaciones»?³⁹

Pero tal vez el «entrar en la tentación» es el ser sumergido en ella. Porque parece la tentación como un torrente difícil de atravesar. Por una parte, los que pasan por las tentaciones sin sumergirse, son unos magníficos nadadores, y de ningún modo son arrastrados por ellas. Por otra parte, los que de tal modo no las atraviesan, se hunden. Como, por ejemplo, Judas, habiendo entrado en la tentación de avaricia, no nadó, sino que, hundido corporal y espiritualmente, se ahogó. Pedro entró en la tentación de la negación, pero habiendo entrado, no fue sumergido, sino que, habiendo nadado con valentía, fue librado de la tentación.

Oye también en otro pasaje, referente al coro de los santos que no cayeron, dando gracias por haber sido sacados de la tentación: «Nos probaste, oh Dios, nos has acrisolado, como se acrisola la plata. Nos has metido en el lazo, has cargado de tribulaciones nuestra espalda, hiciste pasar hambre sobre nuestras cabezas.

Hemos atravesado por fuego y agua, y nos has sacado a un lugar de refrigerio»⁴⁰. El llegar al refrigerio es el ser librados de la tentación.

V. SAN GREGORIO NISENO

(De orat. domin., V (PG 44, 1191A- 1194A))

·GREGORIO-NISA/PATER PATER/GREGORIO-NISA

Con el fin de saber a quién oramos y no suplicarle con los labios sino con el espíritu en la petición: «no nos lleves a la tentación, sino líbranos del malo», es preciso no preterir su explicación⁴¹ [...].

VI. SAN AMBROSIO

(Los sacramentos, V 4, 29)

·AMBROSIO/PATER PATER/AMBROSIO

Mira que dice [el Señor]: «no permitas que seamos llevados (induci) a la tentación»⁴², que nosotros no podemos resistir. No dice: «no nos lleves (inducas) a la tentación», sino que, como un atleta, quiere tal prueba, que la condición humana y cada uno pueda soportar [...].

VII. TEODORO DE MOPSUESTIA

(Hom., XI, 17)

·TEODORO-MOP/PATER PATER/TEODORO-MOP

Y como en este mundo caemos de improviso en numerosas tribulaciones—enfermedades corporales, malicias de los hombres y otras muchas miserias que nos enmallan y hacen tambalear, hasta turbar nuestro espíritu con pensamientos que a menudo nos alejan de la práctica del bien—, añadió él justamente: «y no nos induzcas en tentación», de modo que seamos preservados en cuanto es posible. Si sucede que llegan las tentaciones, hagamos un gran esfuerzo para soportar con valor las tribulaciones que no esperábamos y debían sobrevenirnos.

Ante todo, pedimos a Dios que la tentación no nos alcance; pero, si entramos en ella, pedimos soportarla heroicamente y que termine cuanto antes. No es un secreto que en este mundo muchas y variadas tribulaciones turban nuestros corazones. La misma enfermedad corporal, en efecto, si se prolonga y agrava, turba profundamente a los enfermos. También las pasiones corporales nos seducen a veces sin quererlo y nos desvían de nuestro deber. Caras bonitas, miradas de repente, despiertan la concupiscencia que está en nuestra naturaleza. Y otras muchas cosas nos sobrevienen, cuando menos las pensamos, inclinando al mal nuestra elección e incluso complacencia en el bien. Sobre todo los proyectos contra nosotros de los malvados, y más aún si se

trata de hermanos en la fe, bastan para alejar del bien incluso al probadamente virtuoso.

[...] Por todo esto dijo: «no nos induzcas en tentación», y añadió: «mas líbranos del maligno». Pues en todo caso, no nos procura un daño mediocre la malicia de Satanás, quien pone en obra variadas y numerosas astucias, para hacer lo que —espera él—, le permitirá desviarnos de la consideración y elección del deber.

VIII. SAN JUAN CRISÓSTOMO

(Homilías sobre san Mateo, XIX, 6)

·JUAN-CRISO/PATER PATER/JUAN-CRISO

Aquí nos instruye claramente el Señor sobre nuestra miseria y reprime nuestra hinchazón, enseñándonos que si no hemos de rehuir los combates, tampoco hemos de saltar espontáneamente a la arena. De este modo, en efecto, nuestra victoria será mas brillante, y la derrota del diablo más vergonzosa. Arrastrados a la lucha, hemos de mantenernos firmes valerosamente. Provocados, estémonos quietos a la espera del momento del combate, con lo que mostraremos a la vez nuestra falta de ambición y nuestro valor.

IX. SAN AGUSTIN

(1. Serm. Mont. II, IX 30-34; 2. Serm. 57, 9)

·AGUSTIN/PATER PATER/AGUSTIN

1) La sexta petición dice: «no nos llesves a la tentación»; algunos códices dicen «induzcas», lo cual juzgo igual, pues ambas palabras fueron traducidas del vocablo griego *eisenegkes*. Muchos⁴³ dicen: «no permitas que seamos inducidos a la tentación», a fin de explicar mejor el sentido de esta palabra. Dios no induce por sí mismo a nadie a la tentación, sino que permite caiga en ella aquél a quien por ocultos y justos designios o por castigo retira sus auxilios. También muchas veces, por causas manifiestas, juzga Dios que alguno merece le abandone, y le deje caer en la tentación.

Mas una cosa es ser tentado y otra consentir en la tentación. Porque sin tentación ningún hombre puede estar probado para sí mismo, como está escrito: «Quien no ha sido tentado, ¿qué cosa puede saber?»⁴⁴.

Ni tampoco puede estarlo para otros, como dice el apóstol: «Y en tal estado de mi carne, que os era materia de tentación, no me despreciasteis ni desechasteis»⁴⁵. [...] Por esa razón las palabras del Deuteronomio que dicen: «El Señor, Dios vuestro, os prueba para que se haga patente si le amáis»⁴⁶, se han de entender, por lo que toca a la frase «se haga patente», en el siguiente sentido:

para hacernos saber [...]. Lo cual no entienden los herejes, que rechazan el antiguo testamento [= maniqueos] y pretenden que esto equivale a tachar de ignorante a aquél de quien se dijo: «el Señor, Dios vuestro os prueba», como si el evangelio no dijese del mismo Señor: «Mas esto lo decía para probarle, pues bien sabía él mismo lo que había de hacer»⁴⁷. En efecto, si el Señor conocía el corazón de aquél a quien probaba, ¿qué es lo que quiso ver en la prueba? Evidentemente, el Salvador hizo aquello, a fin de que se conociera a sí mismo aquél que era probado, y reprobese su desconfianza viendo a las turbas saciadas con el pan milagroso, cuando él había imaginado que nada tenían que comer.

En consecuencia, no pedimos aquí que no seamos tentados, sino que en la tentación no sucumbamos; como si alguno es obligado a pasar por la prueba del fuego, no pedirá que el fuego no le toque, sino que no le abrase. En efecto, dice el Eclesiástico «que en el horno se prueban las vasijas de tierra, y en la tentación de las tribulaciones los hombres justos»⁴⁸. Así, pues, José fue tentado con atractivo impuros, y no fue arrastrado de la tentación; Susana fue tentada, y tampoco fue arrastrada ni vencida por la tentación; y así otras muchas personas de ambos sexos; pero principalmente Job, de cuya admirable conformidad con su Dios y

Señor pretenden aquellos herejes enemigos del antiguo testamento hacer irrisión con sacrílegas expresiones, los cuales discuten preferentemente aquel pasaje donde dice que Satanás pidió a Dios permiso para tentarle. [...] Mas, si ellos se estremecen de que Satanás pidiese a Dios permiso para tentar a un justo, yo no pretendo explicar la razón de por qué sucedió esto; pero les requiero que me declaren la razón por qué el mismo Señor dice en el evangelio a sus discípulos: «He aquí que Satanás ha pedido cribaros como el trigo»⁴⁹; y, dirigiéndose a Pedro, dice: «mas yo, Simón, he rogado por ti, a fin de que tu fe no perezca»⁵⁰.

[...] Satanás tienta no en virtud de su poder, sino del permiso de Dios, para castigar a los hombres por sus pecados o para probarlos y ejercitarlos según su misericordia. Importa mucho distinguir la naturaleza de la tentación en que cada uno incurre. Porque aquella en que cayó Judas, que vendió al Señor, no es igual que aquella en que cayó Pedro, que, atemorizado, negó a su

Maestro. Hay también, así me parece, tentaciones humanas, como sucede cuando alguno, animado de buena intención pero, por la flaqueza humana, se equivoca en algún proyecto; o se irrita contra un hermano con el deseo de corregirle, mas traspasando algo los límites, que la mansedumbre cristiana reclama. De esas tentaciones humanas dice el apóstol: «no habéis tenido sino tentaciones humanas», y añade: «pero fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros»⁵¹. En cuya sentencia claramente manifiesta que no se debe pedir para nosotros el no ser tentados, sino que no

consintamos la tentación. Porque nosotros sucumbimos en las tentaciones, si ellas fueren de tal naturaleza que no podemos soportarlas. Mas como las tentaciones peligrosas, con las que es pernicioso encontrarse, tienen su origen en las prosperidades o adversidades temporales, nadie que rechace la seducción del gozo en los atractivos de la prosperidad será abatido por las molestias de las adversidades.

2) ¿Será también esto necesario para la vida futura? Sólo donde podemos ser tentados, es donde debemos decir: «no nos dejes caer en la tentación». Leemos en el Libro de Job: «¿No es una tentación constante la vida del hombre sobre la tierra?»⁵². ¿Qué es, pues, lo que pedimos?

[...] El apóstol Santiago dice: «Nadie diga, al sentir la tentación, que es tentado por Dios»⁵³. Llama tentación a las sugerencias con que el diablo nos engaña y pretende subyugarnos. De ella está escrito en el Deuteronomio: «Os tienta el Señor vuestro Dios para saber si le amáis»⁵⁴. ¿Qué significa esto? ¿Es que necesita Dios de la tentación en nosotros para conocernos? No; es para que nos conozcamos nosotros. En el sentido de ser engañados y seducidos, a nadie tienta Dios; pero es indudable que, en un altísimo y oculto juicio, a veces abandona algunas almas. Cuando él las abandona, aparece el tentador. No encuentra entonces quien luche con él, y al punto se presenta como poseedor (del alma), si verdaderamente la abandona Dios. Pues para que no nos abandone, es por lo que decimos: «no nos dejes caer en la tentación».

«Todos somos tentados por nuestra propia concupiscencia; y cuando la concupiscencia ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez que se consuma, engendra la muerte»⁵⁵. ¿Qué se nos enseña con esto? A que luchemos contra nuestras concupiscencias. Por el bautismo, quedaréis libres de todos vuestros pecados; pero quedarán con vosotros todas las concupiscencias, contra las cuales debéis combatir. Queda el conflicto dentro de vosotros mismos. Pero no temáis a ningún enemigo exterior; venceos a vosotros mismos y quedará vencido el mundo. ¿Qué puede hacer contigo cualquier tentador extraño, sea el diablo o alguno de sus ministros? Si el que viene a seducirte con un buen negocio encuentra la avaricia desterrada de tu corazón, ningún daño podrá hacerte. En cambio, si la avaricia está ahí, pronto te sentirás encendido en deseos de lucro, y no tardarás en ser apresado entre los lazos de una comida viciosa. Por el contrario, si no fueres avaro, en vano te presentarán los seductores manjares.

Viene el tentador, y te representa una mujer bellísima: como haya castidad en tu interior, al momento quedará vencida la iniquidad exterior. A fin de que no te comprometa la belleza de la mujer que se te propone, lucha interiormente con tu propia

liviandad. No experimentas la sensación de tu enemigo, pero experimentas la de tu concupiscencia. No ves al diablo, pero ves lo que te deleita. Vence lo que sientes dentro; ¡lucha!, ¡lucha sin cesar!, que el que te ha regenerado es tu juez; es tu juez, que te presenta el combate y te prepara la corona. Pero como habías de ser irremediabilmente vencido, si no tuvieras a Dios, por defensor o Dios te abandonara, por eso dices en tu oración: «no nos dejes caer en la tentación» [...].

X. SANTA TERESA DE JESÚS

(Camino de perfección, cap. 38-41)

·TEREJ/PATER PATER/TEREJ

Grandes cosas tenemos aquí, hermanas, que pensar y que entender, pues lo pedimos. Ahora mirad que tengo por muy cierto los que llegan a la perfección que no piden al Señor los libre de los trabajos, ni de las tentaciones, ni persecuciones y peleas, que éste es otro efecto muy cierto y grande de ser espíritu del Señor, y no ilusión, la contemplación y mercedes que su majestad les diere; porque, como poco ha dije, antes los desean, y los piden y los aman. Son como los soldados que están más contentos cuando hay más guerra, porque esperan salir con más ganancia; si no la hay, sirven con su sueldo, mas ven que no pueden medrar mucho.

Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tienen contemplación y tratan de oración, no ven la hora de pelear, nunca temen muchos enemigos públicos, ya los conocen y saben que, con la fuerza que en ellos pone el Señor, no tienen fuerza, y que siempre quedan vencedores y con gran ganancia: nunca los vuelven el rostro. Los que temen, y es razón temen y siempre

pidan los libre el Señor de ellos, son unos enemigos que hay traidores, unos demonios que se transfiguran en ángel de luz; vienen disfrazados. Hasta que han hecho mucho daño en el alma, no se dejan conocer, sino que nos andan bebiendo la sangre y acabando las virtudes, y andamos en la misma tentación y no lo entendemos. De éstos pidamos, hijas, y supliquemos muchas veces en el paternóster que nos libre el Señor, y que no consienta andemos en tentación que nos traigan engañadas, que se descubra la ponzoña, que no os escondan la luz y la verdad. ¡Oh, con cuánta razón nos enseña nuestro buen Maestro a pedir esto, y lo pide por nosotros!

Mirad, hijas que de muchas maneras dañan, no penséis que es sólo en hacernos entender que los gustos que pueden fingir en nosotros y regalos son de Dios, que este me parece el menos daño, en parte, que ellos pueden hacer; antes podrá ser que con esto hagan caminar más aprisa porque, cebados de aquel gusto, están más horas en la oración; y como ellos están ignorantes que

es del demonio, y como se ven indignos de aquellos regalos, no acabarán de dar gracias a Dios, quedarán más obligados a servirle, se esforzarán a disponerse para que les haga más mercedes el Señor, pensando son de su mano.

Procurad, hermanas, siempre humildad, y ver que no sois dignas de estas mercedes, y no las procuréis. Haciendo esto, tengo para mí, que muchas almas pierde el demonio por aquí, pensando hacer que se pierdan, y que saca el Señor, del mal que él pretende hacer, nuestro bien; porque mira su majestad nuestra intención, que es contentarle y servirle, estándonos con él en la oración, y fiel es el Señor. Bien es andar con aviso, no haga quiebra en la humildad, o engendrar alguna vanagloria. Suplicando al Señor os libre en esto, no hayáis miedo, hijas, que os deje su majestad regalar mucho de nadie, sino de sí.

Adonde el demonio puede hacer gran daño sin entenderle, es haciéndonos creer que tenemos virtudes, no teniéndolas, que esto es pestilencia. Porque en los gustos y regalos, parece sólo que recibimos y que quedamos más obligados a servir; acá parece que damos y servimos, y que está el Señor obligado a pagar, y así poco a poco hace mucho daño. Que por una parte enflaquece la humildad, por otra descuidámonos de adquirir aquella virtud, que nos parece la tenemos ya ganada. Pues ¿qué remedio, hermanas?

El que a mí me parece mejor, es lo que nos enseña nuestro Maestro: oración, y suplicar al Padre eterno que no permita que andemos en tentación.

También os quiero decir otro alguno, que, si nos parece el Señor ya nos la ha dado, entendamos que es bien recibido, y que nos le puede tornar a quitar, como, a la verdad, acaece muchas veces, y no sin gran providencia de Dios. ¿Nunca lo habéis visto por vosotras hermanas? Pues yo sí; unas veces me parece que estoy muy desasida, y en hecho de verdad, venido a la prueba, lo estoy; otra vez me hallo tan asida, y de cosas que por ventura el día de antes burlara yo de ello, que casi no me conozco. Otras veces me parece tengo mucho ánimo, y que a cosa que fuese servir a Dios no volvería el rostro; y probado, es así que le tengo para algunas. Otro día viene que no me hallo con él para matar una hormiga por Dios, si en ello hallase contradicción. Así, unas veces me parece que de ninguna cosa que me murmurasen ni dijesen de mí, no se me da nada; y probado, algunas veces es así, que antes me da contento. Vienen días que sola una palabra me aflige y querría

irme del mundo, porque me parece me cansa en todo. Y en esto no soy sola yo, que lo he mirado en muchas personas mejores que yo, y sé que pasa así.

Pues esto es, ¿quién podrá decir de sí que tiene virtud, ni que está rica, pues al mejor tiempo que haya menester la virtud, se halla de ella pobre? Que no, hermanas, sino pensemos siempre lo estamos, y no nos adeudemos sin tener de qué pagar; porque de otra parte ha de venir el tesoro, y no sabemos cuándo nos querrá

dejar en la cárcel de nuestra miseria sin darnos nada; y si teniéndonos por buenas nos hacen merced y honra, que es el emprestar que digo, quedaránse burlados ellos y nosotros. Verdad es que sirviendo con humildad, en fin, nos socorre el Señor en las necesidades, mas si no hay muy de veras esta virtud, a cada paso, como dicen, os dejará el Señor. Y es grandísima merced suya, que es para que la tengáis y entendáis con verdad que no tenemos nada que no lo recibimos.

Ahora, pues, notad otro aviso: hácenos entender el demonio que tenemos una virtud, digamos de paciencia, porque nos determinamos y hacemos muy continuos actos de pasar mucho por Dios; y parécenos en hecho de verdad que lo sufriríamos, y así estamos muy contentas, porque ayuda el demonio a que lo creamos. Yo os aviso no hagáis caso de estas virtudes, ni pensemos las conocemos sino de nombre, ni que nos las ha dado el Señor, hasta que veamos la prueba; porque acaecerá que a una palabra que os digan a vuestro disgusto, vaya la paciencia por el suelo. Cuando muchas veces sufriereis, alabad a Dios que os comienza a enseñar esta virtud, y esforzaos a padecer, que es señal que en eso quiere se la paguéis, pues os la da, y no la tengáis sino como en depósito, como ya queda dicho. Trae otra tentación, que nos parecemos muy pobres de espíritu, y traemos costumbre de decirlo, que ni queremos nada, ni se nos da nada de nada; no se ha ofrecido la ocasión de darnos algo, aunque pase de lo necesario, cuando va toda perdida la pobreza de espíritu. Mucho ayuda el traer costumbre de decirlo a parecer que se tiene. Mucho hace al caso andar siempre sobre aviso para entender es tentación, así en las cosas que he dicho, como en otras muchas; porque cuando de veras da el Señor una sólida virtud de éstas, todas parece las trae tras sí; es muy conocida

cosa. Mas tórnoos avisar que, aunque os parezca la tenéis, temáis que os engañéis; porque el verdadero humilde siempre anda dudoso en virtudes propias, y muy ordinariamente le parecen más ciertas y de más valor las que ve en sus prójimos.

Pues guardaos también, hijas, de unas humildades que pone el demonio con gran inquietud de la gravedad de aprovechar y ser amada. Que es lo que mucho hemos de procurar ser afables, y agradar y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas.

Así que, hijas mías, procurad entender de Dios en verdad, que no mira a tantas menudencias como vosotras pensáis, y no dejéis que se os encoja el ánima y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intención recta, la voluntad determinada, como tengo dicho, de no ofender a Dios; no dejéis arrinconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfecciones, que el demonio le pondrá por otras vías, y, como he dicho, no aprovechará a sí y a las otras tanto como pudiera.

Veis aquí cómo en estas dos cosas, amor y temor de Dios,

podemos ir por este camino sosegados y quietos, aunque como el temor ha de ir siempre delante, no descuidados, que esta seguridad no la hemos de tener mientras vivimos, porque sería gran peligro. Y así lo entendió nuestro enseñador, cuando en el fin de esta oración dice a su Padre estas palabras, como quien entendió bien eran menester.

XI. CATECISMO ROMANO (IV, VII 1-20) PATER/CATECISMO-ROMANO

1. Significado y necesidad de esta petición

Es un dato de experiencia espiritual, que precisamente cuando los hijos de Dios han conseguido el perdón de sus pecados y, animados de generosos propósitos, se consagran enteramente al servicio de Dios y a la extensión de su reino por la fiel sumisión a su voluntad y providencia amorosa, el enemigo rabia más que nunca contra ellos y trata de combatirles con nuevos ardides y más poderosos obstáculos⁵⁶, para que, dejando la senda emprendida, recaigan en el pecado y lleguen a peores extremos que antes. San Pedro escribió de ellos: «Mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia que, después de conocerlo, abandonar los santos preceptos que les fueron dados»⁵⁷.

Por esto nos mandó Cristo hacer esta nueva petición: para que aprendiéramos a implorar cada día la poderosa y paternal ayuda de Dios, convencidos de que, sin el apoyo de su divino auxilio, caeremos en los lazos del enemigo. Y no solamente prescribió aquí pedir a Dios que no permita seamos llevados (induci) a la tentación⁵⁸. También en aquella súplica, dirigida poco antes de su pasión a los apóstoles [...], les advirtió: «Orad, para que no entréis en tentación»⁵⁹. Plegaria necesaria a todos —y conviene inculcarlo muchísimo a los fieles— porque la vida de todos se desenvuelve entre continuos y graves peligros; y, por lo demás, la ayuda divina es requerida por la misma debilidad de nuestra naturaleza: «El espíritu está pronto, pero la carne es flaca»⁶⁰. Un ejemplo bien significativo de esto lo tenemos en los apóstoles, quienes, habiendo afirmado hacía poco que seguirían al Maestro a toda costa, a la primera señal de peligro huyen y le abandonan. [...] Si, pues, los mismos santos temblaron y cayeron por la debilidad de la naturaleza humana, en que habían confiado,

¿qué no seremos capaces de hacer quienes tan lejos nos encontramos de la santidad?

La vida del hombre sobre la tierra es lucha continua, porque nuestra alma, que llevamos en cuerpos frágiles y mortales, se ve asaltada por todas partes por la carne, el mundo y el demonio. [...] Debemos, pues, rogar piadosa y castamente a Dios, que no «permita seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, antes

bien disponga, junto con la tentación, el éxito de poder resistirla»⁶¹.

2. ¿ Tentados por Dios?

Para llegar a comprender todo el sentido y valor de esta plegaria, será necesario primero conocer qué es la «tentación» y qué es «caer en ella»:

a) TENTACION/QUE-ES: «Tentar» significa, de una manera general, hacer un experimento (una prueba), para poder conocer lo que ignoramos y deseamos averiguar. Dios no tiene necesidad de tentarnos de esta manera, porque conoce perfectamente todas las cosas⁶². [...] Más concretamente, la tentación es una prueba que utilizamos para conocer el bien o el mal.

— El bien: cuando se pone a una persona en situación de ejercitar la virtud, para poder premiarla y presentarla como ejemplo. Y este modo de tentar es el único que conviene a Dios en relación con las almas: «Te prueba Yahvé, tu Dios, para saber si amas a Yahvé, tu Dios»⁶³. Así nos tienta el Señor con pobreza, enfermedad y otras adversidades, para probar nuestra paciencia y fidelidad. Abrahán fue tentado de esta manera con la imposición del sacrificio de su hijo, y por su obediencia vino a ser modelo de fe y de sacrificio⁶⁴. Y de Tobías dice la Escritura: «Por lo mismo que eras acepto a Dios, fue necesario que la tentación te probase»⁶⁵.

— El mal: cuando una persona es inducida al pecado. Y ésta es la misión propia del demonio, llamado precisamente en la Escritura «el tentador»⁶⁶. Unas veces se vale para ello de estímulos internos, utilizando como medios los mismos sentimientos y apetitos de las almas; otras veces nos ataca con medios externos, por medio de las riquezas y bienes terrenos, para ensoberbecernos; o por medio de hombres pecaminosos, de los que quiere valerse para desviarnos [...].

b) «Caemos en la tentación» cuando cedemos a ella. Y esto puede suceder de dos maneras: cuando, removidos de nuestro estado, nos precipitamos en el mal, al que nos empujó la tentación; en este sentido, ninguno puede ser inducido a la tentación por Dios, porque para nadie puede ser causa de pecado el Dios que «odia a los obradores de la maldad»⁶⁷; el apóstol Santiago dice: «Nadie en la tentación diga: soy tentado por Dios. Porque Dios ni puede ser tentado al mal ni tienta a nadie»⁶⁸. Cuando alguno, sin tentarnos él personalmente, no impide —pudiéndolo hacer— que otros nos tienten, ni impide que caigamos en la tentación. De esta manera puede permitir el Señor que sean probados los justos, aunque nunca deja de concederles las gracias necesarias para poder vencer. A veces el Señor, por justos y misteriosos motivos o porque así lo exigen nuestros pecados, nos abandona a nuestras solas fuerzas y caemos.

Dícese también que Dios nos induce a la tentación cuando somos nosotros los que, utilizando para el mal los beneficios que él nos concede para el bien, cometemos el pecado, como el hijo pródigo, que despilfarró en una vida lujuriosa la herencia recibida del padre⁶⁹. [...] Caen en la misma ingratitud a Dios quienes, colmados de beneficios y bienes divinos, se sirven de ellos para una vida viciosa. Esto, ciertamente, no sucede sin el permiso del Señor. La Sagrada Escritura lo afirma con palabras tan expresivas, que han de interpretarse muy rectamente para no llegar a creer que Dios obra directamente el mal: «yo endureceré el corazón de Faraón»⁷⁰; «endurece el corazón de ese pueblo, tapa sus oídos»⁷¹; «los entregó Dios a las pasiones vergonzosas... y a su réprobo sentir»⁷². Expresiones todas que indican no una acción directa de Dios, sino una mera permisión divina del mal voluntario del hombre.

3. No nos lleves a la tentación

Supuestas estas premisas, no será ya difícil precisar el objeto de esta petición: es claro que no pedimos en ella vernos absolutamente inmunes de toda posible tentación, pues «la vida del hombre sobre la tierra es milicia»⁷³. Más aún: la tentación es útil como prueba eficaz de nuestras fuerzas espirituales; por ella «nos humillamos bajo la poderosa mano de Dios»⁷⁴ y, luchando con energía, esperamos «la corona inmarcesible de la gloria»⁷⁵; porque «no será coronado en el estadio, sino el que compita legítimamente»⁷⁶. Santiago añade: «Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque, probado, recibirá la corona de la vida, que Dios prometió a los que le aman»⁷⁷. Y cuando más dura nos resulte la lucha, pensemos que tenemos en nuestro favor «un pontífice, que puede compadecerse de nuestras flaquezas, habiendo sido él mismo tentado antes en todo»⁷⁸.

Pedimos en esta invocación el socorro divino necesario para no consentir, engañados, en las tentaciones ni ceder a ellas por cansancio; pedimos que nos ayude la divina gracia contra los asaltos del mal, y que nos reanime cuando desfallezcan nuestras energías de resistencia. De aquí la necesidad de una constante súplica del auxilio divino contra las fuerzas del mal, y especialmente cuando se presente de hecho la tentación y nos veamos en peligro de caer [...]. Contiene, por último, esta petición del «padrenuestro» algunos frutos de vida y profunda meditación para nuestras almas: en primer lugar, nos recuerda nuestra inmensa fragilidad y humana debilidad. De esta consideración brotará una profunda desconfianza en nuestras fuerzas, una ilimitada confianza en la misericordia de Dios y una animosa serenidad en los peligros, fruto de la confianza en ese valiosísimo y seguro auxilio divino. [...] Pensemos, en segundo lugar, que es Jesucristo, nuestro Señor, el divino jefe que nos guía por la lucha a la victoria. El venció al demonio; él es «el más fuerte, que le vencerá, le quitará las armas

en que confiaba y repartirá sus despojos»⁷⁹. El mismo nos dice: «confiad: yo he vencido al mundo»⁸⁰. [...] Y en esta su victoria radica y se funda para todo cristiano la certeza de vencer también con Cristo⁸¹.

[...] Las armas de nuestra lucha [...] son la oración, el trabajo, la vigilancia, la mortificación y la castidad⁸². [...] La fuerza de nuestra victoria está sólo en el poder de Dios, [...] «quien adiestra nuestras manos para la guerra y nuestros dedos para el combate»⁸³. De aquí el agradecido reconocimiento que debemos a Dios, por la ayuda en la lucha y la alegría del triunfo⁸⁴ [...].

XII. D. BONHOEFFER

(O.c., 179)

·BONHOEFFER/PATER PATER/BONHOEFFER

Las tentaciones de los discípulos de Jesús son muy diversas. Satanás los ataca por todas partes, quiere hacerlos caer. Los tientan la falsa seguridad y la duda impía. Los discípulos, que conocen su debilidad, no provocan la tentación para probar la fuerza de su fe. Piden a Dios que no tiente su débil fe y los guarde en la hora de la prueba.

XII. R. GUARDINI

(O. c., 419-436)

·GUARDINI/PATER PATER/GUARDINI

1. Tentación y gracia

«Y no nos abandones a la tentación»: ¡un soplo oscuro nos llega en estas palabras! Ciertamente, las demás frases del «padrenuestro» son grandes y serias, pero sobre ellas reina una clara paz. En ésta parece amenazar algo peligroso; pues cuando ruega que Dios no nos deje caer en la tentación, presupone que puede dejarnos. Si miramos en este sentido a la historia de las religiones y nos fijamos en el modo como se ha Interpretado la existencia, al margen de la revelación encontramos formas de la divinidad que parecen apuntar en tal dirección. El hombre primitivo percibe toda la existencia de modo religioso concretando en forma de poderes y figuras todo lo que en ellas experimenta; por tanto, piensa que hay seres que protegen la vida y la favorecen, pero también otros seres que tienen mala intención para con ella, tratando de llevarla a la ruina.

¿Habría de significar algo así la petición del «padrenuestro»? Según el espíritu del nuevo testamento, lo rechazamos [...]. No, en el Dios vivo no hay nada de esa perversidad destructora, que se expresa en los dioses de condenación. Nos está revelado que

SU

intención para con nosotros es sólo buena, buena por su base. Y eso a pesar de todo lo que pueda decir la apariencia, pues la impresión que hace en nosotros la experiencia diaria, tanto como la marcha de la historia, podría llevar a un hombre melancólico a la opinión de que detrás de todo hay un poder perverso. La revelación, por el contrario, dice: aunque las cosas te parezcan así, no te dejes engañar. Dios es bueno y quiere que seamos buenos y encontremos la salvación. Por eso el apóstol Santiago advierte con gran empeño: «Nadie diga, cuando es tentado, que es tentado por Dios; pues ni Dios es tentado por el mal, ni tienta a nadie. Sino que cada cual es tentado por su propia codicia, que le atrae y le incita»⁸⁵.

[...] Pero otros han dicho: el hombre puede llegar a Dios por su propia fuerza y participar de la vida eterna; su razón es capaz de examinar y distinguir; su voluntad tiene una afinidad natural con el bien y tiene a su disposición abundantes fuerzas para realizarlo en su vida; por eso las palabras del «padrenuestro» sólo pueden significar que el Padre defiende al hombre de pruebas demasiado graves; con las otras ya se las arreglará él... El antiguo pelagianismo pensó así, e igual el racionalismo y tantas opiniones de nombres diversos, que lo ponen todo en la fuerza propia del hombre.

Esto tampoco es cierto; pues se nos ha dicho que nuestra salvación y vida eterna se realizan sólo por la gracia de Dios. Por eso debemos dejar claro lo que es la gracia; y ello no por consideraciones teóricas, sino partiendo de lo más sencillo de la vida.

GRACIA/QUE-ES: «Gracia» es algo que nos toca en lo más íntimo, que nos da riqueza de salvación eterna, pero que no podemos alcanzar por propia fuerza. A tal concesión no podemos presentar ninguna exigencia, sino que el sentido de gracia de Dios es completamente libre. Por pura generosidad concede lo que necesitamos en lo más íntimo. [...] Todo es gracia, tomando la palabra en sentido amplio. El mundo es gracia. También podría no existir; existe, porque Dios ha querido que exista, en libre bondad.

Es gracia el que existamos los hombres; y ahí cada cual debe decir: que exista yo. Podría ser muy bien que yo no existiera. Por eso es verdad tan pura el dar gracias a Dios por la existencia propia. Sin embargo, esa palabra significa algo más; algo cuya «buena noticia» nos la ha dado la revelación. Según ésta, el corazón de Dios se ha abierto al hombre de un modo que supera a toda comprensión. Por una libertad sobre la cual ningún ser creado tiene poder ni derecho, se ha inclinado al hombre y le ha elevado a su compañía. [...] PARAISO/QUE-ES: Esa situación nueva se llamaba «paraíso». Una vez existió, al comienzo de la historia. ¡El hombre la ha destruido!

Ahora adquirió la gracia un nuevo carácter: [...] el amor del Padre se convirtió en perdón. Envío a su Hijo para que entrara en

la compañía de la responsabilidad con el hombre; asumió al hombre en la intención que él abriga para ese Hijo suyo. La acción de Cristo, que todo lo expía y lo vuelve a llevar a su hogar, la ponía él en cuenta a favor del hombre pecador. [...] Cristo nos llama a entrar en su misma intención, edificando el reino de Dios, en que hemos de tener la plenitud de la vida. Todo es don; todo está obrado por aquél que ha dicho: «sin mí no podéis hacer nada». Y también ese enlace mismo con Cristo es un don otorgado por Dios, según dice él a su vez: «nadie puede venir a mí, si no le atrae el Padre que me ha enviado»⁸⁶.

Pero cómo: ¿el hombre es sólo conducto para una corriente divina? ¿Impera sólo una única iniciativa, y el hombre no sería más que su objeto e instrumento? ¡Cierto que no! San Pablo, el profeta de la gracia, dice: «Por gracia de Dios soy lo que soy, pero la

gracia no ha quedado vana en mí»; y aún más, acentúa: «yo he trabajado más que todos ellos» [los demás apóstoles], añadiendo enseguida: «pero no yo, sino la gracia de Dios en mí»⁸⁷. [...] La gracia de Dios era lo que había obrado todo en el apóstol; pero precisamente ahí era san Pablo el que estaba obrando y el que, con eso, se había hecho tan propiamente él mismo.

Eso significa: la gracia de Dios no es como una fuerza física que mueve una cosa, sino que se dirige a la persona, la llama, la despierta y hace que así llegue a ser auténticamente ella misma. Cuanto más crece la gracia, más libre se hace el hombre. Cuanto mayor es la intensidad con que actúa Dios, más fortalece la vida más propia del hombre.

Se objetará: ¡eso es una paradoja! Sí, lo es, pero admirable. Se enlaza con el misterio básico de la persona, y la lleva a plenitud para la gloria. Pues ¿qué ocurre cuando dos personas son básicamente buenas una para con otra? Puede ocurrir que en un momento entrañable una diga a otra: lo que soy y hago, te lo debo a ti. Si la otra persona contesta: ¡pero eres tú mismo el que existes y vives!; entonces oirá como respuesta: precisamente lo que te agradezco es haber llegado del todo a ser yo mismo... Cuando se trata de una cosa, entonces se toma y se usa. Pero si está una persona ante otra persona, y piensa en ella y la quiere, entonces influye en ésta, despertándola a su autenticidad viva.

Así ocurre con la gracia. Dios lo obra todo en nosotros, pero no como quien es más fuerte en cosas y objetos, sino como el infinitamente personal, libre y respetuoso en nosotros, habiéndonos convertido en semejanza suya en el ser personal, y queriendo que seamos en él cada vez más libres y cada vez más nosotros mismos. Así dice el mismo san Pablo: «Vivo yo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí»⁸⁸. [...] Eso es gracia. [...]

Todo lo que sea el creyente, todo lo que haga, que sea vivo y

con

sentido de eternidad, lo obra la gracia. Pero precisamente ahí es él quien lo opera, de modo que puede decir: todo lo hace Dios y por eso realmente lo hago yo. De ese misterio divino, que se llama

gracia, surge la petición: «y no nos abandones a la tentación». No se la puede apremiar lógicamente, queriendo analizarla con exactitud: el hombre que vive en esa unidad con Dios, que se llama gracia, le dice: haz que todo, incluso la tentación, permanezca en la medida de tu amor.

Pero, con todo, hemos de dar su parte a esa oscuridad, de que se hablaba al comienzo de esta consideración. No tiene sentido dar un rodeo para evitar algo que está ahí y exige solución; hay que mirarlo de frente. ¿Qué significa, pues, «y no nos abandones a la tentación»? ¿No significa, entonces, más que la petición del que confía en la gracia, para que Dios le guarde de la condenación? Cuando se habla de una persona, por ejemplo, de su pasión, de su dureza, de su crueldad, se suele decir que él es así; que su naturaleza es así, nadie le cambia y hay que tomarla así. Ese modo de hablar es falso. Es exacto en el animal: el corzo es inerte y fugitivo; el lobo es rapaz y cruel. Así es su naturaleza, y quien quisiera eludirlo con teorías sería un insensato. Al hombre no se le puede comprender de este modo. No es «naturaleza», como la planta y el animal, sino que detrás de cómo es la persona, hay una historia: la primera, básica para todo lo que vino luego. El Génesis la cuenta en sus primeros capítulos: cuando Dios creó al hombre, éste era diferente que ahora; era bueno y estaba a salvo; luego se rebeló contra Dios; esta acción hirió su esencia y ahora es un ser que, aun admirablemente rico y noblemente dotado, está trastornado desde lo más íntimo. [...] Esa primera acción penetró hasta las más hondas raíces de lo humano, y causó un desorden que no pueden arreglar ni la medicina ni la pedagogía social. Es decir, una imagen del hombre completamente diversa de la optimista imagen de la edad moderna: de una gravedad para la cual no basta la palabra «tragedia».

Y entonces, bien podría ocurrir lo siguiente: una persona habría faltado, una y otra vez. Eso habría aumentado cada vez el desorden que ya había en esa persona, y también en sus relaciones en torno. Entonces la justicia de Dios podría decir un día: ¡basta! Y en esa persona habría quedado formada una pendiente hacia el mal, que ya no sería capaz de dominar... Pero entonces Dios no habría creado esa tentación, sino que su justicia habría dejado que la constante acumulación de desorden causado día a día por el pecado de ese hombre alcanzara una medida a la

cual ese hombre tendría que sucumbir. Con eso no se habría dicho nada parecido a la doctrina de la predestinación, que afirma que Dios destina a muchas personas a la condenación; y menos todavía quedaría visto Dios al modo de las divinidades perversas, que quieren la ruina del hombre. Lo que ello significa, sería verdad. Lo notamos constantemente: hoy hacemos algo, mañana, y siempre—y poco a poco se junta como una red, como una coerción— hasta que una amarga sensación dice en nosotros: ¡ya no salgo de esto! Si entonces Dios no ayuda con bondad especial,

realmente se ha llegado al fin.

A estas cosas roza la petición del «padrenuestro»: ¡Señor, no nos dejes llegar tan lejos, que nuestro desorden nos envuelva y no podamos encontrar la salida! ¡Bien mereceríamos que ocurriera así, pero no dejes que llegue hasta ahí!

2. La tentación del prójimo

Del mismo modo que la quinta petición tiene esta estructura:

«perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores», igual podríamos desarrollar la sexta diciendo: «no nos abandones a la tentación, así como nosotros no queremos tentar a nuestros prójimos».

Pero ¿hay realmente ocasión para tal ruego? ¿está el hombre en peligro de hacer tal cosa? ¿da a sus semejantes ocasión para

el mal? ¿les lleva incluso a eso que propiamente se designa con la palabra «tentación»? No queremos ni calumniar ni glorificar la existencia —lo uno sería tan falso como lo otro—, sino que queremos ver cómo es y mantenerla en pie. Pero entonces hemos de comprobar que el hombre, efectivamente y de modo constante, da ocasión para el mal a su prójimo, con el fin de alcanzar sus intenciones. Más aún, que en él hay también satisfacción por faltas de sus semejantes; que el bien, como tal bien, excita su resistencia, que lo puro y lo noble le desazonan y que para él puede llegar a ser una perversa alegría el llevar el mal a su prójimo.

Para observar todo esto no necesitamos buscar nada especial y aún menos, nada criminal; lo encontramos sin más en lo cotidiano alrededor de nosotros y en nosotros mismos. Así, no tenemos más que pensar en que todo nos parece permitido, cuando queremos conseguir alguna intención: cada cual busca su provecho. La vida económica es el conjunto de los múltiples esfuerzos de los hombres por encontrar su manutención, por adquirir propiedades, por enriquecerse. Esto, en sí, es una ordenación, pero ¿cómo se establece? Por las dotes apropiadas, por la vista rápida para el valor de bienes y servicios, ciertamente; por el trabajo, el orden, la capacidad de organizar, etc. Tales son los fundamentos; pero ¿qué ocurre con la verdad y la honradez cuando la publicidad se transforma, sin más, en mentira, y cuando la habilidad se convierte en engaño? Con esto todavía no estaríamos hablando de una tentación del prójimo; pero no se limita uno a esto, sino que también se lleva a la tentación a otros, a los subordinados, encargados, colaboradores. Si de un golpe se pudiera eliminar de la vida económica el elemento de la mentira y la insinceridad, ¡la conmoción sería enorme!

O pensemos en otra tendencia elemental del hombre, el afán de poder. ¿Con qué medios se busca uno el influjo social? Otra vez hay que empezar por indicar primero lo positivo: dotes, conciencia del objetivo, buenas formas y capacidad de trato de gentes; pero

¿dónde empiezan las técnicas para provocar la vanidad de los demás, para explorar sus antipatías, para poner en juego al uno contra el otro? ¿Y cómo ocurre en la vida política? ¿No está llena de abusos de toda índole? ¿Qué significa la propaganda? ¿No persuade a los hombres para meterles en la mentira? ¿No consiste en buena parte la habilidad política en poner en movimiento las pasiones, en desencadenar la desconfianza, la envidia, el odio, y aplicar sus fuerzas para los objetivos propios?

¿Qué hace el hombre que quiere hacer prevalecer su codicia? ¿No intenta excitar la sensorialidad del prójimo y hacer insegura su conciencia? Y la opinión general, ¿no considera obvio que la naturaleza humana es precisamente así? El hombre con experiencia de mundo no tiene prejuicio en esas cosas, sino que considera justificado todo medio, «en el amor, como en la guerra».

Es tan vergonzoso como intranquilizador lo que esa opinión general considera justo y posible en cosas de la publicidad, de las ilustraciones, del cine: cómo se elude con argumentos la responsabilidad por la influencia que tiene todo esto en jóvenes y mayores.

Si pasamos nuestra mirada desde lo cotidiano a los grandes procesos de la vida histórica, si vemos con qué medios trabaja el hambre de poder, entonces hay peligro de perder toda fe en la bondad que pueda haber en el hombre. [...] ¿Cómo llega al dominio la dictadura? ¿Cómo se logra que un individuo o un grupo tome en su mano el poder y domine al pueblo, y no sólo en cosas exteriores, sino también interiormente: en lo anímico, en lo espiritual? Naturalmente, hay también inconvenientes cuya solución se procura; han ocurrido injusticias que hay que poner en orden. Pero sólo con eso no tiene lugar ninguna revolución, ni llega al poder ninguna dictadura. Para ello, con mentiras conscientes de su objetivo, se confunde en los hombres todo lo que les da fuerza para resistir, esto es, su juicio sobre el bien y el mal, sobre lo decente y lo bajo, hasta que se establece una mentalidad en que todo medio es bueno para alcanzar el objetivo. Y como la dictadura sabe que la fe en Dios da al hombre fuerza para conservar la dignidad y la libertad, pone en marcha una propaganda que con toda clase de deformación y calumnia convierte en una insensatez a la verdad, hasta que el hombre se considera un loco si sigue siendo fiel a Dios. Por no hablar de esos métodos satánicos, que destruyen en el hombre la capacidad de distinguir, de tal modo que ya no se sabe lo que es verdadero y lo que es falso, y que rompen la personalidad de tal modo que se entrega y se confiesa culpable donde estaba en lo justo [...].

Sin embargo, hay también otro impulso mucho más difícil de comprender: el que se levanta contra el bien en cuanto tal. [...] ¿No conocemos la sensación de que una persona totalmente sincera nos ponga nerviosos, [...] porque la sinceridad misma nos irrita?... ¿No hemos notado alguna vez que la inocencia de alguien produce

un efecto molesto, [...] porque la pureza misma incita a pisarla, igual que una extensión de nieve intacta?... ¿No conocemos la peculiar desazón que invade al mediocre, cuando encuentra una persona en quien habita la nobleza, que en cuestiones de honor

no admite discusión, que guarda decididamente su libertad, que se pone sin miedo de parte de la justicia?... [...] ¿Y qué es el chiste mordaz? No el humor; éste es profundo y en su base está el bien: ama la vida aun en sus tonterías y defectos, y sonrío sobre ellas.

Hay un tipo de chiste, por el contrario, que viene de la complacencia en el ridículo y el daño, de la envidia, de un odio oculto contra lo que es puro y noble.

[...] Otro ejemplo: al hombre se le ha concedido el maravilloso don del lenguaje. Puede poner en la palabra lo que lleva en sí, haciéndolo patente. Esto pasa luego a otro [...] y entre ambos se establece una comunidad en la verdad. Pero ¿y cuando el lenguaje miente? Entonces su efecto es malo; y no sólo porque engaña al oyente, sino porque la misma atmósfera de la mentira es destructiva [...].

Estas consideraciones no quieren moralizar, sino hacer evidente algo que ocurre constantemente y presentar de modo más cercano el sentimiento de la petición de que tratábamos.

Fijémonos por una vez en todo lo que se habla y se escribe y se exhibe. Continuamente se establece un contacto entre una interioridad por un lado y otra por el otro. Con eso tienen lugar muchas cosas buenas y hermosas, pero también ¡cuántas cosas malas! ¡Con qué frivolidad hablamos a menudo, con qué placer por poner en

cuestión lo respetado, y en vilo lo que está firme! ¡Con qué precipitación enjuiciamos, con qué falta de consideración lanzamos al prójimo dudas que tenemos nosotros, sin preguntarnos qué ocurrirá en él!

H/CAIN CAIN/SOY-YO /Gn/04/08-09: Jesús ha dicho: «tiene que haber escándalos», pero «¡ay del hombre por quien vienen!»⁸⁹. Por eso hemos de examinar si nos damos cuenta de que cuanto decimos ejerce un influjo en los demás: de que el modo como vivimos y actuamos y nos presentamos, se transforma en incitación en los demás: y—que en la medida de lo razonable—somos responsable de en qué se convierte aquello. [...] El Génesis cuenta un sombrío hecho: los primeros padres tuvieron dos hijos de índole

muy diferente: Caín y Abel; el mayor mató a su hermano pequeño porque no podía soportar su pureza; cuando Dios le preguntó por él, Caín contestó: «¿Soy yo el guardián de mi hermano?»⁹⁰, ¿a mí qué me importa?

Eso está en el comienzo de la historia humana. Una terrible advertencia: considerémosla de cerca. En cada cual de nosotros está Caín; depende sólo de la ocasión, hasta qué punto llega y de qué modo. A cada cual se le dirigirá un día la pregunta: «¿dónde está tu hermano, dónde está tu hermana?». ¿Qué han

provocado en ellos tus palabras? ¿A dónde los has llevado?
¿Qué has

destruido en ellos?

Son preguntas muy duras, pero eludimos la seriedad de nuestra existencia si no las hacemos. Pues se nos harán un día, a cada cual de nosotros, en el juicio de aquél, cuya respuesta no puede eludirse.

XIV. H. VAN DEN BUSSCHE

(O. c., 139-149)

PATER/BUSSCHE-VAN

Tentación y prueba

No es fácil traducir la palabra *peirasmos*. Significa un acto o una situación, por la que a uno se le pone una prueba. Así el hombre puede poner a Dios una prueba, pero la prueba valdrá principalmente para el hombre. O bien es Dios el que pone una prueba al hombre, para ver sus capacidades, su fidelidad (casi siempre), dándole la ocasión de manifestar su capacidad de resistencia; o es el enemigo, el poder malo, Satanás, quien prueba al hombre, es decir, le tienta, quiere hacerle perder el camino, incitarle al mal.

¿Qué pide aquí el discípulo? ¿No ser probado por Dios o ser preservado de las tentaciones de Satanás? Por una parte, parece que es Dios el que le prueba; en este caso la oración pide a Dios que nos libre del sufrimiento. Por otra parte, el paralelismo con «mas líbranos del malo» parece referirse más bien a la tentación. De hecho, no puede tratarse aquí de una simple prueba, porque la prueba en cuestión pone en peligro la vocación del discípulo y amenaza arrastrarle a la defección. Debemos preferir, por tanto, el sentido de «tentación», pero con este matiz: que no se trata tanto del acto⁹¹ cuanto de la situación de ser tentado. Además, esta tentación no se refiere a un pecado determinado sino al repudio de la vocación. Pedimos a Dios que no nos ponga, que obre de tal manera que no entremos⁹² o que no caigamos⁹³ en una situación, que podría llegar a ser fatal para nuestra vocación.

¿No podemos pedir también ser preservados de las pruebas? Más de una vez se utiliza en el antiguo testamento el término «prueba-tentación» para significar el sufrimiento por el que Dios prueba al hombre. Dios prueba al justo como al impío⁹⁴; pero con más frecuencia prueba al justo, para ponerle en el buen camino⁹⁵, para probar su fidelidad⁹⁶, para purificarle⁹⁷. [...] La prueba del justo puede también ser querida, para que su paciencia sirva de ejemplo a la posteridad⁹⁸. La fidelidad al servicio de Dios va acompañada necesariamente de la prueba⁹⁹.

Por eso Abrahán se convirtió en un ejemplo para su descendencia¹⁰⁰. La prueba puede ser pesada y Job se lamentaba de ella¹⁰¹, pero, en el fondo, es una señal de la gracia de Dios¹⁰². Por eso el justo pide la prueba¹⁰³.

[...] El nuevo testamento también habla de la prueba¹⁰⁴ o de las pruebas¹⁰⁵ del sufrimiento. La Carta a los hebreos presenta el sufrimiento de Jesús como una prueba: «porque por haber sufrido él mismo la prueba, es capaz de ayudar a los que son probados»¹⁰⁶, «fue probado en todo, semejante a nosotros, pero sin pecado»¹⁰⁷. Este último texto muestra que el autor es consciente de un posible equívoco: Jesús fue probado, pero no inducido a pecar.

No obstante, la frontera entre la prueba y la tentación casi nunca está bien delimitada, puesto que la prueba del sufrimiento puede considerarse como obra de Satanás¹⁰⁸. Sea lo que fuere de esto, en el «padrenuestro» no se trata del simple sufrimiento, sino de la tentación. Y esto aparece evidente por el hecho de que el discípulo pide con demasiada insistencia y de manera demasiado absoluta ser liberado. Si se tratara sólo del sufrimiento, una petición tan absoluta no tendría sentido para el cristiano, el cual en cuanto discípulo «está destinado al sufrimiento»¹⁰⁹. Por otra parte, en el antiguo testamento hallamos peticiones de pruebas, pero no implican en modo alguno una suficiencia orgullosa, sino que se presentan como un testimonio de confianza total. El cristiano, por el contrario, no tiene necesidad de pedir el dolor, pues le vendrá sin que él lo pida. Por lo demás, estas oraciones veterotestamentarias no son muy numerosas. Y en último término demuestran que el justo no debe temer demasiado el sufrimiento, y que no se siente fundamentalmente amenazado por él. Pero en el «padrenuestro» lanza [el discípulo] un grito de angustia en demanda de liberación.

Es evidente, por tanto, que se trata de la prueba-tentación.

La «prueba» a que alude el padrenuestro es peligrosa. Jesús nos pone en guardia contra ella en Getsemaní: «Vigilad y orad para que no caigáis en la tentación»¹¹⁰. Jesús no ve posibilidad alguna para el discípulo que se apoya en si mismo, en la «carne»,

de salir indemne. Sólo el Espíritu puede darle la fuerza y valor para resistir¹¹¹. En la hora de la muerte de Jesús la prueba puede conducir al discípulo a la defección. Una oración judía de la tarde ya pedía una cosa parecida: «No nos dejes caer en poder del pecado, ni en el poder de la seducción, ni en el poder del desprecio»¹¹².

2. ¿Qué tentación?

Desde la historia primitiva¹¹³ hasta el Apocalipsis¹¹⁴, la humanidad está expuesta a la seducción. Pero la acción del seductor tiene sus momentos culminantes.

La vida de Jesús como Mesías se dirige contra él. Inmediatamente después de su proclamación mesiánica en el bautismo de Juan, Jesús es impulsado por el Espíritu a ir al terreno mismo de Satán, el desierto, para ser tentado¹¹⁵ por el seductor¹¹⁶. Después de este primer ataque, Satán trata de ganar tiempo¹¹⁷; evita el encontrarse con Jesús, para volver «en el

tiempo señalado»¹¹⁸, pero Jesús le persigue sin compasión. Las expulsiones de demonios son síntomas de la caída definitiva de Satán, que «cae del cielo como un relámpago»¹¹⁹. En este logion no se indica el momento preciso de la caída. Tendrá lugar más adelante. Mientras tanto, Satán siembra la cizaña en medio del buen grano¹²⁰. La gran prueba-tentación viene en el momento en que reinan las tinieblas¹²¹, cuando Satanás se apodera de Judas¹²² y recibe la autorización de cribar a los discípulos como el trigo¹²³. Porque el sufrimiento de Jesús será su primera gran tentación. Pero Jesús pide para que su fe no vacile, para que permanezcan con él «en sus pruebas»¹²⁴ y así puedan recibir el reino que les ha sido preparado¹²⁵.

El asalto violento de Satanás contra Jesús fracasa, en el momento en que cree triunfar, «el príncipe de este mundo» es arrojado en la tierra¹²⁶, pero es el Espíritu el que hará ver a los discípulos una victoria en la muerte de Jesús¹²⁷. Inicialmente, el dragón y sus satélites están vencidos¹²⁸, pero su odio se cierne sobre los discípulos¹²⁹. La mayor parte del tiempo Satán trabaja en secreto, oculto¹³⁰, pero conocemos sus intenciones¹³¹.

Quiere provocar divisiones en la iglesia¹³², quiere suscitar obstáculos al trabajo apostólico de Pablo¹³³; envía incluso a su ángel, para herir a Pablo en la carne¹³⁴, se transforma en «ángel de luz» y envía falsos apóstoles¹³⁵; es él, en fin, el que se oculta detrás de las pruebas causadas por las intrigas de los judíos contra Pablo¹³⁶.

Esta tentación es más que la seducción ordinaria al pecado¹³⁷, es la prueba-tentación escatológica que trata de quitar a los creyentes la salud procurada por la muerte de Cristo¹³⁸. Porque, si caen en ella, seguirían a Satanás¹³⁹ e incurrirían en la «condenación del diablo», la condenación eterna¹⁴⁰. Aunque la muerte de Cristo haya arrancado al discípulo «del poder de las tinieblas» o de Satán y le haya «transferido al reino del Hijo muy amado»¹⁴¹, el combate, sin embargo, no ha terminado aún y es preciso guardarse de «dar entrada al diablo»¹⁴². Esta persecución se libraré continuamente entre la muerte de Cristo y su vuelta, pero en un cierto momento «la infidelidad alcanzará la plena medida»¹⁴³ (/Mt/24/12); la tentación se cristaliza en cierto modo en un día¹⁴⁴, en una hora¹⁴⁵, en un momento del tiempo¹⁴⁵, que ofrecerá al discípulo un enorme peligro de defección.

Lo que pedimos en el «padrenuestro» es precisamente el no entrar en este momento excepcional de prueba-tentación. Jesús nos advirtió en Getsemaní que debíamos vigilar y orar, para no caer en esta prueba fatal. Vivimos en el fin de los tiempos, el juicio final puede sobrevenir en cualquier momento. Cuanto más próximo se halla el juicio, más trágica es nuestra defección y más aumenta nuestro deseo de liberación. «¡Que el Dios de la paz aplaste a Satán bajo vuestros pies lo más pronto posible!»¹⁴⁷. No es tanto

la persecución continua del justo, llevada a cabo por sus adversarios, lo que teme el cristiano en la tentación, cuanto el hecho de que esa tentación lleva consigo un peligro de apostasía y, por consiguiente, de condenación eterna¹⁴⁸.

No es Dios el que nos seduce, sino Satanás: «Que nadie diga cuando es tentado: es Dios quien me tienta. Pues Dios es inaccesible al mal y no tienta a nadie»¹⁴⁹. La seducción viene de Satán, que prueba al discípulo con el sufrimiento y le da la ocasión de mostrar su capacidad de resistencia y de obtener la corona de la vida¹⁵⁰, a no ser que venga de nuestras propias concupiscencias¹⁵¹. La situación de tentación casi siempre la suscita Satanás, y nosotros pedimos a Dios que no nos deje llegar a esta situación.

Podríamos recurrir aquí a la significación permisiva de la forma *aphel* (hebreo: *hiphil*) del original: «no permitas que seamos llevados...», pero no es necesario. Dios nos guía y puede librarnos de la tentación, puesto que la misma acción de Satanás está sometida a su providencia. Puede abreviar el tiempo del seductor, como abrevia el tiempo de la prueba para los judeo-cristianos de Jerusalén¹⁵². Satán debe pedir permiso para cribar a los discípulos¹⁵³; y Dios, que es fiel, no permitirá que sean probados por encima de sus fuerzas¹⁵⁴ aquellos, para quienes ha venido el fin de los tiempos.

Nuestra petición es apremiante, porque el tiempo apremia. Pero es serena, porque el Padre vela por nosotros. Estaremos seguros si constantemente «vigilamos y oramos para no caer en la tentación»¹⁵⁵. Y esta oración será ciertamente oída, porque ha sido incorporada en la oración victoriosa de Jesús: «Yo no te pido que los saques del mundo, sino que los libres del malo»¹⁵⁶. ¡Dios dirigirá nuestros pasos para que no entremos en la situación fatal!

XV. J. JEREMÍAS

(Teología del NT, 237 s.)

PATER/JEREMIAS-J

La petición final es sorprendente. Estilísticamente cae fuera del arco del padrenuestro. Tras el paralelismo de las dos peticiones en segunda persona («tú»), y la construcción bimembre de las dos peticiones en primera persona plural («nosotros»), esta frase final, concisamente estructurada, se muestra dura y abrupta. A esto se añade el hecho único de su formulación negativa. Todo esto es intencionado: esta petición debe sonar dura y abruptamente.

Es lo que muestra su contenido. Para comprenderlo hay que tener en cuenta, ante todo, que *peirasmós* no se refiere a las tentaciones cotidianas, sino al gran ataque final. Y por lo que se refiere al predicado verbal: *me eisenegkes* (=«no nos

introduzcas»), el vocablo griego podría sonar como si Dios llevase a la tentación. Ya Santiago rechazó esta interpretación¹⁵⁷. Que no es realmente ése el sentido, lo muestra la comparación con una oración matinal y vespertina del judaísmo con la que quizá Jesús enlaza, incluso directamente: «No me lleves al poder del pecado, ni al poder de la culpa, ni al poder de la tentación ni al poder de lo vergonzoso»¹⁵⁸. Aquí, como lo muestran los paralelos el causativo «no me lleves» tiene un significado permisivo: «¡No permitas que yo caiga! ». Así se debe entender también el me eiseneikes de la petición final del padrenuestro: «¡no permitas que caigamos en la tentación!». Los discípulos de Jesús no piden ser preservados de la tentación, sino de sucumbir en la tentación escatológica: ser preservados de la apostasía.

Ahora se entiende la conclusión abrupta: es toda la sobriedad de Jesús la que, con esta línea final, dirige la mirada de los discípulos desde la consumación final hasta su situación concreta. Esta línea conclusiva es «un fuertemente resonante grito de auxilio» (H. Schürmann): «¡danos sólo ser preservados del extravío!» [...].

XVI. S. SABUGAL

(Abbá , 193-94. 236-38)
PATER/SABUGAL-S

Literalmente vertida, la penúltima petición suplica al Padre que «no nos introduzca en tentación». Una petición, a primera vista, del todo desconcertante. Porque parece suponer que Dios pueda inducir a la tentación y, por ello, al pecado. ¿Puede tentar así el «Dios bueno»?¹⁵⁹. Ya el sabio respondió negativamente a este interrogante¹⁶⁰: el Dios, que «al principio creó al hombre y le dejó en manos de su propio albedrío»¹⁶¹, no puede ser autor del extravío humano¹⁶², pues él «no hace lo que detesta»¹⁶³. Con mayor fundamento aún responde a aquella pregunta el discípulo de Jesús: ¡el Padre no puede inducir a la tentación a sus hijos! Y Santiago, en probable respuesta a la dificultad planteada por aquella petición, es al respecto del todo categórico: «¡Dios no tienta a nadie!»¹⁶⁴, para inducir al pecado.

¡Pero sí prueba para acercar el hombre a él! Como probó la fe de Abrahán¹⁶⁵, de Isaac y de Jacob¹⁶⁶; como probó la fidelidad de Israel en el desierto¹⁶⁷, primero, y en el exilio¹⁶⁸, después; como prueba al justo y, en general, a quien comienza a servirle¹⁶⁹. Todo ello por una sencilla razón: sin la prueba el hombre se aleja de Dios, mientras que la prueba le acerca a él. ¡No hay salvación sin tentación! Esta forma, pues parte de la salvífica pedagogía divina. Y a ella no escapa el cristiano. También su fe es sometida al crisol de la prueba¹⁷⁰, que engendra la paciencia y, con ésta, la esperanza «que no falla», por estar enraizada en «el amor de Dios»¹⁷¹: ¡en la prueba experimenta el cristiano la

fidelidad de ese amor! Y esa fidelidad, precisamente, «no permite que aquél sea probado sobre sus fuerzas, sino que le da ya, con la prueba, el feliz resultado de poder resistirla»¹⁷² así como, luego,

«la corona de la vida, prometida» por él a quien victoriosamente «la soporta»¹⁷³. Dios prueba, por tanto, para acercar al hombre a él, para manifestarle su fidelidad y amor, para salvarle.

¡No tienta, pues, para alejarle de él! La tentación es propia de Satanás¹⁷⁴: «el tentador»¹⁷⁵ o «seductor del mundo entero»¹⁷⁶. La petición del padrenuestro suplica, pues, no ser inducido por él: no caer en las manos del tentador, no sucumbir a la tentación. Así rezaba el piadoso judío: «¡Haz que no entremos en las manos del pecado..., ni en las manos de la tentación...»¹⁷⁷. Y Jesús, consciente de que Satanás está al acecho para «cribar como el trigo» la fe de sus discípulos¹⁷⁸, les exhorta en Getsemaní:

«¡Orad, para que no entréis en tentación!»¹⁷⁹, es decir, para que no sucumbáis a la prueba del tentador, para que no caigáis en ella¹⁸⁰. ¿A qué tentación se refiere?

La petición no lo especifica. Pero la indeterminación de ese sustantivo concreto (=«tentación») muestra ya, que el acento recae sobre la naturaleza o cualidad del mismo¹⁸¹. Se trata, pues, de una tentación especial. Más luz sobre su significado arroja el empleo de ese mismo vocablo en el contexto de la getsemaníaca exhortación de Jesús a Pedro, Santiago y Juan: «Velad y orad, para que no entréis en tentación»¹⁸². También aquí la indeterminación del sustantivo alude a una tentación no ordinaria, sino muy especial. Y el anterior contexto inmediato de Lucas sobre la predicción de las negaciones de Pedro¹⁸³, permite

determinarla: «Simón, Simón, Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo; pero yo he rogado por ti, para que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, apoya a tus hermanos»¹⁸⁴. ¡Sólo la oración de Jesús mantendrá firme la fe de Pedro, y—mediante él—la de los demás discípulos, en la dignidad mesiánica del Maestro¹⁸⁵, ante la prueba de la misma por parte de Satanás!

Aquella es, pues, una tentación muy especial: la tentación de apostasía de la fe en la dignidad mesiánica de Jesús y, por tanto, de la fe en Quien le envió¹⁸⁶. Para no caer en esa prueba definitiva o sucumbir a esa tentación mesiánica son exhortados luego los tres discípulos a velar y orar (cf. supra).

Análogo significado envuelve, con toda probabilidad, ese vocablo, en el contexto de la petición, que ruega al Padre «no caer en tentación». Se trata de una tentación especial (cf. supra). Y podemos determinarla. Pues el puesto central de la súplica por la venida del reinado del Padre, en ambas redacciones evangélicas¹⁸⁷, muestra que ésta se identifica, con toda probabilidad, con la apostasía de aquel reinado, con el rechazo del señorío del Padre sobre la vida de «los hijos del reino»¹⁸⁸.

Una apostasía que, al nivel de la redacción mateana, se realiza en la recusación a cumplir la voluntad del Padre, manifestada en «las

palabras» del Hijo¹⁸⁹. Por lo demás, esa apostasía del reinado de Dios, con la que se profana el nombre del Padre, implica la apostasía de la fe en la dignidad mesiánica de su Anunciador e Inaugurador. Así lo insinúa, por otra parte, el paralelismo entre la formulación literaria de esa petición y la exhortación getsemaniaca de Jesús a los discípulos (cf. supra). Quien rechaza al Padre rechaza al Hijo, y viceversa¹⁹⁰. Se trata, pues, de la tentación por excelencia. Tramada sin duda por el diabólico «enemigo del reino»¹⁹¹. Y el evangelista Mateo lo insinúa, con suficiente claridad, al añadir seguidamente la súplica por la liberación del «maligno» (cf. infra).

En aquella petición los discípulos de Jesús ruegan, por tanto, al Padre preservarles de sucumbir a la tentación genesiaca de «ser como dioses»¹⁹², de rechazar su señorío sobre la propia historia.

También le suplican preservarles de caer bajo el poder del «tentador» diabólico, cuando, con «la tribulación o persecución a causa de la Palabra», haya llegado para ellos «la hora de la prueba»¹⁹³, el momento de ser «cribados como trigo» por Satanás¹⁹⁴, la hora de creer a los pseudo-mesías y falsos profetas o permanecer fieles a su fe en Cristo¹⁹⁵... «hasta el fin»:

¡Sólo éstos se salvarán!¹⁹⁶.

Una «hora», por tanto, decisiva. No relegada, sin embargo, a un futuro lejano. Ni reservada para extraordinarias ocasiones. Al contrario. La hora del «tentador» puede sonar —¡de hecho suena!— en cualquier momento y circunstancia, en el quehacer diario: cuando, por ejemplo, se presenta la disyuntiva de servir a los ídolos de este mundo o al único Dios verdadero, ceder al egoísmo o amar al prójimo, practicar la «ley de talión» o no resistir al mal recibido, vengarse del ofensor o perdonarle, odiar al enemigo o rogar por él, rechazar la propia cruz o aceptarla,... hacer la voluntad propia o la del Padre. Entonces se puede apostatar de la fe cristiana o permanecer fiel «hasta el final». Para soslayar aquel peligro y conservar esa fidelidad, los discípulos deben «velar y orar»¹⁹⁷ insistentemente¹⁹⁸ al Padre que «no les deje caer en» la prueba suprema, en «la tentación» de renegar, con palabras o con hechos, que él es el único Dios, que su hijo Jesucristo es el único señor y salvador: ¡no permitas, Padre, que sucumbamos en esa hora a la tentación!; ¡danos entonces la victoria sobre el tentador!

.....
1. Cf. Sant 1, 13.

2. Gén 22, 1-18.

3. Mt 4, 1-10 par.

4 Lc 22, 46.

5. S. Cipriano introduce como texto la paráfrasis textual de Tertuliano (cf. supra).

6. 2 Re 24, 11 = Dan 1, 1-2.

7. Is 42, 24-25.
8. 1 Re 11, 23.
9. Job 1, 12.
10. Jn 19, 11.
11. Mt 26, 41.
12. Gal 5, 17.
13. Rom 8, 7.
14. Job 7, 1.
15. 1 Cor 10, 13.
16. Efe, 12.
17. Sal 23, 20; cf. Jdt 8, 26-27.
18. Hech 14, 22.
19. Prov 30, 9.
20. 1 Cor 3, 17; 6, 18-19.
21. Mt 6. 2.5.
22. XXIX. 9.
23. Sal 1. 2.
24. Cf. XXIX. 10.
25. XXIX. 9.
26. Job 7. 1.
27. Cant 2. 9-10.
28. XXIX. I I.
29. Mt 26. 41.
30. Prov 1, 17.
31. Sal 65, 11.
32. Cf. Rom 1, 24.
33. Cf. Rom 1, 26-27.
34. Cf. Rom 1, 28-32.
35. Job 40, 3.
36. Dt 8, 2-3.15-16.
37. Rom 8, 28.
38. Eclo 34, 9
39. Sant 1, 2
40. Sal 65, 10-12.
41. El capadocio explica, pues, esta petición junto con la siguiente: cf. infra.
42. Forma textual representada por san Cipriano (cf. supra), quien la tomó de la paráfrasis textual de Tertuliano (cf. supra).
43. Entre ellos: san Cipriano y san Ambrosio (cf. supra). Esa forma textual es, como reconoce san Agustín, una paráfrasis al texto evangélico, claramente formulada ya por Tertuliano (cf. supra).
44. Eclo 34, 10.
45. Gál 4, 13.
46. Dt 13, 8.
47. Jn 6, 6.
48. Eclo 27, 5.
49. Lc 22, 31.
50. Lc 22, 32.
51. 1 Cor 10, 13.

52. Job 7, 1.
53. Sant 1, 13.
54. Dt 13. 8.
55. Sant 1, 14-15.
56. Cf. Mt 12, 43-45 = Lc 11, 24-26.
57. 2 Pe 2, 21.
58. Forma textual de san Cipriano y san Ambrosio (cf. supra), diversa del texto de la petición (=inducas) usado por el Catecismo romano y de la que aquélla es ya una paráfrasis.
59. Mt 26, 41.
60. Mt 26,41.
61. 1 Cor 10, 13.
62. Cf. Heb 4, 13.
63. Dt 13 3.
64. Cf. Gén 22. 1-18.
65. Tob 12, 13.
66. Mt 4, 3: Tes 3. 5.
67. Sal 5, 6.
68. Sant 1, 13.
69. Cf. Lc 15. 1-14.
70. Ex 4, 21.
71. Is 6, 10.
72. Rom 1, 26-28.
73. Job 7, 1.
74. 1 Pe 5, 6.
75. 1 Pe 5, 4.
76. 2 Tim 2, 5.
77. Sant 1, 12.
78. Heb 4, 15.
79. Lc 11, 32.
80. Jn 16, 33.
81. Cf. Heb 11, 33; 1 Jn 2, 14.
82. Cf. Mt 26, 41; Sant 4, 7.
83. Sal 143, 1; cf. 17, 36, 1 Sam 2, 4.
84. Cf. 1 Cor 15, 57; Ap 12, 10-11; 17, 14; 21, 7.
85. Sant 1, 13-14.
86. Jn 6, 44.
87. 1 Cor 15, 10.
88. Ga 2, 20.
89. Mt 18, 7.
90. Gén 4, 8-9.
91. Mt 4, 3; 1 Cor 10, 13.
92. Mt 26, 41.
93. 1 Tim 6, 9.
94. Sal 11, 5.
95. Eclo 4, 16-18.
96. Dt 8, 2.16; Jdt 8, 21.
97. Sal 66, 10; Jdt 8, 26-27.

98. Tob 12, 14.
99. Eclo 2, 1.4.
100. Eclo 44, 20.
101. Job 7, 18-21.
102. Cf. Sab 3, 5-6; Tob 3, 21; 12, 13.
103. Sal 26, 2; 139, 23.
104. Sant 1, 12; 1 Pe 4, 12.
105. Sant 1, 2; 1 Pe 1. 6.
106. Heb 2, 13.
107. Heb 4, 15.
108. Ap 2, 10, 3, 10; Sant 1, 12.14.
109. 1 Tes 3, 3.
110. Mc 14, 38 par.
111. Mt 26, 41 par.
112. Berakôt 60b.
113. Gén 3, 1-7.
114. Cf. Ap 3, 10.
115. Mc 1, 13.
116. Mt 4, 3.
117. Mt 8, 29.
118. Lc 4, 13.
119. Lc 10, 8.
120. Mt 13, 25-39.
121. Lc 22, 53; cf. Mc 14, 41.
122. Lc 22, 3; Jn 13, 2.27.
123. Lc 22, 31.
124. Lc 22, 28.
125. Lc 22, 29.
126. No: «arrojado fuera»: Jn 12, 28, cf. Lc 10, 8
127. Jn 16, 11.
128. Ap 12, 7-12.
129. Mc 13, 9-13 par; Mt 10, 17-25; Jn 15, 18-16, 11; Ap 12, 13-16, 13.
130. 2 Tes 2, 8.
131. 2 Cor 2, 11.
132. 2 Cor 11, 12-15.
133. 1 Tes 2, 18.
134. 2 Cor 12, 7.
135. 2 Cor 11, 14.
136. Hech 20, 19.
137. 1 Cor 7, 5; Hech 5, 3; Gál 6, 1.
138. 1 Tes 3, 5.
139. 1 Tim 5, 15.
140. 1 Tim 3, 6.
141. Col 1, 13; cf. Ef. 6, 12; Gál 1, 4.
142. Ef 4, 27.
143. Mt 24, 12.
144. Heb 3, 8=Sal 95, 8.
145. Ap 3, 10.

146. Lc 8, 13.
 147. Rom 16, 20.
 148. 2 Pe 2, 9.
 149. Sant 1, 13.
 150. Sant 1, 12.
 151. Sant 1, 14.
 152. Mc 13, 30.
 153. Lc 22, 31.
 154. 1 Cor 10, 13.
 155. Mc 14, 38.
 156. Jn 17, 15.
 157. Cf. Sant 1, 13.
 158. Berakôt, 60b.
 159. Lc 18, 19=Mt 19, 17.
 160. Cf. Eclo 15, 11-20; Prov 19, 3.
 161. Eclo 15, 14; cf. Gén 2, 16-17; 3, 2-3.
 162. Eclo 15, 12-13.
 163. Eclo 15, 11.
 164. Sant 1, 13.
 165. Gén 22, 1-12; cf. Eclo 44, 20; 1 Mac 2, 52; Jdt 8, 26; Heb 11, 17.
 166. Cf. Jdt 8, 26-27.
 167. Dt 8, 2.16.
 168. Sal 66, 10-12.
 169. Cf. Eclo 4, 17; 2, 1.
 170. Cf. Sant 1, 2-3; 1 Pe 4, 12; 1 Tes 2, 4.
 171. Cf. Sant 1, 3-4; Rom 5, 3-5.
 172. 1 Cor 10, 13.
 173. Sant 1, 12.
 174. Cf. Mc 1, 13 par; Lc 22, 31; Hech 5, 3; 1 Tes 3, 5; 1 Cor 7, 5; Ap 2, 10.
 175. Mt 4, 3; 1 Tes 3, 5.
 176. Ap 12, 9.
 177. Tb Berakôt 60b; cf. también: Tb Sanhedrín, 107a. Otros textos judaicos en: J. Camignac, o. c., 272.
 178. Lc 22, 31.
 179. Lc 22, 40-46 par.
 180. La sintaxis semítica corrobora esta interpretación, pues el testimonio de textos veterotestamentarios, judaicos y neotestamentarios muestra que la negación ante un verbo causativo puede negar la causa o el efecto de la acción, y en muchos casos niega el efecto. La petición no suplica, por tanto, ser liberados de la tentación en cuanto tal, sino del efecto de la misma: caer en ella o sucumbir a ella.
 181. Cf. M. Zer-vick, Graecitas Bíblica, Roma 5, 1966, 179.
 182. Mt 26, 41=Lc 22. 40.46.
 183. Lc 22, 31-34.
 184. Lc 22, 31-32.
 185. En el evangelio de Lucas la fe (con la excepción de Lc 18, 8) se relaciona siempre con Jesús: cf. Lc 5, 20; 7, 6- 9.37-38.50; 8, 25.44-48; 17.5-6.15-19; 18, 41-42.

186. «El que a mí me rechaza, rechaza a quien me ha enviado»: Lc 10, 16;
cf. Mc 9, 37b=Mt 10, 40b; Jn 13, 20b.
187. Cf. supra. 28 s. 31 s.
188. Mt 13, 38a ¡Con ellos conviven «los hijos del maligno»! (Mt 13, 38b).
189. Cf. Mt 7, 21-27.
190. Cf. supra, n. 186.
191. Cf. Mt 13, 25.39: 12, 22-28=Lc 11, 14-22.
192. Gén 3, 5.
193. Cf. Mt 13, 20-21=Lc 8, 13.
194. Lc 22,31.
195. Cf. Mt 24, 3-12.23-24=Lc 21, 8-17.
196. Mt 24, 13=Lc 21, 19.
197. Mt 26, 41=Lc 22, 40.46.
198. Lc 18, 1.
-

Más líbranos del Maligno

I. SAN CIPRIANO

(Sobre la oración dominical, 27)

·CIPRIANO/PATER PATER/CIPRIANO

Después de todo esto, al fin del padrenuestro viene una cláusula que contiene en compendio todas nuestras peticiones y súplicas.

Al fin, pues, decimos: «mas líbranos del mal», con la que abarcamos todos los males, que maquina contra nosotros en este mundo el enemigo, contra los cuales podemos estar confiados y firmes si Dios nos libra, si nos concede su ayuda ante nuestros ruegos y súplicas. Cuando decimos, pues, «líbranos del mal» nada queda ya por pedir, puesto que de una vez pedimos la protección de Dios contra todo mal; y, obtenido ésta, estamos seguros y a cubierto frente a todo lo que puedan tramar el diablo y el mundo. ¿Quién, pues, puede tener miedo del mundo, si Dios le ampara en el mundo?

II. ORÍGENES

(Sobre la oración, XXX, 1-3)

·ORIGENES/PATER PATER/ORIGENES

Me parece que Lucas con la frase: «no nos pongas en tentación» virtualmente nos ha enseñado también la otra: «líbranos del mal». Y ciertamente al discípulo, como a más aventajado, es probable que el Señor le hubiera hablado en compendio; mientras que al pueblo, que necesitaba una doctrina clara, lo hiciera en forma más explícita. El Señor nos libra del mal no cuando el enemigo deja de presentarnos batalla valiéndose de sus mil artes, sino cuando vencemos, arrostrando valientemente las circunstancias. Así leemos: «Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas lo libra el Señor»¹. Porque Dios libra de las tribulaciones no cuando las hace desaparecer, ya que dice el apóstol: «en mil maneras somos atribulados»², como si nunca nos hubiéramos de ver libres de ellas, sino cuando por la ayuda de Dios no nos abatimos al sufrir tribulación; pues estar en tribulación, según la fórmula hebrea, significa un estado que sobreviene independientemente de la voluntad, mientras que el abatimiento se dice de quien cede espontáneamente ante la tribulación, dejándose vencer por ella. Y por esto dice bien san Pablo: «en mil maneras somos atribulados, pero no nos abatimos»³.

De esta manera es como se ha de entender que uno es librado del mal. A Job lo liberó Dios no en que Satanás no recibiera autorización para presentarle estas o aquellas tentaciones—pues

recibió efectivamente esta autorización—, sino porque en todas cuantas adversidades le sobrevinieron no pecó delante del Señor, antes se mostró justo. Pues quien había dicho: «¿Acaso teme Job a Dios en balde? ¿No has rodeado de un vallado protector a él, a su casa y a todo cuanto tiene? Has bendecido el trabajo de sus manos y ha crecido así su hacienda sobre la tierra. Pero anda, extiende tu mano y tócale en lo suyo, a ver si no te vuelve la espalda»⁴, se llenó de vergüenza, por haber dicho tantas falsedades contra Job; pues éste, a pesar de haber soportado tantos y tan grandes sufrimientos, no volvió la espalda a Dios, como decía su adversario, sino que perseveró bendiciendo a Dios, cuando estaba abandonado a la suerte del tentador. Y a su mujer que le decía: «¡Maldice al Señor y muérete!»⁵, llegó a increparla, reprendiéndola con estas palabras: «¡Has hablado como una mujer necia! ¿No recibimos de Dios los bienes? ¿Por qué no vamos a recibir también los males»⁶. Por segunda vez dijo el diablo sobre Job al Señor: «¡Piel por piel! Cuanto el hombre tiene lo dará gustoso por su vida. Anda, pues, extiende tu mano y tócale en su hueso y en su carne, a ver si no te vuelve la espalda»⁷. Pero, vencido por este atleta de la virtud, se puso al descubierto su mentira. Porque, herido de la manera más atroz, persistió en no ofender a Dios en nada con sus labios. Una vez sufridos los dos combates y saliendo en ambos victorioso, Job no tuvo que soportar un tercer combate de esta clase, pues convenía que esta triple lucha quedara reservada a Cristo y que nos la describieran los tres primeros evangelistas: en los tres combates venció al enemigo el Salvador en cuanto hombre⁸. Y después de haber examinado todo esto con diligencia y haberlo rumiado en nuestro interior para hacer consciente nuestra petición, haciéndonos dignos de que por haber escuchado a Dios él nos escuche debemos pedir que, si somos tentados, no perezamos ni seamos abrasados por los «encendidos dardos que nos lanza el maligno»⁹. Estos dardos prenden fuego en todos aquellos, cuyos «corazones—en expresión de un profeta—prestos estaban como un horno»¹⁰; en cambio no se inflaman los que, «con el escudo de la fe, hacen inútiles los encendidos dardos del maligno»¹¹, teniendo en sí mismo «ríos de agua, que saltan hasta la vida eterna»¹², que impiden el incremento del fuego del maligno, extinguiéndolo fácilmente con un diluvio de pensamientos divinos y saludables, que en el ánimo de quien procura ser espiritual se originan, al contemplar la verdad.

III. SAN CIRILO DE JERUSALÉN

(Cateq. XXIII, 18)

·CIRILO-DE-J/PATER PATER/CIRILO-DE-J

Si lo de: «no nos llesves a la tentación» significara no ser

tentados, de ningún modo diría: «mas líbranos del malo». El malo es nuestro adversario, el domonio, de quien pedimos ser libertados.

IV. SAN GREGORIO NISENO

(De oral. domin., V (PG 44, 1191 A- 1194A))

·GREGORIO-NISA/PATER PATER/GREGORIO-NISA

Con el fin de saber a quién oramos y no suplicarle con los labios sino con el espíritu en la petición: «no nos lleves a la tentación, sino líbranos del malo» es preciso no preterir su explicación. ¿Qué significan, hermanos, estas palabras? Me parece que el Señor designa «el malo» de muy diversas maneras, según la diversidad de las malas acciones: diablo, beelzebul, mammón, príncipe este mundo, homicida, malo, padre de la mentira, y otros semejantes.

Quizá uno de sus nombres es también: tentación, lo que se confirma por la yuxtaposición de las dos peticiones; tras afirmar: «no nos lleves a la tentación», añadió: «mas líbranos del malo», como si los dos nombres designasen una misma cosa. Pues si quien no entró en la tentación está fuera del malo, quien entró en la tentación está necesariamente dentro del malo. Por tanto, «el malo» y la tentación designan una misma cosa. ¿A qué nos exhorta, pues, la enseñanza de esta súplica? A separarnos de las cosas, miradas según este mundo, como en otra parte dice a los

discípulos: «todo el mundo está sometido al malo»¹³. Quien quiere estar fuera del malo, debe necesariamente separarse del mundo. Pues la tentación no alcanza al alma sino mediante el cebo de la preocupación por estas cosas mundanas. [...] Puesto que «el mundo está sometido al malo» y las ocasiones de la tentación surgen de las preocupaciones mundanas, quien realmente suplica «ser librado del malo» pide justamente ser alejado de las tentaciones. [...] Digamos, pues, también nosotros a Dios: «no nos lleves a la tentación»—es decir: a los malos de este mundo

—, «más líbranos del malo», que domina este mundo [...].

V. SAN AMBROSIO

(Los sacramentos, V 4, 29)

·AMBROSIO/PATER PATER/AMBROSIO

[Esta petición suplica] que cada uno «sea liberado del malo», es decir, del enemigo, del pecado.

VI. SAN JUAN CRISÓSTOMO

(Homilías sobre san Mateo, XIX, 6)

·JUAN-CRISO/PATER PATER/JUAN-CRISO

Llama aquí el Señor malo al diablo, mandándonos, por una parte, que le declaremos guerra sin cuartel, pero dándonos, por otra parte, a entender, que no es tal por naturaleza. La maldad, en efecto, no procede de la naturaleza, sino de la libre voluntad. Mas el diablo se llama malo por excelencia, a causa de su extremada maldad. Ningún agravio le hemos hecho nosotros y, sin embargo, nos hace una guerra implacable. Por eso no dijo el Señor: «líbranos de los malos», sino «líbranos del malo». Con ello nos enseña a no guardar resquemor contra nuestro prójimo, por el mal que de su parte sufrimos. Contra el diablo hemos de volver todo nuestro odio, como culpable que es de todos los males.

VII. SAN AGUSTÍN

(1. Serm. Mont., II, IX 35; 2. Serm. 57. 10; 3. Serm. 58, 11)
·AGUSTIN/PATER PATER/AGUSTIN

1) [...] Hemos de orar no solamente para que seamos preservados del mal que no tenemos, lo cual se pide en esta petición; sino también para que seamos librados de aquel mal en que hemos sido hundidos. Porque, conseguido esto, nada quedará que sea temible, ni en absoluto será temida tentación alguna. Lo cual, sin embargo, no podemos esperar que suceda en esta vida, mientras dura esta condición de morir, a que nos condujo la seducción de la serpiente; pero, no obstante, debemos esperar que llegará algún día; y ésta es la esperanza que no se ve, de la que, escribiendo el apóstol, dice: «pues no se dice que alguno tenga esperanza de aquello que ya ve»¹⁴ o posee. Pero, a pesar de eso, los fieles siervos de Dios no deben desesperar de obtener aquella sabiduría que se concede también en la vida presente. Consiste ésta en apartarse con cautísima diligencia de todo aquello que por revelación de Dios comprendemos que debe evitarse; y apetezcamos con ardentísima caridad todo aquello que por revelación de Dios entendemos que se ha de amar. Porque así, cuando la muerte despojase al hombre del restante peso de mortalidad, gozará perpetuamente y sin reserva de la felicidad perfecta que fue incoada en esta vida, en la que ahora se hacen esfuerzos para alcanzarla y poseerla en tiempo oportuno.

2) [...] «Líbranos del mal» puede perfectamente ir unido a la sentencia anterior, pues no viene a ser más que una adición. No nos dejes caer en la tentación; pero líbranos del mal. ¿De qué modo? Pues librándonos de mal, no nos deja caer en la tentación; y no dejándonos caer en la tentación, nos libra asimismo del mal.

3) [...] El que quiere ser librado del mal, ya confiesa que se encuentra en medio de él. Por eso dice el apóstol: «Redimamos el

tiempo, porque son malos días»¹⁵. Pero «¿quién es el que desea la vida, y ansía ver días buenos?»¹⁶. ¿Quién no ha de querer eso, sabiendo como sabemos que, mientras vivamos en esta carne, hemos de tener días malos? Pues haz lo que se te dice a

continuación: «Aparta tu lengua del mal y no pronuncien tus labios una mentira; apártate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela»¹⁷. Ahí tienes el remedio contra los días malos, pues de ese modo se cumple lo que has pedido al decir: «líbrame del mal».

VIII. SANTA TERESA DE JESÚS

(Camino de perfección, 42)

·TEREJ/PATER PATER/TEREJ

Paréceme tiene razón el buen Jesús de pedir esto para sí, porque ya vemos cuán cansado estaba de esta vida cuando dijo en la cena a sus apóstoles: «con deseo he deseado cenar con vosotros», que era la postrera cena de su vida. Por adonde se ve cuán cansado debía ya estar de vivir [...] ¿Qué fue toda su vida sino una continua muerte, siempre trayendo la que le habían de dar tan cruel delante de los ojos? Y esto era lo menos; ¡mas tantas ofensas como se hacían a su Padre, y tanta multitud de almas como se perdían! Pues si acá una que tenga caridad le es esto gran tormento, ¿qué sería en la caridad sin tasa ni medida de este Señor? Y qué gran razón tenía de suplicar al Padre que le librase ya de tantos males y trabajos, y le pusiese en descanso para siempre en su reino, pues era verdadero heredero de él. [...] El «amén» entiendo yo, que pues con él se acaban todas las cosas, que así lo suplico yo al Señor me libre de todo mal para siempre, pues no me desquito de lo que debo, que puede ser por ventura cada día me adeudo más. Y lo que no se puede sufrir, Señor, es no poder saber cierto que os ame, ni si son aceptos mis deseos delante de vos. ¡Oh Señor y Dios mío, libradme ya de todo mal, y sed servido de llevarme adonde están todos los bienes! ¿Qué esperan ya aquí a los que vos habéis dado algún conocimiento de

lo que es el mundo, y los que tienen viva fe de lo que Padre eterno les tiene guardado?

El pedir esto con deseo grande y toda determinación es un gran efecto para los contemplativos de que las mercedes que en la oración reciben son de Dios; así que, los que lo fueren, téngalo en mucho. El pedirlo yo no es por esta vía, digo que no se tome por esta vía, sino que, como he tan mal vivido, temo ya de más vivir, y cánsanme tantos trabajos. Los que participan de los regalos de Dios, no es mucho deseen estar adonde no los gocen a sorbos, y que no quieran estar en vida, que tantos embarazos hay para forzar de tanto bien y que deseen estar adonde no se les ponga el sol de justicia. Haráseles todo oscuro cuanto después acá ven,

y

de cómo viven me espanto. No debe ser con contento quien ha comenzado a gozar, y le han dado ya acá su reino, y no ha de vivir por su voluntad, sino por la del rey.

¡Oh, cuán otra vida debe ser ésta para no desear la muerte!
¡Cuán diferentemente se inclina nuestra voluntad a lo que es la voluntad de Dios! Ella quiere queramos la verdad, nosotros queremos mentira; quiere que queramos lo eterno, acá nos inclinamos a lo que se acaba; quiere queramos cosas grandes y subidas, acá amamos lo dudoso. ¿Qué es burla, hijas mías, sino suplicar a Dios nos libre de estos peligros para siempre, y nos saque ya de todo mal? Y aunque no sea nuestro deseo con perfección, esforcémonos a pedir la petición. ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos a poderoso? Mas, porque más acertamos, dejemos a su voluntad el dar, pues ya le tenemos dada la nuestra, y sea para siempre santificado su nombre en los cielos y en la tierra, y en mí siempre hecha su voluntad. Amén.

IX. CATECISMO ROMANO

PATER/CATECISMO-ROMANO

(IV, VIII, 1-12)

1. Sentido de esta petición

En esta última petición del padrenuestro resumió Jesucristo, en cierta manera, todas las anteriores. De ella se sirvió él mismo en la última cena para invocar de su Padre la salvación de todos los hombres: «te pido que los guardes del mal»¹⁸. Todo el espíritu y significado de la oración dominical está comprendido en esta última plegaria [...]. Si en la petición anterior pedíamos el poder evitar la culpa, en ésta pedimos ser librados de la pena. No es necesario insistir en el número y en la gravedad de los males, desgracias y adversidades que constantemente nos oprimen [...]. En tan difícil y peligrosa situación, el hombre siente la necesidad imperiosa de acercarse a Dios para que «le libre del mal». [...] Sólo Dios es el refugio instintivo del hombre que sufre [...]

ORA/ORDEN-TRASTORNADO: [Ahora bien], hay muchos que oran trastornando completamente el orden establecido por Cristo. Porque el mismo Señor, que nos manda «refugiarnos en él en el día de la desventura»¹⁹, nos ordena también pedir, antes que la liberación de nuestros males, la santificación del nombre divino, el advenimiento de su reino y el cumplimiento de su voluntad [...]: «Buscad primero el reino y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura»²⁰.

Quienes saben pedir como deben, subordinan a la gloria de Dios y al bien de su alma la misma liberación de los males terrenos. [...]. Aquí radica la diferencia esencial entre la oración cristiana y la de los paganos. También éstos piden a Dios que les

libre de sus enfermedades y males; pero ponen su principal esperanza en sí mismos, en las fuerzas de la naturaleza, de la medicina, de la magia y aun del demonio. Recurren a cualquier medio y se agarran a cualquier esperanza, con tal de conseguir el bienestar humano, supremo interés de su vida y plegarias. El cristiano, en cambio, en la enfermedad y en lo adverso busca su refugio fundamentalmente en Dios, a quien reconoce como autor de todo bien y único liberador del mal; cree además que toda la eficacia de los remedios humanos se deriva de él y debe siempre subordinarse a su divino querer y gloria [...]. Los hijos de Dios, más que en la medicina, creen en el Dios de su salud. La Sagrada Escritura reprende enérgicamente a aquellos que, fiados en las ciencias humanas y en sus inventos, se olvidan de invocar el auxilio divino. Los que creen y esperan en él, en cambio, deben abstenerse de todos los remedios que consta no han sido ordenados por Dios para la salud del hombre; especialmente si son sospechosos de magia o superstición: han de ser siempre rechazados, aunque nos constase que por ellos habíamos de conseguir la salud.

El cristiano debe poner toda su confianza en Dios. La Escritura nos ofrece numerosos ejemplos de su intervención en favor de quienes, llenos de esta confianza, buscaron en la oración el remedio de sus males [...]: «Clamaron los justos y Yahvé los oyó, y los libró de todas sus angustias»²².

2. Líbranos del mal

No pedimos aquí ser librados absolutamente de todos los males, porque hay cosas que a nosotros nos parecen malas, cuando en realidad son buenas. Recordemos aquel «aguijón» que tanto hacía sufrir a san Pablo, y que por revelación divina supo le había sido dado para acrisolar y perfeccionar su virtud con el auxilio divino²³. Si conociéramos el valor efficacísimo de muchos de nuestros dolores, no sólo pediríamos al Señor ser librados de ellos, sino que los estimaríamos y agradeceríamos como verdaderos regalos de Dios. Pedimos únicamente que el Señor aleje de nosotros todos y sólo aquellos males que no acarrear utilidad alguna a nuestra alma; dispuestos a soportar todos aquellos que puedan proporcionarnos algún fruto espiritual para la vida eterna. Este es, por consiguiente, el sentido de la petición: que, una vez liberados del pecado y de la tentación, lo seamos también de todos los males internos y externos: del agua y del fuego, del granizo y del rayo, de la carestía y de la guerra, de las enfermedades y de las pestes, de las cárceles y destierros, y de las traiciones, asechanzas y todos los demás males corporales y espirituales. Y entendemos por «mal» no sólo lo que como tal es tenido por el consentimiento unánime de los hombres, sino también las cosas comúnmente consideradas como buenas (riquezas, salud, honores, fuerzas, la misma vida), si en algún caso

determinado hubieran de redundar en daño de los intereses de nuestra alma. Pedimos también a Dios que nos libre de la muerte repentina; que no se extienda sobre nosotros su ira divina; que no incurramos en los castigos eternos, reservados para los impíos, ni seamos un día atormentados con el fuego del purgatorio. La iglesia y la liturgia interpretan esta petición de una manera general: «Te rogamos, Señor, que nos libres de todos los males pasados, presentes y futuros»²⁴.

[...] También y de manera especialísima hemos de considerar como mal al demonio, autor de la caída del hombre y de sus pecados, «el gran mal» de la humanidad, según testimonio de los padres²⁵. De él se sirve el Señor, como de ministro, para exigir a los pecadores el castigo de sus culpas²⁶. Llámase también «mal» al demonio porque sin haberle hecho nosotros daño alguno, mueve guerra perpetua contra nuestras almas y nos persigue obstinadamente con un odio mortal. Cierto que no puede dañarnos, si estamos defendidos por la fe y la inocencia; pero jamás cesa de tentarnos con males externos y por cuantos medios tiene a su disposición. Por esto, y en este sentido, pedimos a Dios que nos libre del mal.

Y nótese que decimos «del mal» y no «de los males», porque todos los males que nos vienen del prójimo tienen como último autor e instigador a Satanás. Por consiguiente, no hemos de irritarnos contra nuestros hermanos, sino contra el demonio quien impele a los hombres a ofender a los demás. Y cuando suplicamos «más líbranos del mal», no sólo pedimos directamente por nosotros, sino también para que Dios arranque de las manos de Satanás a todos nuestros prójimos [...].

X. D. BONHOEFFER

(O.c., 179)

·BONHOEFFER/PATER PATER/BONHOEFFER

Por último, los discípulos deben rezar, para ser liberados de este mundo malo y heredar el reino celeste. Es la oración por un final feliz, por la salvación de la iglesia en los últimos tiempos de este mundo.

XI. R. GUARDINI

(O. c., 437-453)

·GUARDINI/PATER PATER/GUARDINI

1. El sufrimiento del mundo

«Líbranos del mal», dice la última petición del padrenuestro en la versión usual entre nosotros. Pero aquí se simplifica el sentido original; quizá se debe decir, incluso, que lo superficializa. Viene

del texto latino: libera nos a malo; pero pierde la doble significación de esta palabra; pues malum es la traducción del griego ponerós; y éste significa: lo desgraciado, lo enfermo, lo débil; pero también: lo malo y, aun quizá, el malo. Nosotros, sin embargo, nos vamos a atener ante todo a nuestra versión usual, oyendo en la petición la voz del hombre que pide auxilio a Dios en el sufrimiento de la vida.

Todo el mundo sabe lo que es ese «mal», los «males», qué variadas son sus formas y qué grande su menesterosidad; y esto se aprende más a fondo cuanto más se avanza en la vida. Cada vez se percibe con más exactitud cuánta enfermedad y dolor hay; qué intocables son los cuidados y estrecheces de la vida, de la vida propia y de la de aquellos a quienes se ama; qué grande puede llegar a ser la angustia en la inseguridad de la existencia.

Se experimenta la miseria de no ver qué habría de hacer, y la miseria tal vez mayor de no poder hacer lo que se debería hacer. Se conocen las dificultades que surgen entre persona y persona, cuando los que están unidos no se comprenden ya y se ofenden mutuamente, cuando se pierde a alguien a quien se quería. Se llega a saber lo que es el sufrimiento por el honor injuriado, por la injusticia y la mentira; y como si no fuera bastante, los últimos decenios han traído todos esos terrores y desesperaciones que vienen de las fuerzas desencadenadas de la historia, de la violencia de las ideologías, del odio y del afán de destrucción: guerra, trastorno, dominio de la violencia...

¿Cómo, entonces, se arregla el hombre con todo eso (si es que realmente se las arregla) y no sucumbe? De esto habría mucho que decir. En algún sentido tiene cada cual su manera propia, pues es la manera como está hecho y como lleva su vida. Pero quizá se pueden extraer algunas formas que siempre se repiten, según el hombre trata de poner una rima al temible verso del mal en el mundo.

MAL/ORIGEN-TERMINO: La manera de ver más difundida es la que dice: a la larga, no debe haber males en el mundo, pues proceden de la inconsecuencia e inexperiencia del hombre. Una vez que el hombre haya avanzado bastante en el conocimiento de las causas y en el uso de las fuerzas naturales; una vez que haya aprendido cómo debe organizarse racionalmente la producción, y cómo deben distribuirse los bienes, y cómo debe estructurarse adecuadamente la ordenación social de la realidad; una vez que haya llegado un día a edificar un Estado que no sea carga, sino bienestar, entonces ya no habrá mal. Tal es el resultado. El hombre puede librarse él mismo del mal, solamente él mismo. Debe dejar a un lado toda mirada de soslayo hacia la ayuda

divina, poniéndose completamente en sí mismo.

Debe trabajar, investigar, planear, edificar incansablemente, y entonces lo logrará. Es la convicción del progreso universal e incondicionado que hoy atraviesa el mundo más que nunca.

Incluso Asia, que habíamos considerado como custodia de una sabiduría más honda, parece sucumbir cada día más de prisa a esta idea.

¿Con razón? Es seguro que se puede hacer mucho, y cada vez más, para vencer las estrecheces de la vida. Es también seguro que el hombre ha de tomar en serio esta tarea y debe esforzarse. Pero ¿es cierto que en el fondo no tendría que haber mal? ¿Es verdad que se basa en causas, que pueden superarse paso a paso, hasta que desaparezcan por fin del todo? ¡Eso no es verdad! Quien así dice no conoce a los hombres, pues en los más íntimo de ellos hay un desorden, una confusión de tendencias y medidas que influyen en todo lo que hacemos y que continuamente crea nuevas dificultades. Esta confusión no es posible dominarla por motivos radicales. En ella sigue actuando la culpa original a través de la historia; y cuando un hombre ha puesto su vida medio en orden, su hijo tiene entonces que volver a empezar por el principio.

Una segunda teoría viene del lado opuesto y dice: lo malo forma parte de la existencia, como la sombra forma parte de la luz.

Cuando el sol ilumina las cosas es necesario que forme las sombras en sus lados más alejados. Si ha de haber día, como tiempo de la luz, entonces debe seguirle la noche. Por eso, no es posible el gozo, si no lo contrasta su contrario, el dolor. El barco necesita el lastre que, aunque le hace pesado, también le da firmeza y dirección. Lo mismo ocurre con la vida. El sufrimiento es peso y opresión; pero también hace que nuestra vida permanezca en

equilibrio y conserve su dirección. Y más aún: una vida que estuviera en orden y sólo conociera la paz, la fecundidad, el gozo, debería hacerse pequeña y aburrida. Lo noble no puede sino ser trágico; la lucha, el dolor, la ruina, son la fuerza amarga que lo sostiene...

Esto suena de modo impresionante y tiene algo de verdad. Pero aludamos a una experiencia, que pueda volvernos a la realidad: cuando se encuentra gente que habla así, por lo regular se tiene la sensación de que con lo trágico se refieren a los demás, y que en cambio se consideran a sí mismos como los entendidos que comprenden y valoran. Cuando lo duro les hiere a ellos mismos, entonces se cambia el tono. Prescindiendo de esto, en tal modo de ver hay también una gran frialdad de corazón. Quién sabe realmente lo que es sufrimiento, no organiza con él ninguna teoría de grandeza trágico-estética... Por fin [...], el modo como hiere el dolor al hombre, que, pese a todo, es persona y tiene dignidad y honor, ese dolor, sobre todo, que significa tormento, rebajamiento, destrucción, no entra en absoluto en ninguna teoría.

Disolverlo en teoría es un crimen.

Todavía hay un tercer modo de ver y por cierto el más extendido, que dice: la vida es como es. En ella hay cosas buenas

y cosas malas: hoy le va bien a uno, mañana le va mal. Hay que tomarlo todo como viene. Si hay algo duro que se pueda cambiar, se cambia; si no, se las arregla uno con ello...

Esto suena banal, pero también puede ser auténtica sabiduría: ese acomodo procedente de la experiencia, continuamente repetida, de que todo intento de cambiar, en el fondo, no sirve para nada, pues la realidad es más tenaz que nuestras fuerzas. Las reformas han servido hasta cierto punto; más allá todo sigue como estaba. Toda mejora en un lado, queda compensada por un empeoramiento en el otro; si se gana aquí un valor, se pierde allí

otro. De tales experiencias puede surgir incluso algo muy hermoso: esto es, el humor. Este ha dejado a un lado las ilusiones y ve las cosas como son: lo bueno como bueno, lo malo como malo, y además la insuficiencia por todas partes; pero puede sonreír sobre ello, porque en el fondo ama la existencia. Tal modo de ver no es muy heroico, pero tiene mucho a su favor. Quizá entre los modos meramente humanos de tomar la vida, sigue siendo el más próximo a la realidad.

¿Cómo piensa Jesús sobre el mal? Lo ha conocido exactamente pues su corazón ha sentido el sufrimiento de los hombres, su pobreza, su enfermedad y abandono, la opresión por los poderosos, la oscuridad del pecado y del error. Lo ha conocido también por experiencia propia. No tenemos más que hojear el evangelio, para ver cómo fue su vida. Apenas había nacido y ya tuvo que huir a países extraños. Aun cuando no se pueda hablar de auténtica pobreza, los suyos, ciertamente, no estaban bien dotados. Sobre él mismo dijo aquellas duras palabras: «Los zorros tienen madrigueras y los pájaros del cielo tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza»²⁷. Tan pronto como empieza a predicar, ya están ahí sus enemigos y actúan contra él. Su palabra es mal entendida y deformada. Calumnias de toda especie deforman sus intenciones. En torno de él hay terrible soledad, pues incluso entre aquellos que le apoyan, ninguno le entiende durante su vida. En definitiva, todo eso se reúne en la mentira de la acusación, en la ignominia del juicio injusto, en los espantos de las últimas horas. Pero tras ello hay un sufrimiento de que no tenemos idea: que él, el santo, tuviera que vivir en el ámbito del pecado; que lo hubiera asumido sobre sí y tuviera entonces que responder de él; algo que rebasa nuestro pensamiento y que se indica en sus palabras en Getsemani y en el Gólgota. Por eso la cruz es el símbolo de su existencia. No el único, ciertamente; también le corresponde el sol de la mañana de pascua; pero antes que nada está la cruz. Esto es, ha sabido por su más propia experiencia cómo es el mal, pero interiormente era tan libre, que no se sometía a él. Y teniendo tal modo de conocer, que nada le podía equivocar en su juicio ¿cómo ha pensado sobre él? ¿Ha creído que se pudiera evitar? Habría razón para recordar cómo socorrió a tantos. Alimentó a hambrientos, consoló

oprimidos, bendijo a niños. Innumerables enfermos acudieron a él²⁸, y ¡que significa eso con la situación de la medicina de entonces!; él atendió al dolor y lo curó... Pero ¿era un socorro y una curación de la misma índole que los que ejerce el reformador social? Evidentemente, no. El no curó con miras al objetivo, por más lejano que fuera, de que la enfermedad quedara superada un día, sino para que en la curación del cuerpo se le hiciera evidente al hombre lo que es en absoluto «curación» y «salvación». El alma debía abrirse a lo que cura y salva de modo definitivo, y eso ya no es nada médico. Asimismo, el dar de comer a muchos en el desierto no fue con la intención de que allí, en ningún otro lugar y, en definitiva, en todas partes, dejara de haber hambre, sino que él quería provocar el hambre auténtica, tal como había dicho ya muy pronto: «Trabajad no por el alimento corruptible, sino por el alimento que os dará el Hijo del hombre»²⁹. Es decir, Jesús ve lo que está mal y apoya lo que puede socorrer; pero ¿y en última instancia? ¿qué hay para él al final de la larga historia humana? El optimismo ve ahí la situación ideal: el «estado futuro» del bienestar general, o bien, «hombres iguales a dioses». ¿Y Jesús? Lean ustedes sus discursos sobre el fin de los tiempos³⁰: allí se presentan los grandes terrores, y quien sabe algo del hombre auténtico y de la historia auténtica, presente, a pesar de toda voluntad de adelanto y de toda energía de producción y logro: así ha de ser.

J/PESIMISTA-REALISTA: Entonces, ¿era un pesimista Jesús? ¿Abandonó la vida a la ruina y la falta de sentido? ¿o vio el sufrimiento como condición de una grandeza trágica? Lo primero es enfermedad y lo segundo es esteticismo. Ni fue un cansado, que se acobarda de la vida, ni un iluso, para quien el sufrimiento es un medio de iluminar la vida con grandiosidad. Y, por lo que toca a la tercera opinión, es decir, la aceptación de la vida tal como es, en todo caso, ha dicho cosas que parecen ir en ese sentido; por ejemplo ha dicho: «a los pobres los tendréis siempre con vosotros»³¹; su comparación de los reyes enemigos³² toma la guerra como un hecho inherente a la existencia; y otras así. Utopías no sostuvo Jesús; sabía demasiado bien para eso «lo que hay en el hombre»³³.

Pero el hecho de que haya que ver la vida como es, él no lo convirtió en ninguna filosofía de encogerse de hombros, ni en un escéptico utilitarismo vital, sino que nos enseña que hemos de comprender de dónde viene el sufrimiento, y aceptarlo con docilidad y confianza: «Si alguno quiere venir tras de mí, que se cargue su cruz y me siga»³⁴; con eso se hará salvación para él mismo y para todos.

Entonces, una vez más, ¿cómo entiende Jesús el sufrimiento de la vida? No por la vida misma. Los modos, aparentemente tan diversos, como se interpreta la vida, tienen algo común: la interpretan según la naturaleza de la existencia terrenal. Pero esto

no es posible. El sufrimiento del animal puede entenderse por su inmediata estructura vital; el del hombre, no, sino que detrás de él hay una historia: la que cuenta los primeros capítulos del Génesis. El hombre no iba a existir por meras condiciones de naturaleza y cultura, sino por el amor, por la obediencia, por la confianza hacia Dios. Así había de estar sano y salvo. Pero rompió ese enlace y el trastorno caló hasta los más íntimo de él. Esto ya no se puede hacer reversible. En ese sentido, la existencia es incurable. Eso suena duro, y todo utopista pondrá el grito en el cielo; pero es verdad. El trastorno está en el núcleo del hombre; por eso no puede menos de ocurrir sino que vuelva a irrumpir constantemente en desorden y sufrimiento. Todo hombre ha de luchar con él. Pero si logra dominarle de algún modo, su hijo se encuentra otra vez ante la misma tarea. Por eso dice: debes entender el sufrimiento por su raíz. Ciertamente debes luchar porque las cosas mejoren, e incluso has de ver en esto un deber y una responsabilidad. Pero en definitiva debes aceptar lo que el hombre ha traído sobre sí mismo por su culpa; debes trabajarlo, viviendo para hacer ello un medio de purificación.

La respuesta a la menesterosidad de la existencia no la da ningún científico, ningún filósofo ni ningún reformador social, sino sólo la palabra Dios. Pero ésta la entendemos en la medida en que la vivimos, y sólo por entero en la luz eterna. Hasta entonces hemos de aguantar en la perplejidad de esta vida. Ciertamente, trabajar; ciertamente, luchar, ciertamente, esforzarnos todos los días: pero sabiendo en lo más hondo que no hay ninguna reforma universal, sino que el sufrimiento ha de entenderse desde su raíz y ha de sobrellevarse como una expiación y purificación: confiando en aquél, que un día pondrá en orden todas las cosas.

De ahí procede lo que no puede proceder de ningún otro punto: la paz. Sólo puede provenir de un acuerdo con la verdad. Jamás de reformas y revoluciones, pues el hombre con el hombre no está en buenas manos; porque quien le toma en sus manos está tan escasamente en orden, como aquél al que quiere socorrer. Debemos guiar nuestra vida por la fe en la palabra de Dios, y con miras a la esperanza de que un día él la pondrá eternamente en orden.

2. Los males y lo malo

Para entender la última petición del «padrenuestro» debemos tener en cuenta los dos sentidos de «líbranos del mal»: los males, en cuanto proceden del mal, de la maldad; lo malo, la maldad, en cuanto es la raíz de todo lo que causa sufrimiento.

[...] Imaginémonos que alguien pudiera lograr que desapareciera el mal: digamos, por ejemplo, la pereza. Los hombres harían su trabajo de manera activa y consciente. Y ello no por afán de ganancia, sino por interés de las cosas mismas. Por tanto, lo que ganaran no lo gastarían tampoco en avaricia ni en disipación, sino

como es debido: al servicio de la vida y en la medida adecuada. ¿No se evitaría con eso un sinfín de males? Evidentemente ya no habría más privaciones, [...] desaparecería también todo lo que va unido a la privación—la coerción del trabajo, así como la desesperación de no poder trabajar—, el efecto desmoralizador de las privaciones, muchos delitos, muchos crímenes, y así sucesivamente.

[...] Sigamos imaginando, que se lograra el que no haya más odio ni más aversión ni más desamor. [...] Si se pudiera hacer que los hombres se encontraran entre sí con justicia y buena intención, entonces cambiarían por completo las relaciones mutuas humanas. Ya no habría malentendidos, envidia, celos, calumnia, discordia, cólera; y con ello nada de sus incalculables consecuencias en daño, molestia, destrucción, deshonor. Imaginémonos que un espíritu bienhechor hiciese desaparecer también el afán de poderío, que se disfraza de prudencia política, de preocupación por el pueblo, de necesidad de la situación histórica, de exigencia de la cultura, mientras que en realidad importa sólo el poder, tener influjo, disfrutar honores, ejercer dominio, sentir la emoción de oprimir a otros, porque entonces el propio yo parece elevarse más. Si eso ocurriera, entonces se transformaría el rostro de la tierra. Cada cual concedería al prójimo su derecho a la libertad y al desarrollo propio; las familias se respetarían mutuamente; las iniciativas irían de acuerdo, los pueblos se honrarían mutuamente, edificando juntos la obra de la humanidad... [...].

Si se pudiera disolver la tendencia a la rebelión y el gusto por atacar el orden, entonces la ley prevalecería y todas las fuerzas se aplicarían a una realización positiva. En cuanto a las pasiones, si se pudiera, no ya suprimirlas, pues son la reserva de energía del hombre, sino ponerlas en su medida, dando vigencia en ellas al corazón y sus haberes, ¡cuánto sufrimiento y destrucción se ahorrarían al hombre! Y así sucesivamente, a través de todo al mundo de esta vida.

¿Quedada entonces mucho de los males de la existencia?

Pues incluso lo que no se podría evitar, por ejemplo, que hubiera catástrofes naturales, o que uno se pusiera enfermo sin culpa propia ni ajena, o que ocurriera algo semejante, también eso adquiriría otro carácter. Una enfermedad actúa de otro modo en una persona muy débil que en alguien con capacidad de superación; así como la misma pérdida significa algo muy diverso cuando hiere a un carácter muy derrumbado, que a otro sólido y que confíe en la guía de Dios.

También debemos añadir a todo esto [...] en qué profunda medida el hombre enferma y se cura por parte del alma. Pues el alma no vive sólo en el cuerpo, como un hombre en su casa, sino que lo edifica, o bien lo destruye, constantemente. En efecto, lo que llamamos «cuerpo» está traspasado de alma así como lo que

llamamos «alma», por su parte, está hecha cuerpo. Por tanto, todo lo malo—actual o pasado, hecho abiertamente o deseado ocultamente—influye en la physis, en la naturaleza, haciéndola incapaz o enferma. El hombre es un conjunto vivo; toda acción da lugar a tendencias o inhibiciones, coopera en la formación de propensiones y determina así lo que ha de ocurrir en lo venidero. De tales consideraciones se desprende ante nosotros una verdad que parece completamente insensata al hombre de la edad moderna: la idea de san Pablo de que sólo «por el pecado la muerte» llegó a la soberanía³⁵, tanto la muerte en sí misma como el poder de la muerte, esto es, toda la oscuridad y el error y el rebajamiento que la acompañan [...].

Si lo tomamos junto todo esto, se nos hace evidente qué estrecha es la conexión entre los males y la maldad. Algo más se hace claro: que la maldad es absolutamente la raíz de los males. Por eso, cuando el «padrenuestro» ruega que Dios nos libre del mal, eso significa que nos libere de la maldad.

Pero ¿qué puede significar eso? ¿podemos ser rescatados del mal, si las cosas están como están? ¿no es irreparable el mundo, en el fondo, como saben todas las personas de sensibilidad más honda y mirada más clara? Y, por tanto, ¿no es también indesarraigable el mal? ¿no hay peligro de ir a parar por ese camino a la utopía?

La revelación nos dice que la redención se ha cumplido realmente y está en nuestra existencia. Cristo advierte: «Tened valor: yo he vencido al mundo»³⁶. ¿Qué significa eso? «Mundo» es una de las palabras-clave de San Juan, y por lo regular no significa la creación en cuanto tal, sino la realidad de la creación tal como la ha tomado en su mano y la ha interpretado ese hombre, que se ha puesto en contradicción con Dios, incorporando a la creación en esa contradicción. Así ha surgido un conjunto de cosas, acciones e intenciones, que es ese «reino» del mal del que ya se habló. Y como, en definitiva, desde la primera tentación, es Satán el que está tras la mal conducta del hombre, ese reino es el «reino del príncipe de ese mundo»³⁷. Eso es lo que Cristo «ha vencido».

Ha entrado en la existencia terrenal y ha tomado nuestra vida sobre sí, tal como es. Pero en él una cosa era diversa que en nosotros: en él no había nada malo [...]. El era bueno desde su raíz; no quiso ni pensó ni hizo más que el bien. También tomó sobre sí el sufrimiento que procedía de la maldad de los hombres. De ahí surgió una existencia que constituye un gran misterio: por un lado, una capacidad infinita para amar, para comprender, para soportar, para esperar la fuerza propia de Dios hecha hombre; por otro lado, una vulnerabilidad igualmente infinita, que trasciende más allá de todo lo que podemos percibir. Pues nosotros estamos embotados, y somos astutos; hemos desarrollado múltiples técnicas para escaparnos a la situación del mundo o para escapar

a él con la menor participación posible. Jesús tenía vida total, abierta y generosa; por eso la condición del mundo se agolpó contra él, y él no la esquivó. [...] Porque [...] ésa fue su acción: dar lugar contra sí mismo a aquella desesperada enemistad contra Dios. Eso fue la redención: redención del mal mediante la expiación de la culpa. Para entender esto, claro está, hemos de pensarlo en la fe, con el pensamiento de Dios, no con el humano.

Ante la eterna justicia pesaba sobre el hombre la culpa de su rebelión; la obediencia del santo la expió. De ese modo colocó al hombre culpable en un nuevo comienzo, en una nueva inocencia: en la suya. El hombre vuelve a estar justificado ante Dios, al penetrar con fe en la unidad con Cristo.

Partiendo de esa unidad puede el hombre emprender la lucha contra el mal concreto. Con ella puede llegar a donde no alcanza su propia fuerza. De esta conciencia surgen palabras de tal osadía como éstas: «Todo lo puedo en aquél que me fortalece»³⁸. Con tal fe y confianza —así como, por supuesto, con toda la seriedad de la voluntad propia— se realiza la redención del mal en nosotros.

Eso no ha de entenderse de modo fantástico. Sigue en pie lo que hemos reconocido sobre la confusión de nuestro interior, sobre nuestra tendencia al mal, sobre toda la desgraciada herencia de milenios. Pero hay un comienzo desde Cristo, que es nuevo. [...] Está ahí, real y operante en la medida en que nos atrevemos a actuar con referencia a él. Entonces crece en nosotros el «hombre nuevo» [...]: cubierto por el viejo, constantemente obstaculizado y llevado al fracaso, pero auténtico, orientado hacia la esperanza de que un día llegará a su plenitud y su manifestación³⁹.

Pero ¿qué pasa con el mal, con la privación y el sufrimiento? El trastorno de los órdenes, de que se hablaba, es realidad y no se puede anular. La redención no es ninguna leyenda; por eso no ha suprimido el mal, ni tampoco promete que en el porvenir vaya a suprimirse alguna vez, y sigue siendo tarea del hombre trabajar en ello. Sin embargo, algo ha ocurrido. La privación y el sufrimiento han recibido otro carácter por la redención: han quedado asumidos en el sufrimiento de Cristo y en éste se convierten en expiación por la culpa del mundo, así como se convierten para quien los comprende, en purificación y «crecimiento en el hombre interior». Pero más allá de ello, el que cree en ese acuerdo con el Señor, encuentra impulso, base y fuerza también para su trabajo en el mundo, y se le hacen posibles muchas cosas que no lo serían para la mera fuerza propia del hombre.

CSO/MUNDO: Aquí debemos darnos cuenta con claridad de algo que es esencial para la comprensión de nuestra tarea como creyentes. El hombre ha alcanzado hoy día un poder sobre el mundo que puede asustar, porque no se ve si también siente la responsabilidad que ello implica, ni si tiene las condiciones morales

para estar a su altura. El cristiano debe conocer hasta qué punto está aquí llamado. No basta que vea el mundo como el lugar donde se ha de «guardar del pecado» y «cumplir su deber», sino que debe asumirlo en su responsabilidad y hacerlo suyo, para que todo vaya como debe ir. Es una tarea difícil, y muchas veces puede sentir la impresión de que no tiene sentido. Pero es el servicio que debe a su Señor; y el esfuerzo de tal servicio es expiación por la infidelidad de aquél, a quien se le puso el mundo en las manos por primera vez.

XII. H. VAN DEN BUSSCHE

(O. c., 149-152)

PATER/BUSSCHE-VAN

Ahora comprendemos mejor el detalle introducido por Mateo. A primera vista podríamos traducirlo también: «mas líbranos del mal». Los textos: «El Señor me libraré de toda acción mala»⁴⁰ y «Acordaos, Señor, de vuestra iglesia para librarla de todo mal»⁴¹, parecen confirmar esta traducción. Además, el antiguo testamento habla de una salud o de una liberación del mal (a veces en sentido físico) o de los malos, pero no del malvado. Desde san Agustín, la iglesia latina ha aceptado comúnmente el sentido neutro (el mal), mientras que los padres griegos han interpretado ponêrou en un sentido personal. Tertuliano y Cipriano traducen también: «del malvado».

La traducción «del mal» es difícilmente aceptable. Es chocante que cuando el nuevo testamento habla «del mal», añade casi siempre el adjetivo «todo»⁴², o pone en evidencia la oposición entre el bien y el mal⁴³, o precisa que se trata de hacer mal o de hablar mal⁴⁴. Además, la conjunción «mas» no tendría aquí sentido alguno: el que no cae en la tentación, ya es preservado del mal. La fórmula «líbranos del mal» daría a la petición un matiz moralizador, que no respondería a la situación escatológica de la petición anterior. La tentación no era presentada como un aliciente al pecado, sino como una seducción de Satán, que arrastra a la defección. La conjunción «mas» sugiere un clima: «no nos pongas en la situación de tentación y líbranos incluso del poder del seductor».

Este es precisamente el valor del verbo «librar de». Sugiere la idea de quitar a alguien de la esfera de influencia de otro. El prefijo apo (y no: ek) indica que uno es salvado antes de que el peligro sea real, que el sujeto es librado antes de que el poder del enemigo se manifieste, que es preservado del dominio de su contrario. El verbo «librar de» nos hace pensar espontáneamente en las garras de un animal peligroso: ¡presérvanos de las garras del diablo, nuestro «enemigo... que, como león rugiente merodea, buscando a quien devorar»!⁴⁵; Líbranos de la «boca del león»!⁴⁶

[...] Es verdad que en el nuevo testamento a Satanás no se le llama con frecuencia «el malvado». Pero es muy curioso que (fuera de Ef 6, 16) solamente aparece en Mt, en Jn y en 1Jn. Mateo dice: «Entonces llega el malvado»⁴⁷, [...] opone «los hijos del reino» a «los hijos del malvado»⁴⁸, y subraya que toda afirmación superflua viene «del malvado»⁴⁹. San Mateo, por tanto, termina el padrenuestro con una petición insistente, para que Dios nos libre del poder del malvado, que es «el enemigo», el peligroso adversario de Dios⁵⁰ y del cristiano⁵¹. Esta petición para ser liberados de las garras de Satanás nos remite inmediatamente a la petición referente a la venida del reino, porque cuando el reino esté plenamente establecido, desaparecerá Satanás y sus amenazas. De este modo la terminación de esta oración se convierte en la ocasión de un «padrenuestro» renovado, como el temor del demonio arroja al fiel en los brazos del Padre.

XIII. S. SABUGAL

(Cf. Abbá.... 192-94)

PATER/SABUGAL-S

Esta última petición es exclusiva del evangelista Mateo⁵². Completa, por otra parte, la súplica anterior. Pues el modo más seguro de no caer en la prueba suprema o «tentación» escatológica de apostasía de la fe en el reinado del Padre y en la dignidad mesiánica o señorío del Hijo (cf. supra) es ser liberados del «tentador», del «maligno». Este significado envuelve, sin duda, en el contexto de esta petición el vocablo griego *ho ponerós*. Así lo refleja ya la misma petición, del todo superflua, si aquel vocablo designase simplemente «el mal»: la liberación de éste, ¿no está implícita en la preservación de caer en la prueba? La nueva petición sugiere, por tanto, que en ella se suplica por algo nuevo. Es lo que precisa el evangelista mediante la contraposición ente la anterior y esta petición: «pero líbranos...». Una liberación por lo demás, no de algo⁵³, por ejemplo de «la ausencia de amor»⁵⁴, sino más bien de alguien⁵⁵: «del maligno»⁵⁶, del personal «enemigo del reino»⁵⁷, siempre dispuesto a arrebatarnos «la semilla» de la palabra⁵⁸ y sembrar «cizaña» en «el campo» del mundo⁵⁹. Su acción diabólica, es, pues, constante. Y los discípulos de Jesús son conscientes de ello. Saben perfectamente que, junto al trigo de «los hijos del reino», crece en el mundo la cizaña de «los hijos del maligno»⁶⁰. Por eso, a la súplica de no caer en la tentación, añaden otra, más apremiante y necesaria: «¡danos la victoria sobre el tentador, líbranos de su poder seductor, líbranos del maligno!».

Naturalmente esta petición final sólo puede ser formulada seriamente por quienes creen que «el maligno» diabólico y

personal «enemigo del Reino» existe, acechando constantemente la fe de los discípulos en un tenso esfuerzo por hacerlos dudar de la bondad del Padre y profanar así su santo Nombre, por rechazar su Reinado al rehusar hacer su voluntad. Una tentación, por lo demás, solapada bajo la apariencia del bien: ¡Tenta con propuestas aparentemente buenas el «astuto» tentado!⁶¹. De ahí que la suya sea siempre una tentación seductora. Para resistirla victoriosamente y alejar a su diabólico autor, los discípulos deben recurrir ciertamente—como lo hizo Jesús—a la palabra de Dios⁶², esencialmente exorcizante, por contener su Espíritu⁶³; también tienen que «vigilar y orar»⁶⁴ insistentemente al Padre con la petición: «¡Líbranos del maligno!».

-
1. Sal 33, 20.
 2. 2Cor 4, 8.
 3. 2 Cor 4, 8.
 4. Job 1, 9-11.
 5. Job 2, 9.
 6. Job 2, 10.
 7. Job 2, 4-5.
 8. Mt 4, 1-11 = Lc 4, 1-13.
 9. Ef 6, 16.
 10. Os 7, 6.
 11. Ef 6, 16.
 12. Jn 4, 14.
 13. 1 Jn 5, 19.
 14. Rom 8, 24.
 15. Ef 5, 16.
 16. Sal 33, 13.
 17. Sal 33, 14-15.
 18. Jn 17, 15.
 19. Sal 49, 15.
 20. Mt 6, 33.
 21. Cf Gn 15. 2-6: 17, 17-22; 22, 8.11-13; 24, 12- 27; 32. 10-13.27-30; 33, 8.11: 39, 7-26: 1 Sam 17, 37.45-51. etc.
 22. Sal 33, 18.
 23. 2 Cor 12, 7-10.
 24. Oración «Líbranos Señor>>, rezada después del «padrenuestro» en el «canon» de la misa.
 25. Así san Juan Crisóstomo (cf. supra).
 26. Cf. Am 3, 5; Is 45, 7.
 27. Mt 8, 20.
 28. Cf. Mc 6. 54-56.
 29. Jn 6, 27.
 30. Mt 24 y 25.
 31. Mt 26, 11.
 32. Lc 14, 31-33.
 33. Jn 2, 25.

34. Mt 16, 24.
 35. Rom 5, 12-14.
 36. Jn 16, 33.
 37. Jn 12, 31.
 38. Flp 4, 13.
 39. Rom 8 19-21.
 40. 2 Tim 4, 18.
 41. Didajé, X, 5.
 42. Mt 5, 11; 1 Tes 5, 22, 2 Tim 4, 18.
 43. Rom 19, 9.
 44. Hech 28, 21.
 45. 1 Pe 5. 8.
 46. 2 Tim 4. 17.
 47. Mt 13. 9.
 48. Mt 13. 38.
 49. Mt 5. 37; Jn 9.24: 17. 15: 1 Jn 2, 13-14; 3. 12: 5, 18-19.
 50. 2 Tes 2, 4.
 51. 1 Tim 5. 14: 1 Pe 5, 8-9.
 52. Mt 6, 13b.

53. Eso designa constantemente en el griego neotestamentano la construcción *ryomai ex*: cf. 2Cor 1, 1. 10 («de un peligro mortal»); Rom 7, 24 («de este cuerpo de muerte»); 1Tes 1, 10 («de la ira venidera»); Col 1, 13 («del poder de las tinieblas»). Por lo demás, el absoluto y determinado *ho ponerós* designa constantemente en Mt no algo, sino alguien: cf. infra, n. 55.

54. Así, tras una ausencia total de análisis exegético, cree «envainar en módulos nuevos» la figura de Satanás, para el hombre hodierno sensible al «lenguaje amoroso»: A. Salas, *Catecismo bíblico para adultos*, Madrid 3,1978, 163-65.

55. Eso designa casi constantemente en el griego neotestamentario la construcción *ryomai apo*: cf. 2Tes 3, 2 («de los hombres perversos y malignos»); Rom 15, 31 («de los incrédulos de Judea»); también en 2Tim 4, 18 (si se tiene en cuenta 4, 17) puede designar «toda actividad, en la que el malvado ha puesto la mano»: H. van den Bussche, o. c., 151 (sobre el análisis de las construcciones *ryomai ex* y *ryomai apo*, cf. F. H. Chase, o. c., 71-123; J. B. Bauer, *Libera nos a malo*: VD 34 [1956] 12-15; I. Carmignac, o. c., 306-308.312). Por lo demás, *ho ponerós* designa constantemente en Mt alguien (Mt 5, 37.39a [cf. v. 39b-42]; 13, 19.38). También por tanto, en Mt 6, 13b. Esa es, por otra parte, la interpretación de todos los padres citados en nuestra antología (con la excepción de san Agustín) y de otros varios (cf. J. Carmignac, o. c., 308 s), a quienes se suman muchos exegetas y teólogos antiguos y modernos; cf. I. Carmignac, o. c., 311 s (interpretación compartida por el mismo autor: o. c., 311-319).

56. Mt 5, 37; 13, 19.38. En Mt 5, 39a no designa *ho ponerós* el maligno diabólico, sino más bien, como lo muestra el contexto siguiente, «el (hombre) malvado» que injustamente causa algún mal físico (cf. v. 39b-42).

57. Cf. Mt 13, 19.25.39. Contra ese enemigo personal del reino luchó Jesús (cf. Mt 12, 22-28 par; Mc 1, 23-28 par, etc.) en sus exorcismos. No comprendiendo, por tanto, «su duelo contra Satán como una lucha contra un mal abstracto» (P. Grelot, Los milagros de Jesús y la demonología judía, en Los milagros de Jesús, Madrid 1979, 61-74), sino contra un mal concreto: «el mal por excelencia» (san Juan Crisóstomo) y personificado. Ese «carácter personal de los poderes diabólicos es claro» en todos los autores neotestamentarios (H. Schlier, Principados y potestades en el nuevo testamento, en Problemas exegéticos fundamentales en el NT, Madrid 1970, 181-199; C. Vagaggini, El sentido teológico de la liturgia, Madrid 1959, 337-50; S. Sabugal, o. t., [La embajada...], 255 s), siendo asimismo ése el testimonio de la liturgia antigua (cf. C. Vagaggini, o. c., 363-413) y actual de la iglesia, así como de su magisterio antiguo y hodierno: cf. S. Sabugal, o. c., 256-257.
58. Mt 13, 19.
59. Mt 13. 25.28.38-39a.
60. Mt 13, 27.38.
61. Gén 3. 1. ¡Con razón le llamó Jesús el «padre de la mentira»!: Cf. Jn 8. 44.
62. Cf. Mt 4, 4.7.10 = Lc 4. 4.8.12.
63. Cf. Mt 12. 28 (=Lc 11. 20): Jn 6. 63 + 8, 31- 32.34. Ef 6, 12.17.
64. Mt 26, 41 par.
-

Conclusión

Es posible que, al finalizar la lectura de estas páginas antológicas, el lector abrigue la misma o análoga impresión que sobrecogió al autor al concluir su elaboración: usando una comparación, tomada de los mass media y, por tanto, a todos familiar, podríamos decir que con esa lectura hemos asistido a una especie de representación cinematográfica sobre el «padrenuestro», en la que el guión original, dictado por el mismo Jesús de Nazaret y redactado luego por las plumas evangélicas de Mateo y Lucas, fue interpretado ya por estos dos «divinamente inspirados»¹ evangelistas, para sus respectivas comunidades cristianas²; una interpretación re-anudada, en el anochecer del siglo primero, por el autor del primer catecismo post-apostólico³, para ser re-emprendida posteriormente, a lo largo de diez y nueve centurias, por esa casi eslabonada serie de «actores» que, desde Tertuliano y Agustín hasta Joachim Jeremías y el autor de estas páginas, se han esforzado por transmitir su mensaje a los «espectadores» del pueblo cristiano. Una interpretación en ocasiones diversa, es cierto: necesaria consecuencia, por otra parte, de la diferente personalidad de aquellos, así como adaptación obligada, también, a la diversa necesidad espiritual de éste. Y, sin embargo, una «representación» substancialmente uniforme: guiada por las primeras y autorizadas interpretaciones de los dos evangelistas, ha recorrido las mismas etapas, señaladas por las partes integrantes de «la oración del Señor», encontrándose frecuentemente asimismo en el análisis y exposición de sus concepciones fundamentales.

Si esta impresión es—como creemos—objetiva, la presente antología, en la que los múltiples comentarios iluminan diversos aspectos de la única «oración del Señor», sin que la diferente concepción teológica de sus autores empañe la unidad temática de la misma, ofrece una muestra paradigmática de ese lícito y fecundo pluralismo teológico en la unidad de la fe, que, enraizado ya en las diversas concepciones teológicas y formulaciones literarias (evangelios, epístolas, Hechos, Apocalipsis) de la única fe neotestamentaria, caracterizó luego la exégesis y teología patrística, constituyendo su logro uno de los quehaceres fundamentales de la iglesia hodiernas⁴.

Pero este comentario antológico quiere ser, ante todo, una modesta contribución a la llamada evangelizadora y catequética que, como en el prólogo indicábamos, hace actualmente a toda la iglesia el supremo magisterio: como lograda síntesis del mensaje de Jesús y compendio insuperable de todo el evangelio⁵, el padrenuestro es quizá el guía más seguro en el kerymático, catequético y homilético «servicio de la Palabra», pudiendo, en este sentido, su antiguo y hodierno comentario contribuir a que

«los servidores» de aquélla (Lc 1, 2) ofrezcan «al pueblo de Dios el alimento de la Escritura, que [no sólo] ilumine el entendimiento [sino también] confirme la voluntad [y, sobre todo], encienda el corazón en el amor a Dios»⁶. Por lo demás, nuestro florilegio exegético quisiera ser también una especie de telescopio, mediante el que el cristiano de hoy, oteando el firmamento de las principales interpretaciones al «padrenuestro» ofrecidas en la vida de la iglesia a lo largo de su veintisecular historia, reciba una siquiera modesta ayuda en su diario rezo y meditación de esa oración, que, en virtud de su filiación divina, le caracteriza y distingue de cualquier otro creyente, mediante la cual puede también dirigirse audazmente (audemos dicere) a Dios, como a su Padre. Finalmente, esas páginas antológicas quisieran asimismo ofrecer al lector cristiano un nuevo estímulo a imitar al Señor Jesús en su frecuente oración privada⁷ y pública⁸, animándole a «orar siempre sin cansarse nunca»⁹, velando¹⁰ y perseverando¹¹ en la oración humilde¹², no ostentativa¹³, insistente¹⁴ y confiada¹⁵, que debe traducirse en súplicas¹⁶ y acciones de gracias¹⁷ por «el pueblo santo»¹⁸, por el éxito en la evangelización del «misterio de Cristo»¹⁹ y «por todos los hombres»²⁰, incluidos los propios enemigos calumniadores²¹ y perseguidores²². Sólo si, en alguna medida, se cumplen esas finalidades, juzga el autor «no haber trabajado vanamente en el Señor»²³ y sí haber contribuido al «servicio del evangelio»²⁴ como «servidor de la Palabra»²⁵ en la Iglesia y para sus fieles, al redactar estas páginas.

.....
1. Cf. 2Tim 3, 16.

2. Cf. supra, 25 ss

3. Cf. supra, 131 ss.

4. Cf. Comisión Teológica Internacional, *El pluralismo teológico*, Madrid 1976. Ese necesario pluralismo teológico, en la unidad de la fe católica, fue delineado para las nuevas iglesias en países de misiones por el concilio Vaticano II, GD III 22.

5. Cf. supra, 17 s.

6. DV, VI, 23.

7. Cf. Lc 3, 21; 5, 16; 6, 12; 9, 18; 11, 1; Mc 6, 46; 14, 32.36 par.

8. Cf. Mt 11, 25-27 (=Lc 10, 21-22); Jn 11, 41-42; 17, 1-26; Mc 14, 26 par, etc.

9. Lc 18, 1.

10. Cf. Mc 14, 38 par; Ef 6, 18; Col 4, 2; 1 Pe 4, 7.

11. Cf. Rom 12, 12; Col 4, 2.

12. Cf. Lc 18, 9-14.

13. Cf. Mt 6, 5-6.

14. Cf. Lc 11, 5-13 (=Mt 7, 7-11); 18, 1-8a.

15. Cf. Lc 11, 11-13 (=Mt 7, 9-11); Mt 6, 33 (=Lc 12, 31); Jn 14, 13-14.

16. Cf. Flp 4, 6; 1 Tim 2, 1.

17. Cf. Col 4, 2; 1 Tim 2, 1.
 18. Ef 6, 18.
 19. Col 4, 3.
 20. 1 Tim 2, 1-2.
 21. Cf. Lc 6, 28; Rom 12, 14.
 22. Cf. Mt 5, 44.
 23. 1 Cor 15, 58.
 24. Rom 15. 16.
 25. Lc 1, 2.
-